

CURZIO MALAPARTE

**EL VOLGA NACE
EN EUROPA**



EDITORA LATINO AMERICANA, S. A.

Guatemala 10-220

México, D. F.

Título de la obra original:

IL VOLGA NASCE IN EUROPA

Traducción directa del italiano de
MANUEL ALONSO MUÑOZ

GUERRA Y HUELGA

CUANDO en junio de 1941, al inicio de la guerra alemana contra la Rusia Soviética, comenzaron a aparecer en el "Corriere della Sera"⁽¹⁾ mis noticias del frente ucraniano, suscitaron en el público italiano un inmenso estupor. Casi un escándalo.

Ampliamente repetidas por la prensa inglesa, americana, suiza, escandinava, fueron acogidas por la opinión pública internacional como el único documento objetivo, el único testimonio imparcial que juzgaba los campos de batalla soviéticos. A muchísimos les parece aún, en Italia, que mis observaciones y mis consideraciones nacieron, no ya de un honesto y valiente propósito de decir la verdad, sino de una particular simpatía mía por la Rusia comunista, y por lo tanto de una parcial y arbitraria visión de los acontecimientos.

Del hecho que yo escribiese en absoluto contraste con todo aquello que se pensaba y escribía en aquellos días en los periódicos italianos, sobre la facilidad y brevedad de la guerra contra Rusia, y de que mis noticias fueran en abierta contradicción con las noticias de todos los otros enviados especiales del mismo "Corriere della Sera", muchos lectores llegaron a la conclusión de que yo estuviese animado por un espíritu parcial, y numerosos fueron los que me denunciaron como "destructor", invocando a grandes voces mi inmediato retiro del frente ruso, así como mi arresto. Hoy todos están en posibilidad de darse cuenta de que yo veía claro y que mi atacada simpatía por la

(1).—"El Correo de la noche", importante diario de Italia.

Rusia comunista, no era más que una inteligencia objetiva, como había declarado el mismo Togliatti cuando, el día de Pascua de 1944, vino a mi casa a felicitarme por aquellas noticias que mandé.

Pero la inteligencia objetiva era un delito en aquellos tiempos. En Septiembre de 1941, por órdenes de Goebbels, las autoridades militares alemanas me expulsaron del frente, no obstante las protestas del general Messe, comandante de las fuerzas expedicionarias italianas en Rusia. Aunque la censura fascista, tanto militar como política, había permitido a regañadientes la publicación de mis noticias, Mussolini primero me amenazó con regresarme a Lipari y después me tuvo en cuarentena por cuatro meses, hasta que en Enero de 1942, cuando los acontecimientos militares confirmaron la exactitud de mis juicios y mis previsiones, entonces ordenó que fuera nuevamente enviado al frente ruso. Esta vez, por temor a ser víctima de alguna represalia alemana, solicité y obtuve ser enviado a Finlandia, en donde Hitler no tenía ninguna autoridad. Y estuve en Finlandia dos años, hasta el arresto de Mussolini. El 27 de julio de 1943 regresé a Italia a mi puesto de responsabilidad en la lucha contra los alemanes, lucha que ya juzgaba yo inevitable e inminente.

En los primeros meses de la guerra contra Rusia, yo era el único corresponsal de guerra (junto con Lino Pellegrini, a quien me lleve de compañero para tener un testigo de la verdad de lo que escribía), que se encontraba en la línea de fuego sobre el frente soviético. No había entonces ningún otro corresponsal italiano ni en Ucrania ni en ninguna otra parte del frente ruso, desde Murmansk hasta el Mar Negro. Los mismos corresponsales ingleses y americanos, fueron prohibidos por las autoridades soviéticas de internarse en el frente, y se habían quedado en Moscú. Y lo que escribían denotaba el tono forzado, el modo epistólico, el lenguaje incierto y la retórica de quien escribe por haberlo oído y no por directa experiencia. Para convencerse bas-

ta leer las noticias que el escritor norteamericano Erskine Caldwell, autor de *Piccolo Campo* y *Vía del Tabacco*, ha después recopilado en un volumen que tituló "*Moscow Under Fire*" (Hutchinson & Co., London-New York-Melbourne, 1942). Esto no lo digo por vanidad, sino para poner en relieve aquello que la prensa inglesa y americana afirmaba entonces, comparado con el único juicio objetivo de la guerra alemana contra Rusia, que era un juicio italiano, y que, a diferencia de los corresponsales ingleses y americanos, ciudadanos de naciones democráticas libres, yo no aceptaba la obligación de narrar ninguna cosa de la cual no tuviera experiencia directa, ni aceptaba hacer obra de propaganda en un sentido o en otro.

Aparte el hecho de que yo fuese, junto con Lino Pellegrini, el único corresponsal de guerra que se encontraba en la propia línea de fuego en el frente ruso, y fuese por lo tanto el único que podía ver como en realidad estaban las cosas, debo decir que mi antiguo conocimiento de la Rusia Soviética y sus problemas, me ayudaba muchísimo a juzgar la naturaleza de los acontecimientos y prevenir su inevitable evolución. Todo aquello que yo venía observando en el campo de batalla, no era otra cosa que la confirmación y prueba de aquello que yo había venido observando y escribiendo desde hacía veinte años. (*La rivolta dei santi maledetti*, 1921; *Intelligenza di Lenin*, 1930; *Sodoma y Gomorra*, 1931; *Technique du coup d'etat*, 1931; *Le bonhomme Lénine*, 1932; algunas páginas sueltas de *la Ronda*, 1921; y de *Revoluzione liberale*, 1922, y mi prefacio de *Il volto del bolscevismo*, de Fulop-Miller, 1930).

En toda mi experiencia personal de las cosas rusas, me he rehusado siempre a juzgar a la Rusia comunista desde un punto llamémosle "Burgués", porque es un punto de vista necesariamente no objetivo. "La objetividad no es el elemento fundamental de la inteligencia buguesa", escribía yo en 1930 en mi prefacio a *Il volto del bolscevismo* del Fulope-Miller (Bompiani-1930).

Y agregaba, que “la más segura defensa de la inteligencia burguesa del peligro del bolchevismo, debería consistir en la comprensión de los fenómenos revolucionarios de la edad moderna. La incompreensión de tales fenómenos era la señal más clara de la decadencia de la burguesía”. Y no solo de la burguesía italiana, (que se conservó fiel, cuando los hechos rusos, a aquellos prejuicios ingenuos, de los cuales es un ejemplo lo que escribía Francesco de Sanctis en 1864, en su breve ensayo “El Testamento de Pedro el Grande”, aparecido en los periódicos de la Asociación Constitucionalista Unitaria de Nápoles, Italia), sino de toda la burguesía europea; de la inglesa en particular. Sobre esta última, el juicio más interesante y en cierto sentido definitivo, es, aún ahora, aquel que el famoso economista liberal inglés Keynes, exponía en su opúsculo *A Short View of Russia* (The Hogarth Press, London, 1929). Niego que se pueda juzgar a la Rusia soviética sin antes despojarse de los prejuicios burgueses: y es claro que quien no comprende a la Rusia soviética, no puede combatirla y mucho menos vencerla.

Entre los muchos prejuicios burgueses sobre la Rusia comunista, el más ostentado es aquel de considerar el bolchevismo como un fenómeno típicamente asiático. Esta explicación de la revolución bolchevique y de sus problemas, es muy fácil y cómoda porque se puede acoger sin peligro. El título de este libro, “El Volga Nace en Europa” (el título original que la censura fascista prohibió, era otro como lo explicaré más adelante) quiere ser precisamente un reclamo a ese mezquino prejuicio. Ya en 1930, en mi prólogo aquí antes recordado, al ensayo del Fülöp-Miller, escribía yo que “el rostro del bolchevismo no es, como se cree, un rostro de lineamientos asiáticos. Es un rostro de lineamientos europeos”. La verdad es que el bolchevismo es un fenómeno típicamente europeo.

Tras las columnas dóricas del Piatiletki, el Plan Quinquenal, tras del columnado de las estadísticas del Gosplan, se extiende

no Asia, sino otra Europa: “la otra Europa”. (En aquel mismo sentido por el cual aún América es otra Europa). La cúpula de acero del marxismo-leninismo-stalinismo (la gigantesca dínamo de la U. R. S. S. según la fórmula de Lenin: Soviet + electrificación = bolchevismo) no es el mausoleo de Gengis Khan, sino — precisamente en el sentido que no le gusta al burgués — el otro Partenón de Europa. “El Volga, —dice Pilniak— se gesta en el Mar Carpio”. Sí, pero no nace en Asia: nace en Europa. Es un río europeo. El Támesis, el Sena, el Potomac, son sus afluentes.

Esta verdad era recordada entonces, en 1941 (y también la recuerdo hoy) cuando muchos se abandonaban a la fácil presunción de que la guerra alemana contra la Rusia soviética era simplemente una guerra de Europa contra Asia. En 1941, la Europa Alemana combatía contra pueblos europeos, contra ideologías europeas: ya sea que combatiese contra Inglaterra y Estados Unidos o sea que combatiese con la Rusia soviética.

“Un día, —escribía yo entonces— cuando el fragor de las armas se haya aplacado, y se pueda juzgar serenamente, se verá que esta guerra contra la Rusia soviética no está considerada como una lucha contra las hordas mongólicas de un nuevo Gengis Khan, sino como una de esas guerras sociales que siempre preceden, y preparan, un nuevo asentamiento político y social de los pueblos”.

Estas palabras, que escribía yo en 1941, si eran verdaderas entonces, ahora lo son mucho más: porque el “slogan” de la guerra alemana de 1941 (una guerra burguesa por excelencia) contra la Rusia soviética, Europa contra Asia, ahora se ha convertido en el “slogan” del Pacto del Atlántico. También hoy como en 1941, las dos fuerzas en contra no son Europa y Asia, sino la moral burguesa contra la moral obrera.

Este libro es el primero, y hasta ahora el único, que revela el oculto sentido de aquella inmensa tragedia europea que fué la guerra alemana contra la Rusia soviética. El motivo es por eso,

aún ahora, de gran actualidad, no porque muestre el carácter "social" de aquella o de cualquier otra eventual guerra contra la Rusia soviética, sino porque pone de relieve el problema fundamental de la Europa actual: la irreconciliabilidad entre la moral burguesa y la moral obrera que es la moral del mundo moderno.

No se olvide nunca, leyendo estas páginas, la expresión "moral obrera". A propósito de ello, me parece oportuno advertir que este libro mío debió haber tenido, según mi primera intención, el título de "Guerra y Huelga". Lo había escogido, no por una inconsciente y quizás algo musical remembranza a "Guerra y Paz", ni porque presumiera de reflejar en mis páginas las intenciones descubiertas en la novela de Tolstoi y mucho menos porque pensara que la guerra alemana contra la Rusia soviética tuviese cualquier lejana analogía con la otro tanto desafortunada e imbecil campaña napoleónica: sino porque el título de "Guerra y Huelga" me parecía que ponía en relieve claramente el carácter social de aquella guerra y la fundamental importancia que tenía la "moral obrera", misma que tendrá mañana, en la potencia militar soviética, donde predominaban, y predominan, junto a las armas, a los elementos del arte militar, la disciplina, el adiestramiento técnico, la organización táctica, etc., etc., todos aquellos elementos sociales de la lucha de clases y de la técnica revolucionaria proletaria, que se puede comprender y definir en la sola palabra "huelga".

La censura fascista prohibió el título de "Guerra y Huelga" sin duda por el legítimo temor de que los lectores pudieran dar a ese título el valor de una premeditada y peligrosa contraposición del hecho "Guerra" al hecho "Huelga" y fuesen inducidos a pensar que el arma más eficaz contra la guerra, contra cualquier guerra, fuese la huelga. No quería entender solamente eso con ese título, pero también quería entenderlo. Y debo reconocer que la censura fascista no andaba equivocada, desde su punto de vista.

Al cuidado del editor Bompiani, este libro mío estaba ya listo para enviarse a las librerías, cuando el bombardeo inglés del 19 de febrero de 1943 destruyó la impresión, desapareciendo entre las llamas la edición completa de "El Volga Nace en Europa". Nuevamente editado e impreso en otra imprenta, el volumen apareció a fines de agosto de 1943. Algunos días después, el 15 de septiembre de 1943, las autoridades alemanas, que en ese tiempo se habían apoderado de Italia, ordenaron su secuestro: el libro fué condenado a la destrucción y por eso se puede decir que "El Volga Nace en Europa" ve la luz primera en Italia hoy, con esta nueva edición. (En Francia ya apareció en 1948, editado por Domat de París).

Para evitar el peligro de engañar al lector haciéndole creer que se trata de una obra nueva, he debido renunciar a restituir a este libro su primer título vetado por la censura: "Guerra y Huelga". Era ese todavía su título verdadero: que me habría consentido poner, de modo inmediato, el lector honesto e inteligente, ante la necesidad de reflejar seriamente el sentido de esta guerra, de considerar con ojo objetivo su aspecto de guerra social, y de reconocer en esa feroz lucha contra la Rusia soviética, a todos aquellos elementos sociales que escribieron entre todos, y hasta hoy, el episodio más terrible de la lucha de clases en Europa.

Curzio Malaparte

Fuerte de Marmi, 1951.

LIBRO PRIMERO
PORQUE RUSIA

LOS CUERVOS DE GALATZ

Galatz, 18 de junio de 1941.

Galatz surge de la laguna, entre el Prut y el Danubio, y respira el olor del fango, de los peces, de los cañaverales secos (en esta húmeda noche de junio, el lánguido olor del lodo impregna las hojas de los árboles, el cabello de las mujeres, las cerdas de los caballos, las largas capas de terciopelo de los *scopzi*, los cocheros castrados de la famosa secta rusa, cuyo último refugio y templo es Galatz). De Brailla a Galatz, a Sulina y hasta los montes de Dobrugia, el enorme delta del Danubio es todo un brillar del agua. Los deshielos de primavera han hecho de esta región un inmenso pantano. Aquí, la inmensa y plana llanura ondea como una bandera al viento; se subleva de vez en cuando, aquí y allá, con cansadas olas de polvo amarillo, fuera de esta agua fangosa que descansa en mórbidos pliegues, formando una especie de curvas crestas, una leve cuenca, donde el lago de Bratesc se apoya en una perenne bruma transparente, de un color azulino.

Galatz surge de la cresta de esta cuenca, en el vértice del triángulo formado por el Danubio y el Prut que se encuentran

un poco abajo de la ciudad. Los montes de Dobrugia, allá en el remoto horizonte, sirven de sostén a este húmedo paisaje, a sus bajas casas, a sus pantanos, a sus brumas ligeras, y parecen, a lo lejos, el Tifata, que está sobre Capua, tienen el mismo lánguido azulado, el mismo verde que casi se esfuma, la misma delicada y romántica inocencia. De vez en cuando desaparecen entre lo nublado del horizonte, dejando un triste e incierto recuerdo, algo con cierta cosa femenina en el aire desilusionado.

(Entre la Rusia soviética y mi cuarto del hotel, no media más que la corriente del Prut: un lento y amarillento río, que aquí, ya en la desembocadura, se alarga hasta formar casi un lago, un inmenso estanque tórbido, el Bratesc, roto aquí y allá por los verdes copetes de cañas y juncos que surgen entre los bancos de lodo. El Prut parece extrañamente desierto en estos días: ningún remolcador, ninguna lancha, ni siquiera una barquilla, surcan la corriente. Sólo algún bote de pescadores, pegado a la ribera rumana, se mece sobre los fangosos arroyos.

Pero ay de aquella que se aleje de la orilla, ay de aquella que se meta en medio del río: los rusos disparan inmediatamente. Los centinelas soviéticos nocturnos, hacen fuego al primer ruido, al menor rumor; basta para meterlos en alarma, el leve ruido que hacen las aguas del Prut al chocar contra la ribera.

A ojo desnudo, desde la ventana de mi cuarto, se ven las casas de la ribera rusa, los almacenes de madera, el humo de algún remolcador atracado en el puerto fluvial. Por la calle que costea el río, se puede distinguir, con unos gemelos, grupos de gentes, seguramente soldados; columnas de automóviles, patrullas de caballería. Durante la noche, la orilla soviética aparece negra y ciega. Parece que la noche comienza allá abajo, en la otra ribera, que se levanta abajo dura y lisa como un muro negro, de frente a la orilla rumana centelleante de luces. Al alba, la ribera soviética parece un párpado abierto que se abre poco

a poco, dejando correr sobre el río una pálida mirada, descolorida y extraordinariamente triste e inquietante.

En las callejuelas de los jardines públicos de Galatz, grupos de niños juegan correteándose, grupos de gentes apoyadas en el parapeto del Mirador, elevado sobre una rojiza porción de terreno pantanoso, tallada atravesando el terraplen de la vía del tren, observan la ribera rusa haciéndose sombra en los ojos con sus propias manos: allá abajo, en frente, de la otra parte del Punt, una bufanda de humo de seda azul, se eleva de las casas de Reni y se disuelve perezosamente en el polvoriento aire. (Aun dos días, quizás un día, sólo pocas horas). Me sorprende al ver el reloj del Municipio, mientras bajo en una carreta por el puente de Reni.

Un olor fuerte, un olor violento y grasoso, me viene al encuentro del Bratesc. La fetidez de alguna carroña sepultada bajo el fango. Algunas moscas grandes, verdes y azules, y con las alas semi-doradas, me vuelan alrededor insistentemente. Un grupo de zapadores rumanos está preparando una mina para hacer saltar el puente que une la orilla de Galatz a la orilla soviética de Reni. Los soldados hablan entre ellos con voz alta, riendo. Las tórbidas aguas del Bratesc iluminan de amarillentos reflejos el paisaje en agonía, perezoso y olvidadizo, un paisaje deshecho. La inminente guerra se advierte como un temporal suspendido en el aire, como una cosa superior a la fuerza humana, casi como un hecho de la naturaleza. (Aquí, Europa está ya fuera de la razón, de la arquitectura moral: sólo es un pretexto, un continente de carne deshecha). En lo más alto del puente, en el umbral de la U. R. S. S., surge el rústico arco triunfal ruso, coronado con la hoz y el martillo. No tengo más que atravesar el puente, recorrer ni siquiera un centenar de pasos para salir de esta Europa y pasar la frontera de la otra Europa. De una Europa a la otra el paso es breve. Pero, diría yo, mucho más largo de la vida.

Verdaderamente se respira algo de incierto en este paisaje, algo de provisional. El aspecto mismo de la ciudad, que el terremoto del último noviembre ha sembrado de ruinas y escombros, sugiere al ojo humano un mundo fugaz, de una civilización en decadencia. Muchas son las casas en ruina; casi todas ostentan profundas heridas, a unas les falta el techo, a otras un muro; a otras la fachada; a estas les arruinaron los balcones; éstas otras muestran fuertes cuarteaduras, a través de las cuales se ven sus burgueses moradores, con sus casas cubiertas de tapetes turcos, sus camas vienesas, los horribles oleos con que son tapizadas las paredes de todas las casas orientales. Cerca hay una calle entera, la Brascioveni, en donde las fachadas de todas las casas están hundidas; se ve a la gente moverse a través de los biombos de tela y papel que substituyen a los muros, como si estuvieran sobre el tablado de un foro, delante de un lunetario clamoroso e indiferente. Parece una escenografía de Piscator. Las vigas que apuntalan las fachadas y costados de las casas, forman una larga vereda, una especie de continuo emparrado oblicuo, bajo el cual la gente de cada raza y cada lengua, grita, se empuja, se aprieta, se encima en una fugaz cruzada, en un tumulto imprevisto. Los escombros, en muchos puntos, especialmente en el barrio alrededor de la calle Coronel Boyle, aun estorban mucho a los vehículos que bajan al puerto. Entre aquellos escombros, bajo aquellos emparrados de vigas inclinadas, entre aquellos muros tambaleantes de profundas heridas, enfrente de aquel foro que son las casas sin fachada, un gentío de griegos, de armenios, de zingaros, de turcos, de hebreos, pululan en una nube de amarillento polvo, entre un clamor de voces agrias, de gritos, de risa, de palabras, de ruido de gramófonos, entre aquel pestilente olor de orina de caballo y aceite de rosa, que es el olor del Levante, el olor del Mar Negro.

Sobre las banquetas de cada calle, se abren, cada centenar de metros, los cafés, las perfumerías, los bodeguchas de los bar-

beros los negocios de curiosidades, los aparadores de *croitori*, las panaderías, los gabinetes de los dentistas. Los barberos griegos, de la enorme ceja negra, del rostro olivastro atravesado por un inmenso bigote negro, reluciente de brillantina; los *coafor* para dama, de cabelleras tupidas, enchinadas con el rizador de fierro, compuestas en arquitectura bárroca; los pasteleros turcos con las manos llenas de miel y mantequilla, con los brazos llenos hasta los codos de almendra molida y pistache en polvo; los perfumistas, los zapateros, los fotógrafos, los sastres, los tabaqueros, los dentistas, todos te saludan con voz cantante, con gestos solemnes, con grandes inclinaciones. Todos te invitan a entrar, a sentarte, a probar el peine, la navaja de afeitar, el vestido, los zapatos, el sombrero, el cinturón para hernia, los anteojos, la dentadura; te invitan a perfumarte, a enrizarte, a depilarte, a teñirte, en tanto el café turco espumea en las pequeñas teteras de cobre reluciente, y los pequeños voceadores anuncian el título del *Actiunea* o recitan en alta voz los últimos comunicados sobre la "situatia pe fronturile de lupta", e interminables cortejos de mujeres velludas, muy maquilladas, del pelo rizado, van y vienen por las calles frente a las mesas de los cafés llenos de gordos levantinos sentados con las piernas abiertas, como en los diseños de Pasci, que era de Banía.

Es pronto aun para ir a desayunar a Suré. Así, dejo la coteria griega de Manravina y bajo al puerto por la larga Domneasca, que es la calle principal de Galatz. En la calle Brascioveni, el agudo chirrido de las ruedas del tranvía talla los vidrios de las ventanas; las carrozas de los *scopzi* tirados por parejas de caballos limpios y majestuosos, pasan al galope levantando nubes de polvo. (El *scopez*, sentado arriba, envuelto en su larga capa, el rostro de un hombre castrado, agudo y flaquísimo; de una flaqueza, diría, floja y resbalosa). Bandas de perros y muchachos se siguen de una acera a la otra, mientras sobre mi cabeza, en los letreros de los negocios, alternan los escritos en hebreo, en

armenio, en turco, en griego, en rumano. Hasta que desemboco en la calle del puerto.

El Danubio está lleno de lluvia, grandes barcas se bambolean atracadas en el muelle. La calle que está al lado del puerto, es una especie de interminable "muralla" de casas bajas, medio derrocadas por el terremoto, apuntaladas con vigas. Son barracas de ladrillo las más ricas; de tierra empastada con cal las otras; de bodeques de paja amontonada las más pobres. En las plantas bajas se encuentran obscuras bodeguchas en donde se amontonan barriles de chapopote, de brea, de pimienta, de sulfato de cobre, de pescado seco, de uvas, de especias de todos géneros; los dueños y encargados de estos amplios negocios de tipo colonial, son los griegos. Flacos y negros, o gordos y pálidos, están de pie en el portal de la bodega, con los brazos cruzados sobre el pecho, el cigarrillo pegado al labio inferior, la inmensa ceja negra cae sobre el ojo opaco, sobre la larga nariz aguileña, huesuda, roja y palpitante, viva y delicada, en el viso color sepia.

La misma agitación reina en todo el Badalán, que es el barrio del puerto. La ribera del río está llena de soldados. Una compañía de infantería está descargando algunas barcas cargadas de bueyes, de pacas de heno, de sacos de cereal, de montones de madera. Son viejos soldados de cabello blanco. Hacen la guardia entre las barcas y el muelle, bajando y subiendo los puentes de los barcos, como amarillos insectos. Sobre el puente de una barca, algunas mujeres (llevan paraguas de seda, verdes, amarillos, rojos) están sentadas en círculo comiendo dulces. Son las mujeres de los capitanes, de los pilotos, de los dueños de las barcas. La escena es viva y dulce: aquellos soldados amarillos, encorvados bajo el peso de cajas y sacos, aquellas mujeres sobre el puente, aquellos colores vivos y aquellos gestos blandos, en el viento del río, lleno de brillantes larvas de insectos.

Sobre la rivera, en los pastaderos de los bueyes, algunos soldados preparan el rancho. Son soldados jóvenes, ríen, algunos

limpian ajos y cebollas, otros ponen frijoles en las cacerolas, otros pelan papas, otros embarran unto en los largos sartenes, otros cortan en pedazos la carne para freirla. La sopa de frijoles hierve en los cazos. Un capitán está vigilando a los cocineros y de vez en cuando vuelve la cabeza mirando con indiferencia al puerto, a las mujeres sentadas sobre los puentes de las barcas, los bueyes, la rivera rusa, y abajo, al fondo, el lago de Bratesc. Más allá surge la Fundición Titan-Nadrag-Calan, vigilada por centinelas con la bayoneta calada.

Una inmensa nube de humo negro surge de las cortas chimeneas de la fundición, envuelve el puerto, las casas, los hombres, los bueyes, las barcas. Parece, por momentos, que el puerto arde, que todo el barrio de Badalán está en llamas. Se ven soldados corriendo detrás de los bueyes en fuga, detrás de caballos desbocados. Un tren de carga hace maniobras, silbando sin descansar, detenido en la estación también destruída por el terremoto. Todo está pintado de un color turquesa en el barrio de Badalán: ventanas, persianas, puertas, pasamanos, rejas, letreros y hasta las fachadas de las casas. Es casi un recuerdo insolente del mar, sobre la ribera de este río pálido, casi blanco.

Cerca de un depósito de cereales, atrás de la fundición, un grupo de soldados y de obreros están parados con la cara al viento, enfrente de un anuncio mural, que un hombre acaba de pegar en la pared. Es un anuncio en el que el Gobierno da a conocer que se ha condenado a trabajos forzados y perpetuos a Horia Sima y otros jefes legionarios. Están ahí, quietos frente al anuncio, como si estuvieran observando un cuadro. Me viene la duda que seguramente no sabrán leer. Tienen los ojos apagados, el rostro inerte: nó, no saben leer. Después, un soldado ríe, los otros se ponen a hablar entre ellos. Hablan de los precios de los impuestos de los animales; de la guerra inminente. Mientras regresan, una oscura nube se alza del Bratesc. Es una inmensa ala negra que obscurece el cielo sobre el puerto, sobre el río, so-

bre la ciudad: Es una nube de cuervos. Los fúnebres pajarracos graznan tristes sobre los techos de las casas. Salgo por la calle Brascioveni. A cierto punto, algo cae del cielo sobre la acera, precisamente en medio de la gente. Ninguno se detiene, nadie volteo. Me acerco y veo. Es un pedazo de carne podrida que un cuervo ha dejado caer del pico.

II

LA GUERRA ROJA

Jasci, junio 22

La guerra contra la Rusia soviética ha comenzado esta mañana a la hora del alba. Hacía ya dos meses (la última vez bajo los muros de Leningrado, en el último abril), que yo no oía la ronca voz de los cañones. En esta inmensa llanura sembrada de trigo, en esta interminable "selva" de girasoles, la guerra se me aparece nuevamente con la precisión de su orden metálico, con la brillantez del acero de sus máquinas, con el rumor continuo y similar de sus miles de motores (Honegger, Hindemith). El olor de la gasolina opaca nuevamente el olor del hombre y del caballo. (Ayer, subiendo el Prut, por el noroeste, de Galatz a Jasci, a lo largo de la frontera soviética, he vuelto a encontrar, quietos en los cruceros, con la tarjeta de latón colgada al cuello, a los **Feldgendarmen** impassible y severos, armados de su bandera de señales roja y blanca. "Alt!". Me he quedado quieto dos horas en un mismo crucero para dejar pasar una columna alemana. Era una división motorizada, precedida de una hilera de carros pesados. Venía de Grecia. Había remontado el **Attica**, la **Beozia**, la

Tessaglia, Macedonia, Bulgaria, Rumania, de las columnas dóricas del Partenón, a las columnas de acero de la **Piatiletka**. Los soldados, sentados en las bancas atravesadas de los carros abiertos, aparecían blancos de polvo. Sobre el cofre de cada camión estaba dibujado con pintura una especie de Partenón: una pueril hilera de columnas dóricas, pintadas con el barniz blanco sobre el metal gris obscuro del cofre. Bajo la máscara de polvo se adivinaban los rostros, ennegrecidos por el sol, quemados por el viento griego. Los soldados iban sentados sobre las bancas con una extraña rigidez, tenían el aspecto de estatuas. Parecían de mármol por lo blanco que estaban del polvo.

Uno de ellos llevaba en el puño una lechuza, una lechuza viva. Y era sin duda una lechuza de Acrópolis, de aquellas que cantan en la noche entre los mármoles del Partenón (el pájaro sagrado de Atenas, la Atena de "los ojos de lechuza", **glaucopis Athena**). Sacudía las alas de vez en cuando para quitarse el polvo: y entre aquel blanquear del polvo, sus ojos relucían esplendorosos, claros y bellísimos. También el soldado alemán tenía los mismos ojos claros, bellísimos. Y había en aquellos ojos una mirada misteriosa y antigua, llena de aquel antiguo misterioso sentido de lo inexorable.

Grisés camiones de acero sonaban detrás de unos sauces, a lo largo de la ribera del Prut. De los tubos de escape de los **Panzer** escapaban azules lenguas de humo: en el aire flota un vapor azul-negrucado que se funde con el verde húmedo de la hierba y con el reflejo dorado del trigo. Bajo el arco silbante de los "**Stukas**", las columnas móviles de tanques parecen sutiles señales de un lápiz sobre la inmensa pizarra verde de la llanura moldava.

Ribera derecha del Prut, junio 23.

He pasado la noche en una pequeña aldea sobre la ribera derecha del Prut. Entre el rabioso crepitar de la lluvia y entre el fragor

de los elementos desencadenados, se escuchaban de vez en cuando los cañones tronando en el horizonte. Después, un denso y opaco silencio se desmoronaba sobre la llanura. Pasaban entre la obscuridad, siguiendo la ruta de los relámpagos, columnas de camiones que atravesaban las callejuelas de la aldea, batallones de infantería, artillería tirada por potentes carros militares. El ruido de los motores, las pisadas de los caballos, las roncas voces, llenaban la noche de aquella inquietud ansiosa de que está hecha la espera cerca de la línea de fuego.

Luego, un amanecer incierto ha despertado las lejanas voces de los cañones. La niebla, escuálida y sorda, cuelga de las ramas de las árboles como algodón. El sol se levanta lentamente, amarillo y flojo, como una yema de huevo.

“Inainte, inainte, baétzi! Sa mergem sa mergem!”. Los soldados, de pie sobre las carretas, hacen sonar los látigos, azotan los sudorosos lomos de los caballos. “Inainte, inainte, baétzi! Adelante, adelante, muchachos!”. Las ruedas rechinan y se entierran en el fango casi hasta los ejes. Por todas las carreteras a lo largo del Prut se alargan interminables columnas de carretas militares rumanas, tiradas por parejas de peludos caballos (esa especie de *caruze* de los aldeanos, de largo timón y con los lados hechos como rastrillos). “Sa mergem, sa mergem!”. Columnas motorizadas vuelven a pasar, rozando aquel río de carretas, los mecánicos asoman de los cañones gritando: “Weg! Weg! ¡Largo! ¡Largo!”. Las carretas se avientan a los fosos y los caballos caen en el profundo lodazal; los soldados rumanos gritan, blasfeman, ríen, hacen sonar sus látigos, azotando la grupa sudorosa de los flacos caballos peludos. El cielo está casi totalmente cubierto de alas metálicas, por el continuo y veloz paso de los aviones alemanes que dejan en el cielo una señal como la del diamante en el vidrio. El ronquido de los motores baja a la llanura con el dulce goteo de la lluvia.

Hasta hoy, en estos primeros días de lucha, el ejército rojo no se ha empeñado aún. Sus masas de tanques, sus unidades motorizadas, sus divisiones de asalto, sus grupos de especialistas (que aun en el ejército, como en el campo de la producción industrial, reciben el nombre de *stakanowzi*, de *udárniki*) no han entrado aún en acción. Estas que tenemos enfrente son las avanzadas poco numerosas: suplen el número con la movilidad y la obstinación. Porque los soldados soviéticos sí se baten. La retirada de las tropas rojas de Besarabia está muy lejana de tener el carácter de una fuga. Es un repliegamiento gradual de grupos ligeros de retaguardia, compuesto de ametralladoristas, de escuadrones de caballería, de especialistas. Una retirada metódica, de largo tiempo preparada. Sólo en algunos puntos las huellas de la batalla se hacen más notorias (aldeas quemadas, carroña de caballos tirada en los hoyos, camiones incendiados, algún cadáver aquí y allá, pero pocos, extrañamente pocos, como si las tropas soviéticas tuvieran la orden de transportarse con ellas a sus propios muertos). Se advierten señales de un abandono no predispuesto, de algo que revela la sorpresa. (Aunque sea claro que los rusos no fueron sorprendidos por la guerra, al menos militarmente).

Pero no es el caso de afrontar un juicio; la fisonomía de estos días de lucha no lo permite. Las batallas sostenidas hasta ahora por las divisiones germanas y rumanas, son combates de retaguardia. El grueso del ejército ruso del frente ucraniano no entrará en la lucha, probablemente, sino hasta la propia línea de resistencia a lo largo del Dnieper. Tratará de retardar la avanzada alemana agrupándose en la ribera del Dniester, pero el encuentro real, la batalla en sí, no tendrá lugar sino hasta la línea de Dnieper.

Cerca de Stefanesti, junio 27.

He encontrado hoy un grupo de prisioneros soviéticos. Bajaban de un camión frente a un centro del Comando táctico alemán. Jóvenes, altos, pelados a rape, vestidos con una casaca de cuero. Parecían más bien mecánicos que soldados. Me acerqué al más joven y le hice algunas preguntas en ruso. Me miró sin responderme. Insistí y me miró fijamente un momento, con los ojos fríos y opacos. Después me dijo con algo de irritación en la voz: "Nié magú, no puedo". Le ofrecí un cigarrillo: lo aceptó con indiferencia. Después de dos o tres fumadas lo arrojó al suelo, y como para excusarse de este acto insolente, casi para justificarse, me ha devuelto una sonrisa, tan extraña y humillante que mejor hubiera preferido que me hubiese mirado con odio.

III

OBREROS SOLDADOS

Ribera izquierda del Prut, junio 29.

En este inmenso espacio verde alrededor, parece que casi no se respira más el olor del hombre. (Sólo un cacho de cadáver aquí y allá, cerca de las aldeas, cerca de los agujeros y fosos en donde los soldados soviéticos han resistido hasta lo último: es casi un olor vivo, un olor de cosa viva).

Toda la noche, el cielo oscuro, pesado, ruidoso, un cielo de piedrecillas, ha aplastado la llanura como la prensa de una fundición. En la mañana, en las orillas del pantano, adentro del bosque, el campo alemán ha despertado con un estrépito de taller. No es precisamente lo que pudieramos llamar un campo: sino un vivac de máquinas dispuestas en forma cuadrangular en un llano, cerca de la carretera, una veintena de camiones y cuatro Panzerwagen pesados. Rápidamente, apenas despiertos, los soldados alemanes se han puesto a trabajar en los motores, con pinzas, tenazas, desarmadores, martillos. Los estornudos del carburador apagan los relinchos de los caballos de un escuadrón de lanceros rumanos que pasaron la noche cerca del vivac alemán. Del pan-

tano surge un sonido alegre de voces: son soldados alemanes que se bañan, se avientan el agua encima y corretean por la orilla. Más allá, los caballos rumanos en el bebedero, hacen saltar el fango alrededor de sus impacientes pezuñas. En el campamento rumano los soldados han encendido un fuego, preparan el café. Un cabo alemán, cubierto con una red de camouflage que le baja hasta las rodillas, camina con la cabeza baja entre las hierbas, seguramente buscando algo. También los Panzerwagen y los camiones están envueltos en una gran red camufladora. Ramas de árboles son puestas encima de los montones de cajas y barriles de gasolina puestos cerca del fogón.

Vestidos de negro, con las boínas vascas inclinadas sobre la oreja, (en la boína hay una placa de acero con una cabeza de muerto), los tanquistas alemanes van hacia sus tanques y revisan las orugas, tocando en las ruedas con unos pesados martillos, como hacen los ferrocarrileros para verificar los frenos. Algunos suben a los tanques y abren la portezuela superior, entrando y saliendo del tanque. Un taller portátil está montado bajo un gran árbol. Un soldado hace girar la manivela del fuelle. Otro pega con el martillo sobre el yunque. Otros desmontan un motor y otros verifican la presión de las llantas con un manómetro. Un olor de aceite quemado, de ácido carbónico, de gasolina y de fierro incandescente crea en el bosque una particular atmósfera de patio de taller. (Este es el olor de la guerra moderna, y mejor aún, de la guerra motorizada). Es necesario alejarse un centenar de pasos para sentir el fuerte olor de la orina de los caballos y del sudor humano. Sentados sobre la hierba, frente a sus tiendas, los soldados rumanos limpian sus carabinas, hablan entre ellos a voz alta y riendo. Son todos jóvenes. Todos campesinos. Basta oírles hablar, basta verlos como actúan, como se mueven, como caminan; basta ver como sostienen sus fusiles en el puño, como desmontan el obturador, como ven el cañon de sus rifles, para comprender que son campesinos.

Sus oficiales, un capitán y dos subalternos, caminan de arriba a abajo en la orilla del pantano, pegándose en las botas con sus fustas. (Bajo la orilla de las botas, cerca de la rodilla, esta pegada una roseta de oro que es el distintivo de la caballería). Un grupo de jóvenes campesinas se ha acercado al campamento, ofreciendo cerezas, fresas, cazos llenos de una especie de yogurth que aquí llamamos leche búlgara. Del cielo llueve un largo e intenso zumbido de insectos. Los soldados alzan la vista. Son tres aviones soviéticos. Altísimos. Van hacia Husci. Durante la noche los aviones soviéticos duermen. Se alzan al amanecer y vuelan por el cielo toda la mañana, hasta desaparecer cerca de mediodía. Regresan al ocaso. Van a soltar bombas sobre Jassy, sobre Galatz, sobre Braila, sobre Tulcea, sobre Bucarest. También los alemanes levantan la vista. Observan en silencio los aviones enemigos. Después se ponen a trabajar nuevamente.

Los veo trabajar, veo como mueven las manos, como toman los objetos, como se encorvan sobre el cofre. Son los mismos soldados que he visto "trabajar" sobre las calles de Banato, frente a Belgrado. Los mismos rostros fríos y atentos, los mismos gestos calmados, lentos, precisos, la misma grave serenidad, la misma desatención de todo aquello que no forma parte de su trabajo. Pienso que seguramente tienen el mismo carácter técnico de esta guerra, eso que impone su estilo a los combatientes. Más que soldados listos para combatir, parecen obreros trabajando, afanados alrededor de una máquina compleja y delicada. Se agachan sobre las ametralladoras, aprietan el gatillo, manejan el lúcido obturador, toman la doble manija de un arma antiaérea, con la misma delicada rudeza, quiero decir, con la misma brutal delicadeza con la cual aprietan la tuerca de un tornillo, controlan con la palma de la mano, con solo dos dedos, el movimiento de un cilindro, el juego de un tornillo, el respiro de una válvula. Salen de las cúpulas de los tanques como si escalaran las escalerillas

de fierro de una turbina, de una dínamo, de una caldera. Sí, realmente parecen obreros trabajando en lugar de soldados en guerra.

Su mismo modo de gesticular, de hablar, de caminar, es aquel de los obreros, no de los soldados. Los heridos tienen aquel aire quieto y un poco rabioso de los obreros heridos por un accidente de trabajo. Hay en su disciplina, aquella soltura, aquella simplicidad de modales que reina entre los obreros de un mismo equipo. Su mismo espíritu de cuerpo es un espíritu de **équi**pe, un espíritu de conjunto y al mismo tiempo de especialidad. Están apegados a sus afecciones, a su conjunto, como obreros a sus máquinas: como electricistas a su dínamo, como mecánicos a su torno, a su caldera, a su laminadora. Sus oficiales son los técnicos; los suboficiales son sus cabezas obreras, sus cabezas de grupo, (los "maestros" de México⁽¹⁾). No hay ni siquiera un oficial en esta pequeña columna de tanques. El grupo de Panzerwagen está comandado por un sargento. Un cabo comanda los veinte carros. Son todos obreros especializados. Quiero decir que son especializados en su trabajo: saben todo aquello que deben hacer, dónde deben ir, cómo deben comportarse en cada circunstancia.

Ahora la columna está lista para partir. Los mecánicos ya llenaron los tanques de gasolina, tres Panzerwagen se han puesto a la cabeza, el cuarto a la cola. Los motores, al mínimo, resuenan dulcemente. El motociclista mensajero no ha regresado aún. El sargento ordena apagar los motores. Todos se sientan sobre la hierba, se ponen a comer.

El sol apenas salió, el bosque suena maravillosamente por el canto de los pájaros, las hojas de los árboles se coloran de rosa, el agua del estangue se tiñe de verde poco a poco. Los troncos de los árboles relumbran, parecen barnizados de fresco. Los soldados me invitan a comer con ellos, me siento sobre la hierba, el cabo exprime sobre una rebanada de pan negro un poco de

1).—I. del T.

queso de un tubito de estaño, (parece el tubo de un dentrífico) y lo coloca sobre el pan con un cuchillo. Me pongo a comer con ellos. He dejado en el camión una botella de **zuica**, que es un vino rumano hecho de ciruela. "¿Quieren un poco de zuica?". Los soldados comen y beben sonriendo y hablando, y al rato me doy cuenta de que hay un extraño sentado en medio de ellos, un jovencillo rubio, de cabeza rapada, vestido con un uniforme kaki. Un prisionero.

Es ciertamente un obrero. Tiene la quijada dura, los labios gruesos, los ojos con las cejas salientes. La expresión del rostro es obstinada y al mismo tiempo distraída. Por algunas pequeñas señales me doy cuenta que los soldados alemanes lo tratan con una levísima señal de respeto: es un oficial. Le hablo en ruso. "No, gracias, no tengo hambre". Acepta solamente un poco de zuica. "Ah, ¿sabe hablar el ruso?, me dice el sargento. "Este tipo no sabe una palabra de alemán. No podemos hacernos entender". Pregunto en donde lo aprehendieron. Ayer en la noche, a la mitad del camino, tranquilamente. Apenas vió los tanques hizo un gesto como diciendo: "Es inútil". Estaba armado con pistola. No tenía ya cartuchos. Mientras hablo con el sargento, el prisionero me mira fijamente como si quisiera adivinar lo que decimos. Un rato después, alargando la mano y tocándome en el brazo: "Hicimos todo lo posible", dice. "Mis hombres se batieron. Sólo quedamos dos", agrega arrojando el cigarrillo. "El otro murió por el camino". Le pregunto si el otro era un soldado. "Sí, era un soldado", responde viéndome sorprendido. "Era un soldado", repite, como si sólo ahora comprendiese el sentido de mi pregunta.

Nos ponemos a discutir, yo hablo despacio, buscando las palabras rusas; el prisionero me responde despacio, como si buscara también las palabras, pero por una diversa razón. Sus ojos destilan desconfianza, diría que desconfía hasta de él mismo, no sólo de mí. Le vuelvo a preguntar si quiere comer algo. Sonríe, dice: "Sí, con mucho gusto. Desde ayer en la mañana estoy en

ayunas". El cabo le ofrece un pedazo de salchicha entre dos gruesas rebanadas de pan. "Ocin spassibo, gracias", dice el prisionero. Se pone a comer ávidamente, fijando los ojos en la oruga de un tanque. El sargento que comanda el grupo de los Panzerwagen sigue la mirada del prisionero y después sonríe y exclama: "Ach!". Se levanta, saca de una bolsa una llave inglesa, se agacha sobre la oruga, aprieta un tornillo y todos los soldados ríen, hasta el prisionero ríe. Está un poco desconfiado, le parece haber cometido algo que no debía, algo como una indiscreción, le disgusta haberse dado cuenta del tornillo flojo. "Gracias", le grita el sargento. El prisionero enrojece, también él ríe. Le pregunto si es un oficial de carrera. Me responde que sí. Después me agrega que ha entrado en el ejército sólo de hace dos años. "¿Y primero?", le pregunto. Primero estaba trabajando en un taller mecánico de Charcow, en Ucrania.

Es un stakanovista, un udarnik, esto es, un "atrevido del trabajo". Para premiarlo, lo han hecho entrar en una escuela oficial. Los grupos motorizados del ejército soviético están llenos de ex-stakanovistas de la industria mecánica. "Es un pecado", dice el prisionero, "privar a la industria de sus mejores elementos". Mueve la cabeza, habla lentamente, como con un imperceptible acento de aburrimiento en la voz. Habla como si ya estuviese separado de todo. No puedo hacerme una idea de lo que piensa, de lo que siente en este momento.

Mientras discutíamos, regresa el motociclista mensajero. "Vámonos", dice el sargento. El prisionero se levanta, se pasa la mano por su cabeza rapada, ve con profundo interés los Panzerwagen, los camiones. Sí, ahora comprendo. No le importa más nada de todo el resto, aquello que le interesa es solamente la máquina. Observa atentamente las orugas, las cúpulas abiertas, las ametralladoras antiaéreas montadas sobre las plataformas de los camiones, los cañoncillos anticarro tirados a remolque. No es

un oficial: es un obrero. Las máquinas, y no hay nada más que le interese.

"Vámonos", dice el cabo. Le pregunto qué harán con el prisionero. "Lo consignaremos al primer Feldgendarme que encontremos", me responde. "Hasta luego"; digo al prisionero. Me dice "Dosvidania", después me extiende la mano, me la aprieta, y se acomoda sobre un camión, la columna se pone en movimiento, entra en la carretera, se aleja sonando, desaparece.

Los caballos del escuadrón relinchan, pisotean impacientes, aplastando con la pezuña la brillante hireba verdísima. A una orden de los oficiales, los soldados montan las cabalgaduras. El escuadrón se abre paso. "La revedere", grito. "La revedere", me responden los soldados. El cañón llama, a voz baja, desde allá abajo, en el cercano horizonte.

IV

MAS ALLA DEL PRUT

Shante-Bani, en Besarabia, julio 9.

El tiempo era incierto, un viento vívido y frío soplaba ayer, silbando en las inmensas extensiones de juncos, en donde pastan manadas de bueyes y grupos de caballos. Después de cinco horas y media, como a las diez, estábamos cerca de Stefanesti (de Jasci a Stefanesti, por cerca de ochenta kilómetros, la carretera se desenvuelve a lo largo de la ribera derecha del Prut, en la cresta del amplio valle pantanoso que sólo hace unos pocos días era la señal fronteriza entre Rumania y Rusia) y ya se entreven, en la neblada mañana, toda manchada de sol, los techos de lámina de aquel gran caserío, casi una ciudad, cuando el ruido de motores, y el sonido característico de los proyectiles de la defensa antiaérea, nos aconsejan detenernos y esconder los camiones bajo un grupo de árboles. Después de algunos instantes, las primeras bombas soviéticas explotaban allá abajo, frente a nosotros, entre las casas de Stefanesti. Era un bombardeo violento, insistente: que terminó solamente porque en el cielo se perfilaron los aparatos de una patrulla de "Messerschmitt". La batalla aérea

se desenvuelve entre las densas nubes, fuera del alcance de nuestra mirada, alejándose hacia el cielo de Besarabia. Así podemos ponernos nuevamente en movimiento y entramos a Stefanesti.

De aquella graciosa ciudad del Prut, no ha quedado ya, después de los continuos bombardeos soviéticos, más que un montón de ruinas humeantes. Muchas casas arden; en las desiertas calles, grupos de soldados alemanes pasan llevando camillas piadosamente cubiertas con tela encerada; en una plazuela, detrás de la iglesia, dos grandes autotransportes germanos, bombardeados de lleno, no eran ya sino una masa de fierros retorcidos. Una gran bomba había caído precisamente a la entrada de aquella especie de jardín que hay alrededor de la iglesia, a pocos pasos del pequeño cementerio en donde duermen los soldados alemanes víctimas de los bombardeos de los últimos días. De pie, al centro del crucero, el Feldgendarme estaba rígido, inmóvil, con el rostro inundado de sangre: no se había movido de su puesto.

"¿Para ir al puente?", le pregunto. Levantó su bandera blanca y roja, extendiendo el brazo en la dirección del puente. Y al voltearse, notó cinco o seis muchachos, el mayor tendría unos diez años, que se habían reunido, llenos de miedo, en la puerta del café que está en la esquina de la calle. (En el letrero que colgaba de la puerta, leo maquinalmente: "Café Central de Iancu Lieberman"). El interior aparecía destruido, un poco de humo salía de la puerta. "Weg, Weg, Kinder!" gritó el Feldgendarme con voz dura pero al mismo tiempo bonachona. Sonreía y se secaba con el dorso de la mano el rostro ensangrentado. A aquella voz, los muchachos huyeron en silencio, se escondieron entre las ruinas de una casa cercana. El Feldgendarme nos dice riendo que estaban todo el día mirándolo mover los brazos, agitar el banderín, voltearse para dejar vía libre. "No se van ni siquiera cuando llueven las bombas", agrega. "Me tienen más miedo a mí que a las bombas soviéticas: apenas volteo la espalda...". Y en efecto, los

chicos estaban allá, asomándose con cautela tras un muro en ruinas. "Nichts zu machen", dice el Feldgendarme riendo.

Los puentes que había sobre el Prut para Stefanesti, eran dos, construídos de gruesas vigas de madera: al inicio de las hostilidades, los rusos los volaron. Y parecía que la destrucción de los dos puentes había hecho imposible a los alemanes el paso del río. Y en efecto, en este sector, las tropas germanas no se movieron en los primeros días de la guerra. Ni siquiera un disparo de cañón, ni siquiera un tiro de fusil partía de la ribera rumana contra la soviética. Todo un idilio. La guerra aquí se desenvolvía en el aire, entre los aeroplanos soviéticos que bombardean Stefanesti y las formaciones de cazas germanos apoyados por la "Flak". Pero anteayer, intempestivamente, los ingenieros alemanes, tranquilos bajo el fuego ruso, se metieron a construir un puente de barcazas. Y tres horas después de iniciado el combate, los tanques de una división Panzer recorrían la ribera soviética.

Atravesamos esta mañana el puente de barcazas, cerca de la cual la organización Todt está ya construyendo un segundo puente. Si bien perturbados algo por los continuos bombardeos aéreos, el trabajo prosigue rápido y ordenado, como si las tropas soviéticas estuvieran a cien kilómetros de distancia: y no están a más de una veintena de kilómetros, allá abajo, tras las colinas.

Pasamos bajo el rústico arco triunfal adornado con la hoz y el martillo, que los bolcheviques alzaban en cada puesto suyo de la frontera. Ni una casa de la aldea soviética, antes de Stefanesti, aparece destruída. Los alemanes han deseado respetar las casas de aquellos pobres campesinos rumanos de Besarabia; han pasado el río sin disparar un solo tiro de artillería, con una audacia fría e insolente. Una decena de blancas cruces de acacia están alineadas a un lado de la calle, entre la intacta aldea. Me detengo a leer los nombres de los caídos: son todos muy jóvenes, muchachos de veinte a veinticinco años. Los soldados alemanes bajan

de sus camiones, cortan flores del campo y las colocan sobre las tumbas de sus compañeros.

Miro alrededor. Las casas de la aldea son lindas, con sus paredes blancas por la cal, con los techos de paja. Los marcos de las ventanas son de madera tallada a mano, con bellos adornos tallados. Grupos de mujeres y muchachos, de pie tras las cercas del pequeño jardín que circunda a cada casa, miran pasar la columna motorizada. Los viejos, sentados en los portones, están quietos, la cabeza ligeramente agachada sobre el pecho. No hay jóvenes, ni hombres de treinta a cuarenta años. Muchos niños, muchos muchachos, muy jóvenes y no sin gracia en sus vestidos de colores vivos, con la frente cubierta por un pedazo de tela blanca o roja. Todos tienen los ojos sonrientes, pero el rostro está pálido, de una tristeza casi dura. No es la palidez del hambre, sino un sentimiento que no sabría explicar en palabras. Es todo un complejo moral, del cual, quizás yo hablaré en seguida, cuando yo mismo haya podido comprender el secreto de aquellos ojos sonrientes en aquel rostro pálido y triste.

Es maravilloso ver pastar a las bestias en los prados, los rubios campos de mieses ondulantes al viento, las gallinas escarban entre las orugas de los tanques, en el polvoriento camino. Habíamos dejado hace poco la ribera rumana cubierta de fango, y aquí encontramos el polvo. Y esto depende, creo, del hecho de que la ribera rumana es baja, pantanosa, en contraste con la ribera soviética, que se eleva poco a poco en amplias ondulaciones por los inmensos círculos de un anfiteatro de colinas cubiertas de forrajes y bosques.

Apenas fuera de la aldea, está parada la columna motorizada alemana con la cual debemos proseguir hasta la línea de fuego.

Hacia mediodía, la columna se pone en movimiento. Una altísima nube de polvo se levanta a nuestro paso, ofusca el verde de las colinas, parece el humo de un gran incendio. Las columnas de vanguardia nos preceden de pocas horas, las señales de bata-

lla, alrededor nuestro, están, se puede decir, aún calientes. Y son las señales de encuentros rápidos y violentos, más bien que las trazas de combates reales y verdaderos. El ataque alemán en este sector ha progresado lentamente, pero sin obstáculos: superando con alternativa continua de maniobras y de choques, la movilidad de la defensa rusa, que, apoyada por tanques, lanza frecuentes contraofensivas contra la cabeza y los costados de la columna.

Pero son contrataques conducidos débilmente, más para retardar, que para detener la marcha alemana. Parece, aun así, que desde esta mañana las tropas soviéticas reaccionan con mayor violencia sobre las colinas al este y al norte de Zaicani, a una decena de kilómetros de aquí. El ruido de la artillería, que se acompaña por las explosiones secas de las baterías antiaéreas, se hace de tanto en tanto más ronco.

Procedemos con lentitud. Ya sea por la confusión del tránsito, sea por salvar los obstáculos que los rusos en retirada han sembrado en el terreno. De vez en cuando la carretera se ve obstruída por el cráter de una mina. (Alrededor, en un gran radio, carrocerías de carros deshechas por la explosión, motocicletas retorcidas, cascos de acero esparcidos en la hierba). Palmo a palmo vamos subiendo por la cima de la colina que está sobre Stefanesti, el terreno viene mostrando más frecuentes y profundas las huellas de la lucha. Cada metro está deshecho por los agujeros de los proyectiles. Hasta que en una curva, cargado a un lado, en la orilla de la carretera, se nos aparece un tanque soviético, las largas bocas de sus cañones apuntan hacia el valle. Es aquí donde la batalla se ha adelantado largamente, rabiosa y tenaz. El tanque ruso estaba solo, apoyado por exiguos grupos de fusileros del Turkestan, atrincherados aquí y allá en los campos de trigo y en los bosques. Parece casi que el aire esté lleno del sonido de las explosiones, suspendido sobre nosotros con aquella vibración larga que sigue a las roncadas explosiones de artillería. Nubes de

pequeños pájaros grises vuelan rozando el trigo junto con una lluvia de balas de ametralladora.

Durante el breve alto, impuesto por una de las tantas interrupciones de la carretera, bajamos a observar el terreno de la lucha. El tanque soviético está partido en un lado, del cual salen los interiores de hierro retorcido. Por todos los lados que buscamos ni un cadáver ruso. Las tropas bolcheviques, cuando es posible, se llevan con ellas sus propios muertos. Siempre les quitan los papeles que llevan consigo y los distintivos de los batallones a que pertenecen, un grupo de soldados alemanes se retarda para observar el tanque. Parece que asisten a una junta, a una reunión de expertos. Aquello que interesa sobre todo a los soldados alemanes, es la calidad del material enemigo y el modo como éste viene siendo usado sobre el terreno: es la técnica soviética, quiero decir, en su doble aspecto industrial y táctico. Observan las pequeñas trincheras cavadas por los rusos, los casquillos de los cartuchos, los fusiles abandonados, los agujeros de las granadas en torno al tanque, examinan el acero del vehículo, el mecanismo de sus dos cañones, y mueven la cabeza diciendo: "Ja, ja, aber...". El secreto del éxito alemán está en gran parte en este "aber...", en este "pero...".

Nuestra columna se pone nuevamente en movimiento, salen de nuevo batallones de infantería, trenes de artillería, escuadrones de caballería. El ruido de los motores rasga la roja nube de polvo que cubre las colinas. Fríos rayos de sol cortan aquel denso hollín y brincan sobre el acero de los carros, sobre la grupa de los caballos blancos de espuma. Heladas ráfagas de viento forman en el polvo bodeques cortantes de tierra. La boca se llena de arena, los ojos arden, los párpados sangran. Estamos en julio y el frío es intenso. ¿Cuántas horas hace que estamos en camino? ¿Cuántos kilómetros habremos recorrido? Es ya el ocaso, la humedad de la noche inminente hace más pesadas las nubes de polvo, empañía el acero de los carros. El cañón pega en el horizonte

como un inmenso madero. El ruido se acerca, se aleja, en un alterno cambio de ecos sonoros sofocados.

A cierto punto, un motociclista transmite a la columna la orden de detenerse y de disponerse al descanso en un prado que circunda la carretera, a la entrada de un bosque. En breve tiempo la columna asume la formación prescrita para la siesta nocturna. Un rumor de motores baja del cielo sobre las colinas y sobre los valles ya húmedos de sombra. "Allá abajo se combate", me dice el teniente Lauser, un joven de Lipsia, de espaldas atléticas y juveniles ojos tras los gruesos anteojos de miope (es Dozent en cualquier universidad si no me equivoco), y me señala un punto del próximo horizonte donde la nube de polvo es más alta, más densa, parecida al humo de un incendio.

Una noche verde se posa ligera sobre los árboles y el trigo. Por la carretera pasan algunas ambulancias cargadas de heridos. ¡Cuán diversos los heridos de esta guerra de aquellos de la guerra de hace veinticinco años! Lo he dicho otra vez: parecen obreros víctimas de un accidente de trabajo, más bien que soldados heridos combatiendo. Fuman en silencio, un poco pálidos. Un autobús de la C.F.R. de Budapest, solicitado por el servicio sanitario, se detiene por algunos instantes cerca de nuestra columna. Está lleno de heridos ligeros, muchísimos tienen la cabeza vendada. Un tanquista alemán tiene los dos brazos vendados hasta los hombros. Un compañero le mete entre los labios un cigarrillo encendido. La amplia boina vasca de paño negro, inclinada sobre el ojo. El tanquista fuma en silencio, viéndose por todos lados. Se diría que no sufren. Seguramente el dolor no puede nada sobre aquellas almas íntimamente distraídas del sufrimiento de las heridas, sobre estas almas ausentes, secretamente absortas. Pasan aquellos rostros pálidos en la noche verde.

Los soldados de nuestra columna se sientan sobre la hierba, comen rebanadas de pan con mermelada, beben el té que han llevado en los termos, gritan, bromean entre ellos, hablan en voz

baja. No hablan de la guerra. He observado que no hablan jamás de la guerra. Cantan, pero casi siempre por cuenta propia, no en coro. Terminado el breve refrigerio, se meten alrededor de los camiones, aprietan tornillos, tuercas, lubrican los engranes, se acuestan bajo el vientre de los carros a verificar, a ajustar. Después, cuando ha llegado la noche, se envuelven en las cobijas, durmiendo sobre los asientos de sus respectivos carros. Me envuelvo también yo en mi cobija, trato de dormir.

Un fulgor nace poco a poco, y es el fulgor de la luna. Yo pienso en la retirada de las tropas soviéticas, en aquella triste solitaria, desesperada lucha suya. No es la clásica retirada rusa, aquella de Guerra y Paz, la retirada en el fragor de los incendios, sobre las calles llenas de fugitivos, de heridos, de armas abandonadas. Es esta una retirada, que deja en el aire la fría, vacía, desierta atmósfera de los patios de las fábricas después de una huelga frustrada. Cualquier arma por tierra, cualquier indumento, cualquier parte de la armazón de un camión.

Una enorme huelga y frustrada. No hay seguramente, en este campo de batalla, ningún Andrea Wolkonski extendido en el trigo, como en la noche de Austerlitz: sino sólo algún stakanovista de los tanques, algún fusilero del Turkestán. Al rato, oigo pasar gente por la carretera. Después, de improviso, una voz ronca, una voz triste. Habla en ruso y dice: "Niet, niet", con insistencia, como un grito. dice: "Niet", (no), como una protesta. El pisoteo se aleja. No puedo ver la cara de los prisioneros, y poco a poco me adormezco, me sumo a ojos cerrados dentro de la voz del cañón.

V

TECNICA Y MORAL OBRERA

Zaicani, en Besarabia, julio 6.

Ayer, mientras nuestra columna avanzaba del Prut hacia Shante-Bani, en un paisaje verde orlado de nubes rojas (eran precisamente nubes rojas, parecían anuncios de propaganda comunista pegados en el cielo), y se desenvolvía en torno a mí, sobre la pantalla de campos de trigo, en aquella maravillosa riqueza de trigo ya listo para la cosecha, el escuálido film del campo de batalla, esparcido de tanques soviéticos reventados por las granadas, de carros arruinados, de fusiles rotos, de casquillos de cartuchos, me dije que hasta cierto punto ésta no es una guerra como las otras, y que seguramente la tarea de un atento observador, de un testigo sereno y objetivo de esta campaña de Rusia "modelo 1941", debería ser mucho más diversa de la misma tarea de un testigo sereno y objetivo de cualquier otra guerra.

Me he dicho que aquello que importa no es describir los armazones de los tanques, las carroñas de los caballos, las señales, en suma, de la batalla, las cuales se presentan a la mirada, sino de intentar captar el significado profundo, el sentido secreto de

esta guerra singular, de poner en luz su particular, inconfundible carácter; de notar objetivamente, sin inútiles y estúpidos partidarismos, todos los elementos característicos de esta guerra, elementos que no se encuentran en ninguna de las campañas combatidas hasta ahora en Polonia, en Francia, en Grecia, en Africa, en Yugoslavia. Carros destruidos y caballos muertos, pensaba, se encuentran en todos los campos de batalla. Son los elementos inevitables de cada guerra. Pero para poder proporcionar al lector los elementos de un objetivo juicio moral, histórico, social, humano, más bien que estratégico, hay mucho más que decir y de otro interés, sobre esta campaña contra la Rusia soviética.

La primera cosa a poner en claro, es que no se trata de una guerra fácil, de un enemigo fácil. Un eventual juicio moral sobre el Estado soviético, no contrasta con el reconocimiento de las enormes dificultades a las cuales el ejército germano debe hacer frente en esta guerra. Las tropas soviéticas combaten ásperamente, se defienden con tenacidad y bravura. Se agrega que, aun si las divisiones rusas se retirasen sin oponer resistencia, la avanzada alemana en este frente no se desenvolvería con ritmo diverso. Es ya un milagro que se logre avanzar pocos kilómetros al día sobre este espantoso terreno.

Ayer he temido, en cierto punto, que nos debiésemos detener, renunciar a seguir adelante. Imagínese millares y millares de autotransportes, (tanques, remolques de artillería pesada y ligera, tanques de gasolina, convoyes de municiones, carros hornos, carros calderas, ambulancias, carros antiaéreos, etc., etc.), imagínese que estos millares y millares de carros pesados encolumnados sobre estrechos senderos del campo, donde se entierra hasta la rodilla en una arcilla negra, durísima, viscosa, elástica, que los soldados alemanes llaman Buna, con el nombre del hule sintético. A las dificultades del terreno, agréguese una defensa soviética movidísima, obstinada, empeñosa y técnicamente eficaz

y después júzguese si esto no es bastante para explicar las dificultades de la avanzada alemana.

Para comprender, de otra parte, las razones verdaderas de la inferioridad del ejército ruso en comparación al alemán, no es absolutamente necesario recurrir a los argumentos polémicos: al cómodo sistema (al cual no recurriré nunca por ninguna razón) de denigrar al adversario o describirlo vil o inepto. Basta ver de cerca esta horrible máquina de guerra que es el ejército alemán. Estaba esta mañana parado en la orilla de la colina que baja a la aldea de Zaicani. Adelante de nosotros volaba la nube de polvo rojo de la batalla. El cañón tronaba sin reposo. Formaciones aéreas alemanas y soviéticas giraban altísimas sobre nuestras cabezas, entre enormes nubes blancas.

Y allá abajo, a los lados de la colina, al fondo del valle, sobre la pendiente opuesta, por millares y millares, en todo lo que podía abarcar mi mirada, aquello que yo veía avanzar lentamente, no era un ejército, sino un inmenso taller ambulante, un formidable establecimiento metalúrgico móvil. Era como si las mil chimeneas y las mil grúas, y los mil puentes de hierro, los miles de castillos de acero, los miles de ruedas dentadas, los miles y miles de engranajes, los cientos y cientos de altos hornos y laminadoras de toda la Vestfalia, de todo el Ruhr, se hubiesen puesto en movimiento por la inmensa extensión de los campos de trigo de la Besarabia. Era como si un enorme Taller Krupp, una formidable Essen, caminasen al asalto de las colinas de Zaicani, de Shofroncani y Bratosceni. No tenía bajo los ojos un ejército, sino una gigantesca fábrica de acero, en donde una multitud de obreros aparecía atenta al trabajo, en un orden que en todo momento escondía a los ojos la inmensidad del esfuerzo. Y aquello que más maravillaba, era el ver esta gigantesca fábrica móvil de acero, dejar a su paso no ruinas humeantes, no montones de escombros, no campos destruídos, sino aldeas serenas e intactas extensiones de sembradíos de trigo.

Estaba cercano al soldado Karl, artillero anticarro. “Los rojos se retiran”, me dijo Karl, señalándome la nube roja que se levantaba al este de Bratosceni, a cinco o seis kilómetros adelante de nosotros, sobre la colina que está tras Zaicani. Al principio, pensé que fuera una nube de humo; que los rusos, retirándose, incendiaran campos y aldeas. “Nein, nein”, exclamó Karl moviendo la cabeza. No, no, los rojos no destruyen los campos y las aldeas. No implica ningún elogio a las tropas soviéticas el hecho que ellos respeten las cosechas y las aldeas. Es la misma técnica de la guerra moderna que respeta los campos. Sólo las ciudades están expuestas a las ofensas. Las ciudades con los centros de conjunción o de producción, de los medios técnicos, de los materiales, de las máquinas, etc. Son ellas mismas una máquina de guerra. Los ejércitos modernos dirigen su mira a destruir el complemento técnico adversario: no los campos, no las aldeas. Es la máquina, en el sentido exacto de la palabra, quien destruye la máquina enemiga. Apagado el fragor de la batalla, pasada la gigantesca fábrica móvil de acero, se oyen nuevamente, como después de la tempestad leopardina, las voces de los animales, el murmullo de los vientos en los campos de trigo.

Ayer en la mañana, apenas atravesado el Prut, y ayer en la noche en Shante-Bani, las vacas rozaban con los cuernos las paredes de acero de los tanques pesados, las gallinas rascaban entre los orugas de los tanques. Los puercos gruñían en los patios. Los campesinos ofrecían a los soldados largas rebanadas de pan blanco. Pocas horas hace, en una aldea cercana a Zaicani, un puerco ha terminado bajo las ruedas de un camión. Algunos soldados se han reunido alrededor del cerdo muerto; se veía que “se morían” de las ganas de llevárselo para comerlo frito, y se lo llevaron, de hecho, después de haber compensado al propietario, un viejo campesino, con cualquier centenar de lei. Parecía a todos un hecho natural, y al campesino antes que a los otros, aquel tranquilo mercado, aquel pacífico contrato, al margen de la batalla.

Los soldados, recogido el puerco, se regresaron riendo a sus transportes, con aquella simplicidad en la alegría que es carácter más visible en estos soldados-obreros. Me sorprendía profundamente, de parte de ellos, aquel respeto casi obvio de los derechos de los campesinos y, de parte de los campesinos, aquel aceptar simplemente, también como cosa obvia, el reconocimiento de sus derechos. Y seguramente regía sobre todo esto, no solo un principio moral, sino la misma influencia que tiene sobre la moral del pueblo la precisión de la técnica moderna, de la máquina, del trabajo industrial. Porque está fuera de duda que en los soldados-obreros, la técnica acaba por influir profundamente sobre sus principios morales, para convertirse ella misma en un elemento moral.

Habíamos dejado sólo pocas horas antes la aldea de Shante-Bani, y ya los especialistas del genio trabajaban para extender una línea telefónica sobre el camino de la avanzada, inmediatamente a espaldas de las columnas de vanguardia. Escuadrones de soldados están cortando, con una sierra portátil, movida por un pequeño motor de explosión aplicado al mango, troncos de acacia; otros, con una pequeña hacha, quitan la corteza a los troncos; otros los despuntan; otros los perforan con un barreno para introducir los aisladores de porcelana; otros, en tanto, excavan, a regular distancia uno del otro, los agujeros donde plantarán los postes; y en breve, una larguísima hilera rectilínea de postes blancos, corta la colina, el valle, la colina de enfrente, atraviesa el bosque, desaparece a la mirada en dirección a Stefanesti. Y ya, trepados en la punta de los postes, con los zapatos dentados en los pies, los ingenieros extienden el brillante alambre de cobre. Es un trabajo del cual no se sabe si admirar más la rapidez, la precisión o el orden.

Donde los ingenieros están plantando en el hoyo el último poste, aquel más cercano a nosotros, un grupo de soldados intenta excavar las fosas de un pequeño cementerio. Construye las cru-

ces de blanca madera de acacia, e inscribe sobre las cruces, con un fierro ardiendo al rojo vivo, los nombres de los caídos; y los gestos de estos soldados, sus movimientos, tienen la misma armonía, la misma simplicidad, quiero decir la misma precisión, de los gestos y movimientos de los ingenieros que construyen la línea telefónica; o de aquellos mecánicos, ahí cerca, que están reparando un motor; o de aquellos ametralladoristas que unen las partes de una ametralladora antiaérea sobre aquel camión cercano a mí. Hay en los gestos, en los movimientos de todos estos soldados, una misma claridad, una misma sobriedad, que a mí me parecen el reflejo de una humanidad no fundada solamente en sentimientos, sino en un principio moral unido a la técnica, quiero decir, algo de profundo y al mismo tiempo abstracto, algo de profundamente íntimo y puro.

Arribamos a Zaicani en las primeras horas de la tarde. Las tropas soviéticas han dejado la aldea hace pocas horas solamente. Me pongo a pasear entre las casas y los huertos. En la orilla que está tras la bella iglesita blanca, de las cúpulas de latón claro, centenares de ánades se mecen indolentes entre las altas hierbas acuáticas. Manadas de caballos pastan en los prados, las gallinas rascan en el suelo, las vacas forman, en el verde, blancas manchas sobre la pendiente de la colina. Pandillas de muchachos corren a admirar las máquinas alemanas; las mujeres se asoman por los jardines riendo; los viejos se sientan en los portones de las casas, las frentes cubiertas de un alto gorro de pelo de ternera: es la misma escena, la misma absurda escena de estas aldeas, serenas y un poco tímidas en el surco de la batalla.

Me detengo frente a una iglesita de campaña, una de aquellas rústicas iglesitas del campo, que se encuentran en cada encrucijada de montaña, hasta en nuestras provincias del Alto Adige. Pero no está la Cruz, no está el Cristo de madera pintada. La iglesilla aparece barnizada recientemente por la mano piadosa de los habitantes: pero el Cristo no está, no está ya la Cruz. Un

campesino se me acerca, se quita la gorra de pelo, la cacicula, y se hace la señal de la cruz. Me dice: "los bolcheviques no querían ni imágenes ni estatuas de Cristo. ¡Eh! No las querían", y se pone a reír, como si de la impiedad comunista no pudiera hacerse otra cosa que reírse de ella. Un oficial alemán me dice más tarde, que los jóvenes de la aldea no parece que piensen igual que los viejos. Tienen el aire de no importarles.

Entro en la iglesia. Todo está en orden, todo está limpio, los muros aparecen blanqueados recientemente: pero no hay santos, no hay cruces, nada que recuerde el culto a Cristo. Hasta las cruces levantadas sobre las cúpulas de las iglesias han desaparecido. Algunas mujeres me dicen: "Han sido los bolcheviques quienes han quitado las cruces. ¡Eh! No querían saber nada de ellas", y ríen, como si también ellas tomaran la impiedad con risa. Pero en tanto se persignan y después besan la punta de los dedos.

El Comando de nuestra columna se ha metido en la escuela de la aldea. Estaremos en Zaicani pocas horas solamente; pero ya la centralilla telefónica del Comando funciona. Los soldados mecanógrafos trabajan ya sobre las máquinas de escribir. El aula de la escuela es linda, los muros han sido blanqueados con cal hace poco. Los bancos son nuevos, pero ya manchados de tinta y tallados por los cortaplumas de los muchachos. En una pared está colgado un cartel en ruso con el horario de las lecciones. Es un horario demasiado complicado para una escuela rural. Muchas horas a la semana son dedicadas a la "moral proletaria". Mientras regreso hacia la columna, las baterías de la "Flak" comienzan a disparar rabiosamente. Una formación de veintitrés bombarderos soviéticos pasa sobre nuestras cabezas, a cerca de mil quinientos metros de altura. Se distinguen claramente, entre el cielo azul y blanco, las siluetas de los "Martin Bomber". Los proyectiles anti-aéreos explotan muy cerca de los aparatos. La patrulla de cola se desbanda; vuelve a acomodarse. Se dirigen hacia el este, regre-

sando de cualquier acción de bombardeo sobre nuestra retaguardia.

Después de algunos segundos, dos cazas alemanes rasgan velocísimos el cielo. Persiguen a la formación soviética, que desaparece dentro de una gran nube suspendida en el horizonte.

"La aviación rusa está muy activa en estos días", me dice un oficial de estado mayor de nuestro comando, el capitán Zeller, "Bombardean los puentes del Prut, atacan nuestras columnas de retaguardia. Nos perturban, pero hacen poco daño".

Me habla de la resistencia de las tropas soviéticas, y me habla como militar, sin exageración, objetivamente, sin expresar ningún juicio político, sin valerse de ningún argumento que no sea de orden técnico. "No logramos hacer más que pocos prisioneros, porque se baten hasta lo último. No se arredran. Su material no se puede comparar con el nuestro, pero lo saben aprovechar".

Me confirma que en este frente las divisiones soviéticas están compuestas principalmente de elementos asiáticos. Sólo los grupos de especialistas son rusos. Vamos a ver a dos oficiales prisioneros, dos tenientes, un piloto y un tanquista.

"Son muy primitivos", observa el capitán Zeller. Es el único juicio de orden no técnico que le ha salido de los labios. Y es, a mi parecer, un juicio erróneo: un juicio "burgués".

El teniente piloto fuma lentamente, mirándonos con insistencia. Observa mis insignias de oficial de los Alpinos con evidente curiosidad. Pero no habla. De los dos, me dicen, es el más reacio a hablar. Se ha rehusado a hacer cualquier declaración. Tiene el aspecto de un hombre del pueblo, seguramente de una familia campesina. Tiene la cara angulosa, rasada, la nariz un poco larga. Se lanzó con el paracaídas del aparato en llamas. Cuando se ven forzados a aterrizar entre las líneas alemanas, la mayor parte de los aviadores rusos se defienden con la pistola. Este estaba desarmado. Al descender con el paracaídas la pistola se le había

salido de la funda. Se ha dejado capturar con indiferencia. El teniente tanquista es de una estructura sólida y maciza. Tiene una cara dura, de lineamientos toscos. Es seguramente de origen obrero. Es rubio, tiene los ojos claros, las orejas más bien grandes. Fuma sonriendo. Me mira. Le dirijo la palabra en ruso. Me dice que le disgusta el haber sido aprehendido.

“¿Quieres regresar a combatir?”

No me responde. Después dice que no es culpa suya. Ha hecho su deber. No tiene nada de que arrepentirse.

“¿Eres comunista?”. No me responde. Me dice después que ha sido obrero algunos años en una fábrica de cojinetes de esfera, en Gorki; que en un tiempo se llamaba Nijni Novgorod. Observa a algunos soldados que están desmontando el cilindro de un motor. Se ve que le gustaría ponerse también él a trabajar alrededor de aquel motor. Tira el cigarrillo, se quita la gorra, se rasca la cabeza. Tiene el aire de un obrero sin trabajo.

Por la noche, nuestra columna se pone nuevamente en movimiento. Adiós, Zaicani. Las ruedas de los camiones se entierran en el fango hasta los ejes. Se necesita impulsarlos a fuerza de brazos. Pasamos un largo tren de artillería, cada parte, cada cajón de municiones, es tirada por ocho, por seis parejas de caballos. Un escuadrón de caballería se perfila en la orilla de la colina, contra el cielo lleno de blancas nubes, que el sol corta por dentro con tórbidos rayos sanguíneos. Después de algunos kilómetros se aparece, en una verde cuenca, la aldea de Shofroncani. Las colinas de su alrededor están aún bañadas de luz, pero ya la cuenca donde posa el valle está cubierta de una densa sombra húmeda. Un rato después, un ruido de aviones baja de las nubes; una bomba cae sobre las casas de Shofroncani; después otras, después otras más. Las llamaradas rojas de las explosiones abren la sombra allá abajo, frente a nosotros. De improviso, una columna roja se alza de un extremo de la aldea, una terrible explosión se propaga de colina en colina. Deben ser dos o tres aparatos,

no más. Pero dos cazas alemanes cortan el cielo purpúreo del ocaso, y se dirigen contra los bombarderos soviéticos. Un “Martín” se precipita en llamas hacia el bosque, cerca de Bratosceni. Poco después un motociclista nos advierte que el puente de Shofroncani ha sido destruido y que una bomba ha caído sobre dos autotransportes cargados de municiones. Hay muchos muertos. Nuestra columna debe detenerse sobre la colina y esperar que el puente sea reconstruido. Estaremos, sin duda alguna, por muchas horas. Algunas casas de Shofroncani arden. A nuestra derecha, a poca distancia de nosotros, baterías de obuses disparan sin cesar, se oye lejano el sonido de las explosiones. Aquí y allá, en la transparente noche, resuenan los disparos de algunos soldados rusos dispersos. Una luna pálida y solemne se eleva lentamente del trigo.

VI

MIREN BIEN EN LA CARA A ESTOS MUERTOS

Bratosceni, julio 7.

Es ya medianoche cuando la columna se pone nuevamente en movimiento. Un viento frío corta de sesgo el vidrio liso del aire. Es un aire transparente, de los reflejos de agua bajo la luna. Bajamos hacia Shofroncani. Una casa, al fondo de la aldea, arde aún. Más que una aldea, Shofroncani es un gran caserío agrícola, con las blancas casas esparcidas entre tupidos árboles de nueces, de álamos, de tilos. Tenemos órdenes de ir a colocarnos sobre la colina de enfrente, para proteger el flanco izquierdo de la columna pesada, empeñada en un duro combate en las cercanías de la aldea de Bratosceni. Se necesita hacerlo rápidamente. Habíamos perdido ya mucho tiempo frente al destruido puente de Shofroncani. Los camiones se entierran en el fango. La carretera, si así puede llamarse a esta especie de sendero, está cubierta de un espeso extracto de polvo impalpable, que a cada sople de viento se levanta en densas nubes rojas; pero cada cuando, en donde el terreno arcilloso retiene el agua de la lluvia, o donde un arro-

yo atraviesa el sendero, un lodo viscoso chupa las llantas, chupa la cadena, los carros se entierran lentamente en la Buna como en la arena movediza.

Los soldados empujan los camiones a fuerza de brazos. En el furioso rugido de los motores, el ronco respiro de los hombres tiene cualquier cosa de felino.

Con la luna ya en lo alto, en la noche ya densa, los soldados soviéticos dispersos en los bosques, en los campos de trigo, disparan contra nosotros. El silbido de las balas pasa muy alto sobre nuestras cabezas. Nadie tiene el aire de preocuparse. Se necesita otra cosa para distraer a estos soldados-obreros de su trabajo. El motociclista del teniente Weil, mientras llevaba una orden a Zaicani, ha sido blanco de algunos disparos de ametralladora. No son francotiradores en el sentido exacto de la palabra: son soldados soviéticos desbandados. Disparan contra los hombres aislados, contra los lados y la espalda de la columna.

Así llegamos a Shofroncani, atravesamos el puentecillo de madera que los ingenieros han reconstruido en pocas horas: los troncos de árbol, lanzados sobre burdas vigas, se bambolean, saltan, se doblan bajo el peso de los camiones. Los habitantes de la aldea han huído hacia el bosque, para librarse de los bombardeos soviéticos. Sólo han quedado los perros, ladrando dentro de los patios, en torno a las casas vacías. Nos toma más de una hora atravesar la aldea. Debemos empujar e impulsar los carros con los brazos. El fango se me cuela por toda la pierna, me llena las botas. Tengo hambre. Tengo aún una rebanada de pan, un poco de queso.

Allá abajo, frente a nosotros, las explosiones de las granadas rasgan la noche con rojos resplandores. El ruido de los grandes proyectiles tapa el rugido de los motores. Un oficial grita, tiene una voz metálica, dura y cortante. En cierto punto, nuestro camión cae en un hoyo lleno de lodo. Debemos esperar a que un camión con orugas atrás lo saque a remolque, lo arranque a viva

fuerza de la tenaza viscosa y elástica de la Buna. Mi cámara fotográfica ha quedado en el fondo del hoyo. Me disgusta por el rollo ya tomado. Pero, para consolarme, pienso que me podría ir peor. Más allá, pasamos las últimas casas de Shofroncani y llegamos a la pendiente de la colina. La carretera está intransitable. Los camiones arrancan para salir, pero resbalan retrocediendo. Es mejor irse de lado a través de un campo de soya. Las ruedas hacen apoyo sobre las largas hojas, sobre los largos tallos fibrosos.

Una ametralladora nuestra comienza a disparar sus ráfagas en la inmensa y ondulada extensión de los campos a nuestra izquierda, para dispersar cualquier núcleo soviético anidado entre el trigo. Es ya el alba, cuando nuestra columna llega al tope de la colina. Allá adelante, en la orilla de una floja altura desnuda de árboles y dorada de mieses, un tanque soviético se perfila contra el cielo claro. Se mueve lentamente, bajando hacia nosotros, disparando. Se detiene, dispara con el cañón de proa. Se pone nuevamente en movimiento, se oye indistintamente el estrépito de las orugas: parece rastrear el aire, buscar una huella invisible entre los surcos.

Al poco rato comienza a disparar con las ametralladoras, pero sin furia, como si quisiera probar sus armas. Después baja veloz por la pendiente, hacia nosotros, pero retrocede con larga vuelta, disparando con el cañón. Se decía que está buscando, que está llamando a alguien. Hasta que surgen del trigo algunos hombres, caminan derechos; otros surgen aquí y allá; serán entre todos unos cien. Debe ser cualquier batallón de retaguardia, o algún batallón que ha quedado cortado del grueso del ejército. Los hombres parecen excitados. Buscan una vía de escape: "Ar-me Leuts", (pobre gente), dice junto a mí el teniente Weil.

Y he ahí que los soldados soviéticos se ponen a bajar hacia nosotros disparando. Después, de improviso, desaparecen. Debe haber una gran zanja en la pendiente de la colina, cualquier plie-

gue en el terreno en aquel punto. Se ven alrededor del tanque los remolinos levantados por los proyectiles de nuestros morteros. El crepitar de las ametralladoras se propaga a lo largo del flanco de nuestra columna, como el estremecimiento de un cierre metálico. Después, algunos soldados alemanes apuntan hacia nuestra derecha, allá abajo, caminando agachados, disparando. Avanzan en cadena, haciendo fuego con los fusiles ametralladoras. Una pieza antitanque dispara algunos golpes contra el tanque soviético. Y luego dos Panzer alemanes se colocan sobre la orilla de la colina, precisamente a espaldas del tanque ruso. Nuestra columna recibe la orden de seguir adelante, en apoyo de los elementos de punta. Los rojos se retiran lentamente, sin dejar de hacer fuego.

Bajamos de la colina, descendiendo por la pendiente opuesta. Un soldado alemán, herido en una pierna, está sentado en el suelo. Ríe, secándose con el dorso de la mano la cara sucia de lodo. Un enfermero se le acerca riendo, se le hinca junto y se pone a limpiarle la herida. Los rusos se retiran lentamente, caminando derechos entre el trigo, disparando. El tanque soviético yace deshecho a un lado.

Poco después, la voz enorme de un altoparlante grita: "Achtung, achtung". Y rápidamente los acordes de un tango interrumpen, llenos de sonidos metálicos, de la garganta de un gran embudo fijado sobre el techo del carro de sonido de la P.K., de la Propaganda Kompanie. Los soldados gritan de gusto. Aquella fragorosa música se acompaña del ruido de los motores, del crepitar de las ametralladoras, de la estridencia de los dientes de las orugas.

"Ich habe dich lieb, braune Madonna...", canta la brutal voz del altoparlante. La columna se detiene; el silbido rabioso de las ráfagas de ametralladora nos pasa sobre la cabeza. Me acerco al teniente que comanda el grupo de la P.K. agregado a nuestra columna. Le ofrezco un cigarrillo y me doy cuenta que extiende la mano buscando a tientas el cigarro, como un ciego. Ha perdi-

do los anteojos. Ríe, se acaricia un párpado con dos dedos, y dice: "Es la segunda vez, desde el principio de la guerra, que me sucede perder los anteojos. Entré a París a tientas".

La columna se pone en movimiento. Después de un poco, pasamos cerca del tanque ruso deshecho. Algunos muertos soviéticos están tirados a su alrededor, entre el trigo. Dos están acostados bocabajo, las piernas abiertas; los otros yacen abandonados a un lado. Serán unos veinte, esparcidos aquí y allá. Son mongoles casi todos. Sólo dos me parecen rusos. Un enfermero se separa de la columna y se acerca a los caídos, los toca, los examina uno a uno: la columna se detiene. Los soldados se bajan de los camiones viendo a los muertos.

"Nichts zu machen", (no hay nada que hacer), dice el enfermero.

Están vestidos algunos con un paño gris oscuro, con unas como listas azules y rojas, otros de kaki. Todos tienen botas. Llevan gorras, no casco de acero. Dos de ellos, de los cuales uno es mogol, tiene la cabeza cubierta con una especie de casco de cuero, como aquellos que usan los aviadores. Debían formar parte seguramente de la dotación del tanque. Extraños estos muertos de esta guerra. Yacen entre el trigo, como una aparición arbitraria. Así extraños, también para éste cielo inmenso, apoyado levemente en la cima de la colina. El respiro del trigo se difunde en el aire con tonos verdes y amarillos. El viento pasa en los campos como una ola; la ola de trigo bate el horizonte, se oye el largo y misterioso murmullo de las mieses. Los muertos, como náufragos dejados a merced de la tempestad. Lanzados a la ribera de la dulce ola del trigo.

El sol surge nítido en la fría mañana. De la aldea de Bratosceni, un poco atrás de nosotros, surge un ronco canto de gallos, un mugido de bueyes. Grupos de campesinos se asoman preocupados a las cercas de sus casas; algunos salen a gatas de los inmensos pajares. Las mujeres y los niños han dormido escon-

didós entre la paja. Extraña guerra. El acero gris de las columnas blindadas, roza las aldeas, roza la delicada ola del trigo, roza las frágiles construcciones de paja empastadas con malta: las roza sin tocarlas. Parece un milagro, y no es más que el resultado de una técnica llevada a la perfección, de un método científico de guerra.

Una columna blindada, es un real y verdadero instrumento de precisión. Parece que sólo las máquinas son vulnerables; que la vida humana deba ser respetada por esta extraordinaria guerra. He ahí porqué los muertos, sobre estos campos de batalla, parecen accidentes fuera de la lógica de esta guerra: tienen cualquier cosa de absurdo, suscitan en los mismos soldados un movimiento de sorpresa, casi de incomprensión. Como realidad fuera de cada regla, de cada ley: como la inesperada revelación de un experimento que salió mal, de cualquier defecto de la misma máquina de guerra. Aquello que da a los muertos una apariencia de realidad, aquello que los introduce nuevamente en la lógica de la naturaleza, es el hecho de lo ilógico, de lo absurdo de su muerte.

Hace poco, durante aquel breve combate, he tenido a cierto punto, la clara impresión de que las máquinas actuasen como cuerpos vivos, casi como personas, que tuviesen una voluntad, una inteligencia. Y esos hombres, que en medio del trigo caminaban disparando contra la dura costra de acero de los Panzer, me parecía fuesen extraños a aquel cambio, a aquel terrible choque de máquinas. Me acerco a aquellos muertos, los miro uno a uno. Son mongoles casi todos. No combaten ya con el fusil solo o la larga lanza, en la grupa de flacos caballos de la estepa, sino con las máquinas, metiendo aceite en los motores, espiondo con las orejas el ritmo de esos motores. Ya no combaten más agachados sobre el cuello de los caballos, sino plegados frente a un aparato lleno de manómetros. Los stakanovistas del ejército staliniano, los udárniki, los productos genuinos de los Piatiletki, los resultados de la famosa fórmula leniniana (Soviet + electrifica-

ción = bolchevismo). muestran saber resistir la terrible comparación sangrienta con los soldados-obreros del ejército alemán. (La motorización de los ejércitos no solo es reforzada con la "especialización" de la masa obrera, sino con el adiestramiento técnico de las masas alcanzado a través de la industrialización de la agricultura. He aquí precisamente el sentido de esta guerra, el significado de esta comparación entre Alemania y Rusia. No una comparación de hombres solamente: sino de máquinas, de técnicas, de sistemas de industrialización. No solamente entre los ingenieros de Goering y los de Stakanow: sino entre la obra de reconstrucción y de organización del nacional-socialismo y la Piatiletki, los planes quinquenales soviéticos. Una comparación entre dos pueblos, por lo tanto, que a través de la industrialización, o mejor dicho, la "motorización de la agricultura", han adquirido no solamente la técnica, sino la "moral" obrera, indispensable para poder combatir en esta guerra. Aquellos que se enfrentan en esta campaña de Rusia son, tanto de parte soviética como de parte alemana, dos ejércitos cuyo nervio está compuesto de preferencia por obreros especializados y por campesinos "industrializados"). Del modo como el soldado soviético combate, aparece claro que el mugik 1941 combate él también como un obrero moderno, no como un mugik. Es esta la primera vez, en la historia de las guerras, que se asiste a la comparación de dos ejércitos en los cuales el espíritu militar se alía al espíritu obrero, a la "moral obrera", y la disciplina militar se confunde con la disciplina técnica, del trabajo, de los equipos, de los grupos de especialistas.

También del punto de vista social, es indudable que tal hecho es de singular interés. Y pienso en el error cometido por cuantos han esperado, al inicio de la guerra contra Rusia, que el primer golpe de la revolución habría reventado a Moscú. Se espantaban, en otras palabras, que al hundimiento del sistema siguiese el hundimiento del ejército. Estos demostraban no haber

comprendido el espíritu de la sociedad soviética. Más que los kolhoz, las grandes haciendas agrícolas colectivas; más que los gigantescos talleres creados por los rusos; más que su industria pesada, la mayor creación industrial del comunismo es el ejército.

Todo en él, de las armas al espíritu, es el resultado de veinte años de organización industrial: de educación técnica de las masas calificadas. El verdadero cuerpo social soviético es el ejército. No según un vetado concepto militarista: sino porque es en el ejército que se puede medir el grado de desenvolvimiento y de progreso alcanzado por la sociedad comunista. (Así, por otra parte, como el ejército alemán es la medida y la suma del progreso técnico industrial alcanzado por la Alemania moderna). Los mismos rusos han insistido siempre en este concepto. Es justo que esta inesperada confirmación, venga a ellos de un testigo sereno y objetivo, del modo como el ejército comunista reacciona y resiste, en el choque con el alemán, del modo como combaten los campesinos industrializados, los obreros especializados, la gran masa stakanovista de la revolución soviética.

Entre estos muertos, he dicho ya, hay dos rusos. Altos, macizos, de los brazos largos. Tienen los ojos abiertos, clarísimos. Son dos especialistas, dos stakanovistas. Algunos soldados alemanes los miran en silencio. Uno de ellos busca flores alrededor; no hay más que flores rojas del trigo, una especie de amapolas. El soldado vacila frente a aquellas flores; después, corta un manojo de espigas, cubre con ellas dos visos apagados. Los otros soldados observan en silencio, masticando un poco de pan. (Mírenlos bien a estos muertos, estos muertos tártaros, estos muertos rusos. Son cadáveres nuevos, completamente "nuevos". Apenas salidos de la gran fábrica de la Piatiletki. Miren como son claros sus ojos. La frente estrecha. La boca de labios gruesos. ¿Campesinos? ¿Obreros? Son trabajadores, son especialistas, udárniki: de uno cualquiera de los miles y miles de kolhoz, de alguna de las miles y miles fábricas de la U.R.S.S. Obsérvenles

bien la frente: estrecha, dura, obstinada. Son todos así. Construídos en serie. Se asemejan. Es una raza nueva, una raza dura. Estos cadáveres de obreros muertos en un accidente de trabajo).

El carro de sonido vuelve a cantar: "Ich liebe dich so tief...". Los soldados ríen. Están sentados en las salpicaderas de los camiones, en el lomo de los tanques, con las piernas colgando dentro, y comen. En esta columna no hay hora del rancho. Se come cuando se puede. Cada soldado se lleva con él su pan negro, su mermelada, su termo de té. De vez en cuando, aún durante el combate, el soldado saca de su mochila un pedazo de pan, lo embarra de mermelada, se lo lleva a la boca con una mano (y con la otra aprieta el volante o el gatillo de su ametralladora). Los oficiales comen con los soldados, como los soldados. "Ich liebe dich so tief..." canta el carro de sonido.

El aire está tibio. El trigo ondea al viento. Los campos de soya mandan un murmullo de seda: las selvas de girasoles se vuelven sobre los largos tallos hacia el sol, abren lentamente su gran ojo amarillo. Enormes nubes blancas se derrumban del cielo. Los soldados rusos duermen extendidos en los surcos, el rostro cubierto de espigas.

Sobre la colina, enfrente, se alzan las fuentes de tierra de las granadas soviéticas. Un ruso disperso dispara varios tiros de fusil, escondido entre el trigo. Las balas pasan sobre nuestras cabezas con un silbido leve. Los soldados ríen, comen y ríen. Los motores suenan. El rostro de los soldados, sus manos, parecen más rosadas, más vivas, más delicadas en contraste con las cozas de acero.

VII

HACIENDA ROJA

Skuratovoi, julio 8.

Estaremos parados todo el día en esta hacienda. Alguna hora de reposo, finalmente. Estamos a una decena de kilómetros al nordeste de Bratosceni, entre las aldeas de Ketruscica Nova y de Kretuscica Stara. La localidad donde surge la hacienda, se llama Skuratovoi, y seguramente es la misma hacienda la que ha dado su nombre al lugar. De lejos Skuratovoi aparece como un bosque, o mejor diría, como el parque de una villa veneta. El recinto que encierra este bosque, no es todavía, como en el Veneto, un muro, más bien es una cerca. Las casas, los establos, los otros edificios de la hacienda, no se ven desde lejos, porque son muy bajos, aplastados bajo el gran peso verde de las frondas de los árboles. Pero acercándose, (eran cerca de las tres y media de esta mañana cuando nuestra columna, dejando Kretuscica Nova, sobre la izquierda, ha llegado a las cercanías de Skuratovoi), se ven poco a poco despuntar entre los árboles, los techos y blanquear los muros de las casas, de los establos, de los heniles. Alrededor, el campo se extiende inmenso, ondulado como un mar de trigo: un paisaje bellissimo, extraor-

dinariamente femenino, por la armonía de sus formas, por la fecundidad de su seno, por aquello que de materno, quiero decir próximo a la maternidad, tienen los campos de trigo cuando la cosecha está cercana.

Entramos en el patio. Nadie. La hacienda aparece desierta. Una desordenada familia de patos, de gatos, de gallinas, se dispersa al aparecer nosotros. (Una perra, con tres perritos pegados a los pezones, nos miraba sin moverse. Estaba tirada sobre un poco de paja, junto al muro del establo; el sol naciente, se extendía poco a poco sobre el muro, como una tibia mancha de aceite). Pero el aire estaba frío: el viento, que en el corazón de la noche se había adormecido, ahora despertaba lentamente, con largos estremecimientos. Mientras atravesamos el patio, aparece un viejo en el portal del establo. Y detrás del ángulo de un henil, desembocan una docena de mujeres y muchachos, y por último un hombre, de unos cincuenta años, que traía por la cabeza, a un caballo amarrado a una carreta. Estaban, se veía, muertos de cansancio, parecía que regresaran de una larga y fatigosa caminata. Tenían los rostros opacos de sueño, sucios de tierra, los vestidos y los cabellos llenos de paja y pedazos de hierba. Pensar que ciertamente habían huído a los campos, se habían quedado dos o tres días escondidos entre el trigo, por temor de la batalla que de Shofroncani salía hacia Bratosceni y de Bratosceni se acercaba a Skuratovoi. Ahora regresaban, encontraban la hacienda intacta, las casas, los establos, los heniles intactos.

Y me maravillaba, casi me ofendía, su indiferencia. No parecían sorprendidos. Ni tampoco contentos. No nos dijeron ni siquiera "buenos días". El viejo se quita el alto gorro de pelo de ternera, los otros nos miran fijamente: después, todos juntos se movieron, los niños huyeron a través del patio, las muchachas se escondieron tras una casa, el hombre desató al caballo, y se dirigió hacia el establo. Y el viejo se me acercó, se hizo la señal de la

cruz, me dió el buen día en ruso, e inmediatamente agregó en rumano: "Sanotate" (saludos).

Esta es una hacienda soviética, pensaba. Hace pocas horas que los bolcheviques han dejado el pueblo, pocas horas hace que este territorio no está ya sujeto a las leyes soviéticas: pocas horas solamente. Estas aldeas alrededor, ésta hacienda, no forma ya parte del sistema económico, político y social de la U.R.S.S. La estructura, la organización del régimen comunista, está aquí aún intacta: no se ha tenido tiempo de borrar la huella soviética, de deformar las líneas de la arquitectura comunista. Esta hacienda, me parece, en estos momentos, por pocos instantes aun, pensaba, como por pocos instantes, antes de disolverse en polvo, aparecieron los Atrides a los ojos de Schliemann, cuando pasó el umbral de la tumba de Micene. Quiero observarla bien, cuanto más profundamente sea posible. Además que esta hacienda es una célula del cuerpo económico y social soviético, un microcosmo, intacto y perfecto, de la sociedad comunista, de la economía agrícola de la U.R.S.S. Me tocaba la inesperada fortuna de poder asistir al cambio, se puede decir, de aquella célula, del cuerpo social, político, económico soviético, a otro cuerpo: me acontecía de poder captar esta metamorfosis en su instante crítico. Era un momento único, aquel que yo vivía en ese instante: una experiencia históricamente única. De la sociedad comunista yo no podía captar, en aquella "célula", más que un conjunto de detalles; pero es precisamente de los detalles (que yo referiré objetivamente, sin intención polémica: una posición mental polémica, será aquí, absolutamente inoportuna), y precisamente de los detalles, aunque mínimos, observados de cerca, es que se puede captar el sentido de una metamorfosis tal, como mejor que de una amplia y lejana perspectiva.

Mientras la columna se coloca en orden de descanso, (también el orden de descanso es un orden de batalla), y los soldados cubren con manojos de trigo y de centeno, de girasoles y de tallos

de soya, las grises máquinas de acero, y emplazan aquí y allá, en el campo, los cañones anticarro y las ametralladoras antiaéreas (los carros del Comando se meten en un vasto recinto tras la hacienda, al amparo de una hilera de árboles), yo me pongo a pasear por la hacienda, observando todo cuanto hay a mi alrededor.

A la izquierda, entrando en el primer patio, veo una construcción, un establo. Me asomo al umbral. Delante del pesebre lleno de heno, una vaca me mira, rumiando tranquilamente. El establo está en desorden: heno tirado por el suelo, tridentes, cántaros rotos, aquí y allá. Salgo, y me encuentro frente al viejo, que se me había aparecido primero. Un hombre y una muchacha, al fondo del patio, están amarrando a una carreta dos flacos caballos peludos. El hombre tiene unos cuarenta años, es lento en sus movimientos; la muchacha tiene el rostro duro, enérgico, inteligente, se mueve con violencia, casi con rabia. Ni siquiera se voltea a verme. Una mujer aparece en la puerta de la casa, está despeinada, tiene la cara sucia de tierra, los ojos hinchados y rojos. Me mira desde lejos y después se voltea, cerrando la puerta tras su espalda.

Pregunto al viejo dónde está el henil.

"Aquí está", me dice, "pero está vacío".

"¿No tienen más heno? ¿En verdad?"

"No, señor".

En realidad no me dice: "No, señor". Me dice: *Niet tavarisc*". Pero rápidamente agrega en rumano: *"Nu, domnule"*. Después agrega cualquier palabra en alemán que no entiendo.

"El heno se lo llevaron los soldados rojos", me dice.

"¿Había aquí caballería bolchevique?"

"Aquí no, sino en *Kretuscica Nova*. Había muchísimos caballos. Han tomado todo el heno de los heniles de los contornos. También el mío".

"¿Se lo pagaron?"

"Naturalmente".

"¿Se lo pagaron con bonos de requisición o con dinero?"

"Me han dado un bono".

"¿Cómo hará para cobrarlo?"

"En *Shofroncani*, en el Colector agrícola".

"Ya están los alemanes en *Shofroncani*. Los comunistas se fueron. ¿No lo sabes?"

"Sí, lo sé. ¿Pero cree que también el Colector se haya ido?"

"Eso sí. Pero en su lugar organizaremos otro rápidamente".

"¿El mismo Colector?"

"El mismo no. Otro".

El viejo me mira y dice en ruso: *"Da, da, panimau"*, (ya, ya, comprendo). Después agrega en rumano: *"Eh, inteleg"*, (comprendo). Se ve que piensa, que se esfuerza en comprender. Pero no parece preocupado por aquel bono que no podrá cobrar. Tengo la impresión que piensa en otra cosa, en alguna cosa de menor precisión, y aun de mayor gravedad, de más urgencia. Junto al establo hay un gran cuarto, una especie de granero. Casi todo el cuarto está ocupado por una montaña de semillas redondas y pequeñas, de color gris oscuro. Pregunté al viejo cuál es el nombre de aquellas semillas y para que sirven. "Son semillas oleaginosas", responde. Deben ser semillas de soya. En una pared está apoyada una enorme pila de sacos vacíos: a lo largo de la pared opuesta una montaña de sacos llenos de semillas. "Estábamos llenando los sacos de semillas", dice el viejo, "pero tuvimos que interrumpir el trabajo. Nos tocó escapar".

Entramos por una pequeña puerta, en una gran estancia antigua, llena de un enorme montón de semillas de girasol.

—¿Deben consignar al Estado todas estas semillas? —pregunto al viejo.

—¿Al Estado? No. Debemos llevarlas al Colector —repite.

—¿Se las pagan?

—¡Naturalmente!

El viejo agrega que este año, la cosecha de semillas oleaginosas es óptima. También la cosecha del trigo se anuncia óptima. "Pero con esta confusión", dice, "con esta guerra" (primero dice "vainá" y después agrega en rumano "rasboiu"), "será un desastre para nosotros si no logramos vender la cosecha. Los comunistas nos compraban todo", dice.

—Sin duda encontrarás a quién venderla, como antes. —le digo.

—¿Cómo antes? ¿A quién?

—Consignarán las semillas y el trigo al Colector y se las pagarán.

—¿Al Colector soviético?

—No, al alemán.

—¡Ah! ¿También ustedes tienen Colector?

—Naturalmente.

El viejo me mira fijamente, se gira el gorro entre las manos, quisiera preguntar algo, pero se ve que no se atreve.

—¿Cuántos caballos tienen? —le pregunto.

Me responde que había una quincena en total en la hacienda. Los mejores se los llevaron los bolcheviques. Les quedaron nueve. Atravesamos el patio, y entramos en un gran establo. Frente a los pesebres hay siete caballos. En una esquina del establo está amontonado el forraje fresco: una montaña de hierba, de avena verde, de trébol. Son caballuchos flacos, peludos de los costados huesudos. Me maravilla que con tanta abundancia de forraje en el lugar, todos los caballos de esta región sean así de sufridos. "Es la raza, no es buena", dice el viejo. Volvemos a atravesar el patio y entramos en el garage de las máquinas agrícolas. Dos trilladoras, cuatro o cinco segadoras, me parece, una sembradora. Contra el muro están alineadas latas de petróleo, de gasolina, de aceite. Las trilladoras, especialmente, me parecen en malas condiciones. "Eh", me dice el viejo, "para hacerlas reparar, o solamente para poder procurarse una refacción del motor era toda

una historia. Debíamos esperar que viniesen los mecánicos del kolhoz. En el kolhoz de Shofroncani no había nunca un mecánico. Necesitaban hacerlo venir de Chiscinau, algunas veces de Balta. Cuando iba a Shofroncani me decían: "Mañana, regresa mañana", y así las máquinas van en deterioro".

Agita la cabeza, se rasca el blanco pelo, corto y duro, que le cubre el mentón.

—¿Son vuestras estas máquinas?

—Las trilladoras son del kolhoz. Las tenemos en consignación. Debemos prestarlas a las otras haciendas cuando la cosecha. Las otras máquinas son de la hacienda.

Visitamos otros establos, otros heniles, otros depósitos de semillas oleaginosas, dos vastos graneros. Es una hacienda más bien grande, y me parece también bien dotada. Pero he contado, mientras tanto, tres vacas solamente. Me parecen pocas para una hacienda así rica.

La hacienda completa comprende, en su complemento, también una "villa" esto es, la casa del antiguo propietario. Es una casa baja, de muros de paja empastada con malta, acicalada al exterior y al interior por una espesa capa de yeso. A lo largo de la fachada corre un barandal de columnillas de madera. Alrededor de la casa se extiende una especie de jardín, lleno de basura, de andrajos podridos, de paja mohosa. Algunas gallinas rascan entre aquella inmundicia.

El viejo me dice que el antiguo "patrón" era un hebreo rumano. Me paro en el umbral y me pongo a reír. Patrón. Aquella palabra, en aquel momento, en aquel lugar, en aquellas circunstancias, me parece absurda, ridícula, una pobre e insípida, una antiquísima palabra. Me pongo a reír. Una palabra de una lengua muerta. Por razones diversas, sin duda mucho más diversas, me parece que aquella palabra, tanto para el anciano campesino como para mí, tiene un sonido extraño, casi no tiene ya sentido. Pero el viejo no se muestra preocupado por el eventual retorno

del antiguo patrón, (me parece aún que diga "hebreo" con cierta amargura. Después agrega: "También los comisarios de las requisiciones y de los Colectores eran todos hebreos". Gira el gorro entre las manos y me mira. Comprendo perfectamente qué es lo que piensa, pero finjo no comprender). Aquello que le preocupa es saber si las tierras acaparadas por los kolhoz serán restituidas a sus viejos propietarios. También una tierra que pertenecía a la hacienda de Skuratovoi ha pasado al kolhoz de Shofroncani. No sé. Todo depende de como termine la guerra.

Me siento sobre una silla, en una estancia que me parece debió ser el estudio del "patrón". Hay hasta un diván. En un gran librero hay, dispuestos en desorden, un centenar de libros. En gran parte ediciones francesas, naturalmente muchos libros de Paul de Kock. Algunos de Max Nordau. En la "villa" han habitado por algún tiempo dos funcionarios soviéticos, dos inspectores de los Colectores me parece.

"¿Está cansado?" me dice el viejo. Me aconseja de acostarme sobre el diván. Gracias, pero no confío. "¡Eh! si hubiese Colector de chinches", digo, "sería una magnífica cosecha. El viejo ríe, rascándose la barba.

—¿Tiene un poco de pan, un poco de queso? —le pido.

—Sí, creo que sí —dice el viejo.

Salimos de la "villa". Al fondo del patio, intentando cuidar el trabajo de tres campesinos, tres hombres ancianos, que están llenando los sacos de semillas oleaginosas, vemos una muchacha con un pañuelo rojo en la cabeza: es la misma de antes, que ayudó al hombre a amarrar los caballos a la carreta. La muchacha de vez en cuando alza la voz. Los tres campesinos continúan trabajando sin responderle. El viejo se acerca a la muchacha.

—Pan sí, queso no, —me dice la muchacha secamente. El viejo tiene el aire mortificado.

—¿Podría conseguirse algo de leche?

—¿Leche? Vaya también a aquel establo. La tiene la vaca.

Entonces le apoyo la mano sobre el brazo, le digo:

—Domnisciaara bolscevika, yo no sé ordeñar las vacas".

La mucha ríe, dice:

—Perdone, domnule, pero sepa...

—Vea, les pago vuestra leche.

—No por eso... No es necesario que me la pague.

Se dirige hacia el establo, toma un cántaro colgado al muro, le echa una ojeada para ver si está limpio, y sale para ir al pozo a lavarlo, regresa, se hincia junto a la vaca. Después se levanta, me alarga el cántaro con dos dedos de leche. El viejo me lleva un bello pedazo de pan blanco. Un poco duro, pero bueno.

Le mojo en aquellos dos dedos de leche en el fondo del cántaro. La mujer me mira comer. Después se va sin siquiera saludarme. "La han habituado mal". Después sonrió. Debe ser una buena muchacha. Trabaja, lleva adelante todo ella. Me gusta en el fondo. Pienso que muy bien hubiera podido ordeñar la vaca con mis manos.

—Una bella bestia —digo.

—La pagamos en trescientos rublos —dice el viejo.

—¿A quién se la compraron?

—Al kolhoz.

—¿Trescientos rublos, —digo— ¿Solamente trescientos rublos? (Trescientos rublos son como mil liras).

—Es cara, lo sé. Pero es una bella bestia.

Un soldado alemán se asoma a la puerta del establo. Pregunta al viejo si le puede vender un pato. El viejo dice: "Sí, creo que sí". Los dos salen. Los veo atravesar el patio, desaparecer dentro de la casa al fondo.

Entonces entro en la gran estancia de las semillas, me tiro sobre la fila de sacos. Me despierto tras un par de horas. El viejo está ahí, frente a mí, junto a la muchacha. Se quita el gorro, y me alarga un pedazo de papel.

—¿Cuánto le hizo pagar por el pato al soldado? —le pregunto.

—Cincuenta lei. —dice el viejo— Lo sé, cincuenta lei son muchos, pero todo está caro hoy”.

—¿Cincuenta lei? Son cinco liras. —Doy una ojeada al pedazo de papel. Es una nota de requisición de dos caballos. Está en alemán, con la firma de un oficial alemán.

—Los han requisado precisamente ahora. ¿Cree que nos lo pagarán? —me pregunta la muchacha.

—Naturalmente, digo. Es un bono en regla. Un bono alemán.

—¿Y cree que nos pagarán bien los dos caballos?

—Un poco más que el pato, con certeza, —dijo riendo.

La muchacha me mira confusa. Se ruboriza levemente.

—Mire,— me dice— seguramente el viejo ha pedido demasiado por el pato. Cincuenta lei son demasiados, lo comprendo. Pero nos deben perdonar. ¿Qué cosa esperan de nosotros que no sabemos nada de los precios? Los bolcheviques nos decían: esto cuesta tanto, aquello cuesta tanto. Debían hacer ustedes lo mismo. Debían decirnos cuanto vale el lei respecto al rublo”.

Habla con seriedad, arrugando la frente. “Es una muchacha inteligente”, pienso, “una buena muchacha”. Les aconsejo ir al Comando, les digo riendo, “a pedir que el coronel fije el precio de los patos, si no quieren que dentro de cinco minutos toda la columna venga a comprar sus patos a cincuenta lei cada uno”. La muchacha ríe, pegándose con las manos en los lados. Después, tapándose la cara, y ruborizándose poco a poco, como si no osara revelar su pensamiento, me dice:

—¿Cree que el viejo patrón regresará?

—Aquél primero no, porque era hebreo. Vendrá otro.

—¿No nos dejarán la tierra?

No sé qué cosa responderle. Quisiera poder decir que sí. La reforma agraria realizada en Rumania por Bratianu (la más atrevida reforma agraria que jamás se haya efectuado en Europa, en el sentido pequeño burgués) ha resuelto el problema, al menos en sus aspectos inmediatos. Pienso que para Besarabia,

anexa a la U.R.S.S. de un año solamente, el problema de regreso al sistema económico burgués no será cosa grave, como sería en la Rusia soviética. Porque en Ucrania, porque en toda Rusia, el problema se presentaría, sin duda, infinitamente más complejo, y debería ser afrontado con gran prudencia.

—Verán que todo andaré bien —digo a la muchacha—. Al principio, se comprende, tendrán cualquier incertidumbre. No es fácil cambiar todo de un día para otro.

En el patio, frente a nuestra puerta, se ha parado un grupo de gente: son hombres ancianos (los jóvenes fueron todos llamados a las armas), mujeres, muchachos, niños y cualquier jovencillo, seguramente demasiado joven para ser soldado, o rehusado por el reclutamiento. Me miran intensamente, los hombres ancianos están con la cabeza descubierta, los jóvenes tienen el aire de más seguridad, no tienen nada de timidez en el aspecto y en la mirada.

—¿Qué cosa quieren? —pregunto a la muchacha.

—Esperan que alguien diga qué cosa deben hacer.

—Deben seguir haciendo lo que hacían antes, aquello que han hecho hasta hoy —respondo un poco embarazado—. Me parece que es lo mejor, al menos en estos días.

La muchacha frunce las cejas, y me mira sin responder. “Es una muchacha inteligente”, pienso, “una buena muchacha. Es ella la que ha llevado adelante la hacienda hasta hoy. Es ella la que ha tenido cabeza ante los funcionarios del kolhoz, ante los inspectores de los Colectores, ante los comisarios de las requisiciones. Es una buena muchacha”, pienso. Es ella quién daba órdenes, quién decía a los campesinos lo que debían hacer, es ella quién ha defendido la hacienda. Ahora ya no cuenta más nada, no puede comandar más.

—Continúen haciendo lo que han hecho hasta hoy —le digo— hasta que no les digan qué hay de nuevo qué es lo que ha cambiado.

La muchacha sonríe, se ruboriza:

—Defendimos nuestros campos, no hicimos nada malo.

Es exactamente como si la hacienda de Skuratovoi, como si las aldeas de Kretuscica Stara y Kretuscica Nova, como si Bratosceni y Shofroncani y Zaicani, como si todos estos campesinos, estas aldeas, estos campos, estas inmensas extensiones de trigales, hubiesen quedado en vilo entre un orden social, político, económico y otro orden social, político, económico, a aquél contrario, en el instante crítico de un cambio de un orden al otro.

—No, efectivamente, no hicieron nada malo —digo.

(Las líneas siguientes fueron suprimidas por la censura fascista).

Una hora más tarde, habiendo salido del henil, atravieso el patio de la hacienda. Me había adormecido en el henil: despertando, siento la boca llena de polvo. Tengo sed. Un silencio extraño pesa sobre la hacienda. El viejo está sentado en el umbral del establo; le suplico darme un vaso de agua. Me mira con una mirada abierta, sin responderme: voy hacia el pozo. A un trecho, por tierra, contra el muro de la caballeriza, veo un pañuelo rojo, dos piernas desnudas. Es la muchacha: tiene la cara ensangrentada. Le cubro el rostro con mi pañuelo. “No, no has hecho nada malo”, digo entre mí.

VIII

LOS CABALLOS DE ACERO

Gornolenca, julio 14.

No es aún el alba cuando dejamos la hacienda de Skuratovoi. Los motores estornudan. Me viene en mente el famoso estornudo del autor griego Senofonte: “Kaire! Kaire!”. El cielo, a oriente, está de una palidez de plata. El trigo hace un rumor leve, como de agua que corre entre flojas riberas. Sobre la pendiente de las colinas, (que poco a poco se suavizan, tienen ya la forma de senos, entre una y otra de estas amplias ondulaciones del terreno, se ahueca un ligero pliegue: no un valle, sino apenas un lugar de sombra, de abandono, de reposo); se divisan las patrullas de los rastrilleros caminar a lo largo de los surcos, perfilarse contra el cielo palidísimo.

La batalla se enfurece frente a nosotros. Los rusos contratacan. La acción contraofensiva de las tropas soviéticas no se desenvuelve tanto en nuestro frente, sino más al sudeste, en dirección de Belzi, en el sector cubierto por las divisiones rumanas. Patrullas de caballería rumana aparecen y desaparecen a nuestra derecha. Son la conexión entre nuestra columna y una colum-

na mixta rumano-alemana, que avanza oblicuamente a nuestro eje de marcha.

En el ruido igual de la artillería, se oyen las explosiones secas de los pesados anticarro, aquellas más roncadas de los cañoncitos de los Panzer. Nuestra columna avanza lentamente entre la hierba nítida y fría; el cielo, a oriente, es papel tela levemente arrugado.

El humo que sale de los tubos de escape forma una leve aureola azul en torno a los camiones. Después, a un trecho, en donde la colina desciende en dulce pendiente, una nube roja de polvo se levanta a nuestro paso,alzada por el crujido de las ruedas, la estridencia de las orugas, el alto zumbido de los motores.

Una columna acorazada es similar a un tren blindado. Me subí al carro del Oberleutenant Schultz; he tomado un lugar a su lado, acomodándome lo mejor posible sobre una caja de municiones. Le pregunto si ha leído aquel famoso libro del escritor comunista Leonov: "El tren blindado No. 1469".

"Sí", dice, "tiene razón, una columna acorazada es exactamente como un tren blindado". Ay de quien baje del tren, de quien se aleje de la columna. El terreno alrededor está lleno de insidias. Nuestro tren blindado se desliza sobre rieles invisibles. Las balas de los soldados soviéticos en desbandada, en acecho entre el trigo (estaba por decir en acecho a lo largo de la escarpada de la línea ferroviaria, rebotan contra las paredes de nuestros transportes. "¿Se recuerda el asalto al tren 1469?". Pero es imposible detener la marcha de nuestra columna, hacer saltar los invisibles rieles sobre los que corre nuestro tren blindado.

Hablamos de literatura comunista.

El Oberleutenant Schultz (es Dozent en una universidad) se ocupa de los problemas sociales, ha publicado algunos ensayos sobre la Rusia soviética, ahora comanda el grupo antiaéreo de nuestra columna motorizada) me dice que muy probablemente, Rusia, después de la derrota, revivirá un período muy parecido,

en cierto sentido, al descrito en "Anualidad Desnuda", de Pilniak. "Con esta diferencia", agregó, "que el drama escrito por Pilniak, se desarrollaba, por decir así, en un laboratorio experimental. La Rusia revivirá el mismo drama, pero en el patio de una fábrica, de un establecimiento metalúrgico, en el clima escuálido de una revuelta obrera deshecha". Después me mira, sonrío tímidamente y me dice: "las máquinas, desde el punto de vista social, son personajes muy interesantes y peligrosos". Me confiesa que este problema lo apasiona en forma extraordinaria.

Los soldados, de un carro al otro, se llaman, se hacen señas, se lanzan objetos: peines, cepillos, cajas de cigarrillos, pedazos de jabón, toallas. La orden de partida ha llegado de improviso, muchos son los que ni siquiera han tenido tiempo de lavarse, de rasurarse. Ahora se arreglan como pueden: algunos, en equilibrio con sus largas piernas sobre la plataforma de un camión antiaéreo, se lavan con el torso desnudo en ciertas vasijas de tela, otros se rasuran hincados frente a un espejo colgado de los armeros de los fusiles, o colgado en el tripie de una ametralladora, otros más se lavan las botas con agua y jabón.

El sol despedaza el casco del horizonte, surge en un cielo manchado de verde, enciende tímidamente las corazas de las máquinas. Una leve cabellera rosa nace de las grises planchas de acero. En la cabeza de la columna, los tanques pesados se tiñen de rojos reflejos, mandando resplandores delicados y vivos. Y a un trecho, allá abajo, frente a nosotros, en fondo al horizonte, en aquella inmensa ola de trigo que corre como un río de oro, he ahí, a un trecho, en el fondo, en la pendiente de la colina, un movido relucir de acero, un resplandor de corazas.

Un grito se propaga por la columna: "¡Los mongoles! ¡Los mongoles!". Ya los soldados saben distinguir, por el modo como combaten, por su mismo orden técnico, a los grupos mongoles de los otros grupos soviéticos. En general los tanques manejados por dotaciones asiáticas no combaten en formación, sino ais-

lados, o en grupos de dos o tres cuando máximo. Es una táctica que recuerda, en cierto sentido, a aquella de las patrullas de caballería. Los *Panzerpferde* los llaman los soldados alemanes: los "caballos acorazados", mote puesto hace poco. Ha quedado algo del antiguo espíritu de los soldados de caballería tártaros, a los cuales la industrialización soviética y el stakanovismo militar han convertido en obreros especializados, mecánicos, pilotos de tanque.

Algunos prisioneros tártaros, capturados ayer en la noche y conducidos a la hacienda de Skuratovoi, han confirmado que las tropas soviéticas a las cuales está confiada la defensa de Ucrania (y por ello de la cuenca industrial y minera del Dnieper, del Don, de las vías que conducen al Cáucaso, al petróleo de Baku), son en su mayor parte tropas asiáticas: son tártaros de Crimea, los restos de La Horda de Oro, son mongoles de las riberas del Don, del Volga, del Caspio, de las estepas de Tashkent y de Samarcanda, son originarios del Turkeistán. Son lo mejor que ha producido el plan quinquenal de las Repúblicas mongoles, son los productos salidos de la industrialización de la Rusia de Asia, los jóvenes reclutas del stakanovismo militar.

Los prisioneros, juntados en el patio de la hacienda, eran unos quince, de estatura un poco mayor a la media, flacos, pero de miembros bien proporcionados, ágiles y vigorosos. Parecen a primera vista muy jóvenes, pero es un engaño de la cara. Yo diría entre veinticinco y treinta años. Estaban vestidos con un uniforme de kaki muy simple, sin ningún distintivo, ni siquiera un número en el cuello de la guerrera. Sobre los negros y lucientes cabellos llevaban una gorrita del mismo color kaki. Estaban calzados con botas de estilo tártaro, de piel gris, blandísimas: igualmente cómodas para cabalgar que para estar metido en el interior de un tanque. Tenían los ojos estrechos, oblicuos, la boca pequeña. En torno a los ojos, difundida por toda la sien, una te-

laraña de arrugas, vivas y sensibles, que palpitaban como las nervaduras en las alas de las libélulas.

Estaban sentados en el suelo, a lo largo del muro del establo, apoyados en la mancha de aceite del sol en el ocaso. Comían semillas de girasol; indiferentes, parecían, y al mismo tiempo atentosísimos. Una sospecha se escondía bajo aquella fría y lisa indiferencia. La mancha del sol en el muro se acortaba siempre más, hasta que se convirtió en una pequeña mancha brillante en el rostro de uno de ellos.

La máscara amarilla, intensamente iluminada por el último fuego del sol agonizante, estaba fija, inmóvil; quieta la estrecha boca, quieta la lisa frente, quietos los ojillos sin sombra. Solamente aquellas dos telarañas de arrugas en torno a sus ojos vibran, sutiles y delicadas. Aquel rostro parecía, no sé por qué, un pájaro agonizante. Cuando el sol desaparece, aquel pájaro amarillo, cerradas las alas, se abandonó inerte.

Habían sido capturados mientras, a bordo de dos carros blindados, trataban de replegarse hacia el grueso de la formación. El tanque que los protegía había quedado deshecho en un campo, a algunos kilómetros al este de Skuratovoi. Se habían defendido bravamente contra un Panzer germano pesado, que les había cortado la retirada. Defensa inútil. Contra los Panzer el fuego de ametralladora no tiene ninguna eficacia. Una parte habían sido muertos, los supervivientes estaban ahí, sentados a lo largo del muro del patio de la hacienda. Rocían sus semillas de girasoles, apretando los pequeños ojos oblicuos.

Parecían despertar de aquel letargo suyo, solamente cuando entró en el patio una de esas motocicletas movidas por orugas, a la cual está injertado un pequeño carro blindado, también movido por orugas. Ellas constituyen una novedad en el ejército germano; han hecho su primera aparición en esta campaña de Rusia. No se trata propiamente de una motocicleta, a la cual sea pegada un *Caterpillar*; más bien se trata de un *Cartepillar* guia-

do y al mismo tiempo tirado por una especie de motocicleta, la cual surge del carro con una sola rueda movida por oruga. El mecánico se sienta a horcajadas en la motocicleta, las espaldas apoyadas en el Cartepillar. Parece, al verlo, un autotransporte de repliegue, ligero, de escasa potencia. Pero los alemanes hablan maravillas de él por su grandísima potencia de tracción y de *aufsteigen*. Se trepa a todo. Había estado concebida por su constructor para la guerra de montaña. Empleado por primera vez en estas llanuras rusas, ha sorprendido a los técnicos por sus extraordinarias cualidades mecánicas y prácticas. Sirve más que nada para el transporte de municiones y tanques de gasolina. Durante el combate, estos extraños vehículos siguen de cerca las formaciones de tanques, haciendo carreras de un Panzer a otro. Hay algunos destinados a jalar, a remolcar piezas ligeras anticarro. Son veloces, y en medio del trigo son casi invisibles.

Los prisioneros tártaros observan aquel extraño transporte con vivísimo interés. Yo miraba sus manos. Eran pequeñas, burdas, todas sucias de aceite, del pulgar calloso. La piel, entre el índice y el pulgar, aparecía llena de profundas arrugas negras, como las manos de quien maneja instrumentos de fierro. Manos de mecánicos. A cuanto parece, los mongoles resultan magníficos obreros mecánicos. No impreparados sino reales y verdaderos obreros calificados. En la industria metalúrgica rusa, trabajan ya muchos jóvenes mongoles, especialmente en aquella región de Kharkov. Tienen una pasión extraordinaria por las máquinas. El interés precioso por el juego de los motores, de los engranajes, de los manómetros, ha substituído en la juventud de la Mongolia soviética, la antigua pasión por los caballos. Parecen nacidos para esta movidísima guerra, para esta táctica de fuerzas ofensivas de tanques, muy parecidas a las fuerzas de grupos de caballería en la guerra de otro tiempo. Diría, por lo tanto, que usan el tanque como en un tiempo usaron el caballo. Con la misma técnica. Según un principio individual en el cual consiste la novedad

de esta guerra de tanques, combatida por los mongoles en estas llanuras ucranianas. Vienen adelante no en masa, sino aislados. Se mueven en largas espirales entre los campos de trigo, diría que hacen evoluciones como en un inmenso manejo. Esta insolencia suya recuerda la clásica insolencia de la caballería.

“¡Los mongoles! ¡Los mongoles!”, gritan los soldados alemanes. Son tres pequeños tanques, que caminan velozmente por la leve pendiente de una colina, a una distancia de no más de tres kilómetros frente a nosotros. De la cabeza de nuestra columna se desprenden dos grupos Panzer: les vemos proceder a través del trigo, uno a la derecha, el otro a la izquierda aumentando paso a paso la distancia entre ellos, como si quisieran cortar el camino a los adversarios. Los tres pequeños tanques mongoles se dispersan. Inician una serie de extrañas evoluciones, casi como diseñando cada uno una larga espiral sobre el ondulado terreno, que de vez en cuando los esconde a la vista. Se diría que tratan de ganar tiempo, de atraer a los carros alemanes hacia una especie de emboscada, dar tiempo al grueso de su formación de ocurrir en su ayuda, o de retirarse. Al poco rato, los dos grandes Panzer inician el fuego con sus cañones.

Se ven los proyectiles levantar altas fuentes de tierra alrededor de los pequeños tanques soviéticos. El combate no dura sino diez minutos: más veloces que los Panzer, los tres tanques rusos se sustraen al fuego y escapan tras la colina. “Es una táctica de invitación”, me dice el *Oberleutnant* Schultz. “En esta guerra móvil de columnas, los *Panzerpferde* mongoles tienen una tarea audaz y muy arriesgada. Se necesita estar muy atentos a no dejarse atraer por aquel insidioso juego de invitación, sobre cualquier terreno minado o en cualquier emboscada de grandes grupos acorazados, escondidos tras un bosque o una colina”.

Llegamos a la aldea de Cornolenca después de algunas horas. La aldea está intacta, pero desierta. Un poco afuera de la aldea, un grupo de casas está en llamas. Nuestra columna ha recibido

orden de tomar posiciones atrás de una columna cerca de un kilómetro de Cornolenca. Pasamos la tarde en una espera enervante. Una pieza nuestra de calibre medio, emplazada entre las casas de la aldea, dispara un tiro cada cuando, con ritmo regular. Un disparo cada tres minutos. Numerosas baterías, apostadas a nuestra derecha, disparan sin interrupción.

Por la noche, vemos llegar hasta nosotros unos diez camiones alemanes escoltados por un Panzer. De un camión bajan seis prisioneros: cuatro mongoles y dos rusos.

Después del interrogatorio, mientras los prisioneros van a ser encerrados en una pieza de una casa de la aldea, el Oberleutenant Schultz se me acerca y me dice: "Tengo la sospecha de que uno de estos prisioneros sea un comisario político. ¿Observó su uniforme?"

Estaba ya oscuro cuando noté un extraño andar y venir cerca de la casa en donde estaban custodiados los prisioneros. Mientras me acerco a la casa, encuentro a Schultz. Me dice que el "comisario político" ha sido encontrado muerto, estrangulado. Y muestra un papel escrito con lápiz, en ruso. En el papel leo estas palabras: "He dado yo mismo a mis hombres la orden de matarme". La firma es clara: "Basil Volinski, comisario político agregado a la XV división blindada".

IX

HE AHÍ EL DNIESTER

Soroca, sobre el Dniester, agosto 4.

He ahí el Dniester. He ahí el Dniester en el estrecho y profundo valle, de los lados de dura arcilla surcada de arrugas blancas y rojas. Sobre la orilla de la ribera ucraniana, en el verde del maíz, en el oro del trigo, entre los bosques de acacias, y entre el tupido de los campos de girasoles y de soya, está ahí abajo el laberinto de fierro y de cemento de la Línea Stalin.

Es un complejo sistema de subterráneos de concreto, de caminos en zig-zag, de bunker con las cúpulas de acero. Vista desde aquí, de lo alto del dique que se desploma sobre Soroca, la línea Stalin se me aparece como una serie de blancas letras del alfabeto, grabadas sobre la pizarra arcillosa de la ribera. Aquella "T" apenas perceptible en un campo de soya, es un puesto de cañones anticarro; aquella "A", aquella "C", aquella "D" al revés, aquella "Z", aquella "I", son fuertes, bunker, trincheras, caminos, nidos de ametralladoras. Es casi una clave, un lenguaje convencional, una ortografía misteriosa, que los artilleros alemanes están pacientemente descifrando con la ayuda de los ma-

pas de tiro, para preparar el último asalto. Ya los grupos de asalto llegan al terreno de la batalla. El estrépito de las orugas puebla el denso aire de polvo. Parece que gruesos dientes de acero rompen el orden estático del mediodía estival. El golpe de los cañones de acero pega sobre las planchas de acero de la canícula. Inmensos castillos de nubes blancas se desmoronan en el horizonte, sobre el verde y la orilla de la llanura ucraniana.

He ahí el Dniester. Habíamos dejado hace dos días la división motorizada a la cual estábamos agregados, y salimos más al sur, para llegarnos hasta una columna de infantería de asalto. Es ésta, una guerra profundamente diversa de aquella de la cual he sido testigo en los días pasados. No es más la guerra mecánica, el choque de grandes formaciones de carros blindados pesados, sino la antigua guerra de infantería, de baterías tiradas por caballos. El olor del estiércol de caballo me es grato, después de tanto olor de aceite y gasolina. Las voces de los hombres me suenan al oído como las voces de una humanidad finalmente vuelta a encontrar.

Del frente de Moghilev hasta aquí, en Soroca, el viaje ha estado más bien duro. Por carreteras llenas de carruajes, de trenes de artillería, de columnas de infantería, de interminables convoyes de autotransportes, en una densa nube de polvo rojo, cegante. A los lados de la carretera, aquí y allá, camiones retorcidos, vehículos carbonizados, tanques soviéticos volcados sobre un lado. Hacia Belzy las señales de la lucha se hacen más frecuentes. Grupos de prisioneros ya trabajan en reparar la carretera. Me miran pasar con patente curiosidad, observando mi uniforme de Alpino. Descansan un instante apoyados en el mango del pico o de la pala, pero inmediatamente los llaman al trabajo las voces de los soldados alemanes que los vigilan. De vez en cuando, en los grupos de prisioneros, cualquier rostro mongol forma una redonda mancha amarilla. Los ojos estrechos y oblicuos, la boca pequeña, el cráneo rapado.

A pocos kilómetros de Flahesty, aparecen las primeras tumbas soviéticas, cerca de algunos tanques rusos destruidos. Son simples promontorios de tierra sin una cruz, sin un nombre, sin una señal: fuera de un casco soviético pesado sobre la tierra removida hace poco; o de un gorro con la visera de cuero; o de una guerrera despedazada color kaki. Del otro lado de la carretera están alineadas las cruces del cementerio alemán: las tumbas están cubiertas de flores, y sobre cada cruz, bajo el casco de acero que la cubre, el nombre, el grado, la edad del caído. Sobre la tumba de un aviador (el "Messerschmitt" yace en un campo de trigo con las alas quemadas y el fuselaje torcido) una carri-llera de ametralladora está enrollada en la cruz. Parece que la serpiente, símbolo de la eternidad, que los antiguos pintaban sobre los muros de las casas y en las paredes de las tumbas.

También en la suntuosidad del paisaje, en la riqueza del trigo maduro, en la opulencia de las blancas nubes extendidas sobre el lleno seno de las colinas, hay un presagio de muerte, una señal de disolución. Es la señal secreta del estío. Los hombres mueren, como las estaciones. Es una muerte rica, en la más rica estación del año. Después viene el otoño con sus dulces frutos de púrpura.

Desde lejos, Belzy aparece duramente probada por la batalla que por más días ha enfurecido en torno a la ciudad. (Yo estaba más al norte, en Skuratovoi, cuando Belzy cayó en manos de los alemanes. Desde Skuratovoi se veían las llamas teñir el cielo de púrpura, hacia nuestra derecha, un poco a nuestras espaldas. Y la última noche de la batalla no podía yo coger el sueño, tan cercano así parecía el ruido de la artillería).

Cuando llegamos a los suburbios de Belzy, algunos aviones soviéticos están bombardeando el campo de aviación. Una escuadrilla de cazas alemanes toma vuelo y se enfrenta a los "Rata" soviéticos. Entre los "Messerschmitt" y los "Rata", el combate es breve y violento. El carrusel aéreo se desarrolla entre la gran rosa de tiro de la "Flak", las explosiones se suceden blancas y

rojas alrededor de los aparatos soviéticos, que desaparecen velozes entre las nubes hacia el este. Intento seguir las vicisitudes del combate aéreo, y por eso no me doy cuenta, al principio, del espantoso aspecto de la ciudad. Estamos cercanos, en un paisaje a nivel, a la extremidad de una especie de andén: sobre los rieles zafados, yacen enormes montones de hierro ennegrecido por el humo de las explosiones; carros volcados; una locomotora partida por la gran bomba de un "Stuka". La locomotora está parada y parece salir de bajo tierra, como un carro plutónico. Las ruedas humean, un silbido largo, sutilísimo, se desprende del interior de la caldera reventada. Sobre la chimenea de la locomotora, allá arriba, fijado como una bandera, hay un trapo desgarrado color azul, seguramente un pedazo del overol del maquinista.

Recorro la calle principal de la ciudad, destruída por el bombardeo aéreo, por las explosiones de las minas, por los incendios, por los tiros de la artillería contraria. Esqueletos de casas se elevan tambaleando contra el cielo azul. Turbas de gente miserable (la población de Belzy vive desde hace un mes en los bosques o escondida en las bodegas: pero ya los más valerosos, los más desesperados, se atreven a dejar los escondites, son mujeres, viejos, niños con las señales en la cara del miedo, del hambre, del insomnio) buscan entre las ruinas, recogen fragmentos de objetos inútiles, pedazos de colchones quemados, botellas vacías. Grupos de barbudos hebreos, cuidados por militares del S.S., trabajan para demoler, con la ayuda de picos, de barretas de acero y de largas pértigas, los muros peligrosos. Se oyé aquí y allá, por la muerta ciudad, el ruido de las piedras y los ladrillos. Turbas de canes y gatos famélicos se asoman por entre las ruinas. Esta es Belzy, en un tiempo rica ciudad, pegada a un fertilísimo valle rubio de espigas. Algunas casas arden aún, hacia el campo de aviación, a lo largo de la carretera a Soroca. Una ametralladora antiaérea dispara solitaria, allá abajo; los proyectiles especiales que van dejando rastro, agujerean una blanquísima nube, parece

una nube de harina. Un viejo hebreo, sentado en la puerta de una bodega de fruta, me grita en alemán: "Alles gut, alles gut! ¡Todo bien, todo bien!".

"¡Proletarios de todo el mundo, uníos!", está escrito con grandes caracteres sobre la fachada de la Casa del Soviet en Belzy, en el mismo centro de la ciudad. Es un edificio grande, más bien que una casa, da el aspecto de una villa del ochocientos, rodeada por un bello jardín. Un centinela germano está plantado en un lado de la entrada, precisamente bajo el gran escrito comunista. El lado que da sobre el jardín, es recorrido, en el primer piso, por una larga terraza con barandal de fierro pintada de blanco. En el jardín, la estatua de Stalin (el dictador rojo está esculpido en su clásica pose: de pie, la frente cubierta por una gorra con la viscera de cuero, los grandes bigotes, la mano derecha enfilada entre los dos botones del largo y amplio capote de corte militar, el gesto napoleónico) ha caído del pedestal, con la cara de frente; ahora yace el rostro por tierra, parece morder el polvo. Es una estatua de yeso, blanquísima entre la hierba verde.

El puente sobre el río, apenas fuera de la ciudad, está repleto de camiones. Una columna de prisioneros descansa en espera de poder pasar el puente. Están sentados a lo largo de los muros de una casa en ruinas, la cabeza bamboleante por el cansancio y el calor.

Me detengo a interrogarlos. Son, la mayor parte, ucranianos o de Besarabia. A cada pregunta mía responden invariablemente: "Dá sí". Me miran con los ojos abiertos de par en par, en los cuales enciende el miedo una breve llama obscura. El soldado alemán que los vigila me dice que tienen miedo. Temen ser fusilados de un momento a otro. El soldado alemán ríe. No saben habituarse, dice, a la idea de estar aún vivos. Los prisioneros me miran tratando de comprender, por la expresión de mi rostro, de qué cosa estamos hablando. Enciendo un cigarrillo, arrojé el

fósforo. Un prisionero recoge el cerillo apagado y lo observa atentamente.

Algunos kilómetros después de Belzy, sobre la carretera para Soroca, pasado el campo de aviación, nos detenemos para comer alguna cosa. Nuestras provisiones son miserables. No tenemos más que unas veinte cajas de conserva de jitomate, y cualquier botella de agua mineral, un tarro de té y un poco de azúcar. Flacos recursos.

Abrimos una caja de jitomate, embarramos con la conserva un poco de pan y comemos. Son ya tres días que comemos solo conserva de jitomate y tengo ya náuseas. Terminado aquel flaco refrigerio, nos tiramos a dormir en el trigo, y tras una hora, de nuevo en camino.

Recorrida una veintena de kilómetros, encontramos algunos tanques soviéticos deshechos por los tiros de la "Pak". Entre el montón de hierros retorcidos, hay un carro que nos interesa particularmente. Es uno de esos carros armados especiales, que sirven para el transporte de las tropas de asalto. De la proa del carro surge el cañón de una ametralladora de grueso calibre. La parte de atrás del carro tiene la forma de una "T" al revés. A los dos lados la coraza está plegada en formas de bancas. Sobre estas dos bancas de acero se sientan los soldados. Durante el combate, los soldados se tiran de las bancas y combaten a pie, apoyados por el fuego del carro. Dentro de uno de estos Panzer de transporte y asalto, ví aún el cuerpo carbonizado del piloto. La columna vertebral está derecha, apoyada en el respaldo del asiento. Los huesos de las piernas y de los brazos, yacen amontonados entre el asiento y los pedales.

Paso a paso nos acercamos al Dniester, las señales de batalla se nos aparecen con evidencia y frecuencia impresionantes. Son las señales de la desesperada lucha combatida por los tripulantes de los tanques rusos contra lo excesivo de la fuerza enemiga.

A algunos kilómetros de Soroca, a través de la nube de polvo rojo que una columna de camiones levanta, divisamos en el fondo del valle del Cainari, un puente volado. En medio del puente, en el fondo del injerto de los dos travesaños centrales, colgado casi en forma de "V", yace un gran tanque ruso de 45 toneladas. Un monstruo de acero, intacto en apariencia. No tiene una herida. Ni siquiera una plancha se ha movido. Ha volado junto con el puente mientras estaba por retirarse. Se ha retardado unos treinta segundos, no más. Bajo el puente, sobre la orilla del Cainari, hay un promontorio de tierra. Sobre el promontorio hay plantada una cruz roja, con las palabras: "Ein russische Panzerschützer". Un tanquista ruso. Es esta la primera tumba soviética, coronada por una cruz, que nos hemos encontrado.

El sol está ya en el ocaso cuando llegamos a Vântzina. Enormes aglomeraciones de nubes rojas caen sobre la oscura llanura, rota de profundas, frecuentes gargantas, donde un hilillo de agua gris serpentea permanentemente. Hasta donde el ojo alcanza, se ve el esplendor del trigo. Quisiera casi decir el resplendor del trigo en el ocaso, mientras el vivo reflejo de los inmensos campos de espigas se atenúa, se opaca poco a poco, se apaga como un cielo.

La carretera, después de Vântzina, sale por el lado de la colina, de la parte en donde está Soroca. Las primeras casas de la ciudad surgen sobre la cima del cerro. Nos paramos cerca de una gran hacienda entegrecida por los incendios. Es el antiguo Seminario construido por el Zar Nicolás. El edificio, de muy simples líneas neoclásicas, (de aquel neoclásico ruso que es un Empire en retardo y de segunda mano), de las columnas de estuco apenas en relieve sobre la fachada, con el mismo esquema del capitel jónico, parece, de cerca, casi completamente destruido. El techo está caído, los muros interiores están en ruinas. En pie están aún los muros exteriores, pero cuarteados por el fuego. Pedazos de vigas quemadas llenan la vasta plaza que hay frente al edifi-

cio. Y por todos lados, en un larguísimo radio en torno al Seminario, donde los bolcheviques habían puesto la sede de un Consorcio Agrario, y el depósito de las máquinas agrícolas que el Consorcio se disponía a distribuir a los varios kolhoz del distrito de Soroca, (había un kolhoz en Vântzina, un segundo en Zipilova, un tercero en Kogniski, un cuarto en Valanokulo), por todos lados hay tractores, trilladoras enormes, segadoras, sembradoras, desgranadoras y arados. Es un cementerio de máquinas agrícolas.

También la carretera que sale de Vântzina hacia Soroca está rodeada de máquinas abandonadas, dañadas en gran parte, pero algunas en buen estado. Me acerco a observar tres grandes trilladoras intactas. Son de marca húngara, salidas de la fábrica Hofherr-Schranz-Clayton-Suttleworth, de Budapest.

Ya es noche, bajar a Soroca, nos dice un Feldgendarme, es peligroso. Las baterías rusas emplazadas sobre la ribera del Dniester apuntan sobre la ciudad, levantando enormes nubes de polvo blanco. Se oye hasta acá el característico ruido de los muros, el chirrido de los ladrillos calcinados y de los tabiques, que sigue a cada explosión. Un gran incendio ilumina el horizonte, detrás de Jampol, en dirección de Olscianka. Buscamos donde pasar la noche. Golpeamos en la puerta de una casucha que surge a unos doscientos metros del Seminario. Es una familia de pobres campesinos, dos viejos y un muchachillo. Nos acogen gentilmente, no tienen nada que ofrecernos, sólo una mesa para dormir. No importa. Pellegrini dormirá sobre la mesa, yo dormiré en el camión. Comemos un poco de pan con conserva de jitomate y mientras tanto nos preparamos una taza de té. Después me acuesto dentro del camión, y a cada rato me levanto sobre los codos para admirar el brillar de los incendios, que se levanta de una parte a otra del horizonte.

Largas sombras nacen del trigo, como lenguas de fuego negras. Escuadrillas de aparatos soviéticos zumban en el estrellado cielo. Una ametralladora rusa dispara de una parte a otra del río, con el sonido de una máquina de coser. Aquel "toc-toc-toc" que cose los párpados llenos de sueño.

X

UCRANIA, TUMBA DEL TRIGO

Frente a Moghilev, sobre el Dniester, julio 18.

La batalla de Ucrania, que desde hace algunos días se desenvuelve con fiereza sobre todo el frente del Dniester, frente a la línea Stalin, es seguramente la que decidirá la suerte de las "Puertas de Asia". Seguramente el público, sugestionado por los grandes recuerdos evocados por el nombre de las ciudades, Moscú, Leningrado, Smolensk, que constituyen los objetivos de la avanzada alemana al norte y al centro del inmenso campo de batalla, aún no ha comprendido que la verdadera partida se está jugando sobre el frente meridional, que el teatro decisivo de la campaña es éste de Ucrania, donde se combate no solamente por la posesión del granero ruso, sino por la posesión de las carreteras que conducen hacia las cuencas industriales y minerales del Dnieper y del Don, hacia el petróleo de Baku, hacia el Asia.

Pero también, aún cuando pueda salir de la reserva y describir los sucesos de esta gigantesca batalla, yo seguiré manteniendo mis correspondencias con aquel especial carácter, digamos así, de "correspondencias sociales", al cual me he atenido desde un principio. Porque el interés y el enorme alcance de esta campaña

de Rusia, me parecen consistir no tanto en los problemas de estrategia, cuanto en los problemas sociales, económicos, morales y políticos (y son problemas absolutamente nuevos, absolutamente excepcionales) que ella propone.

Tengo de Rusia y sus problemas, una experiencia personal que no data de hoy. Es el plan de trabajo que me he propuesto desde mis primeras correspondencias y, precisamente por eso, no sólo de referir los hechos que se desarrollan ante mis ojos, sino de interpretarlos y de poner en claro con absoluta objetividad, los problemas esenciales de este grandioso conflicto.

El lector atento recordará que he tenido cuidado, desde un principio, de no crear en él la ilusión de una escasa combatividad en el ejército soviético. No he dejado nunca escapar la ocasión de repetirle que las tropas soviéticas se defienden, resisten, combaten bien. Y he tratado de indagar, mediante la observación directa del adiestramiento técnico del soldado rojo y de su modo de combatir, aquella que pueda ser la influencia de la organización social y política soviética de la "moral obrera", sobre la combatividad y el rendimiento táctico de las tropas comunistas. Y no he faltado de advertir que no era de esperarse que al primer golpe la revolución hubiese estallado en Moscú, que a la derrota del régimen bolchevique habría precedido la derrota total del ejército: porque, decía, el verdadero "cuerpo social" soviético es el ejército, la mayor realización industrial del comunismo (mucho más que las grandes haciendas agrícolas colectivas, los kolhoz, mucho más que los gigantescos talleres de la industria pesada), es el ejército, siendo el ejército soviético el resultado de veinticinco años de organización industrial y de educación técnica stakanovista de los obreros técnicos calificados.

Ahora yo creo que, habiendo ya penetrado mucho más profundamente en territorio soviético, teniendo la posibilidad de observar de cerca los grandes kolhoz de Ucrania, y acercado a las regiones industriales del Dnieper, haya llegado el momento de

acentuar el carácter social de mis correspondencias (sin todavía descuidar la historia de nuestra avanzada, y de los combates a los cuales asisto), para poder dar al lector no solamente una fotografía, sino una interpretación fielmente objetiva, de los hechos de que soy testigo, que comprenden todos los elementos económicos, sociales, políticos, religiosos y morales del grandioso problema soviético.

Diré antes que nada, que las autoridades germanas muestran una cierta cautela, si bien no precisamente aquella que se desearía, al enfrentarse a la organización económica soviética, especialmente a la agrícola. Para comprender la razón de esta cautela, debe reflexionarse que la propaganda comunista, por medio de manifiestos, y utilizando la radio, trata de hacer presión sobre las masas campesinas de Ucrania para que "entierren" el trigo. He visto algunos de estos manifiestos. Ellos dicen: "Campesinos, la ocupación fascista es vuestra ruina. ¿A quién venderán los productos de la tierra? ¿Al kolhoz? Los fascistas destruirán los kolhoz. ¿A los Consorcios? ¿A las Cooperativas? ¿A los Oficiales Estatales de la cosecha del trigo? Los fascistas destruirán todo. Ellos tomarán vuestro trigo sin pagarlo. Para salvar vuestro trigo, ¡entierrenlo!".

Este "enterramiento" del trigo es un viejo problema. El mismo Carlos XII de Suecia, cuando se metió a la conquista de Ucrania, tuvo que conocer el problema y sufrirlo. Fué una de las causas de su ruina, el prólogo de Póltava.

En 1918, cuando ocupaban Ucrania, los alemanes no hicieron por procurarse la cosecha; los campesinos habían "enterrado" el trigo. Sobre el sistema de este "enterramiento", no se tenían entonces sino escasas noticias. En la primavera de 1920, un funcionario de nuestro Ministerio del Exterior, Virgili Amadori, fué enviado a Ucrania para darse cuenta de las condiciones de aquella región, y nos reportó un amplio estudio sobre varios sistemas de "enterramiento" del trigo, estudio que hoy es de grandísima

actualidad, y que se podría útilmente exhumar de los archivos del Ministerio.

Yo me encontraba en aquel año, en 1920, en Varsovia, como diplomático en la Legación, y tenía modo de leer aquel estudio y de entretenerme en hablar del asunto con el mismo Virgili Amadori. Del problema del "enterramiento" del trigo, se ocupaba también en ese tiempo, Monseñor Genocchi, el cual había sido enviado a Ucrania por la Santa Sede, por parte de los intereses de la Iglesia Unida. Conocí a Monseñor Gonicchi cerca del Nuncio Apostólico de Varsovia, el entonces Monseñor Acholle Ratti. Y recibí de él muchas indicaciones que me fueron preciosas, cuando poco después, en junio de 1920, acompañé a las tropas polacas del Mariscal Pilsudski hasta Kiev, durante la campaña de Ucrania. Las consecuencias del "enterramiento" del trigo fueron graves para el ejército polaco, como habían sido graves, dos años antes, para el ejército alemán de ocupación; yo tuve manera, en aquella ocasión, de darme cuenta personalmente del problema y de sus reflejos económicos y sociales; lo que me fué útil en seguida para comprender la razón de la áspera lucha conducida por los bolcheviques en Ucrania contra el sabotaje agrícola. Sobre el "enterramiento" del trigo, existen en Moscú, en la sección agrícola de la Biblioteca de Lenin, documentos y estudios interesantísimos, en varias lenguas, de los cuales he podido tener conocimiento durante mi última estancia en la U.R.S.S.

Hoy, los alemanes, que sobre tales argumentos han conducido, después de la grave experiencia de 1918, averiguaciones de singular interés, muestran la intención de querer adoptar, para este problema, la solución de los colectores.

Porque para evitar el "enterramiento" del trigo, se necesita, sobre todo, substituir el sistema de los "Colectores soviéticos" con un sistema análogo. De un retorno puro y simple, a un sistema "liberal", no es ni siquiera el caso de hablar. El campesino ruso ya se encuentra acostumbrado a la organización soviética de

los colectores y ha terminado por encontrar su propio interés. Abolidle los kolhoz, abolidle los colectores, y el campesino ya no sabrá a quién entregarle su propio trigo, o tendrá lógicamente la sospecha de una requisición militar forzosa, y entonces, aún prefiriendo a los insectos, lo "enterrará".

Como se preocupan de hacer saltar los puentes, de destruir las vías de ferrocarril, de interrumpir las carreteras, de sabotear la maquinaria de las plantas industriales, etc., así mismo los bolcheviques se preocupan de destruir todo aquello de su organización económica que pueda servir a los alemanes para el disfrutamiento agrícola de Ucrania. La presencia de numerosos agentes políticos siguiendo a las tropas soviéticas, responde a la necesidad de un control político sobre la conducta de la guerra y a la necesidad de la propaganda para el "sabotaje" agrícola contra la invasión.

En algunas aldeas de Podiola se han encontrado muchos agujeros listos para enterrar la cosecha. En los oficinas de los kolhoz yacen montones de folletos conteniendo las instrucciones para un racional "enterramiento" del trigo. Los bolcheviques no han tenido tiempo de distribuirlos a los campesinos. Esta propaganda no tiene por ahora más que resultados muy escasos: porque la autoridad alemana se ha enfrentado inmediatamente, en los territorios ocupados, a advertir a la población que en sustitución de los kolhoz, serán creados los colectores de grano, a los cuales los campesinos deberán entregar la cosecha mediante el pago del nuevo precio, establecido sobre la base de una efectiva alza del precio en rublos pagado hasta ahora. Y he podido constatar yo mismo, en muchas aldeas, que los campesinos han aceptado esta medida con cierto alivio, como la única que pueda garantizar la rápida venta de la cosecha sobre la base de un precio relativamente estable.

Me he preguntado, por otra parte, y muchas veces, por qué los bolcheviques no han incendiado la cosecha antes de retirarse.

Habría sido aquel un sistema de sabotaje agrícola mucho más simple y rápido que el "enterramiento". El grano está maduro, la mies está cercana, basta un cerillo para hacer encender en toda la Ucrania un espantoso incendio. Pero los campesinos habrían sin duda respondido con la insurrección a la tentativa de destruir la cosecha. Y las insurrecciones, en Ucrania, habrían favorecido demasiado los planes de los alemanes para que los bolcheviques osasen provocarlas. (Diré a este punto, que todas las noticias circulantes sobre la sistemática destrucción por parte de los bolcheviques, de la cosecha de Ucrania, son falsas).

Mañana, quizás dentro de pocas horas solamente, la batalla del Dniester habrá llegado a su término. (Mientras escribo estas notas sobre la plataforma de un carro antiaéreo, las explosiones de la artillería hacen sacudir, allá al fondo, sobre la pingüe llanura ucraniana, las rojas nubes del ocaso. Pasan, a pie, grupos de heridos alemanes y rumanos; el rostro bañado en sudor, los ojos juvenilmente alegres. Un oficial soviético, gravemente herido en el abdomen, está extendido sobre una camilla, cercano al carro de enfermería. Un Panzer pesado llega, se detiene, la puerta de acero se abre, los hombres de la tripulación bajan uno a uno riendo fuerte. La noche baja húmeda y olorosa a trigo). No puedo aún decir nada de los sucesos de la batalla. Debo contentarme con preparar al lector a la comprensión de los grandes problemas, en la naturaleza de los cuales consiste gran parte del significado de esta guerra y de su importancia. Dentro de algunos días, cuando nos introduzcamos en las regiones de los grandes kolhoz, estos problemas se convertirán de enorme interés; y eso vendrá, que no otra cosa, a justificar las grandes incomodidades y los peligros que acompañan, también a mí, a la errante y pintoresca existencia de las columnas motorizadas alemanas sobre las carreteras de Ucrania.

XI

ESPECTROS

Soroca, sobre el Dniester, agosto 6.

Durante toda la noche los aviones soviéticos han volado sobre Soroca, tratando de destruir el material que los puenteros alemanes están acumulando sobre la ribera del Dniester, frente a Jampol. El ruido de las explosiones repercute a lo largo del valle. Al alba, el bombardeo y el tiro de la "Flak" se han hecho tan violentos, que yo he renunciado al reposo.

Mientras me rasuraba al descubierto, frente a un espejo colgado en un clavo metido en la puerta del establo, me puse a platicar con el viejo campesino. Hablando del kolhoz, el viejo movía la cabeza, mirándome con el rabo del ojo. Está preocupado por la siega. No sabe qué hacer. Faltan los brazos, los hombres fuertes están combatiendo en las filas del ejército rojo, las máquinas agrícolas están dañadas en gran parte. Se necesita tiempo para repararlas, y mientras tanto la cosecha amenaza perderse. Mira al cielo: negras nubes se amontonan en el horizonte. Es un año lluvioso. Se necesita trabajar rápido con el trigo. Las mujeres no bastan para la siega. Menea la cabeza, me pregunta: "¿Cómo haremos?".

El sol apenas ha salido, cuando nos volvemos a meter en camino. Bajamos a Soroca. Es una pequeña ciudad. Soroca, situada en bella posición, en un amplio costado del río, entre el Dniester y la alta rivera que desciende hacia el valle. En un recodo del camino, (un camino rapidísimo, lleno de carros, de trenes de artillería, de parque del genio) se nos ofrece de improviso un aspecto bellissimo y al mismo tiempo terrorífico, de la ciudad. Un castillo, en la rivera del río, alza sus redondas torres amuralladas sobre una marejada de casuchas derrumbadas por el bombardeo, destruidas por el incendio. Es un castillo genovés, que después fué moldavo, después turco, después moscovita. Entramos en la ciudad en ruinas, vagamos a lo largo entre los escombros, encontrándonos con grupos de gente descalza, lacerada, de los cabellos enmarañados, el rostro negro de hollín, que transportan sobre la espalda colchones, sillas, colchonetas quemadas. Un Feldgendarme, de guardia en un crucero, nos aconseja alejarnos del centro de la ciudad, aún muy castigada por la artillería soviética emplazada en la otra ribera del río. "Hacia los suburbios", nos dice, "encontrarán alguna casa intacta". Desembocamos por una larga calle, el carro brinca entre los escombros, sobre los montones de ruinas calcinadas, sobre los pedazos de vigas quemadas. En cierto punto, desembocamos frente al jardín público.

Es una pausa verde entre los montones carbonizados de la mísera ciudad. Son altos álamos, tilas frondosas, acacias, pequeños arbustillos, enredaderas que parecen a la vid silvestre. Sillas, mesas, armarios, camas, están esparcidos a granel entre las manchas verdes de los prados. Una tina llena de agua amarillenta, en el agua flotan pedazos de madera, hojas caídas, papel roto) refleja un cielo límpido y terso, entre las arabescas de las frondas y de las hojas.

Alguna mujer atraviesa el jardín, algún muchacho. Es uno de aquellos jardines públicos de provincia, los cuales encuentra uno siempre en todas las novelas o en todos los cuentos de los

escritores rusos, del estilo de Dostoiewski. Verde, húmedo, lleno de densas sombras, blandas, esponjosas, un romántico jardín, humilde y digno entre las casas bajas, entre los habituales aspectos de esta pobre arquitectura provincial. Un pájar de pájaros desmenuza el azul entre las altas ramas.

Sobre una banca está posado un volumen de Puschkin, Eugenio Onieghin, impreso en Moscú en 1937, el año del centenario del poeta. Abro el volumen, leo los primeros versos:

Moi diadia samike cestnikh pravil,
kagdá nie v sciutku sanemog.

Aquel dulce sonido me conmueve hasta lo más profundo. (Algunos años hace, en los contornos de Moscú, visité la villa en donde Puschkin transcurrió los últimos tiempos de su breve vida. He tocado, he acariciado sus objetos familiares, su cama, su cojín, su pluma, su tintero, el medallón donde está custodiada un mechón de su cabello). Me temblaban los dedos hojeando el volumen de Eugenio Onieghin. Entre las páginas, como señalador de aquel segundo canto, que se abre con la citación horaciana: "O rus!", hay un guante sucio, descosido. Yo leo:

Ach, on liubil, kak v nasci lieta
uje nie liubiat; kak adná

Y aprieto aquel guante como si apretase una mano.

Una mujer aún joven, rubia, vestida con pobreza, recorre las calles llevando de la mano a una niña, seguramente de tres años, palidísima y rubia. Tienen las caras sucias, los cabellos deshechos, pendientes en rizos sobre las mejillas, los vestidos sucios de polvo. La mujer, al pasar, me mira con curiosidad, casi con pudor. Siento su mirada posarse sobre mí, como sobre un doloroso recuerdo.

Frente a la entrada del jardín público, a pocos pasos del sovietkino o cinematógrafo ruso, surge una casa de piedra, de as-

pecto severo. En aquella casa estaba la sede del Soviet de Soroca. Empujo la puerta, entro en el Soviet. En la estancia reina un desorden indescriptible. Mesas volteadas, armarios rotos, muebles despedazados, montones de papel esparcidos por el suelo. En los muros están colgados aún los retratos de Lenin, Stalin, de Molotov; y manifiestos, carteles de propaganda.

Uno sobre todos me interesa: es el plano topográfico de la ciudad de Petersburgo, señalada en rojo la colocación de las fuerzas soviéticas en los días de la insurrección de octubre de 1917. La estrategia revolucionaria, que Lenin había estudiado en las cabezas de Clausevitz, aparece en esa carta, como ya lo notó John Reed en su carnet, en sus Diez días que sacudieron al mundo. Con una pequeña bandera roja, está señalado el Instituto Smolny, cuartel general de la revolución bolchevique.

En los muros, los cartelones de propaganda para la Caja de Ahorro soviética, se alternan con los cartelones de la propaganda agrícola, con los cuadros que muestran el funcionamiento de una trilladora, con la efigie de los mayores comisarios del pueblo, con el retrato del célebre aviador ruso Chkalok, que voló por el Polo Norte de Rusia a América; con las estadísticas sobre la instrucción elemental en las varias Repúblicas de la Unión, con los cartelones que incitan a los jóvenes comunistas a enrolarse como voluntarios en la Armada rusa.

En el cajón de un escritorio, hay muchas tarjetas del Partido Comunista, algunas ya prontas para la entrega, con la fotografía del comunista y la firma del Presidente del Soviet de Soroca y del Presidente del kolhoz. Sobre una mesa, vacías, dos botellas de Sovietskoie Champanskoie, el espumante soviético, un pedazo de pan, una pipa, una caja de cerillos con la hoz y el martillo impresos en la etiqueta, un peine desdentado.

La explosión de una bomba (debe haber estallado muy cerca), me hace salir a la puerta, los aparatos soviéticos huyen amparándose entre las nubes blancas y rojas de los proyectiles de la

"Flak". En la carretera pasa una columna de saqueadores, que algunos soldados rumanos llevan hacia la sede de la policía militar.

Son campesinos de los contornos: algunos son hebreos, otros son zingaros del rostro obscuro, de los ojos brillantes y los cabellos largos. No daría un centavo por su piel. Motociclistas germanos pasan veloces entre una nube de polvo. Pregunto a uno de ellos en donde está el Comando de la columna a la cual debo agregarme. Está más al norte, a unos diez kilómetros de Soroca, frente a Jampol. Pero a esta hora no se puede pasar. La carretera está siendo atacada. Me aconseja detenerme en Soroca y esperar hasta la noche.

"Danke schön".

Atravieso el jardín y me pongo a pasear por las calles del barrio, que está cerca del jardín. Las casas aparecen intactas: son las únicas casas que quedaron en pié en Soroca. Leo los nombres de las calles: Calle de Engels, Calle Carlos Marx, Calle Lassalle, Via Bakunin. En la Calle Carlos Marx está el Liceo Femenino, una especie de club para las muchachas acomodadas de Soroca. Los comunistas han hecho una escuela para las hijas de los obreros. Tras la escuela, en la Avenida Príncipe Nicolás, en el número 25, se esconde una casa de modesta apariencia. Las ventanas están cerradas, las persianas bajadas. Tocamos. Nos abre una vieja. Nos dice en ruso: "Padajditie, pajaluista, esperen por favor", y vuelve a cerrar la puerta. Después de algunos instantes, otra mujer, de cabellos clarísimos, no sé si rubios o blancos, se asoma de una ventana y me pregunta en perfecto francés si busco a alguien. No, no busco a ninguna. Quisiera descansar algunas horas. "Den vuelta a la casa", dice, "entren por la terraza". Sobre la terraza están dispuestos en bello orden, en torno a una mesa de bejuco, algunas sillas mecedoras, también de bejuco, de aquellas que se usan en las casas de campo o en el mar.

La señora de los cabellos claros me viene al encuentro por la terraza, me ruega acomodarme. Es una señora sobre cincuenta, quizás un poco gorda, de movimientos lentos, levemente suntuosa. Parece casi que recita. Habla un francés buenísimo, con una sombra de afectación. Es el francés de la institutriz de una buena familia, el francés de la Biblioteca Rosa y el de los cuentos de Madame Ségur. Sí, un par de estancias están limpias, en orden, pero sin colchones y sin sábanas. Le agradezco, me basta un diván. La señora hace un gesto, sonríe, sale en la punta de los pies. Estoy por abrir una caja de conserva de jitomate, cuando entra la vieja que me había abierto primero.

Es una señora de uno setenta años, de lineamientos duros, pero de la voz, de la mirada, de los gestos de una extrema dulzura. Es la dueña de la casa. Es rusa. Se llama Anna Ghieorghiewna Brasul. Su marido, el hijo, la nuera, han sido deportados a Siberia. Es sola, vive sola.

"¿Qué quiere que haga, Ja padajdá, espero", dice. Habla con voz baja, sonriendo. Son ya más de veinte años que espera. Está vestida pobremente, de viejos pedazos desteñidos, pero remendados y planchados con cuidado.

De la ventana de la pieza se ven las filas de los árboles del jardín público, un camión incendiado en la esquina de las calles Carlos Marx y Engels, dos niños que juegan en el suelo, el techo del Club Femenino. Las explosiones de las bombas lanzadas de los aeroplanos soviéticos hacen temblar los muros. El espejo de un armario, en la pieza de junto, tintinea. Ya pasó el mediodía, una luz muerta entra en la pieza, un rayo de sol pega sobre la rodilla de la vieja sentada frente a mí.

Con la mano llena de venas color violeta, la vieja acaricia aquel rayo de sol, dice: "¡Hace tanto tiempo que no veo un limón!", y mira con los ojos nublados el limón que he sacado fuera de mi mochila. Y así me habla de Crimea, de las naranjas de Yalta, del feliz tiempo pasado, me habla del bolchevismo con un horror que

diría materno. Sí, precisamente, un horror materno. Como de muchachos que la habían hecho sufrir tanto en la vida.

Me doy cuenta que está contenta de poder mostrarse gentil, de hacer gala de su buena educación. Habla en voz baja, sonriendo, de vez en cuando se ajusta sobre la frente la peineta negra que le detiene los cabellos. Tiene un aspecto antiquísimo, nunca he visto una mujer así de vieja, trescientos años seguramente; parece salida de un viejo armario, de un viejo cuadro. Mientras hablamos, una especie de sirviente nos lleva una sopera repleta de borsce. Es un viejo siervo ucraniano, que camina descalzo, se inclina ante la patrona y los huéspedes. Es un toltóvska, tiene los pantalones largos, un pobre par de pantalones de algodón, con las orillas deshilachadas, detenido en torno a la cintura por un pedazo de bramante. Después del borsce, el siervo nos lleva una taza de cacao, pan blando, mermelada. Y mientras tanto, la vieja habla, sonríe, se ajusta la negra peineta sobre la arrugada frente y hablando me mira, tiene una bellísima mirada, una bellísima sonrisa, un rostro bueno, todo encantado por la sorpresa, por la novedad. Es precisamente, como dicen los franceses, *aux unges*. Me ofrece un poco de todo aquello que posee, un poco de todo aquello que ha logrado salvar.

Tras algunos minutos, se oyen unas pisadas en la terraza. La vieja dice: "Vamos a la terraza". Y así salimos y nos vienen al encuentro, uno a uno, como si viniesen a una recepción, la señora de los cabellos claros con el marido (el hombre es más joven que ella, con barba de diez días, pero la ropa blanca limpia, lavada) y otra vieja señora, después de un hombre flaco y largo con el alto cuello almidonado. Tiene una pierna torcida, el saco con las mangas remendadas. Es un ex-funcionario del antiguo régimen; hasta hace pocos días trabajaba como sub-jefe del Univermag, que es una especie de "Supermercado" soviético. La conversación fluye fácilmente, hablamos francés y ruso. La señora de los cabellos claros ha estado en Suiza, en Francia, en Italia,

como institutriz de una noble familia rusa: me habla de sus poetas preferidos: Coppée, Lemontow, Lamartin, Puschkin. No conoce ningún escritor bolchevique: pero la señora Brasul, la mujer del prefecto, los ha leído, dice, esos hooligans (es una palabra americana entrada en la jerga bolchevique, y que significa sinvergüenza de arriba a abajo), esos sinvergüenzas, dice con desprecio; pero el suyo es un desprecio social, no literario. El tiempo transcurre dulcemente. Yo quisiera partir para encontrar al Comando de la columna antes de la noche, pero no oso romper aquel encanto y me presto a esa triste ficción, a aquella triste y dulce comedia.

Es un recibimiento en extremis. A poco, la vieja señora se levanta, camina cojeando, lentamente, sin hacer siquiera un leve rumor, abre un armario, descuelga de un gancho un viejo vestido de noche de hace unos treinta años, quizás hasta cuarenta, con el cuello de encaje sostenido por pequeñas plegaderas. Me dice que llevaba aquel vestido cuando fué invitada a no sé qué fiesta sobre un acorazado de la flota imperial en Odessa. Después sale, levantando en alto el vestido para que no se arrastre en el suelo, y yo espero verla regresar vestida de gala, como la baronesa de Saint-Auriol, de la Isabella de Gide, en aquella inolvidable escena en el castillo de Quartfouché. Pero regresa sosteniendo con las manos una charola, sobre la cual hay un pollo cocido, y quiere que lo comamos: y así todos comemos un poco, y son ya las tres, yo quiero partir, es tarde, me siento molesto entre aquellos gentiles espectros: pero no oso interrumpir aquella piadosa ficción, aquel triste encantamiento. Quisiera besar la mano de la señora Brasul, pero tengo asco de aquellas venas llenas, y en cierto momento, cierro los ojos, me doy fuerzas, le beso la mano, y la vieja está feliz, mira alrededor, mira a las amigas precisamente con el aire de una vieja dama; está fiera y feliz, una lágrima asoma en su párpado, pero su aire de felicidad mundana se apaga apenas yo

bajo los escalones de la terraza. Es como si un telón negro cayese sobre el último cuadro de una triste y feliz comedia.

Estoy por irme en el carro, cuando se acerca jadeante, ansiosa, llorando, una mujer de unos cuarenta años. Es italiana, se llama Alicia Orlandelli, de Parma, está aquí desde los catorce años, vino a Soroca en 1927 a encontrar a su hermano comerciante, ha sabido esta mañana, por casualidad, que había un oficial italiano en Soroca, ha buscado por toda la ciudad, y ahí finalmente nos ha encontrado. Ríe llorando, dice: "Sí, soy italiana, de Parma, soy italiana", y entonces yo regreso, la tomo por los brazos, la ayudo a sentarse en un sillón de bejuco, y la Orlandelli ríe, llora, dice: "Oh, como soy feliz", y las otras señoras la llaman "Madame Orlandelle" y todas ellas están también contentas, hablan, hablan, yo no comprendo lo que dicen, la señora Orlandelli mezcla el italiano con el ruso y el rumano, hasta que el viejo siervo ucraniano tropieza y cae de rodillas tirando sobre el tapete una bandeja llena de ciruelas envinadas. "¡Grigori!", exclama la dueña de la casa con voz de reproche. Después sacude la cabeza, como diciendo: "¡Qué tiempos, qué gente!", mientras todos nosotros nos agachamos a recoger del tapete las ciruelas.

La señora Orlandelli nos cuenta que es guardarropa en el hospital de Soroca, que ha tenido mucho trabajo, que los bolcheviques la trataban bastante bien, pero le pagaban poco, tenía que trabajar de la mañana a la noche: cuando se fueron, los comunistas querían llevársela con ellos, pero la señora Orlandelli se rehusó. "Me quedé con mis enfermos", dice, y ahora espera que el hospital empiece nuevamente a funcionar, ya no hay sábanas, no hay gasa, ni medicinas. Hasta los instrumentos quirúrgicos se los llevaron. Está feliz, conmovida, se traba al hablar, repite las frases dos o tres veces, como si yo no comprendiera. Me pregunta si conozco Parma. Sí, efectivamente, conozco Parma. Me pide noticias de esta o aquella familia. Y yo respondo siempre: "Están todos bien, la muchacha se casó, él ha muerto, la tal tiene

tres niños", y no conozco a ninguna de las personas de las que hablo: pero la señora Orlandelli está feliz de aquellas inocuas invenciones mías. Y ríe, llora, y al rato se alza, corre, regresa tras un cuarto de hora con un vaso de miel y una linda rebanada de brinza, que es un queso fresco. Quiere que me lo coma, y yo lo como para darle gusto: todos probamos aquella miel y aquel brinza.

Pero son ya las cuatro, debemos partir. "Sí, regresaremos esta noche, regresaremos a dormir". Y así nos despedimos con aquella cortés mentira. Están todos mirándonos desde la terraza, nos hacen gestos de saludo, y la señora Anna Ghieorghiewna Brasul agita un velo blanco, sí, precisamente un velo blanco, lo agita con gracia melancólica, cansadamente: y cuando damos la vuelta en la esquina y me viene a la vista, frente a los ojos, el escenario de la ciudad en ruinas y la calle llena de escombros, me parece de haber regresado vivo. Me siento un poco triste, pensando en aquellos espectros de otra edad, asomados al umbral de un mundo destruído. Pienso que ya no saben esperar más, solamente quedaron ellos y el recuerdo, un antiguo recuerdo, única cosa viva e intacta en aquella muerta ciudad.

XII

LOS HIPOPOTAMOS DEL DNIESTER

Frente a Jampol, agosto 6.

De lo alto de la ribera derecha del Dniester, la mirada abarca todo el terreno de la batalla, que desde hace algunos días se ha enfurecido frente a la línea Stalin, a lo largo del curso del Dniester y en las llanuras de Podolia. (Desde los montes de Jampol, un poco sobre Moghilev, la línea Stalin se separa del río y se dirige a norte-noroeste a través de Ucrania, para cubrir las carreteras de acceso a Kiev).

Es una región plana, ligeramente ondulada, dulcísima al ojo por el dorado esplendor del trigo, que reviste las amplias curvas del terreno y los lados de las hendeduras excavadas por los torrentes en la negra tierra. Bosques verdísimos dan, aquí y allá, descanso a la vista. En este paisaje sereno, iluminado de una luz densa y quieta, se combate desde hace algunos días una de las más sangrientas batallas de esta campaña de Rusia. Atravesando el Dniester a fuerzá viva, los grupos de asalto de nuestra columna han constituido sobre la ribera ucraniana, una cabeza de

puente, que los continuos y furiosos contraataques soviéticos tratan de contener y destrozar.

Hubo un momento ayer en el que parecía que las escasas fuerzas rumanas, encaramadas en la ribera enemiga, habían sido vencidas por la violenta reacción soviética. Pero durante la noche se ha restablecido la situación con el arribo de refuerzos germanos, transportados en los Sturmboote o lanchas motor de asalto (son pequeñas "fuera de borda") velocísimas. La lucha se ha reanudado esta mañana, brava y feroz, con graves pérdidas de ambas partes, en el terreno pantanoso que se extiende en torno a Jampol, entre la ribera del Dniester y los elementos avanzados de la línea Stalin. Es ésta la fase crítica de la batalla.

"El ataque decisivo está fijado para mañana por la mañana, al alba", nos dice el general Rtw., que comanda nuestra columna. El general está sentado frente a una mesa al aire libre, cerca de una casa destruída. Sobre la mesa está extendida la carta al 25,000 de la línea Stalin en el sector de Jampol. "No es una situación muy fácil la nuestra", nos dice el general, siguiendo con el dedo, sobre la carta, el trazado ruso de la línea Stalin, "pero lo más está hecho".

A nuestra izquierda, las tropas de la columna norte han logrado alargar la cabeza de puente sobre Moghilev. A nuestra derecha, en el valle de Soroca, algunos grupos rumanos han pasado el río, agrupándose en la ribera ucraniana. Es una lucha muy dura. Pero mañana por la mañana la situación estará aclarada. El general sonrío, dice: "¿Quiere dar una ojeada al campo de batalla?"

Nos dirigimos a pie con el Sonderführer Heitel hacia la orilla del dique que se desploma sobre el río. Son casi las cinco. El húmedo calor de la tarde se estanca sobre los campos de trigo, un aire polvoriento se nos cuele entre los dientes, nos quema los pulmones. Allá, enfrente, la ribera soviética se levanta con brusca impaciencia, mostrando el corte claro de su pendiente lado ar-

cilloso, lleno de casas blancas y de largos techos cubiertos de lámina. En torno a nosotros, el terreno está regado de bosquecillos de acacias, tupidos y verdísimos, donde han sido anidadas las piezas antiaéreas, los depósitos de municiones, las estaciones telefónicas y de radiofonía de campaña. Y a poco, en primer plano, sobre el fondo de aquel sereno paisaje de nubes blancas y espigas doradas, se me aparece un grupo de muertos rusos; un soldado está sentado en el suelo, con la espalda apoyada al cuerpo encogido de un compañero. Tiene la cabeza reclinada sobre el pecho y mira de arriba a abajo con los ojos desorbitados. Es una clásica imagen de guerra, al margen del alto estupor del mediodía; un adorno bodoniano sobre el frontispicio de la batalla.

Numerosas piezas de medio calibre están esparcidas aquí y allá por los campos. En torno a cada pieza, para evitar los incendios, el trigo se ha segado con cuidado, en largo círculo, como se hace con los cabellos alrededor de una herida. Entre un disparo y otro (es un fuego rítmico y violento, roto de vez en cuando por breves pausas, en las cuales se oye el ruido de las explosiones propagarse sobre la ribera opuesta) se alzan las voces de los soldados, los llamados de los oficiales. Algunos artilleros, con el torso desnudo, están excavando pequeñas trincheras para la reserva de las municiones. Otros duermen extendidos en el suelo, con una toalla sobre la cabeza.

En un pliegue del terreno, dispuestos en línea de frente, cinco tanques mandan grises reflejos bajo el enmascaramiento de las glorietas de acacias y los montones de espigas. Los tripulantes, sentados alrededor de los tanques, comen, leen, fuman. Un tanquista está cosiendo un jirón de la guerrera de paño negro. No con el entretenido empeño de un sastre, sino con el arrebatado violento de un zapatero. Parece que cosa una suela. Un teniente de los *Panzerschützer* está sentado sobre una lata de gasolina, leyendo un libro. Me saluda, me ofrece un cigarrillo. Es joven, rubio, con una larga cicatriz, una *mensur*, sobre la mejilla derecha.

“¿Quiere un sorbo de vodka soviética?”, grita, para sobrepasar las explosiones de la artillería. Se sube al tanque, se encorva en la cúpula, mete un brazo, hurga, trae una botella. “*Prosit, prosit*”, A un lado del tanque, con una pintura verde, hay escrito un nombre de mujer: “Hilda”. El oficial apoya la mano sobre el nombre, y cubre la primera sílaba. Doy una hojeada al libro que está leyendo. Es una edición soviética, en lengua alemana, de los *Problemas del Leninismo* de Stalin. Trotzki ha escrito una aguda crítica, por muchos aspectos, muy divergente.

“Lo he encontrado en la biblioteca del kolhoz de Vántzina”, dice el oficial de los *Panzerschützer*.

Nos ponemos a hablar del libro, que yo ya conozco.

“Es puro bizantismo”, dice el oficial. “¿Otro sorbo de vodka?”

Me separo del teniente de los *Panzerschützer* y prosigo hacia un observatorio de artillería poco distante. El oficial observador me indica una cortina de humo, a tres kilómetros del Dniester.

“Los nuestros están allá”, dice. He ahí Jampol, abajo, frente a nosotros, un poco hacia nuestra derecha: no es ya más que un montón informe de ruinas carbonizadas. Un grupo de casas arde a la extremidad de la ciudad (es más bien un caserío agrícola, con algún, molino, alguna curtiduría, cualquier horno de ladrillos) Intactas, entre jardines, huertos, bosquecillos de acacia, parecen, viéndolas desde aquí, las casas de la periferia y los largos techos de los heniles, de los graneros o de los establos del kolhoz cercano a la ribera del río.

“¿Qué cosa es esa construcción baja, con aquel gran patio? ¿Un kolhoz?”, pregunto al observador.

“Es un cuartel de caballería”, me responde. Cerca del dique del río, allá abajo, en la llanura, a lo largo de la carretera que lleva a Olscianka, (es la carretera para Balta, la carretera para Kiev y Odesa), se levanta el humo rojo y blanco de las explosiones. La artillería alemana tira a la carretera hacia Olscianka, llena de carruajes rusos. En cualquier trecho, a los lados de la

carretera, el trigo arde. Un bosque está en llamas allá abajo. El ruido de las baterías alemanas de asalto, que emplazadas en la ribera ucraniana martillan los bunker soviéticos, se confunde con el sonido de las piezas rusas, en una voz ronca igual.

De acuerdo a la extensión y a la fiereza de la batalla, la artillería de segunda y tercera línea es, de ambos lados, poco numerosa. Las batallas modernas se combaten principalmente con las "pistolas cortas". Todo el esfuerzo de los dos ejércitos gravita sobre la primera línea, donde la artillería de medio calibre, motorizada, y tirada a brazo, y frecuentemente hasta las baterías de grueso calibre, protegen, ayudan y completan el trabajo de la "llama oxhídrica" que los grupos de pioneros sopletean sobre los blindajes de los bunker y sobre el emplazamiento adversario. El fragor, en las primeras líneas, es infernal. Un poco atrás, en la segunda línea, el campo de batalla está sumido en una hora quieta, en una luz esfumada, de siesta de mediodía.

"La llama oxhídrica no basta para desoldar la línea Stalin", me dice el observador. "Mañana por la mañana comenzará el trabajo de los "Stukas".

Le pregunto por qué razón la artillería soviética no trata de disturbar el tráfico de las vías traseras alemanas.

"Está ocupada en martillar nuestras primeras líneas", me responde, "pero de vez en cuando cualquier pieza de grueso calibre alarga el tiro hasta esta parte del río. ¿Ve aquél elkawé?", (los alemanes llaman elkawé a sus carros pesados, de iniciales L.K.W., de la palabra compuesta Last-Kraft-Wagen). Golpeado de lleno por un proyectil ruso de grueso calibre, el elkawé ha saltado al aire. Por algunos centenares de metros a la redonda, el terreno está negro, lleno de casquillos de granada, de cartuchos explotados. Una veintena de cruces, montadas sobre el Stahlem, están alineados en el trigo. La tierra de los promontorios está aún fresca.

Dejamos el observatorio, bajamos hacia el río, entre los bosques de acacia y breves follajes verdes, donde cualquier vaca abandonada alza la trompa de la hierba con curiosidad, sin sospecha. Bajo un árbol, dos soldados alemanes se lavan los pies en una poza de agua fangosa. Tienen los dedos hinchados, deformados por las largas marchas bajo el calor. Los pies blancos, enormes, salen fuera del gris-verde del uniforme, como dos ramas de árbol sin corteza. Pienso que los pies de Dafne debieron ser así, en la crisis de la metamorfosis.

Frente a nosotros está emplazada una batería de obuses pesada. Los artilleros están desnudos, los lados cubiertos por un par de calzoncillos. Tienen la piel roja, de aquel rojo de cuerpos rubios quemados por el sol. El mismo color de las figuras humanas en los holocaustos de las tumbas truscas. Un hercúleo artillero se acerca llevando en las espaldas un gran proyectil. Los calzoncillos le resbalan. Continúa caminando así, rojo entre la hierba verde, completamente desnudo, entre las carcajadas de los compañeros. Aquellos hombres desnudos en torno a las piezas, como ciertas figuras de Aligi Sassu.

A un trecho, una granada soviética explota junto a una batería. Llegamos al lugar de la explosión cuando ya los heridos están siendo recogidos por las camillas. Un oficial grita una orden en un micrófono de campaña. Aquella voz metálica en el aire aún vibrante de la explosión. Tras un centenar de metros nos detenemos en la orilla de una profunda barranca. El campo de batalla, desde aquí, se revela amplísimo; el ojo recorre el valle y la llanura libremente.

Las nubes de humo de los incendios se mecen en el horizonte, como enormes hongos listos a separarse de la tierra. A lo largo de todo el emplazamiento de las columnas de ataque, se alza una cortina de polvo rojo y de caligine plumbea, una especie de inmensa cortina, en donde el sol, declinando, diseña bordados amarillos y púrpuras.

Directamente sobre nuestras cabezas, una escuadrilla de "Messerschmitt" gira alrededor de una formación de aparatos soviéticos, de aquellos nuevos aparatos, probablemente de modelo americano, pero contruidos en Rusia, que los alemanes llaman **Spitzmause**, o trompa de ratón, que constituyen la novedad más interesante de estos últimos días. Hace una semana apenas que han hecho su primera aparición en el cielo de la batalla (son aparatos bimotores, de caza y bombardeo, velocísimos y de gran facilidad de maniobra). Los **Spitzmause** soviéticos traen de cabeza bravamente a los "Messerschmitt". Se oye el "toc-toc-toc" lento y grave de sus ametralladoras, se oye nítido el crepitar rapidísimo de las armas de los cazas alemanes. Después toman altura y se dirigen hacia el este. Un gigantesco árbol de humo abre de par en par su follaje, allá abajo, atrás de la línea Stalin.

A un centenar de metros de nosotros, en el fondo de la barranca, se nota entre el verde, una columna de infantería alemana. Los soldados caminan encorvados bajo la pesada mochila, el cuello de la guerrera abierto, el casco de acero colgando en la cintura. Bajan lentamente hacia el río, entran en la batalla con modos tranquilos. Me ven, reconocen el uniforme y gritan: "Italianer, Italianer!". El sol ya ha desaparecido. Se oye aquí y allá, en la sombra verde, reír, hablar en voz alta, relinchidos.

Con una larga vuelta, regresamos hasta el Comando. Es ya noche. Una tiniebla húmeda y pesada cae sobre los campos de batalla. *En torno al Comando hay un ir y venir de oficiales y de mensajeros motociclistas.*

"Estamos", me dice, pasándome cerca, el mayor Werner. Tras pocas horas nuestra columna pasará el río sobre un puente improvisado, irá a dar más fuerza a las tropas agrupadas en la ribera soviética. Todo está listo para el gran choque, que decidirá seguramente la suerte de esta formidable batalla de Ucrania. El cañón truena sin reposo, es un ruido bajo, igual, que de cuando en cuando se hace ronco y grave, se convierte en un sonido pro-

fundo, subterráneo, casi la voz de la tierra, la voz de la noche. Se levanta en la obscuridad un estrépito de ruedas. Son los carruajes de los batallones, los trenes de artillería, las ambulancias, los camiones de las municiones. Me extendo bajo un árbol, me envuelvo en la cobija, intento dormir.

Mañana en la mañana, dentro de pocas horas. Estoy cansado de verdad, no puedo pegar el sueño. Al alba, cien mil hombres se lanzarán al asalto de la línea Stalin, se abrirán un paso en la cintura de cemento y de acero, irrumpirán en la llanura ucraniana, sobre la carretera de Kiev, sobre la carretera de Odesa. Un brillar difuso nace a lo largo del río. No es la luna. Es el brillar de las explosiones. Hasta donde el ojo llega, la línea Stalin aparece como un tubo de neón. Sí, es esta la imagen justa: un interminable tubo de neón, de color violeta. Los proyectiles, aquí y allá, por la inmensa llanura, hurgan en el cielo. Lluve del cenit un ruido de motores. Pega sobre Soroca. Cada vez, en el tono seco de los disparos alemanes de partida, distingo la explosión lacerante de alguna gruesa granada llegando. Tiran aquí cerca. Un soldado pasa gritando: "Schnell! Schnell!". Cierro los ojos y el chirrido de las ruedas, el rumor de las cadenas, hacen en el húmedo aire un estrépito dulce. Parece una música de Hindemith.

No es aún el alba cuando me despierta, de improviso, un ruido fortísimo, un fragor infernal. Soroca, a nuestra derecha, está en llamas. También Jampol está en llamas. Toda la ribera soviética arde. Enormes chorros de tierra se levantan aquí y allá; inmensos penachos de humo. Mala Yaruka arde. También Zihivkaí allá al fondo, está en llamas. Escuadrillas de "Stukas" se avientan con horrendo silbido sobre los bunker soviéticos. La artillería de medio calibre metralla el terreno entre las obras fortificadas de la línea Stalin. Los grupos lanzallamas ya liquidaron las planchas de acero de los subterráneos. Se ven largas llamas oxídricas agujerear el humo de las explosiones.

Alrededor mío, los soldados gritan: "Schnell! Schnell!". Es la palabra de orden de cada batalla alemana, el secreto de cada victoria germana: "Schnell! Schnell!, ¡Rápido! ¡Rápido!". Los grupos de asalto de nuestra columna han pasado ya el río, ahora se mueven los batallones de infantería, uno después del otro, schnell, schnell. Dentro de poco tocará al grupo del cual yo formo parte.

A un centenar de pasos de la ribera del río, dentro de una carretera escondida, pasamos al cubierto de una fila de acacias y álamos. En la luz incierta del alba, allá, frente a nosotros, se oye el golpear de los martillos sobre los tableros del puente, que los ingenieros terminan de construir, mientras se desenvuelve el paso de la infantería. El río en este punto es largo y profundo. Un río bello el Dniester, tan verde en la luz láctea de la mañana.

En cierto punto oímos el crepitar de una ametralladora, el martillar seco de los caños anticarro. En los montes de Jampol, un poco a nuestra izquierda, dos grandes tanques rusos surcan las aguas del río. Son los famosos carros anfibios soviéticos. El cañoncito que sale de la torre dispara furiosamente contra el puente. Son dos enormes bestias de acero, dos monstruos flotantes. Los "hipopótamos", los llaman los soldados alemanes. De toda la ribera germana los cañones de la "Flak" ladran furibundos contra los dos "hipopótamos", que surcan lentamente la corriente, entre los chorros levantados por las granadas. Uno de los dos monstruos, tocado, nada con dificultad, la proa casi totalmente sumergida. Desaparecen a nuestra vista, tras un recodo del río. Gritos de gozo se elevan a lo largo de la ribera, entre los cañaverales, entre los bosquecillos de acacias. En tanto, el "toc-toc-toc" de las pulemiót soviéticas se hace más raro, más débil, el ruido de las explosiones se aleja.

En el sol que ya surge, desembarazándose fatigosamente de la niebla del horizonte, bajan grupos de heridos alemanes hacia el puente, y algunos agitan los brazos en señal de saludo y de go-

zo. Pero seguramente no es un gesto de saludo, no es un gesto de gozo. Hay siempre cualquier cosa triste, como un desprendimiento, como un recuerdo amargo, siempre cualquier cosa de "descontado" en el gozo de una victoria.

incendios. Apenas fuera de Jampol, oímos los gritos: "Khliéb! Khliéb! ¡Pan! ¡Pan! Dentro de una de aquellas largas fosas que sirven para la cosecha del abono, se han refugiado unos cuarenta muchachos, mujeres, viejos barbudos. Son todos hebreos. Los muchachos se suben sobre la orilla de la fosa, los viejos se quitan el sombrero agitando los brazos, las mujeres gritan: "Khliéb! Khliéb!"

Un oficial alemán da ordenes a algunos soldados de distribuir un poco de pan a aquellos infelices. Las mujeres toman los panes, los despedazan con las manos furiosamente y lo distribuyen a los muchachos y a los viejos. Una de aquellas mujeres, una muchacha, me pregunta si pueden regresar a sus casas. "No, aún no. Los rusos disparan sobre Jampol. Seguramente mañana". Se quedarán en aquella fosa de abono otro día, otros dos días aún. Después regresarán a los escombros de sus casas. Dentro de una semana el caserío destruído comenzará nuevamente a vivir. La vida humana es una planta terriblemente tenaz, que nada logra destruir. Es una fuerza bellísima y espantosa.

Proseguimos lentamente sobre la larga carretera empedrada que lleva a Olscianka. Es la carretera para Balta, la carretera para Odesa y para Kiev. La línea Stalin se desenvuelve paralela al río, sobre nuestra derecha. No es como aparecía de lejos, una sucesión ininterrumpida de fortines, de subterráneos, de bunker, enlazados uno al otro por un sistema de caminos. Sino un complejo sistema de obras fortificadas independientes una de la otra, separadas por vastas zonas indefensas. Y no tiene nada que hacer, ni por la técnica, ni por la extensión, con la línea Maginot o con el Westwall: es una estrecha faja de fortificaciones campales, de apenas tres o cuatro kilómetros de profundidad, no más. Es de creerse que la línea Stalin constituyese una óptima base para una defensa móvil, elástica, más que un sistema rígido de resistencia fija. Necesita reconocerse que ha cumplido su tarea, una simple tarea de cobertura, con innegable eficacia. La caída

de la línea Stalin, por eso, no significa necesariamente que el ejército ruso de Ucrania haya sido destruído. No me cansaré jamás de repetir que la guerra contra Rusia será dura, difícil y larga. Y no es cierto que el derrumbamiento de la línea Stalin acortará la guerra.

La carretera está llena de carros volcados, de carroña de caballos, de autotransportes incendiados. Los cadáveres soviéticos son muy raros. (Es sorprendente observar el escaso número de muertos que se encuentran sobre las carreteras de las retiradas rusas. Diré en otra ocasión, el porqué de este extraordinario hecho, que en los primeros días de la guerra impresionaba grandemente a los soldados alemanes, y del cual no se sabía dar en un principio más que explicaciones contradictorias). Cualquier muerto germano aquí y allá, que los camilleros recogen piadosamente.

Los hoyos de las granadas, los cráteres de las minas, los enormes embudos excavados por las bombas de los "Stukas", nos obligan a largos descansos algunas veces, otras, a salir de la carretera, a pasar por el campo. Avanzamos lentamente entre una nube de polvo, densa como una niebla de alta montaña. Pero es una niebla caliente, ardiente, cegadora, que sofoca y dá vértigo, parecida a aquellas nubes de acres vapores que se elevan de los metales y de los ácidos de los establecimientos de la industria química. Una niebla venenosa, asfixiante, en la cual los hombres, los caballos, las máquinas, asumen formas extrañas, singulares proporciones. El reverbero del sol en esta nube de polvo rojo, agiganta, como un espejismo desértico, la medida de los hombres y de las cosas: me parece caminar entre sombras gigantescas, entre enormes larvas gesticulantes. Los gritos, las voces, el estrépito de las ruedas y de las orugas, el relinchar de los caballos, se repercuten con fragor espantoso en esta niebla ardiente, como si, rebotando sobre un muro invisible, nos derramara encima un alud de sonidos terroríficos.

Me separo un centenar de metros de la carretera para huir de aquel espejismo de formas y sonidos. Alrededor de mí, hasta donde alcanza el ojo, se extiende un mar de espigas, que el viento recorre con largas y mórbidas ráfagas. Se levanta lejana, en el fondo de la llanura, la alta nube de polvo levantada por la columna que avanza a nuestra izquierda, a protección de nuestro flanco. A cerca de tres kilómetros adelante de nosotros, los grupos ligeros de nuestra columna mantienen combate con el enemigo: que no huye, sino que se retira combatiendo paso a paso, con frecuentes empujes contraofensivos de fuertes retaguardias. Se oye indistintamente el crepitar de las ametralladoras, las explosiones lacerantes de los morteros, la ronca explosión de los proyectiles de grueso calibre. La táctica seguida por los rusos, es sin duda, bajo ciertos aspectos, muy eficaz. La resistencia de los grupos móviles, de los carros ligeros, y de los núcleos de infantería, es sostenida por una artillería numerosísima, en gran parte baterías de medio calibre autotransportadas. Y bajo la protección del fuego de su artillería, los rusos logran transportar todo con ellos, y no abandonar sobre el terreno enemigo ni siquiera un fusil despedazado, ni siquiera el tripié de una ametralladora.

Una de las características de estos campos de batalla, es el extremo orden en que los vienen dejando los rusos en retirada. Un orden paradójico, que suscita entre los soldados y oficiales alemanes una gran maravilla. Hasta los cascos de los cartuchos se llevan con ellos. Rastrillan el terreno con un cuidado que parece increíble. Se diría que se preocupan por no dejar ninguna huella de su presencia, ningún elemento que pueda ayudar al enemigo a comprender su forma de combatir, su táctica, la composición de su unidad, la naturaleza o empleo de su armamento.

Tras horas y horas de lucha, es impresionante llegar al lugar de batalla y encontrarse frente a un terreno perfectamente liso, limpio, donde no aparece ni un casco abandonado, ni una mochila, ni una máscara antigas, ni una cinta de ametralladora, ni una

caja de municiones, ni una bomba de mano, nada. Ni siquiera aquellos trozos de tela, aquellos pedazos de papel, aquellos jirones de gasa, aquellos indumentos manchados de sangre, que son los residuos inevitables de una batalla. No dejan más que un muerto aquí y allá; los últimos caídos, los últimos que se quedaron a proteger la retirada de los compañeros. Pero pocos, cinco, diez, no más. Y es extraordinariamente impresionante la visión de aquellos pobres muertos abandonados sobre un terreno limpio, rastrillado con cuidado. Yacen entre la verde hierba como si fuesen caídos del cielo.

Quedamos profundamente sorprendidos, por eso, cuando llegando frente a la aldea de Kacikowska, nos sucede sorprender un campo de batalla lleno de centenares de cadáveres rusos, y de todos aquellos desperdicios que la batalla deja ordinariamente tras de sí. Cerca de Kacikowska, se recorre una inmensa llanura absolutamente plana, similar a una estepa: y es ya el anuncio de la estepa que se extiende más al oriente, más allá del Bug, más allá del Dnieper. Pero poco a poco, a una veintena de kilómetros más allá de Jampol, acercándose a Kacikowska, la llanura se levanta lentamente, hasta que baja sobre el margen de una profunda planicie verde, llena de árboles, en fondo a la cual, sobre las riberas de un delgado torrente, yace la aldea de Kacikowska.

Llegamos hacia las diez a un par de kilómetros de la orilla de la llanura. Los rusos, atrincherados en la ceja de la planicie, resisten. Debemos descansar algunos horas frente a Kacikowska, en espera de que los grupos de asalto de nuestra columna logren despedazar la formidable resistencia soviética. A mediodía el combate continúa aún. Y en tanto llegan, tomando posición en los campos, en medio del trigo, numerosas baterías alemanas de campaña y de medio calibre. Martillados por el fuego de la artillería, los rusos resisten ferozmente. Una y otra vez irrumpen al contrataque, rechazando a los alemanes. La artillería soviética apoya la acción de aquel desesperado grupo, seguramente apenas

un batallón, con un fuego terrible de obstruccionamiento y de contrabatería, que obliga a los alemanes a cambiar continuamente sus propias piezas, a causa de las graves pérdidas en la infantería alemana. Los germanos afirman que los rusos se han revelado como los mejores soldados entre todos aquellos con los cuales se han encontrado hasta ahora en esta guerra. Mejores que los polacos, mejores que los mismos ingleses. No se arredran. Combaten hasta lo último, con grave y calmada obstinación.

Cerca de las cuatro de la tarde vemos bajar hacia la retaguardia los primeros grupos de prisioneros, la mayor parte heridos. Sin vendajes, la cara empastada de sangre y polvo, los vestidos hechos una piltrafa, las manos ennegrecidas por el humo. Bajan lentamente, sonriéndose uno al otro. Sus declaraciones confirman todo cuanto se suponía. El grueso de la armada de Budiennij no se ha empeñado aún a fondo, en el frente de Ucrania. Los grupos que sostienen el choque alemán están constituidos en su mayoría por los jóvenes reclutas o por reservistas ancianos, llamados a las armas el primero de julio. Campesinos en uniforme, no soldados reales y verdaderos. Salvo los grupos especializados, la aviación, la artillería, los tanques, el ejército ruso, aquél, digamos así, permanente, espera el choque decisivo más atrás, seguramente sobre las riberas del Dnieper seguramente allá en el Don.

En tanto, mientras hablamos, el "toc-toc-toc" de las pulemiót rusas (las ametralladoras soviéticas tienen un tiro lento, un sonido grave y ronco), se aleja, el fuego de la artillería se afloja. "Se van", me dice un suboficial alemán herido en la cabeza, y se mira las gruesas manos nudosas, llenas de aceite, negras de tierra.

Cuando llegamos al límite de la llanura, allá donde declina bruscamente hacia el valle, en fondo a la cual yace la aldea de Kacikowska, un grito de maravilla sale de nuestros labios. Por vez primera en esta guerra, se nos aparece frente a los ojos un campo de batalla sembrado de muertos soviéticos, un campo de

batalla sobre el cual los rusos no han tenido tiempo, antes de retirarse, de "hacer limpieza". Y con un sentido de temor, como si caminase sobre un terreno vedado, me meto sobre el campo de batalla, entre los muertos enemigos que parecen seguir con los ojos cada uno de mis pasos, cada uno de mis movimientos. Me ven con una mirada llena de estupor y de reproche, como si yo viniese a comprender un secreto suyo, a profanar el horrendo y vedado desorden de la batalla y de la muerte.

XIV

LA FUGA DE LOS MUERTOS

Kacikowska, agosto 8.

Las tropas soviéticas, retirándose, no abandonan sus muertos en el campo de batalla, ni los entierran en el mismo lugar. Se los llevan. Van a enterrarlos a veinte, treinta kilómetros más adentro, en lo espeso del bosque, en el fondo de un valle. En grandes fosas comunes: y sobre las fosas no plantan cruces ni dejan señal alguna. Aplanan con los pies la tierra floja y la cubren con hojas, hierba, ramas de árbol, en muchos casos montones de abono, para que ninguno pueda jamás violar aquellas tumbas secretas.

Hay cualquier cosa de terrible y de misteriosa en esta inhumación clandestina, en este transfugamiento de los muertos. "Eine Totenflucht", me ha dicho esta mañana un soldado alemán. Sí, eso es precisamente, una "fuga de muertos", como si los muertos se levantaran en pie fatigosamente, se alejaran lentamente, ayudándose uno al otro, y por desconocidos senderos atravesaran el trigo y los bosques, como si huyeran no por miedo, sino para sustraerse a cualquier extrema aventura, a cualquiera des-

conocida y temida suerte. Como si los muertos huyesen después de haber quitado al campo de batalla cualquier señal de la feroz lucha, cualquier objeto que pueda evocar el choque sangriento, turbar con su presencia la paz de los bosques, de los campos de trigo, de las doradas extensiones de girasoles. Sí, parece casi que sean los mismos muertos quienes "hacen limpieza" en los campos de batalla. Después huyen lentamente, desaparecen para siempre, no dejan en ellos ninguna señal mortal, ni siquiera la huella de sus zapatos en el fango, ni siquiera el fusil que la astilla de acero ha hecho pedazos entre sus manos.

Es este un hecho que impresiona grandemente a cuantos tienen la aventura de atravesar uno de estos campos de batalla, inmediatamente después de cesar la lucha. También en el sector norte, también en los otros sectores del frente, los rusos en retirada se llevan con ellos a sus muertos. Tras enteros días, enteras semanas de batalla durísima, después de la feroz mezcla, después del choque reiterado por formidables masas de tanques, los soldados alemanes, en lugar de los millares de cadáveres soviéticos que la ferocidad de la lucha hace preveer, no encuentran sobre el terreno más que algún muerto aquí y allá: olvidado más bien que abandonado. Esta ausencia de cadáveres sobre el campo de batalla, parece más bien que un sortilegio humano, un prodigio de la naturaleza. Da al terreno de la lucha un aspecto espectral. Porque nada en el mundo puede ser más espectral, que un campo de batalla desierto de muertos. Es como un lecho fúnebre después de que la salma ha sido llevada. Hay cualquier cosa de desnudo, de demasiado blanco, en aquella sábana gélidamente deshecha, en aquella almohada de la fría huella. Hay algo parecido, algo de desnudo y helado en la hierba, en las piedras, en los terrenos de un campo de batalla al que le han robado sus caídos.

Me encuentro sobre el frente ruso, con las tropas alemanas, desde los primeros días de la guerra. He seguido paso a paso la avanzada de una columna motorizada, de Stefanesti a Moghilev.

Con una columna de infantería he seguido después la marcha de Belzy hasta Soroca y de Soroca, por Jampol, hasta aquí, en el corazón de Ucrania. Me encuentro ahora en la extremidad de la punta más avanzada, hacia el este, de todo el inmenso emplazamiento germano. Y no había visto aún, antes de esta mañana, un campo de batalla cubierto de muertos soviéticos. Cualquiera caído, eso era todo: como sobre aquella colina cerca de Skurato-voi, o dentro de aquellos tanques en la carretera de Belzy. Pero esta mañana, por primera vez, cuando llegamos a la orilla de la planicie, al fondo de la cual está la aldea de Kacikowska, he visto un campo de batalla literalmente sembrado de muertos rusos, un campo de batalla intacto, sin que nadie haya metido aún las manos, del cual los rusos no han podido llevarse nada, ni siquiera sus propios caídos.

El terreno sobre el cual se ha desenvuelto el áspero combate de hoy, que duró de las diez de la mañana hasta el ocaso, se extiende hasta el límite extremo de la llanura, casi hasta la orilla del valle de Kacikowska. Es un terreno plano, cubierto de trigo y de campos de girasoles. El borde del valle está lleno de árboles de acacia y otras especies. Un bello bosque de nueces baja por los pendientes lados, hasta cerca de las casas de la aldea. Los rusos están agazapados en la orilla del declive, en posición casi desesperada por la imposibilidad de maniobrar, por tener a las espaldas los lados descendientes del valle; pero magnífica para defenderse, enfilada como está al tiro de artillería. Hasta que no se llega al lugar de la lucha, nada aparece al ojo que revele los estragos o evoque la furia del combate. Los muertos yacen parte más allá de la orilla del valle, a lo largo del lado de la escarpada; parte en los campos de girasoles o entre el trigo; parte en las trincheras excavadas precisamente a lo largo de la orilla extrema de la llanura. Donde la resistencia se ha mostrado más feroz, los muertos yacen en grupos, unos juntos a los otros, algunas veces unos sobre los otros. En otras partes están regados de dos a tres

detrás de los matorrales, aún con los fusiles estrechados con el puño, o caídos sobre la espalda, los brazos abiertos, sorprendidos por la muerte en aquel supremo gesto de abandono del hombre golpeado en el pecho. Otros, encogidos sobre sí mismo, con aquella palidez lívida que dan las heridas en el vientre.

Algunos heridos de muerte, se sientan inmóviles con la espalda apoyada a los troncos de los árboles, o recostados de lado, y se lamentan en voz baja, casi por un secreto pudor: "Boge moi! Boge moi! ¡Dios mío! ¡Dios mío! Esta suprema invocación, que hace justicia a tantas obligaciones, a tantos instintos contenidos a lo largo del tiempo, por tanta doctrina y tanta propaganda, tiene en aquellas pobres bocas un sonido inesperado y nuevo, algo de puro y verdadero, de extremadamente verdadero. "Boge moi! Boge moi!". Un oficial está extendido en el trigo, con la boca por tierra, una pierna plegada bajo la otra, el brazo derecho doblado sobre el pecho. Por tierra hay esparcidos cascos de cartuchos, cintas de ametralladoras, paquetes de municiones, todos aquellos objetos que se encuentran abandonados sobre un campo de batalla.

Mi pie pisa indumentos sucios de tierra y de sangre, pedazos de papel, cajas de leche vacías, tanques y cantimploras, cascos de acero, gorras de tela kaki, cinturones de cuero, fusiles despedazados. Un perro, amarrado al tronco de un árbol, ladra miserablemente, trata de romper la cuerda con violentas tiradas. Un ojo le cuelga sangriento de la órbita.

Por un radio de cerca de un par de kilómetros, aquel espectáculo se repite claro, preciso, idéntico hasta en los más pequeños detalles, obsesionante. En el lugar donde ha caído un proyectil de grueso calibre, o la bomba de un "Stuka", los muertos y los desperdicios de la batalla forman un amontonamiento único. Parece que hayan sido arrastrados ahí por una inmensa corriente, como sucede en las aguas de un río. Muchos cadáveres están semidesnudos, desvestidos por el terrible viento de las explosiones.

De una mochila reventada, han caído al suelo algunos panes. Es un pan obscuro, de migaja compacta. Le doy una mordida. El sabor es bueno, la costra se me deshace en los dientes como la de un bizcocho. Un soldado con la cara sucia de sangre (está casi sentado dentro del hoyo de una granada), tiene llenas las rodillas, y su alrededor, de cientos de pequeñas partículas de aquel queso fresco que en estas partes llaman brinza. Aún tiene la boca llena de comida. Estaba comiendo, cuando la astilla de una granada lo ha tocado de lleno en la sien.

Los camilleros alemanes giran por el campo de batalla, caminan cautos, un poco agachados. Buscan entre los muertos, ponen los heridos en las camillas. Un gran silencio ha bajado mientras tanto al campo. Hasta los cañones han bajado la voz. (Se combate aún allá abajo, a tres o cuatro kilómetros frente a nosotros, hacia Sciumi, hacia Olscianka). Alguna casa arde tras aquel bosque, al otro lado del valle. Una escuadra de soldados germanos está cavando una fosa; otros amontonan los muertos rusos en la orilla de la fosa. La fosa está lista. Uno a uno los cadáveres son metidos en la tumba. Después, los soldados rellenan el hoyo de tierra. Un piquete de honor presenta las armas. La voz de un oficial suena dura y precisa. Cualquier bala perdida suena entre las hojas de los árboles. Ráfagas de ametralladoras pasan arriba, sobre nuestras cabezas. El sol, ya en el ocaso, está caliente, el aire denso, pesado.

Me siento a la sombra de un árbol, miro a mi alrededor. El grupo soviético que ha combatido aquí, era muy pequeño, seguramente apenas si un batallón. Ha resistido hasta lo último, se ha sacrificado para cubrir la retirada del grueso. Un batallón de desesperados, abandonados a su suerte. Sobre el terreno de la lucha, nadie ha podido "hacer limpieza". Todo está todavía como estaba hace media hora. Y es así, como logra por primera vez "sorprender" la intimidad y naturaleza de este ejército, de observar de cerca la singular composición suya, de estudiar la "fór-

mula química", diré así, con la cual son amalgamados sus varios y contrastados elementos políticos, sociales, raciales, ideológicos, militares, económicos. Ninguno de este grupo ha huído, ninguno de los heridos graves se ha rendido. Era por lo tanto un buen grupo. Los oficiales tenían en un puño a sus hombres. Han quedado todos firmes en sus puestos. Y antes que nada, estudiando en qué bases se apoya la disciplina de este grupo, su eficiencia técnica, me sorprende esta unidad de elementos políticos y militares, este singularísimo equilibrio de elementos así diversos, sociales, políticos, militares, humanos, esta extraordinaria alianza entre el Reglamento de disciplina y el Estatuto del Partido Comunista, entre el Código Penal Militar y el Manual del soldado rojo.

Hay cerca de aquí, una caja llena de papeles, de registros. Una máquina de escribir, de modelo americano, pero de fabricación soviética, está puesta sobre la caja. Un número del Pravda del 24 de junio último, todo arrugado y lleno de tierra, anuncia con enormes titulares el estallido de la guerra, los primeros combates en Polonia, en Galizia, en Besarabia. En la segunda página, están impresas tres biografías de "agitadores": la primera tiene por sujeto a un grupo de gentes en un taller; la segunda en el patio de un kolhoz; y la tercera otro grupo en un campamento de soldados. (Los "agitadores" son los propagandistas del Partido Comunista. En tiempo de guerra tienen la tarea de inflamar al pueblo a la resistencia, de explicar las razones de la lucha, de incitar a las masas obreras y campesinas a intensificar la producción por la necesidad de la defensa nacional). Tienen los rostros duros, las quijadas apretadas; y alrededor, los mismos rostros, severos y atentos, de los obreros, de los campesinos, de los soldados.

Me levanto, recorro lentamente el campo de batalla. En cierto punto, mi pie tropieza con una pila eléctrica, de esas llamadas "secas". Los dos hilos de la pila están conectados a una lámpara,

enganchada en un clavo puesto en un lado de una caja de madera cubierta de latón. Sobre la caja hay una pluma estilográfica rota, un cuaderno lleno de apuntes. Dentro de la caja está metido un grueso álbum encuadernado, de cartón rojo, sobre el cual está escrito con grandes caracteres: "Tretia staliniskaia Piatiletka". El álbum ilustra el tercer Plan Quinquenal concebido por Stalin, (que esta ahora aún en curso de realización) con los datos estadísticos relativos a la construcción de las nuevas fábricas, a la organización industrial y a la producción. Mientras estoy hojeando el álbum, un soldado alemán me indica una cosa entre las ramas de los árboles. Alzo los ojos. Es un altoparlante. A lo largo del tronco del árbol, cuelga un alambre eléctrico. Seguimos el camino del alambre.

A pocos metros de distancia del árbol, en un hoyo, un soldado soviético está muerto, encogido con el busto hacia adelante, como cubriendo una gruesa caja metálica: un radiogramófono. Alrededor, esparcidos entre la hierba, los fragmentos de algunos discos fonográficos. Trato de reunir los pedazos para leer los títulos de las grabaciones: "La Internacional", "La Marcha de Budiennij", "La Marcha de la Flota del Mar Negro", ésta de los marineros de Kronstadt, aquélla de la aviación roja, algunos discos de pedagogía social, política, militar.

Sobre la etiqueta roja de un disco, leo estas palabras escritas en negro: "Na podmogú aghitatoru - vidannaia zk kp/6/U/No. 5-1941". Es una especie de catecismo fonográfico, de manual del perfecto "agitador". Los dictámenes de este catecismo, se veían repetidos, con la voz profunda e imperiosa del altoparlante, para incitar a los soldados a cumplir con su deber hasta el final. Otro disco lleva este título: Poiasnitelnij text. Es ciertamente otra especie de catecismo, de vade mecum del soldado comunista. Sobre otro disco está escrito: "Tecé rec'ka nevelic'ka". Es el título de una "canción de fábrica", aquellas que los bolcheviques llaman de zavod.

Pero la cosa más interesante es un álbum de 24 discos que lleva escrito sobre la cubierta: "Doclad tavariscia Stalina na c'reviciainom VIII vsiesoiusnom siesdie sovietow 25 Noiabria 1936 G. O. proiekte konstituzii soiusa SSR". Sobre las cuarenta y ocho caras de los 24 discos, está grabado todo el larguísimo discurso pronunciado por Stalin en 1936, en el gran Teatro de Moscú, para la promulgación de la Constitución Soviética. El soldado alemán, que me ha ayudado a recoger los discos, me mira en silencio. Después, levanta los ojos, observa el amplificador de sonido colgado a las ramas del árbol. Mira al soldado soviético muerto, reclinado sobre la caja metálica del radiogramófono. El rostro del soldado alemán es serio, casi triste: de aquella tristeza, que en los hombres simples, acompaña al estupor o a la incomprensión. Es un campesino este soldado alemán: no es un obrero. Un campesino bávaro, de las cercanías de Augsburg. No posee aquello que yo llamo la "moral obrera", sus métodos, su abstracción, su realismo violento y fanático. (Durante el combate, la voz de Stalin, agigantada por el altoparlante, cae con violencia sobre los hombres hincados en los hoyos; junto con el trepidar de las ametralladoras, resuena en las orejas de los soldados extendidos entre los matorrales, en las de los soldados adoloridos en el suelo. Aquella voz que el altoparlante hace ronca, dura, metálica. Algo de diabólico, y al mismo tiempo de terriblemente ingénuo, hay en estos soldados que combaten hasta la última, incitados por las oraciones de Stalin sobre la Constitución Soviética, del subrayamiento verbal de los preceptos morales, sociales, políticos y militares de los "agitadores". En estos soldados que no se ardrán, en todos estos muertos, esparcidos a mi alrededor, en los movimientos extremos de la obstinación, de la violencia, de la soledad, de la terrible soledad sobre el campo de batalla, en el ruido del altoparlante).

Agacho los ojos, y a mis pies, descubro entre la hierba una especie de libreta con la cubierta de cuero. Es la libreta personal

del soldado Semion Stolienko. Un nombre ucraniano. Junto al número de matrícula 568352, está escrita, con tinta roja, la palabra "Bezpartijnij", o sea "sin partido", apolítico. Después hay algunos datos que no entiendo a qué cosa se refieren. La fecha de nacimiento: 3 de febrero de 1909, nacido en Nemirowski. Es un ametralladorista. Después leo: "Traktor". Era por lo tanto, un campesino, seguramente trabajaba en un kolhoz, mecánico de un tractor agrícola. En la tercera página, arriba, está escrito a mano, con tinta roja: "Bosbojnik", esto es, literalmente, "sin Dios". Este soldado ucraniano, este Semion Stolienko de 32 años, que se profesa bezpartijnij, o sea apolítico, y bezbojnik, o sea ateo, este campesino que combate incitado por la voz imperiosa del altoparlante, y no se arredra, y se bate hasta lo último, este soldado... Pero está muerto. Se ha batido hasta lo último. No se arredró. Está muerto.

El viento que mueve las frondas de los árboles y las ramas destroncadas y rotas por las granadas, hace murmurar la hierba hacia donde yacen los cadáveres. Los indumentos manchados de sangre, los papeles regados por el suelo, se mueven en el viento. Un murmullo nace poco a poco y recorre la hierba, las hojas. El rostro de los muertos, casi por un prodigio, se aclara. Es la luz del día que declina, la que aviva aquellos pobres rostros. Un crepitar de ametralladoras llega con el viento de la aldea de Sciumi. El cañón bate como un yunque allá abajo, en el muro verde de un bosque. Un nítido lamento sale del fondo del valle. Cualquier disparo de fusil muere entre los pliegues de la noche púrpura, como entre los pliegues de una inmensa bandera roja.

XV

EL BIVACCO NEGRO

Sciumi, agosto 9.

Durante la noche no se combate. Los hombres, los animales, las armas, reposan. Ni un disparo de fusil rompe el húmedo silencio nocturno. También el cañón calla. Apenas el sol ha caído, y las primeras sombras de la noche serpentean entre el trigo, y ya las columnas alemanas se disponen para la siesta nocturna. Es una siesta de paz, de reposo. Una tregua de las armas. Una especie de armisticio. Los dos ejércitos adversarios se tiran en la hierba a dormir.

Las duras voces de los oficiales, que imparten el orden de descanso, se alzan entre la leve niebla que surge de los bosques. Las vanguardias se detienen, se abren en abanico, en protección de la columna. Todos los formidables medios de ataque se llevan adelante, se concentran a la cabeza de la columna. En este desplazamiento, defensivo y ofensivo al mismo tiempo, la columna asume, durante toda la duración de la noche, la forma de un gran clavo con la punta dirigida hacia el enemigo. (Estas columnas alemanas están hechas en forma de martillo. Y el emplaza-

miento nocturno permite disparos hasta en el sueño, dar un golpe al enemigo, infiltrar el clavo en la defensa enemiga aunque a ojos cerrados, en la primera incerteza de la sorpresa y del despertar).

La noche cae fría y pesada sobre los hombres encogidos en las fosas, en las trincheras individuales improvisadas, excavadas de prisa en medio del trigo, junto a las baterías de asalto de pequeño y medio calibre, a las piezas anticarro de la "Pak", a las grandes ametralladoras antiaéreas, a los morteros, a todas las armas de las cuales se compone el "martillo". Después, el viento se alza, es un viento húmedo y frío, que introduce en los huesos un cansancio duro y perezoso. (Es el viento de esta llanura ucraniana, oloroso de miles efluvios de hierbas y de plantas). Se oye entre las sombras llegar a través de los campos, el difuso rumorillo de los girasoles, que la humedad de la noche reclina sobre el alto tallo arrugado. El trigo provoca un mórbido rumor, casi el ruido de una falda de seda. Un vasto murmullo nace entre la oscura campiña, recorrida de lentos soplos, de profundos respiros. Los hombres se abandonan al sueño, bajo la protección de los vigías y las patrullas. (Allá enfrente, en el trigo, dentro de la negra y compacta materia de la cual son hechos los bosques nocturnos, allá abajo, cerca de la profunda arruga lisa y fría del valle, el enemigo duerme: nos llega su ronco respiro, su fuerte olor, un olor de aceite, de gasolina, de sudor).

A estos descansos nocturnos los soldados alemanes los llaman "bivaccos⁽¹⁾ negros". No es la vela febril, nerviosa, de la guerra de trincheras. Es un sueño profundo, un tranquilo reposo, a los lados de la carretera, en los campos de trigo, en los bosques, a pocos pasos del enemigo. Una especie de bivacco; pero es un bivacco sin hoguera, sin cantos, sin voces, un "bivacco negro".

(1) Bivacco: nombre dado en algunos países de Europa a las reuniones de los soldados alrededor de una hoguera, durante un descanso.

Un profundo silencio flota sobre el reposo de la columna. Después, al alba, la lucha vuelve a encenderse con fiera violencia.

Pero aunque el sol fuese calado en un pedazo, aunque la noche ya bajase leve y cauta del cielo apagado, la orden de descanso tardaba en venir. Habíamos ya llegado a las primeras casas de Kacikowska, y ya las vanguardias de la columna salían al lado opuesto de la pendiente del valle, en dirección de Olscianka, cuando un mensajero motorizado nos regó la noticia de que pasaríamos la noche en Sciumi, una aldea a la mitad del camino entre Kacikowska y Olscianka. Aún unos diez kilómetros. El combate, abajo, frente a nosotros, hacia Olscianka, tardaba aún en apagarse, como un incendio que el viento atiza continuamente. Era un alternarse de pausas y de despertares improvisos, furiosos. Los inmensos aludes de sombras, que se precipitan del cielo de la batalla, no lograban sofocar el incendio.

¡Cuánto mejor hubiera sido quedarse en Kacikowska! Estábamos muertos de cansancio, y el olor de la aldea era tibio en la noche fría, un olor de horno y de establo. "¡Viva el Primero de Mayo!", estaba escrito en letras blancas sobre una gran tira de tela roja colgada sobre la fachada de un kolhoz a la entrada de la aldea. Los caballos, husmeando el agua cercana a la húmeda hierba del valle, relinchaban impacientes. Los soldados miraban con ojos de deseo las blancas casas (de techo de paja las más miserables, de techo de lámina barnizada de verde y de rojo aquellas de los campesinos más acomodados). Salían de la aldea las mil voces petulantes y murmurante que hacen los animales domésticos al acercarse la noche. Los perros ladraban haciendo fiestas, en la puerta de los verdes recintos, mirando entre los girasoles que circundan las casas. Se oía el gruñir secreto de los puercos, el sordo mugido de las vacas encerradas en los establos, el muerto tañir de sus campanas de bronce.

La aldea no parecía haber sufrido por la batalla de pocas horas antes. Cualquier golpe de medio calibre había caído, sin he-

rirlo, cerca del puentecillo de mampostería que atraviesa el arroyo. El negocio del Univermág (en todas las aldeas soviéticas hay una o más sucursales del Univermág, la tienda cooperativa que substituye en gran parte al libre comercio en la U.R.S.S.), aparecía saqueado. Frente a la puerta forzada, había esparcidos montones de papel roto, de cajas de cartón abiertas, de cacharros de barro, de paja para empacar, todas las miserables vísceras que el saqueo esparce en torno a las casas destruídas. Pero en su mayoría la aldea estaba intacta, con sus casas pintadas de blanco, de verde, de azul, circundadas, la mayor parte, por una especie de terraza, que el techo saliente forma al apoyarse sobre columnillas de madera labrada y tallada con arte. Pandillas de muchachos concurrían de todas partes para ver pasar la columna. De las ventanas de las casas a lo largo del camino, los heridos alemanes, que se habían refugiado en espera de las ambulancias que los transportasen a la retaguardia, sacaban las cabezas vendadas, agitaban los brazos llenos de gasa. Mujeres y viejos se paraban silenciosos, un poco tristes (o seguramente sólo impacientes) en los umbrales de las casas o de los establos, aún aturcidos, aún inciertos, aún temerosos.

Pasado el puentecillo que llega a la orilla del valle, y tras un breve tramo, la carretera se asoma nuevamente a la llanura. El gran soplo caliente del trigo nos envuelve, un soplo dulce en contraste con el aliento ya frío de la noche que se avecina. Y el orden de descanso no llega. ¿Estará aún lejana la aldea de Sciumi? Seguramente marcharemos toda la noche. He dejado el carro en la cola de la columna, en el amontonamiento de vehículos y me dirijo a pie en medio de un grupo de infantería, por la carretera que lleva a Olscianka.

A cinco kilómetros de aquí está la aldea de Sciumi, al fondo de un pequeño valle. Todas las aldeas ucranianas se esconden entre una verde hendedura del terreno. De vez en cuando, la llanura, en algunos puntos absolutamente plana, en otros levemen-

te ondulada, declina a formar un valle, en el fondo del cual la aldea yace en la ribera del arroyuelo gris. De tal manera que, vista desde la llanura, Ucrania aparece desierta: la vida de esta fecunda y pobladísima región, se cuele entre los pliegues del terreno, se hace secreta y esquiva, en armonía con el mismo carácter de su población, de bellos aspectos, de dulces costumbres, de maneras gentiles, de piedad sersibilísima.

Después de algunos kilómetros, la marcha se alenta. Ya el cañón calla, el crepitar de las ametralladoras aclara ronco y lejano, es como un croar de ranas a lo largo de las oscuras, fanegas riveras del horizonte. El cañón calla, seguramente el reposo está cercano. Duro día de fatiga y de lucha: mañana la batalla se reencenderá frente a Olscianka. "Alt! Alt! Alt!". El grito resuena entre la columna, repetido por los mensajeros motorizados que corren con la boca abierta; casi el grito repercute en sus bocas como en un megáfono. Estamos en la orilla del valle: allá abajo, frente a nosotros, la pequeña aldea de Sciumi blanquea incierta entre la sombra. La vanguardia está ya a la vista de las primeras casas de Olscianka. "Alt! Alt! Alt!".

Apenas me he sentado en la orilla de la carretera, apenas he comenzado a comer (siempre aquellas rebanadas de pan seco, siempre aquella conserva de jitomate), cuando una voz en las sombras grita: "¿Dónde está el oficial italiano?".

"¿Quién me quiere? ¡Aquí estoy!".

"Buenas noches, señor capitán", dice una voz alegre, en perfecto italiano, con un leve acento que me parece triestino. Un suboficial alemán, un Feldwebel, está ahí frente a mí, firme. Está en mangas de camisa, es pequeño de estatura. Tiene anteojos, los cabellos caídos sobre la frente baja, la boca alegre y risueña.

"¿Quiere aceptar una taza de té?".

"¿Por qué no? Danke schön".

"Oh, puede hablar en italiano", dice el Feldwebel. "Mi madre es triestina".

Si no fuese de noche, el Feldwebel se daría cuenta de que me ruborizo de placer, de gusto.

Sigo al Feldwebel. Entro tras él en una casucha a la orilla de la carretera, apenas fuera de la aldea, cerca del puente. En la estancia, del techo rojo, una cama en un ángulo, una mesa, un extraño botellón de fierro y sobre una banca a lo largo del muro, una buena cantidad de pan, de latas de carne en conserva y de mermelada. Sobre la mesa, una parrilla de campo, y sobre la parrilla una vasija llena de té caliente. En las paredes hay imágenes sagradas, recortes de revistas y de periódicos ilustrados, un reloj de péndulo, un calendario soviético, y el inevitable retrato de Stalin.

El Feldwebel me ofrece una taza de té, me dice que nació en Alejandría, Egipto, que su madre es triestina, que tiene cuarenta y dos años y es voluntario de guerra, y que pertenece a la *Verkhers Aufscht*, la policía de caminos. Está feliz de encontrarse con un oficial italiano, ¡un oficial de los Alpinos! Muy feliz. Mientras habla, entran algunos motociclistas de la *Verkhers Aufscht*. Se sientan en torno a la mesa, se quitan los guantes de hule, se secan la cara cubierta de una máscara de polvo y sudor, beben una taza de té, comen pedazos de pan embarrados con manteca de cerdo. Rien, cuentan los incidentes y aventuras del día, de las volteretas, de las carreras pasadas bajo el tiro de los soldados rusos anidados entre el trigo. Me hablan con aquella extraña familiaridad que hay en el ejército alemán entre los soldados y oficiales: una familiaridad, de la cual quisiera, un día u otro, hablar largamente, por parecerme uno de los caracteres más singulares, (porque es una familiaridad a fondo, mucho más social que política) de la *Wehrmacht*.

"Ah, ahora le ofreceré un vaso de un vino extraordinario", me dice el Feldwebel, y me vierte en el vaso, de aquel extraño botellón de fierro que está en medio de la estancia, una especie

de vino rojo, del color y el sabor extraños. No es vino, sino algo dulce, perfumado. ¿Vino de zarzamora? ¿Vino de ciruela?

"Lo encontramos en Jampol, en la cantina de un *kolhoz*", dice el Feldwebel.

Tenemos los ojos un poco brillosos. Y el Feldwebel, que es nacido en Egipto, comienza a embrollarse con las lenguas; se pone a hablar árabe, después cae en el triestino, y mezcla gustosamente el alemán con el italiano, con el árabe, como hacen ciertos personajes en las antiguas novelas provenzales.

Pero es tarde, es necesario que vaya a buscar un lugar donde pasar la noche.

"Yo le diría de dormir en la pieza de junto", me dice el Feldwebel, "Pero ya se la dimos al capellán".

"¿Al capellán?"

"Sí, está aquí por casualidad", me dice el Feldwebel, "ha venido acá con las ambulancias, pero se irá mañana por la mañana".

"Me gustaría hablarle", digo al Feldwebel.

"Lo encontrará con seguridad cerca de las ambulancias", me dice, acompañándome hasta la puerta. Después agrega: "Hasta la vista, sior capitán", con su dulce acento triestino.

"Hasta la vista, y que sea muy pronto".

Me dirijo hacia las ambulancias. El capellán alemán no está, ha ido a recorrer la aldea para recoger los heridos. (Había un centenar refugiados en las casas). Me toca renunciar a verlo y hablarle. Ni durante la campaña de Yugoslavia, ni durante estos primeros meses de guerra en el frente ruso, no he aún logrado ver un capellán militar alemán.

Los capellanes, en el ejército alemán, sea católicos o protestantes, son raros. Uno de los caracteres más interesantes de este ejército, es precisamente el ser laico. Y es este, uno de los tantos aspectos de un problema mucho más complejo de cuanto se pueda juzgar a primera vista. El sentido religioso, en el ejército alemán, existe y es, en cierto modo, fortísimo; pero es transportado

sobre otros elementos, sobre otros motivos, en lugar de los usuales. La religión es considerada un hecho privado, absolutamente individual, personal. Y los capellanes militares, en número limitadísimo, realizan una tarea que está muy lejana de aquella de la asistencia religiosa. Afirman una presencia, son un testimonio, nada más.

Con estos pensamientos, llevo mi carro al fondo del valle, precisamente a la ribera del arroyo. Me extiendo sobre los cojines, me envuelvo en la cobija. Hace frío. Alrededor mío la columna duerme, el sueño de los hombres y de los animales tiene un respiro ronco, silbante. La voz del arroyo, ahí cerca, se levanta y se baja con un ritmo igual. Parece que la guerra esté lejana, casi un remoto recuerdo. Es la tregua nocturna, una tregua de armas, la paz y el reposo del "bivacco negro".

XVI

DIOS REGRESA A CASA

Olscianka, agosto 12.

Esta mañana he visto a Dios regresar a Su casa, después de veinte años de exilio. Un pequeño gentío de viejos campesinos Le ha abierto la puerta de un almacén de semillas oleaginosas, Le ha dicho simplemente: "Entra, Señor, esta es Tu iglesia".

Esta mañana he tenido la fortuna de asistir a un episodio extraordinario, que justifica él solo todas las fatigas y todos los peligros a los cuales voy en encuentro desde hace dos meses, para seguir de cerca, algunas veces demasiado cerca, esta campaña de Rusia. Llegamos a Olscianka como a las diez de la mañana, tras una fatigosa marcha de veinte kilómetros, entre el sofocante polvo rojo de estos caminos ucranianos. Y es aquí, en Olscianka, gran caserío agrícola al sur de Kiev, sobre la carretera para Balta y Odesa, en donde el problema religioso de la Rusia soviética se me ha revelado por primera vez en toda su complejidad y delicadeza.

He tocado ya este problema al principio del último julio, cuando seguía la avanzada de una columna motorizada alemana en el

frente de Moghilev. Pero en aquella ocasión (estábamos en Zaicani, y describía las iglesillas sin crucifijo, las iglesias sin imágenes, los viejos campesinos que se hacían la señal de la cruz frente al altar desnudo, convertido en sala para conferencia sobre el sistema agrario comunista de los kolhoz), pero en aquella ocasión, digo, me había limitado a desflorar el argumento, sin entrar en el vivo de la cuestión. Una mayor esperanza de cosas vistas, de episodios cultivados en el vivo, una más seria documentación de hombres, de ideas, de hechos por mí mismo cosechados realísticamente en los lugares, en dos meses de observación directa, de investigaciones objetivas, de testimonios personales, me permiten hoy regresar a aquel argumento de manera más explícita. El problema religioso es, sin duda, uno de los más graves entre todos aquellos que la guerra contra Rusia pone a la atención de la Europa civil; e interesa directamente, por muchas razones, a todos los pueblos del Occidente, sea por la importancia y la complejidad de sus varios aspectos, sea por las consecuencias que en la vida del pueblo ruso tendrá inevitablemente, y por mucho tiempo, la política antirreligiosa de los Soviets.

Recorrido el vasto tramo que separa la aldea de Kacikowska de Olscianka, apenas nos asomamos a la orilla de la verde cuenca que dulcemente declina formando un amplio valle, donde está asentado el caserío de Olscianka, se me aparece, un poco a la izquierda de la provincia, en lo alto, la iglesia, plantada sobre una jibosidad del terreno: una iglesia blanca, de líneas vagamente barrocas, con su burdo campanario, (más que un campanario verdadero, es solo una especie de cúpula), de los techos recubiertos de lámina plateada. La iglesia de Olscianka, como aquellas de muchas otras aldeas de Ucrania, no es propiamente ortodoxa: sino unida, esto es, de aquella particular confesión ortodoxa que reconoce la autoridad del Sumo Pontífice. (Las iglesias unidas con el residuo de la antigua influencia polaca en Ucrania, y se distinguen de las otras ya por su arquitectura, ya por la

cruz a tres brazos que encabeza los campanarios). Puede darse que la Iglesia Unida, fuerte sobre todo en Galizia oriental, pueda, en un futuro no muy lejano, acrecentar su influencia en daño de la Iglesia Ortodoxa rusa, pravoslavni, en toda la Ucrania occidental y meridional, especialmente en la región dicha de Zadnestroie, del Nistro. Pero se tienen muchas serias razones para dudar. De todos modos, esto de la Iglesia Unida es un problema limitado y particular, en el complejo problema, mucho más grave, del "vacío" dejado en la conciencia de las jóvenes generaciones rusas por la política antirreligiosa de los Soviets, y por la gravísima, irreparable decadencia de la ortodoxía.

Entramos entonces a Olscianka, y nos paramos en medio del lugar, donde el camino, alargándose, forma una especie de plazuela en descenso, que baja de la altura sobre la cual está la iglesia, y se apoya en su lado mayor, al largo muro que circunda un gran kolhoz. Las vanguardias alemanas que han conquistado la aldea, han pasado por aquí apenas hace media hora. El aire está aún caliente, se puede decir, por el reciente combate. A la entrada de la aldea, escuadrillas de soldados están enterrando piadosamente a los compañeros caídos en el asalto.

Bajo la plazuela, se abre una verde cuenca, donde brota una fuente, limpia y muy fría: es la primera fuente que se encuentra, desde Jampol hasta aquí. Alrededor de la fuente, un grupo de heridos están lavándose las llagas. Están sentados en grandes piedras, esperando las ambulancias. Ríen, desenvuelven los rollos de gasa, ayudándose unos a otros a cubrirse las heridas.

A un trecho, un vocerío confuso baja de la altura de donde surge la iglesia. Me voy por el sendero, y frente a la iglesia, sobre el atrio lleno de hierbas, (había una máquina agrícola en un ángulo del atrio, una trilladora intacta), se me aparece un grupo de mujeres, la mayor parte viejas, de cincuenta años para arriba; pocas, solamente cinco o seis, de dieciseis a veinte años, ocupadas en desempolvar, en limpiar, en quitar los montones de moho,

en fregar, en lustrar, con la ayuda de trapos y cuchillos, algunos grandes candelabros de madera pintada de plata, de aquellos altos y macizos candelabros que se ponen a los lados del altar y sobre al altar mismo. Otras mujeres, encorvadas en la puerta, arrancan con las manos, rabiosamente, los yerbajos que amenazan invadir la iglesia; otras, con azadones y azadas, extirpan los zarzales crecidos en el atrio.

Me acerco a las mujeres, y digo:

“¡Eh, han vuelto a poner en bello estado vuestra iglesia!”.

Las muchachas me miran riendo, sin interrumpir el movimiento continuo de los vigorosos brazos, redondos y morenos, bajo la corta manga de la camiseta blanca, de lino, orlada de encajes rojos. Una vieja quita las manos del candelabro, se hace tres veces seguidas la señal de la cruz, se inclina, me llama *barin* (o sea “señor”, al antiguo modo ruso, ya substituído por el término *tavarisc*) y me dice que no es culpa de ellas, que desde hace veinte años la iglesia de Olscianka había sido transformada en un almacén de semillas oleaginosas, en una especie de depósito de cereales, para semillas de soya y girasol.

“No es culpa nuestra”, repite, “fueron los comunistas, ¡oh, Santa María Virgen, no es culpa nuestra!”. Y se pone a llorar, apretándose las sienes entre las manos. Las muchachas gritan:

“¡Eh, eh, la *babuschka* llora!”.

Y ríen, pero sin maldad, ríen solamente por la simple razón que a sus ojos es cosa ridícula llorar, tan solo porque la iglesia se ha convertido en un almacén de semillas oleaginosas. Algunos jovencuelos (pero no sé como llamarlos, porque no son aquellos que nosotros llamamos “jovencuelos”, sino muchachos de diecisiete a dieciocho años) se han acercado en tanto, y también ellos se ponen a reír, y uno de ellos dice:

“Oh, *babuschka*, ¿dónde querías que metieran las semillas?”, y otro, dirigiéndose a mí, me explica que cuando la convirtieron

en un almacén para semillas, la iglesia estaba ya cerrada desde hacía un año.

Pero las viejas alzan las manos, amenazando a los muchachos, gritando: “*Pasciól! Pasciól! ¡Váyanse! ¡Váyanse!*, gritándoles que son malcriados, que son paganos, hijos de turco, y mientras tanto se hacen la señal de la cruz tres veces seguidas, escupiendo al suelo. Y los jovencuelos se carcajean, masticando un hilo de hierba, el gorro caído sobre la nuca pelada al modo bolchevique. No tienen el aire de malignos, ríen en silencio, sin maldad (y de vez en cuando me miran, miran a los oficiales alemanes, que mientras sucedía esto, han entrado a la iglesia y están observando la escena con algo de timidez, como si temieran hacer algo prohibido). Uno de los oficiales alemanes se voltea hacia mí, diciendo: “Es un problema grave”.

Sí, es un problema grave y delicado, y no hay que pensar que en Rusia, desaparecida la vieja generación, pueda sobrevivir mucho de la antigua Iglesia ortodoxa. Las nuevas generaciones, aquellas que han nacido después de 1917, no tienen ningún interés por los problemas religiosos. Ignoran todo de la religión y, por decir una frase pobre, no les importa nada. No tienen en verdad miedo del infierno.

Las viejas y las muchachas limpian los candelabros de madera; las viejas con respeto, con cautela, casi con devoción; las jóvenes con cierta agilidad. Las muchachas parece que limpien un mueble, o un utensilio de la cocina.

“¿Cuándo terminarán de hacer limpieza?”, pregunta con voz alta una muchacha desde el umbral de la iglesia. “*Siciás, siciás, rápidamente*”, gritan las muchachas. Se comprende perfectamente que ellas no atribuyen a “hacer limpieza” ningún particular significado, especialmente ningún ritual. No dan importancia a la cosa. En aquel término casero “hacer limpieza”, está comprendida toda la indiferencia de las jóvenes generaciones por un problema del cual ellas no comprenden ni la naturaleza ni la impor-

tancia, y del cual no están en grado de medir ni la delicadeza ni la gravedad. Es un problema, para ellas, superado, uno de los tantos problemas que están únicamente en el corazón de los *stariki*, de los viejos.

Del interior de la iglesia surge un rumor de voces, un estrépito de martillos, y aquel ligero rumor que hace el trigo u otro cereal, cuando lo vacían de una pala en un saco. Me asomo al umbral. Entre la puerta de entrada y el interior de la iglesia, hay una especie de atrio, una pieza de techo muy alto. En él, algunos viejos campesinos están amontonando con palas y escobas, las semillas oleaginosas. En el interior de la iglesia un grupo de *stariki* está metiendo las semillas en sacos, los hombres manejan las palas, mientras las mujeres mantienen abiertas, alargándolas con ambas manos, las bocas de los sacos. Otros cepillan el pavimento, otros, con largas pértigas, quitan las telarañas de los ángulos del techo, otros transportan, sobre las espaldas, los sacos llenos fuera de la iglesia, otros aún, amontonan en una esquina las semillas regadas por el suelo, llenan con las palas algunas carretillas de mano. Es todo un vaivén, un afanarse, un trabajar de pala y escoba, dentro de una gris nube de polvo, con olor de moho y de aceite rancio. Alrededor, a lo largo de las paredes, cuelgan cartelones de propaganda agrícola, sobre la importancia y el valor de la producción de semillas oleaginosas; grandes carteles a colores que ilustran la mejor manera de cuidar las plantas de soya y de girasol, de conservar las semillas, de orrearlas, de defenderlas de los insectos, del moho y de los ratones. Nada, en las paredes, de aquella propaganda atea, que está en muchas iglesias por mí visitadas, transformadas en museos antirreligiosos, en cines, o el local de reuniones o de espectáculos para el *rabocie clubi* (después del trabajo) en salas para las fiestas danzantes de los campesinos, con el palco de la orquesta instalado tras el altar. Nada de aquellas parodias del Vía Crucis, ni de aquellos cartelones con los cuales los comunistas presentan a las masas

los problemas religiosos, esforzándose por sofocar en el alma del pueblo, no sólo cada movimiento de fé, cada esperanza, sino también cada posible retorno a la antigua fé, cada inconsciente aspiración a la vida futura. Todo, en estos carteles, está inspirado en la nueva función a la cual está dedicada la iglesia. Ninguna mención a la destinación antigua ni al culto suprimido.

Al fondo de la iglesia, hay apoyados al muro cuadros de santos y vírgenes, y objetos sacros. Grupos de viejos campesinos están desempolvando las sagradas imágenes, quedadas, por veinte años, sepultadas bajo los montones de semillas, o relegadas detrás del altar, donde los comunistas guardaban las palas para los periódicos oréos de las semillas. Me acerco a observar las imágenes: algunos son verdaderos y reales santos ortodoxos, santos y vírgenes del rostro negro, metidos en sólidos nichos de cobre, de latón, o de metal blanco. Otros son cuadros semejantes a las imágenes católicas. Un viejo, subido sobre una escalera, está clavando un clavo en el muro, para colgar una cuadro que una muchacha le dá. Dos *babuschke*, del rostro lleno de negras arrugas, con un azadón en la mano, dan caza a un nido de ratas, salido a la luz bajo un montón de semillas de girasol. Y los mismos jovencuelos, en grupo, están observando la escena, ríen, bromeando con las muchachas, y no se sabe si en sus palabras, en sus gestos, en la expresión de sus rostros, se vislumbra el menosprecio, o quizá, simplemente un desprendimiento, una indiferencia divertida, una leve insolencia juvenil, sin todavía maldad. Algunos hombres de edad madura, sobre cuarenta y cinco años (es la generación incierta, aquella de la gran guerra, la generación que tenía 20 años en 1917, cuando Lenin se apoderó del poder) están mirando con las manos en las bolsas, indecisos de ayudar a los viejos o de darse el aire de sonrientes.

“¿Dónde ponemos los candelabros?”, pregunta una de las *stariki* a las muchachas que han terminado de lustrar los candelabros y ahora los llevan a la iglesia, disponiéndolos en una es-

quina entre el altar y la pared. Todos tienen el aire de haber olvidado dónde deben poner los candelabros.

"Sobre las gradas del altar", dice una vieja, "los más chicos es necesario meterlos aquí, precisamente sobre el altar".

Sobre la mesa del altar, hay una pila de gruesos registros. Un viejo está volteando y revolteando, con las manos polvorientas, las páginas amarillas, cubiertas de columnas de cifras y de anotaciones en los márgenes. Son los registros del almacén, y el viejo no sabe si deba tirarlos o guardarlos, en un lugar seguro. Aquellos registros son preciosos: representan la contabilidad de la Iglesia los últimos años, quiero decir la contabilidad del almacén de semillas oleaginosas: tiene dentro todo el debe y el haber de los campesinos de Olscianka, los datos y el montaje de sus entregas de semillas y sus cobros en dinero. El viejo, finalmente, se decide. Toma los gruesos registros, los desempolva con cuidado y los vuelve a meter dentro del nicho que hay en medio del altar. Una babuschka, que está observando desde hace algunos minutos aquel manejo, se mete a gritar con voz ronca, agitando los brazos: todas las otras babuschke ocurren, y también se ponen a gritar. Aquello es el lugar de los libros sagrados, no de aquellos sucios registros. Los jovenzuelos intervienen y toman la defensa de los registros, protestando que han estado siempre ahí y ahí deben quedar, no hay ninguna razón para quitarlos de su lugar, los quitarán cuando vengan los libros sagrados.

Después, poco a poco, el tumulto se aplaca, las voces bajan de tono, las viejas se resignan, mueven la cabeza gruñendo, los jóvenes dicen: "Eh, babuschke, dennos los candelabros". Y ayudan a las babuschke a poner los candelabros sobre el altar. Pero los viejos miran perplejos diciendo:

"¿Dónde iremos a encontrar las ceras? ¿Los gruesos cirios de antes? ¡Si tuviésemos al menos unas velas! Pero hace varios años que no vemos una".

Ya la iglesia está en orden. Desempolvada, limpia, sin más amontonamiento de semillas, con las imágenes sagradas colgadas de los mismos clavos, de los cuales pendían hasta hace poco los cartelones de propaganda agrícola comunista. Los vidrios están lavados con cuidado, tersos. Una vieja se me acerca, me llama barin y me pregunta si el pop de su iglesia regresará pronto. Está en Siberia desde hace doce años.

"Puede ser que no regrese", respondo.

"Si no regresa nuestro pop, no podremos volver a consagrar la iglesia", dice la babuschka, mientras todos escuchan atentos, apretando el cerco a mi alrededor.

"Tendremos que esperar un buen rato", dice una muchacha. "De Siberia a Olscianka la carretera es muy larga".

Los jovenzuelos se ponen a reír, los viejos me miran perplejos. Tienen el aire de preguntarse: "¿Qué cosa haremos de nuestra iglesia si nuestro pop no regresa?". Los jóvenes sonríen como si quisieran decir: "Eh, volvemos a meter las semillas si el pop no regresa".

"Puede ser que se haya muerto", digo, "si no regresa él, pues vendrá otro".

A poco, un viejo dice: "¿Y las campanas?". Otro dice: "Ya, es cierto, ¿y las campanas?".

Campanas, en ruso, se dice kalakalú. Es una bellísima palabra, kalakalú representa precisamente el sonido de las campanas rusas, así limpio, casi líquido, en el aire dulce de la campiña ucraniana. "Kalakalá, kalakalá, kalakalá", repiten todos a mi alrededor, parece, en aquella armoniosa onomatopeya, de oír un repicar de fiesta bajar del campanario, volar lejano sobre la campiña verde y dorada, sobre los inmensos campos de trigo. Un viejo dice: "Padajditie, esperen", y sale corriendo. Y nosotros lo seguimos, salimos al atrio, y de ahí vemos al viejo bajar por el prado, hacia algunas vacas que pastan en el recinto del antiguo kolhoz. Lo vemos acercarse a una vaca y arrancar del cuello de

la bestia la gruesa campana de bronce, regresarse alegre, subir el sendero, y todos, mirándolo, dicen: "Kalakalá kalakalá, kalakalá". Un joven se ofrece para subir al tope del campanario, y así volvemos a entrar en la iglesia; los stariki toman una escalera, la apoyan en el interior del campanario, y el joven se trepa sobre los primeros escalones y desaparece; después de un rato, oímos la campana de bronce mandar de lo alto su repiqueteo grave y dulce. El sonido se propaga gentil y profundo por el valle, todos levantan los ojos, también los heridos sentados en la fuente, hacia aquel limpio repicar: parece realmente que una vaca pastara en los azules prados del cielo y mandara aquel sonido grave, nuevo, gentil.

Y uno de aquellos jovencitos, uno de esos muchachillos "malcriados", dice riendo: "Escucha la karowa, escucha la vaca". Todos ríen, pero yo tomo a aquel jovencito por el brazo, lo agito rudamente, le digo: "No rías". Y él me mira, se ruboriza, quisiera decirme algo, mueve los labios, pero no logra encontrar las palabras. Yo quisiera decirle: "es una cosa bella aquel campanario de vaca allá arriba". Pero ni yo logro encontrar las palabras.

(Las líneas siguientes fueron suprimidas por la censura fascista).

Mientras escuchamos el sonido de la campana, una columna de artillería alemana se detiene frente a la iglesia. Un oficial desmonta de la montura, dá órdenes de desatar los caballos, entra en la iglesia. Sale casi inmediatamente, y grita con voz dura: "Metan los caballos dentro de la iglesia".

Las viejas campesinas se hacen la señal de la cruz, los viejos bajan la cabeza, se alejan en silencio. Los jóvenes me miran y sonrían disimuladamente.

XVII

POLVO Y LLUVIA

Petscianka, septiembre.

Después de una semana de lluvia, finalmente ha llegado el buen tiempo. Retorna el polvo, y los soldados lo respiran con delicia. (Regresa el polvo sofocante, la maldita nube de polvo rojo. Y aún así, la respiramos con placer, la saludamos con goce, como una querida amiga, después de tantos días de fango, después de tantas fatigas sobre aquellos terribles caminos que la lluvia había convertido en algo parecido a losas de vidrio embarradas de vaselina. Basta un simple aguacefo para cubrir el fondo carretero, un fondo arcilloso, impermeable al agua, duro y compacto, en un velo de lodo viscoso, resbaloso, que de vez en cuando se rompe, formando profundos fosos, grietas insidiosas). Por fin podemos reanudar la avanzada, marchar hacia el Dniesper. "Schnell' Schnell!". El grito resuena de un lado a otro de la columna, los cañones han vuelto a ladrar al horizonte, las ráfagas de ametralladoras silban en el alto trigo ondulante. Se ha puesto a llover hace ocho días.

Hubo un momento, hace una semana, poco antes de que comenzara a llover, en que me dije: "Ahora regreso, ya tengo bastante". No podía más. Yo soy inválido de guerra (de la otra guerra, aquella del 1914-1918, por lesión pulmonar de gas). Y no lograba respirar en aquella nube de polvo densa y acre, que me llenaba la boca, me quemaba los pulmones, me partía los labios, las narices, los párpados. Invocaba la lluvia. Escudriñaba el límpido horizonte, buscaba la sombra de una nube de temporal en el cielo cruelmente azul. Me había detenido ya dos o tres veces, con el propósito de dejar andar adelante a la columna, de salir de aquella densa estela de polvo. Y ya la columna está lejana, marchaba rápidamente para no perder el contacto con el enemigo en retirada. Aunque haciéndolo rápido, no la habría alcanzado antes de un par de horas. Había quedado rezagado. Y aún así, no me importaba nada. Estaba cansado de toser en aquel polvo rojo sofocante. "Si no llueve antes de la noche", me decía, "yo me regreso".

Hace un calor terrible. Pero algo de incierto, de equívoco, estaba en el aire. El cielo estaba terso, y aún así se sentía que alguna cosa se estaba preparando, dentro de los pliegues secretos del horizonte. "Este no es el verdadero verano ucraniano", pensaba. Sabía ya, por experiencia, qué cosa era verdaderamente el verano en Ucrania: una estación calurosísima, recorrida por el largo y lento escalofrío de un viento sofocante, que roba a los campos de trigo, su sabor de paja, su extraño olor. En 1920, cuando el ejército del Mariscal Pilsudski invadió Ucrania y marchó sobre Kiev, yo estaba con las tropas polacas, (como oficial observador italiano) y seguí con su avanzada hasta Kiev. Era mayo. Pero la canícula ya teñía de cobre las inmensas extensiones de espigas. A centenares y centenares, los caballos sucumbían ante el calor, ante la sed, ante la fatiga. Yo tenía las rodillas llagadas de la montura. La noche se nos tiraba a dormir en el trigo, entre las espigas ardientes. Llegamos a Kiev en condiciones piadosas.

Me tiré sobre la cama, en un cuarto del hotel Europeiskij, y dormí dos días seguidos.

Algo de aquel terrible verano lo he vuelto a encontrar en los primeros días de esta dura marcha. Todavía, recorriendo el trecho que se extiende hasta cerca de Sciumi, se respiraba algo de incierto, de equívoco, en el aire sofocante. Casi el presagio de un temporal. Yo seguía con los ojos el vuelo perezoso, lentísimo, de uno de aquellos aparatos de reconocimiento que los alemanes llaman "cigüeñas", cuando de pronto, me parece descubrir, allá en el fondo, al límite del horizonte, algo de rojo-dorado, algo negro, un rastro de lápiz sobre la pizarra azul del cielo. La "cigüeña" volaba a flor de tierra, lentísima, parecía que sintiese la lluvia cercana.

Pero dentro de mí decía: "¡Lloverá, finalmente, terminará de una buena vez este maldito polvo!". Y mientras atravesábamos la aldea de Dimitraskowska (el cañón tronaba sin reposo, a tres o cuatro kilómetros de ahí, frente a nosotros), un camión alemán nos alcanza, el mecánico se asoma y me grita en italiano: "Regresen atrás, esta carretera está siendo atacada por la artillería rusa, hay orden de desviar el tráfico abajo, por el arroyo. Es un caminillo infernal, pero es más seguro". Paramos los camiones bajo un árbol, para sustraerlos de la observación aérea, bajamos, y nos viene al encuentro el mecánico alemán todo sonriente. Es un joven de unos veinte a veinticinco años, parece un muchacho. Le pregunto donde aprendió el italiano. "En Roma", me responde. "Era camarero en el hotel Minerva, tras el Panteón". Después agrega, con perfecto acento romano: "Li possino ammazzalli, sentite mo' come spareno!". Y ríe, pasándose la mano por la cara cubierta de una máscara de polvo.

Sobre la fachada de la iglesia, a los dos lados de la puerta, están pegados dos cartelones a colores de publicidad cinematográfica. La iglesia había sido transformada en sovkinó, en un cine-ma soviético. El cartelón anuncia un film de amor, al menos así

me parece, a juzgar por las actitudes de los personajes: un joven y una muchacha, él con el mismo usual gorro de mecánico de kolhoz, ella con el mismo usual pañuelo colorado envuelto alrededor de la cabeza y anudado bajo el mentón, que se abrazan, bajo el fondo de un paisaje de campos de trigo y de máquinas agrícolas, bajo un cielo altísimo, de un azul denso. "Además del amor", es el título del film.

Entramos en la iglesia, donde se ha instalado un Feldlazaret, un hospital alemán de campaña. En las paredes cuelgan las cartulinas de los ya usuales films de propaganda comunista. Algunos tienen por objeto la lucha contra el analfabetismo, el alcoholismo, la tuberculosis, otros la vida en el kolhoz, otros la organización de la Armada roja, otros las glorias de la aviación soviética, de la industrialización soviética. El protagonista principal del film sobre la Armada roja es Stalin, representado en varios cuadros en los cuales está dividido el cartelón, en actitud de conductor. El film narra algunos episodios de la guerra de 1919 y de 1920-21 contra los polacos, contra los "partidarios" de Macnó y de Petliura, contra los "blancos" de Wrangel, de Kolciak, de Denikin. Junto a Stalin aparece, en cada uno de aquellos episodios, el fiel Voroscilof, el bigotón Budiennij y Timoscenko, y Kirof, y Ciapaief: pero no veo ni a Trotzki ni a Tucacevski ni a otros.

Los heridos están extendidos sobre colchones de paja improvisados, a lo largo de los muros, precisamente bajo los carteles publicitarios de las películas. Botellas de desinfectantes están alineadas sobre el altar, y rollos de vendas, paquetes de algodón, instrumentos quirúrgicos. Sobre la blanca pantalla, puesta sobre el altar, son colgadas, con alfileres, las hojas clínicas. Dos oficiales médicos, del cráneo rapado, de los miopes y dulces ojos tras los lentes con varillas de oro, van lentamente de herido en herido, encorvándose sobre los colchones de paja y hablando entre ellos con voz baja. De los vidrios rotos de las ventanas, en-

tran oleadas de polvo y sonidos, es el ruido de los cañones, ahora cercano, ahora lejano. Un herido se pone a toser. Salimos de la iglesia en la punta de los pies. A lo largo del muro de una casa adyacente a la iglesia, veo, enormes pedazos de carne sanguinolenta, colgados de algunos ganchos. Partes de buey, de puerco. Es la carnicería del hospital de campaña. Cercana a la carnicería, está la cocina. Un grupo de heridos ligeros está reunido junto a la caldera, en espera de la sopa caliente.

Aquí algunos soldados están excavando una fosa, otros plantan toscas cruces de madera blanca sobre los promontorios de tierra fresca. El atrio gira en torno a la iglesia, se convierte en huerto, después, más lejos, en cementerio. En el huerto, entre las gruesas hojas de las papas, los heridos pasean o comen en silencio, sentados en el suelo, las piernas llenas de vendas manchadas de sangre. Un joven oficial, elegantísimo, con una fusta en la mano, nos pasa junto, pegándose en las botas. Tiene un brazo al cuello. Camina silbando.

En el cielo polvoriento, el sol quema como en el interior de una niebla. Sentado sobre un montón de piedras, al fondo del huerto, un herido suena su filarmónica. Es un aire dulce y estridente, una canción de país húmedo y nublado. (El cielo sobre nuestra cabeza está lleno de polvo, en los campos, un viento seco sacude las espigas polvorientas). Hay una dulzura quieta, alrededor, una paz serena de patio de convento, en este huerto, en este cementerio, en este atrio lleno de tumbas, de girasoles y de plantas de papa. No se oye un lamento, ni siquiera esos gemidos roncós que el delirio arranca de los labios partidos por la sed febril. ¡Cuán diversos son estos heridos de aquellos de la otra guerra! Me recuerdo... Pero ¿quién no recuerda las altas voces dolientes, los gritos en vano sofocados, las imprecaciones, aquellas invocaciones desesperadas, el sordo gemir de los agonizantes? En esta guerra, los hombres dan prueba de mayor virilidad, de mayor firmeza en el dolor. Seguramente de mayor sapiencia,

cuando no sea una aceptación más seria, más serena. Los heridos me parecen más cerrados, más rehacios a revelar su sufrimiento. Y no solamente los alemanes, sino también los otros, también los rumanos, también los rusos son así. No se lamentan, no gimen, no ruegan. (Sin duda hay algo escondido, algo secreto, entre los pliegues de este silencio duro y terso).

El soldado alemán que ha sido camarero en el hotel Minerva, en Roma, me viene a decir que sería bueno irse, la carretera es pésima, y además, de un momento a otro, el tiempo se podría descomponer. Y alza los ojos al cielo, indicándome una nube negra, de un negro chapopote, allá abajo, que poco a poco se dilata, ocupa todo el horizonte. Dejamos la iglesia, volvemos a subir al camión. La carretera desciende precipitadamente, con bruscas curvas. Es un arroyo seco, árido, lleno de piedras esponjosas, no es una carretera. Hasta que llegamos al arroyuelo que corre al fondo del estrecho valle. Se pasa sobre algunos tablonos temblorosos, unidos con un cable de acero. A lo largo de la rivera ya están acampados los soldados de un tren de artillería de medio calibre, los caballos están quietos en medio de la corriente, con el agua hasta la rodilla, otros pastan en un prado vecino. De la otra parte del arroyo, un convoy de municiones llena la carretera a la salida. Grupos de soldados empujan a brazo las ruedas, los caballos hacen fuerza rabiosamente con las pezuñas, mostrando los largos dientes amarillos en un mudo gesto de dolor. Dos gruesos camiones rumáños, dos "Skoda", arrancan con un ruido furioso por la cuesta polvorienta. Los hombres tienen la cara cubierta de una máscara de polvo, donde el sudor excava profundas cicatrices.

Un pequeño gentío de campesinos, viejos, mujeres, chamacos la mayor parte, y jovencuelos de dieceis, dieciocho años, se arremolinan para ver el tumulto de los hombres y los animales. Están mirando sin temor aparente, con una curiosidad tranquila. Los muchachos están alegres, avispados, un poco tímidos. Las

mujeres tienen pañuelos de vivos colores alrededor de la cara, las trenzas anudadas bajo el mentón. Las blusas y las capas son de algodón estampado, con dibujos vivísimos de pequeñas flores amarillas, verdes, rojas. Los hombres, jóvenes y viejos, están vestidos con sacos de algodón gris, los pantalones son de aquella tela azul de la cual se hacen los overoles de los mecánicos. Los mugiki, ya no llevan más la *tolstóvka* abotonada a un lado, ni las botas, ni los gorros de pelo. Parecen artesanos, obreros, no campesinos. El gorro de ciclista les dá un aire de arrabal de ciudad. Veinticinco años de bolchevismo, de *kolhoz* y de máquinas agrícolas, han transformado profundamente a los mugiki: les han hecho jornaleros, obreros mecánicos. Es entonces que, para aprovechar aquel descanso forzado, abro el saco de las provisiones y me pongo a comer, me miran con curiosa atención, hablándose entre ellos y riendo.

"Debajo del asiento", digo a Pellegrini, "debe haber aún un paquete de caramelos".

Pellegrini se pone a distribuir caramelos a los muchachos. Se acercan tímidos, alargan la mano, quitan con dedos delicados el papel que envuelve los caramelos, los prueban lentamente, y al dulce sabor abren los ojos de par en par sonriendo felices. Son muchachos, iguales a todos los otros muchachos del mundo. Sí, caramelos había en el negocio cooperativo del *Univermág* de *Dimistraskowska*, de aquellos pequeños caramelos soviéticos, de sabor levemente salado: pero eran caros, demasiado caros. Observo atentamente estos muchachos soviéticos de 1941, tan diferentes de los de 1929, de 1921. Tienen los cabellos enmarañados bajo sus gorritas de ciclista, o bajo aquellas pequeñas cachuchas bordadas de estilo cosaco. Los varones visten pantalones de tela turquesa, demasiado largos o demasiado cortos, las niñas llevan una faldita, un delantal, un pañuelo colorado alrededor de la cabeza. Se hablan entre ellos en voz baja, riendo. Siguen con intensa curiosidad cada movimiento mío, y a cada momento se voltean

a ver los pesados tiros de artillería alemana, los caballos hacen fuerza en las pezuñas para subir la salida, los camiones que hacen humo y ruido de la otra parte del río. Pellegrini, mientras tanto, ha prendido la parrillita de alcohol y hace calentar un poco de agua para el té. Yo extraigo un limón del saco de montaña, y los muchachos me rodean, observan el limón, huelen el aire. Uno pregunta: "C'to eto takoie? ¿Qué cosa es?". "Es un limón", respondo. "Un limón, un limón", se repiten entre ellos mismos los muchachos. Aquel del principio, me dice que jamás habían visto un limón. "Es un poco agrio", digo yo, "pero es bueno. ¿Quieres probarlo?". Le hago probar un pedacito. El muchacho se mete en la boca el pedazo de limón, hace un gesto y lo escupe. Otro, más avisado, lo recoge del suelo, lo chupa un poco, hace un gesto y se lo pasa a un compañero. Todos hacen el gesto, escupen. No han visto jamás un limón.

A poco, comienza a llover. Es una lluvia dulce al principio, silenciosa, paulatina. Después se torna en huracán, cae a torrentes. Yo aspiro con delicia la fresca caricia de la lluvia, me lavo la cara, los cabellos, con aquella agua acerba y pura, me lleno golosamente la boca. ¡Ah, finalmente llueve! Alrededor es un coro de gritos, de blasfemias. Los soldados alemanes alzan los ojos al cielo gritando e imprecando. Los tiros de artillería se detienen, los caballos resbalan el fango, los camiones derrapan en la viscosa carretera. "¡Ah, lluvia maldita!", gritan los artilleros y los mecánicos, alrededor de las piezas y los camiones enterrados en el lodo. Ahí, cerca a la casa de un campesino, una muchacha se asoma por la puerta, nos hace señas de entrar. "Pajalauista, pajalauista, por favor, por favor", dice. Entramos. Sobre una banca están sentados un viejo y un jovenzuelo. Pellegrini se asoma a ver la parrilla de alcohol, el agua del té ya comienza a calentarse. Yo me siento en una esquina, bajo las imágenes, que en las casas rusas es el lugar de honor de los huéspedes. Me pongo a cortar una rebanada de limón. El jovenzuelo tiene un pie en-

fermo, todo rojo e hinchado. Debe ser artritis. Me mira lamentándose: "Manié boulnó, me duele". Y mientras tanto observa el limón, también la muchacha y el viejo lo observan. El viejo dice: "¡Pero esto es un limón!". Hace más de veinte años que no tenía ante sus ojos un limón. "Y eso que la Crimea está cercana", digo. "Sí", responde el viejo, "pero seguramente, quién sabe, las plantas de limón de la Crimea se han arruinado todas". (La verdad es que las autoridades soviéticas destinaban a la exportación toda la cosecha cítrica de Crimea: fuera de los grandes centros, Moscú, Leningrado, Kiev, Odesa, no se podía comprar un limón o una naranja en toda Rusia). Los viejos, los hombres de cuarenta años para arriba, recuerdan los limones. Forman parte de los recuerdos del antiguo régimen. Pero los jóvenes no, no saben ni siquiera qué cosa son.

Vaciamos el té en los vasos, y en cada vaso, en cada *stakán* *ciaia*, una bella rebanada de limón. El viejo ríe contento, también la muchacha ríe contenta, bebiendo su té. Pero el joven con el pie enfermo tiene el aire triste y humillado. "Durante la otra guerra, la *ghermanska vainá*...", dice el viejo. La llaman así, *ghermanska vainá*; o sea la guerra alemana. Ha combatido en Carpazi, en 1916, el viejo. Después extiende la mano hacia la botella de alcohol para quemar, que Pellegrini ha dejado sobre la mesa, la destapa, la huele cerrando los ojos con delicia. "Con un poco de agua", dice, "sería bueno para beber". Son ya tres meses, de cuando comenzó la guerra, que no prueba una gota de vodka. No, nada de vodka. Yo me pongo a reír, también los otros ríen, y Pellegrini toma su botella y se la mete a la bolsa, más segura.

Nos asomamos a la puerta. El camino es un torrente de fango. La lluvia ha cesado, ahora sopla un viento frío, insistente, árido y áspero, como una lengua de gato. "Deben pasar aquí la noche, mañana el camino estará seco", me dice el viejo. Y así es precisamente. Basta una media hora de lluvia para cambiar aque-

Los caminos ucranianos en profundos pantanos. La guerra se debate en la opresión viscosa del fango los soldados alemanes corren de un caballo a otro, de un camión al otro, gritando. Nada se puede hacer. Se necesita esperar a que los caminos se sequen. El cañón truena allá abajo, tras aquel bosque. ¡Eh, la guerra en Ucrania! ¡Polvo, fango, polvo, fango. Maldito el polvo, maldito el fango! De las colinas baja un estrépito confuso, formado por voces y relinchos. Son tropas que llegan, no pueden bajar, deben pasar la noche allá arriba, mañana por la mañana las carreteras estarán secas.

(Y polvo y lluvia, polvo y fango, mañana los caminos estarán secos, los inmensos campos de girasoles murmurando en el árido y caluroso viento, después retornará el fango, y esta es Rusia, es ésta la Rusia de los Zares, la Santa Rusia de los Zares, y ésta es también la U.R.S.S., polvo y lluvia, polvo y fango, es ésta la eterna guerra rusa, la guerra de Rusia 1941. Nichts zu machen, nichts zu machen. Mañana los caminos estarán secos, después regresará el fango, y siempre muertos, casas quemadas, turbas de prisioneros desgarrados, de los ojos de perro enfermo, y siempre carroña de caballos y de máquinas, carroña de tanques, de aeroplanos, de elkawé, de cañones, de oficiales, suboficiales y soldados, de mujeres, de viejos, de niños, de perros, carroña de casas de aldea, de ciudad, de ríos, de florestas, nichts zu machen, nichts zu machen, lejos, siempre más lejos, en fondo al "continente ruso", allá por el Bug, por el Dnieper, por el Donetz, hacia el Don, hacia el Volga, hacia el Caspio. Ja, ja jawohl. Wir kämpfen um das nachkte Leben. Y después vendrá el invierno, el graciosísimo invierno. Después aún polvo y lluvia, polvo y fango, hasta que será invierno, el graciosísimo invierno de la Santa Rusia, el invierno de acero y de cemento de la U.R.S.S., ésta es la guerra contra la Rusia 1941. Da, da, da. Wir siegen unsere Tote).

LIBRO SEGUNDO

LA FORTALEZA OBRERA

XVII

EL SITIO DE LENINGRADO

REGRESADO a Italia a fines de septiembre de 1941, me volví a ir (después de haber destontado los cuatro meses de amonestación infligidos a petición de los alemanes por el "carácter inoportuno" de mis noticias de guerra) para el frente Norte; y a través de Polonia, Lituania, Letonia y Estonia, me dirijo a Finlandia, a las trincheras frente a Leningrado.

Lo que me llamaba allá arriba, era el propósito de observar de cerca en qué modo la masa obrera de Leningrado reaccionaba ante los problemas morales, sociales y políticos de la guerra. Al principio de la campaña de Rusia, y durante todo el verano de 1941, en mis correspondencias del frente de Ucrania, había mostrado en que forma, la masa campesina de la U.R.S.S., educada y transformada por la industrialización, o para decirlo mejor, por la mecanización de la agricultura, reacciona a los problemas de la guerra, insistiendo especialmente en el concepto que el secreto de la guerra rusa consiste sobre todo en la "moral obrera" del proletariado rural. (Un hecho que se necesita absolutamente no olvidar, es que, por efecto de la industrialización, o mejor, de la mecanización de la agricultura, el antiguo mugik ha desapareci-

do. Los campesinos rusos de menos de cuarenta años, hombres y mujeres, han sido profundamente transformados por las tres sucesivas Piatiletki o Planes Quinquenales: sus instrumentos de trabajo no son ya la azada, el azadón, la hoz, sino las máquinas agrícolas, trilladoras, sembradoras, aradoras, etc.; etc. Cada kolhoz posee centenares y centenares de máquinas agrícolas. Tal transformación ha estado igualmente profunda en el vestir, en las costumbres, en los hábitos, en la mentalidad: no más la antigua vida de la aldea rusa, no más el antiguo fatalismo, no más la antigua pereza, y no más botas, ni gorras de pelo, ni camisas, ni barbas; sino todo azul, sacos de cuero, rostros y cráneos rasurados, gorras de visera corta; sino la vida violenta, activa, dura; sino la disciplina despiadada de los kolhoz y el imperio absoluto de la técnica. Y eso vale no tanto por su cultura, en definitiva mucho más elemental y en cierto sentido ingénuo, ni por su especialización técnica, de un nivel mucho más inferior a aquella, por ejemplo, de un campesino alemán o uno norteamericano, cuanto por su disciplina en el trabajo y por su "moral obrera". Los antiguos mugiki se han convertido en una especie de obreros mecánicos, combaten también ellos como obreros-soldados, ni más ni menos que los obreros de las grandes ciudades industriales.

Aquello que ahora me proponía estudiar de cerca, sobre el frente del sitio de Leningrado, era precisamente la reacción de las masas obreras (no más de las masas campesinas) a los problemas morales, políticos y sociales levantados de la guerra contra la U.R.S.S. Me proponía, en sustancia, de sacar, de la observación directa de los hechos, los elementos para una previsión, posiblemente objetiva, de eso que debía inevitablemente suceder, cuando el ejército germano hubiese penetrado en el corazón de las regiones industriales del Don y del Volga: vale decir, de eso que sucedió después en Stalingrado. Problema de un extraordinario interés (en el cual está encerrado todo el destino de esta guerra), que me ha hecho descuidar los sufrimientos, los peli-

gros, que iría yo a encontrar en aquel terrible invierno en el frente de Leningrado y de Kronstadt.

Las trincheras finlandesas de Bielostrov y de Alexandrowka, en el Istmo de Carelia, excavadas a sólo dieciseis kilómetros de la ciudad, a lo largo del margen de los mismos suburbios de Leningrado, son el lugar más favorable para semejante empresa: dada la extrema cercanía de la "fortaleza obrera", la posibilidad de tener noticias directas, la singularidad y rapidez de los detalles que se pueden recoger de la viva voz de los desertores, de los prisioneros, y de aquellos extraordinarios informadores carelianos, que hacen contacto entre la ciudad sitiada y los Comandos finlandeses. Por un año entero he asistido así, como de un balcón, a la tragedia de Leningrado. No es un "espectáculo" para mí: sino una especie de examen de conciencia, si se puede usar el término de examen de conciencia, a propósito de una experiencia moral, política y social, de la cual no era más que espectador, porque se desenvolvía necesariamente fuera de mí, arrancada de mí, con objetividad que no excluía todavía ni la piedad, ni la más profunda comprensión humana.

De mis observaciones y consideraciones sobre Leningrado, verán de hecho los lectores, que la experiencia de la "fortaleza obrera" del Neva, la más grande ciudad obrera de la U.R.S.S., y una de las mayores del mundo, anunciaba y preparaba aquella de Stalingrado, la gran "fortaleza obrera" del Volga. En el curso de esta inmensa tragedia de la civilización de Europa, la inteligencia no tiene seguramente otra tarea, sino aquella de ayudar a descontar en anticipo de eventuales sorpresas de una guerra, rica como ninguna otra jamás, de sorpresas. Leningrado descuenta anticipadamente, en mi experiencia, la terrible "sorpresa" de Stalingrado.

Frente Leningrado, 1943.

XVIII

ALLA ABAJO ARDE LENINGRADO

Helsinki, marzo de 1942.

El barco, directamente abajo de nosotros, parecía abandonado. Ni un farol, ni siquiera los fuegos de a bordo, ni una señal de vida. Aprisionado en el hielo, a unas millas de la costa de Estonia, parece uno de aquellos granos de arena negra, encerrados dentro de la amarilla y rosa transparencia de un guijarro de ámbar. Y el mar helado, en el rosado día que moría poco a poco, tenía realmente la transparencia del ámbar. El aeroplano bajó hasta una cincuentena de metros, describiendo largos círculos alrededor de la nave: vemos correr sobre el puente a un perro, con la trompa levantada hacia nosotros ladrando, y un hombre asomarse a una escotilla, hacer con la mano un lento movimiento de saludo. Después, se mete y desaparece. Aquí y allá, a lo largo de la costa del Golfo de Finlandia, son muchos los barcos de pequeño tonelaje aprisionados entre el hielo. Un grupo de hombres armados ha quedado a bordo, no para custodiar la carga, que ha sido ya transportada a tierra con los trineos, sino para defender la nave del ataque de cualquier patrulla soviética, de aquellas

que se impulsan algunas veces, sobre la superficie helada del mar, hasta las costas finlandesas y estonias).

Ya el aparato volvía a ascender: y poco a poco el horizonte del Golfo de Finlandia, en aquel punto no más largo de unos sesenta kilómetros, abría a nuestra mirada sus remotas perspectivas blancas y azules. Solamente una pálida franja turquesa revelaba allá abajo, a nuestra izquierda, la ribera finlandesa. El ojo se lanzaba por largo trecho hasta dentro de la llanura de Estonia, explorando las inmensas selvas de abetos y abedules. Y Reval, a nuestra derecha, un poco atrás de nosotros, aparecía velada por el humo que salía de las chimeneas de sus fábricas. Las altísimas torres de sus palacios y de sus iglesias, las cúpulas revestidas de verdes placas de cobre, los mástiles de las naves aprisionadas entre los dientes de hielo, a lo largo de las muelas del puerto, emergían de la opaca zona de humo, parecían oscilar en el ondulante movimiento de la luz. Y a pérdida de ojo, sobre la superficie helada del mar, se divisaban largos trenes de trineos y las patrullas de esquiadores que regresaban a la ribera, o salían a lo ancho a explorar la noche inminente.

Estábamos en medio del Golfo de Finlandia, a una altura de seguramente trescientos metros, cuando el sol desaparece. Era un sol enfocado, en un bello rojo bermejo, que hacía duro y violento contraste con la delicadeza de pastel de aquel paraje surrealista, álgido y puro. Como hace el disco de acero de una sierra mecánica, que ahonda y desaparece en el tronco del árbol, así el sol penetra en la dura costra del hielo y desaparece crujiendo. Enormes fumarolas de vapor blanquísimo se alzaron en el horizonte. Una encía roja, que a lo largo flameó, apagándose poco a poco, se diseñó al borde del cielo. Y el paisaje rápidamente cambió, se vuelve irreal, se salió de la hora y el lugar; se salió, parece, de la tierra y del mar, y yo me dí cuenta de improviso, que volábamos entre un globo de cristal de un ténue azul transparente, siguiendo una amplia curva, dulcísima.

El aire, dentro de aquel globo de vidrio, era rosa y azul como el hueco de una concha. El ruido de los motores era precisamente como el ruido del mar en una concha, un sonido purísimo, una voz inmensa y leve. Y fuese el reflejo de aquella encía sangrienta al borde del horizonte, fuese la intensa atención del ojo, y el cansancio del largo observar, me parecía que nuestro vuelo se desenvolviese a espirales en torno a un punto rojo, situado en el extremo cielo oriental, allá abajo, en el fondo al Golfo de Finlandia, en dirección a Leningrado.

También el observador aguzaba el ojo hacia aquel punto, hacia aquel brillar de incendio: y a poco, se voltea, me hace seña con la cabeza, casi respondiendo a una pregunta mía. El humo del incendio ahora se alzaba dulcemente, en largas ruedas, creaba una arquitectura aérea, que el viento borraba y recomponía sin reposo, diseñando altísimo en el cielo, casi la imagen al revés de una ciudad, con sus casas, sus palacios, sus calles, sus plazas profundas. Pero la agonía de Leningrado perdía poco a poco cada presencia real, cada exactitud y especificación humana, se convertía en una idea abstracta, una alusión, un recuerdo. (¿Qué es aquel humo, aquél brillar, allá abajo? El humo de un incendio, nada más. El brillar de un incendio lejano. Solo eso. El humo de una inmensa hoguera. Nada más. La agonía de una ciudad que tiene un hombre misterioso, incomprensible. ¡Ah! La agonía de Leningrado. Sí, nada más).

Y era precisamente una cosa de nada aquel leve humo, allá abajo, aquel brillar de incendio, aquella inmensa arquitectura de aéreas imágenes, que el viento borraba y descomponía dulcemente en el aire azul de la noche. De vez en cuando, del fondo de la llanura estonia, a espaldas de Oranienbau, se alzaba un relámpago rosado, como un latir de ceja sangrienta. Era el ojo de la batalla, allá abajo, al límite oriental de Estonia. (Aquel ojo rojo enorme, el ojo de Marte en el humo de la batalla). Y ya bajaba la noche. Pero el candor de la nieve, aquel deslumbrante reflejo

de la inmensa extensión de hielo, cambiaba la noche en un maravilloso, cándido día. Una luz pálida e intensa parecía salir de los abismos marinos, iluminando del fondo la costra de hielo con una mágica transparencia, que se difundía hasta las más lejanas riberas; y también la tierra se transparentaba de aquella fría, profundísima luz. El ruido de los motores se alzaba y se bajaba en el hueco de la concha, y poco a poco se disminuía, se torna en susurro, en el ronquido de un enjambre de abejas. Y era la niebla que, levantándose de la superficie helada del mar, invadía poco a poco el cielo. Después, de improviso, una tiniebla cándida nos envolvió y navegamos en aquel oscuro suave y misterioso mar.

Ahora el aparato salía, tomaba altura para tratar de salir fuera de la niebla. Y cuando, después de un paso, salimos al sereno, y el cielo se encorvó nuevamente sobre nosotros, libre y puro, descubrimos allá enfrente una mancha rosa, una hoja de rosa flotante, sobre la ruta del aparato. Como pasa en la niebla, que la luz, apagándose, adquiere fuerza y se reproduce a distancias increíbles, así el incendio de Leningrado nos aparecía extrañamente cercano. Aquella hoja de rosa se movía, se envolvía, parecía respirar. Volamos así, en el libre azul, un tiempo que a mí me parece interminable, hasta que el aparato comenzó a bajar, se sumergió en la niebla.

De improviso, con una velocidad alucinante, los árboles nos salen al encuentro, se nos vienen encima como un auto que se lanza sobre una pista a doscientas millas por hora. Las ruedas del tren de aterrizaje desfloran las copas de los abetos, el aparato enfrenó, rechazó la tierra como el nadador que con un golpe de talón rechaza el fondo marino para salir a flote. Volamos por algunos minutos pegados al techo de la niebla, como una mosca. Buscamos el campo de Helsinki. Y al rato, estuvimos sobre el campo, el aparato resbaló sobre el hielo, se paró. En aquel improvisado silencio, no se oyen voces, ni rumor de pasos: sino solo

el rumorcillo de un zapato en la nieve. Se acerca lentamente. Y nada más, fuera de aquel leve rumorcillo, lograba dar la medida de aquel inmenso silencio, de aquel desierto álgido y puro alrededor.

XIX

LAS VOCES DE LA FLORESTA

Alexandrowka, marzo.

Aquí estoy, por lo tanto, en la primera línea, en un bosque en las cercanías de la ciudad de Alexandrowka, a dieciséis kilómetros de la antigua capital de la Rusia de los Zares. Es este el sector más avanzado de todo el frente de Leningrado. El sitio de la inmensa metrópoli rusa, tiene aquí el punto más sensible, la zona más nerviosa, más inquieta, más descubierta. Diré, en los próximos días, el carácter de esta guerra de sitio, de las potentes defensas soviéticas, de los modos y los aspectos de esta lucha sin cuartel, de las enormes dificultades que los dos adversarios deben afrontar: diré de la agonía de esta inmensa ciudad, que encierra, entre la cerca de sus suburbios, cinco millones de habitantes entre militares y civiles (es la más grande guerra de sitio que se haya jamás combatido).

Hoy, aún cansado del viaje, y aún demasiado nuevo en este frente para poder hablar con seriedad, me limitaré a dar cuenta al lector de las primeras impresiones, de las primeras consideraciones, de las cosas vistas en mi itinerario de Helsinki a Viipuri y de Viipuri a través del campo de batalla de la Summa, para Teri-

joki y para Mainila, hasta este puesto avanzado de Alexandrowka.

Pero antes de todo, quisiera que el lector se diera cuenta de las dificultades de mi tarea, y de la dura vida que me espera en los próximos días. Comenzando por el clima. El termómetro, esta noche, no señala más que 24 grados bajo cero. No son muchos, en comparación a la excepcional rigidez de este invierno: pero para mí son hasta demasiados. ("¡Qué climas!", exclamaba Leopardi hablando, en sentido moral, de los países Septentrionales). En semejantes condiciones no es fácil trabajar. El korsu donde me he cubierto en espera del Coronel Lukander (el korsu es un reflejo a flor de tierra, medio sepultado en la nieve; una especie de barraca de troncos de árbol, bueno para proteger de las balas de shrapnell, pero no de las granadas), es pequeño, estrecho, helado. Los soldados que lo ocupan no han regresado aún del cotidiano servicio de vigilancia, de patrulla y de corvée, y la estufa está apagada.

Los dedos se me congelan, el papel sobre el que escribo se cubre de un levísimo velo de escarcha, parece casi que la hoja se empaña, me parece exactamente estar escribiendo sobre un vidrio empañado. Las señales de mi escritura tienen un aspecto borroso, como aquellas de una vieja carta exhumada después de años y años del fondo de un cajón: es el hielo que las vela. Finalmente entra un soldado llevando un puñado de leña, son pedazos de tronco de abedul, claros y lisos, con la corteza manchada de amarillo y blanco. Un grato olor de humo resinoso se difunde después de poco en el korsu, el papel sobre el cual estoy escribiendo se deshíela, el velo de escarcha se deshace. Gruesas gotas de sudor corren a lo largo de la hoja.

He dispuesto mi equipaje en una esquina del korsu, a los pies de la tabla que sirve de camastro. (Es un real y verdadero camastro, como aquel de las prisioneros militares; soldados y oficiales se duermen juntos; los oficiales de una parte, los soldados

de otra, sobre colchones de gruesa tela. Todo está ordenado, limpio, simple, sencillito. Cada cosa en su lugar, las gavetas, los fusiles, las cartucheras, las bombas de mano, los efectos de vestuario, las botas de nieve, las camisas blancas, los esquíes, las raquetas).

Aunque no haya venido aquí para combatir, sino para observar de cerca y narrar, las formas y aspectos del sitio de Leningrado, el mío es un equipaje de guerra, completo: un saco de pelo, un capote forrado de pelo de ternera, un capuchín esquimal de pelo, un saco de montaña, un par de zapatos de repuesto, una botella de vino, y víveres de reserva en lata. Tenga presente el lector, que en el ejército finlandés que los oficiales no tienen asistentes, y que por eso me toca llevar todo sobre las espaldas.

No he venido aquí para combatir: sino para mirar allá abajo, más allá del parapeto de la trinchera, más allá de las sierpes de alambradas, más allá de los bunker soviéticos, más allá de los bosques y de las extensiones de nieve, más allá del bulbo dorado de la iglesia de Alexandrowka, allá abajo, frente a mí, los caminos de las fábricas, los campanarios, las cúpulas de Leningrado. Inmensa ciudad Leningrado, plana, lineal, sin rascacielos, sin altas torres; construída sobre el lodo, en los pantanos del delta del Neva, para que afonde cada día más en el limo de sus estanques y canales. Se perfila baja en el horizonte, y la leve bruma azulina la esconde a los ojos de cuando en cuando. Después, a un trecho, en una improvisada claridad, la ves surgir enfrente, casi podrías tocarla alargando la mano. (Tal me pareció hace poco, llegando a este bosque. La niebla se había levantado un instante y yo me he quedado quieto en medio de la carretera, los ojos fijos en aquella espectral, bellísima aparición).

Estoy aquí desde hace más de una hora, sentado en el korsu, en espera que el coronel Lukander, comandante de este sector, me mande llamar. El teniente Svardström, que ha venido conmigo de Viipuri, y a quién he rogado ir a informarse dónde se

encuentra el coronel Lukander, regresa a decirme que ha salido a inspeccionar las líneas.

"Estará aquí dentro de poco", agrega.

Es un joven, alto, rubio, flaco, Svardström, de sonrisa extrañamente tímida, y al mismo tiempo maliciosa. Habla mezclando el alemán al finlandés y de vez en cuando ríe como para excusarse. Comienza a nevar dulcemente. El tiempo transcurre con lentitud, en un silencio perezoso.

"Voy a ver si el coronel ya regresó", dice Svardström saliendo de la barraca. Quedo solo con el soldado que aviva la estufa. Es un muchacho moreno, del viso duro, de la mirada gentil. Mientras escribo, me mira de reojo, observa mi uniforme, el sombrero alpino, las llamas verdes, las barritas. "Kapteeni?", me pregunta. "Sí, soy un capitán". Sonríe, repite "Kapteeni".

Levanto los ojos de la hoja, escucho las voces de la floresta, de esta exterminada, oscura, profunda floresta en torno a nosotros. ¿Son voces de hombres? ¿De animales? ¿De plantas? ¿De máquinas? El que no es nacido en estas selvas finlandesas, se extravía "mentalmente" como en un laberinto. No quiero decir en un laberinto de ramas y troncos, sino como en un laberinto mental, en un abstracto desierto, en un irreal país, donde el espíritu pierde cada contacto con la realidad, y todo, alrededor, se transforma, cambia aspecto, en una continua, alucinante metamorfosis. Los sentidos se engañan, la mente se precipita en una vorágine sin fondo. Las voces, los sonidos, las formas, adquieren un sentido misterioso, algo de secreto, de mágico. Un grito se alza lejano. "Se on koira, es un perro", dice el soldado. Yo le soy grato para traducirme en un lenguaje humano las voces del bosque. Bella palabra "koira", me suena al oído como una palabra griega, me trae a la memoria los korai de Acrópolis. Se oye un ruido remoto, que rápidamente se acerca, desemboca entre los árboles como una flor, como el chorro de una fuente, como la cabellera de una mujer al viento. "Se on tykki, es un cañón", dice el soldado.

Un disparo de grueso calibre. El eco de la explosión se repercute en el bosque como la voz de un río. El soldado me mira fijo, escuchando. Y le agradezco esta ayuda, no conozco las voces de estas selvas de Finlandia, no reconozco las voces de los hombres, de los animales, de las plantas, de las máquinas, en esta exterminada, misteriosa selva finlandesa. "On tuuli, es el viento", dice el soldado. "Se on hovonen, es un caballo", dice el soldado.

Un sonido de voces se acerca a la puerta del korsu. El soldado alza los ojos, mira a través de la ventana y dice: "Se on venäläinen karkuri, es un prisionero soviético, un desertor". Un hombre pequeño, espantado, del viso flaco y palidísimo, los ojos cansados e inciertos. Tiene la cabeza mal pelada, llena de greñas. Está ahí, de pie frente a un grupo de soldados, apretando entre sus manos, con gesto convulso, su gorra tártara a punta. Gruesas gotas de sudor, seguramente por el miedo, seguramente por debilidad, le emperlan la frente. Se seca el sudor de cuando en cuando con la gorra. Dice: "Ja niesnaisu, no sé". Habla con voz tímida, un poco ronca. Un prisionero soviético. Quisiera que no me interesase, que no me importase nada. Y también me despierta piedad, y al mismo tiempo una triste rabia. He visto muchos, desde ayer, de estos prisioneros soviéticos, todos pequeños, espantados, palidísimos, todos con los ojos cansados e inciertos, inmensamente adoloridos y estupefactos. Me viene preguntarme espontáneamente cómo sea posible que estos soldados del aire tímido y sufrido, de la voz humilde, inquieta, sean los mismos que han destruido Viipuri, que de Carelia han hecho un desierto, que han dejado Karjalan Kannas (es el nombre finés del Istmo de Carelia) en las espantosas condiciones en que se me ha aparecido esta mañana.

Nada es más atroz que el espectáculo de Viipuri, (la Viborg de los suecos), de aquellas negras ruinas bajo la nieve. Durante la "guerra invernal" del 1939-1940, Viipuri no fué conquistada por los rusos: ellos la ocuparon solamente después de la conclu-

sión de la paz, en virtud de una cláusula del tratado de Moscú. En el pasado agosto, cuando las tropas soviéticas fueron obligadas a abandonarla, la ciudad tuvo que sufrir atrozmente las minas y los incendios. Casa por casa, edificio por edificio, toda Viipuri fué hecha saltar por el modernísimo método de aquellas radio-minas, movidas por un minúsculo aparato, que, arreglado sobre una determinada onda, es hecho explotar con la emisión de algunas notas musicales.

Mientras recorría esta mañana las calles de Viipuri, el viento ululaba entre los espectros de las casas. Un cielo gris, hecho de una materia dura y opaca, estaba en acecho al fondo de las vacías órbitas de las ventanas. Fuerte, rica, noble ciudad Viipuri; baluarte de Escandinavia contra la Rusia en todos los tiempos; sobre la carretera que de Leningrado, de Novogorod, de Moscú, lleva a Helsinki, a Estocolmo, a Oslo, a Copenhague, al Atlántico. El lugar mismo está en armonía con su destino. Al inicio del Istmo, donde Carelia se aprieta entre el Golfo de Finlandia y el Lago Ladoga, Viipuri yace recogida en torno a su castillo sueco, en fondo a un profundo y estrechísimo golfo lleno de islas y de escollos. El mar se adentra en la tierra, circunda la ciudad, la abraza, penetra entre sus casas, para servir de fondo a sus plazas, a los patios de sus edificios. Quién tiene en el puño a Viipuri, tiene en el puño a Finlandia. Es la llave de esa cerradura que es el Istmo de Carelia, el Karjalan Kannas. Y es precisamente este destino guerrero suyo, que tiene de siglo en siglo, de sitio en sitio, que ha compenetrado en ella las líneas de su arquitectura, los aspectos de su gracia y de su fuerza. Vista desde el mar, o del margen de las florestas que la circundan de cerca. Viipuri parece uno de esos castillos que Poussin pintaba al fondo de húmedos y sombreados bosques, en perspectiva de verdes valles abiertos al cielo azul, lleno de blancas nubes. Uno de esos barrios llenos de torres de Lazio, en las incisiones en cobre que adornan ciertas ediciones del setecientos de la Eneide.

El Castillo está construído sobre un islote, separado de la ciudad por un brazo de mar, sobre el cual los rusos, durante su breve ocupación, han puesto dos puentes de barcas. Es una maciza construcción dominada por una altísima torre, cuya base está circundada por un terraplén de granito de forma redonda. La fortaleza real y verdadera, está toda encerrada dentro del cerco de aquel terraplén: cuarteles, depósitos de municiones, almacenes, casas. La ciudad vieja se extiende frente al Castillo, sobre la opuesta ribera del estrecho brazo de mar; un caserío de calles tortuosas, de los edificios de aquella arquitectura militar sueca, donde todavía son claras las señales de la antigua influencia rusa (un cierto tono a Novogorod) y de una tardía imitación francesa. Alrededor se extiende la ciudad moderna, con sus edificios de acero, de vidrio y de cemento, blanqueando aquí y allá entre los toscos palacios de principios de siglo, en aquel estilo que en Berlín se llama *Jugend*.

He llegado hasta lo más alto de la torre del Castillo, subiendo por los escalones de fierro fijados en las paredes a desplome en el vacío. El pie resbalaba sobre el fierro barnizado de hielo. De allá arriba, del observatorio exterior de la torre, directa sobre la ciudad, un atroz espectáculo se me ofrece a la vista: el inmenso cementerio de casas con los techos descubiertos, los muros cuarteados y ennegrecidos por el humo; el puerto poblado de árboles y de chimeneas destroncadas, de grúas torcidas, de quillas reventadas, y por cada lado del horizonte, hasta donde alcanza el ojo, montañas de escombros, de tizones apagados, trágicos escenarios de muros por caer, sobre la desierta angustia de las plazas y las calles. Aquel candor sobrehumano de la nieve en torno a las negras ruinas, aquel azulado esplendor del mar helado, dolorosamente exaltaban el miedo, la piedad, el horror.

Después que bajé de la torre, la gente, en las calles, tenía, a mis ojos, un aspecto severo, solitario, y al mismo tiempo cordial y humano. No espectros, sino presencias vivas y calientes. Los

ojos quietos, los rostros duros y atentos. Ya casi son doce mil, de la antigua población de ochenta mil almas, los habitantes de Viipuri que han regresado a sus casas en ruinas. Viven entre las cuarteadas paredes, en fondo a los patios llenos de escombros, en bodegas medio llenas de objetos calcinados, en buhardillas por caer, en los descansos de las escaleras sin techo, en los últimos pisos de los edificios reventados. Magnífica vitalidad de este pueblo, frío, taciturno y todavía constante y violento en sus propósitos, en las pasiones, en la voluntad. (Aquella muchacha que bajaba las escaleras de un edificio destruído en la Kajaportinkatu, saltando con ligereza los escalones que faltaban, como una acróbata sobre la escalera de cuerda de un trapecio; aquel rostro de niña tras los vidrios de una ventana, en la fachada de una casa de Repolankatu, vaciada del interior por una bomba de grueso calibre. Y aquella mujer que arreglaba lentamente, afectuosamente, una mesa, en la estancia de una casa de Linnankatu, en una pieza de la cual sólo quedaban de pie dos paredes).

De la estación ferroviaria, convertida en una inmensa montaña de escombros y de vigas de fierro retorcidas por el incendio, una locomotora llamaba con voz estridente, insistente. (Y el banco de aquel puesto de mercancías, solo en medio a la plaza, frente a las ruinas del mercado, con la viejecilla sentada sobre un taburete tras su pobre mercancía que la nieve cubre poco a poco. Y el reloj intacto de la Kellotorni, la única torre con aquella del Castillo, que ha quedado incólume en el inmenso cementerio de casas).

He dejado Viipuri esta mañana, nauseado de tanta ruina, de tanta furia bestial. Y ahora la voz del desertor soviético que habla frente a la puerta del korsu y dice: "Da, pajaluista, da, da, da", me suena en las orejas con insistencia triste e inútil. Me despierta piedad y rencor, y quisiera no oírla, quisiera hacerla callar. Salgo del korsu, me pongo a caminar entre los árboles, frente a la barraca del Comando del sector. Allá abajo, al fondo

de la carretera que lleva a Leningrado (una magnífica carretera, larga, derecha, pavimentada de guijarros como las vías papales de Lazio; y se entreven los guijarros bajo la costra de hielo), he ahí, en el fondo a las casas de los suburbios, los caminos de las fábricas, las cúpulas doradas de las iglesias. La ciudad prohibida se sume lentamente en la niebla azulina. Los artilleros ríen en torno a las piezas espárcidas aquí y allá en los bosques, tras simples diques de ramas de abeto. Grupos de esquiadores resbalan dulcemente sobre la nieve. Aquellas tibias voces suyas en el aire helado. De los puestos avanzados llega el crepitar ronco de una ametralladora soviética, el "tapum" seco de un fusil. (Un ruido lejano, un ruido ronco, un estallido. Son las naves de la flota rusa de Kronstadt, aprisionadas entre el hielo, que disparan sobre la carretera de Terijoki. Y el teniente Svardström me llama del umbral del Comando: "Entre", me dice, "el coronel Lukander lo espera").

XX

MUCHACHOS EN UNIFORME

Frente a Leningrado, abril

Bajaban por el bosque hacia la retaguardia, acompañados por un soldado finlandés. Eran unos treinta, unos treinta muchachos. Vestidos con el uniforme soviético, con el gran capote color tabaco, las botas de cuero duro, la gorra de estilo tártaro a punta, con las dos alas pendientes sobre las orejas. Cada uno con su plato-sartén de campaña a la cintura, y los gruesos guantes de piel de carnero ligados junto a una cinta. Tenían la cara sucia, negra de humo. Apenas vieron a los esquiadores vestidos de blanco, ligeros y veloces entre los árboles, se detuvieron a mirarlos. "Pois, pois! ¡Vamos, vamos!", gritó el soldado que los escoltaba. Pero también él era un muchacho, tiene también un gran deseo de detenerse, y también se detuvo. Al principio los prisioneros miraban atentos y serios. Después comenzaron a reír, se veía que se divertían, y algunos hicieron el movimiento de probar a resbalar por la nieve, comenzaron a aventarse entre ellos, por juego; uno recogió un poco de nieve, hizo una bola, la tiró a la espalda de un compañero. Todos se pusieron a reír, diciendo: "Du-

rák, durák, baboso, baboso", y el soldado de escolta gritó: "**Pois, pois**". Y así volvieron a caminar, volteando hacia atrás de vez en cuando mientras el grupo de esquiadores finlandeses, también ellos muy jóvenes, los alcanzaban, los pasaban. Resbalaban velozes entre los árboles. Era un día de sol, la nieve centelleaba, las ramas de los árboles, cargadas de hielo, parecían de plata en aquella luz viva y feliz.

En Viipuri, el otro día, vagaba yo entre las ruinas, entre los espectros de las casas. Grupos de prisioneros soviéticos trabajaban en las calles a quitar la nieve, a escombrar las ruinas de los patios, a tirar los muros peligrosos. Parecían hormigas, así pequeñas y oscuras en la nieve. El alto gorro tártaro sobre la estrecha frente infantil, hacía todavía más flaco, más mísero, más sucio, el rostro afilado y frágil. Casi todos son muy jóvenes, no más de diecisiete años: y parecen muchachos de catorce, de doce años. Pequeños de estatura, macilentos, informes, aún lejos del primer grado de desarrollo de la adolescencia. Apenas me veían, dejaban un instante el trabajo, me seguían con los ojos, observando con curiosidad mi uniforme. Si hacía acto de volver la cara hacia ellos y de mirarlos, rápidamente bajaban los ojos, espantados y confusos, exactamente como hacen los muchachos.

Los oficiales y soldados finlandeses, están de acuerdo en reconocer que estos muchachos pelean bien, con una valentía obstinada y firme, que es todo lo opuesto del coraje infantil. Pero desde el punto de vista militar, técnico, son ineficientes. Sobre esto no hay duda. (Y sorprende por su singularidad, por su contradicción, el que, en estos muchachos físicamente así tardíos, se ha desarrollado solamente el coraje, que en ellos es ya, en cierto sentido, viril). Aquello que más llama la atención sobre todo a los oficiales y soldados finlandeses, no es el retardo en su desarrollo físico, sino el de su desarrollo moral e intelectual. Su inteligencia está en el estado embrional. Se ve que son niños

aún; están contentos de vivir, de sentirse vivir, felices de respirar, de no tener nada a que temer, de haber sido finalmente sustraídos de la pesadilla, de la angustia de la muerte; pero dudo mucho que ellos se den cuenta de la naturaleza de sus mismos sentimientos. Quiero decir que no tienen problemas aparte de aquellos puramente físicos, animales. A los dieciocho años, cualquier hombre normalmente desarrollado, en cualquier nación y a cualquier clase social que pertenezca, tiene sus problemas de naturaleza intelectual y moral. Estos prisioneros soviéticos, estos muchachos-soldados, no tienen problemas que no sean puramente materiales. No saben ni siquiera responder a las preguntas más simples. Alguna vez a una pregunta que ellos no comprenden, sus ojos se llenan de lágrimas. No son más que niños, en toda la acepción de la palabra.

Uno de los síntomas característicos de esta falta de desarrollo de ellos, es la facilidad con la cual se refugian, por defensa, en las lágrimas. Lo que es, ni más ni menos, de la psicología infantil. El otro día, en Viipuri, había atravesado la plaza de donde surge la Biblioteca Cívica (el edificio, de arquitectura modernísima, está intacto, e intactos sus muchos millares de libros antiguos y modernos, entre los cuales hay preciosos documentos de la historia de Viipuri), cuando al desembocar de la calle que baja del puerto, me he encontrado con un grupo de prisioneros soviéticos. Estaban solos, sin custodia. (En general trabajan libres, cuidados solamente por las rondas que recorren con ese fin las calles de la ciudad). Estaban parados frente a un negocio de modas destruído por una bomba. Mientras trabajaban para escombrar el negocio de las ruinas, habían descubierto bajo ellas un maniquí de madera, uno de esos bustos de mujer de los cuales se sirven los sastres. Aquellos muchachos habían dejado de trabajar y se habían juntado alrededor del maniquí, observándolo con curiosidad. Tenían el rostro serio, no comprendían qué cosa fuese, para qué pudiera servir. Uno de ellos, mientras tanto, que

había sacado de entre la tierra un sombrerito de tela roja y azul, un inocente sombrerillo con una flor de tela, una especie de rosa amarilla cosida a un lado, se lo había puesto en la cabeza y todos rieron, alargando tímidamente la mano para tocar la rosa.

Al poco rato, se han dado cuenta de mi presencia. Y aquí ha sucedido un hecho singular. Su primer impulso ha sido huír, de esconderse, como hacen los chamacos, cuando alguno, de quien tienen miedo, los sorprende en juego para ellos prohibido. Pero rápidamente, por un impulso contrario, se han reagrupado, con los ojos bajos, asustados y confusos. Aquel del sombrero se ha puesto a llorar, dandome la espalda. Confieso que, al principio, me quedé en entredicho, y casi confuso; y no encontré nada mejor que decir, que: "Rabótaitie, rabótaitie! ¡Trabajen, trabajen!". Con aquella palabra, pronunciada con voz áspera, los he sacado del miedo y de la confusión. Han vuelto a tomar las palas y los picos y se pusieron a trabajar. Estaban otra vez contentos y tranquilos, me miraban de arriba a abajo sonriendo.

También en el ejército finlandés, junto a los veteranos de la "guerra invernal" de 1939-1940, numerosísimos son los soldados de las últimas levadas, muchachos de dieciseis, de diecisiete años. ¡Pero cuán diversos de los rusos! Son ya hombres; y si bien no han llegado al desarrollo físico que un joven de nosotros tiene a esa edad (en el Norte el desarrollo es mucho más tardío que en los países del Mediodía: un joven de dieciocho años de nosotros, ya ha llegado a un desarrollo físico completo; en el Norte, la mayoría de las veces, es aún impúber), ellos tienen todavía en la frente, en los ojos, aquella marca de la virilidad que es un hecho moral, no físico. Son ya hombres: en el sentido moral, civil, social. Poseen una conciencia ya madura, viril, que los hace no solamente soldados, sino ciudadanos.

Aquella serenidad suya en el peligro, aquella simplicidad y severidad suya en el sacrificio, aquella objetividad de juicio suyo, la austeridad de sus costumbres, son la señal de un profundo

conocimiento de su deber; y entiendo que no sólo de su propio deber de soldados, sino también, y sobre todo, de ciudadanos; esto es, el conocimiento de cuanto ellos deben al país, en un momento así decisivo para la existencia y el futuro de Finlandia.

De aquello que me dicen estos soldados, especialmente los más jóvenes, de aquello que logro oír cuando hablan entre ellos (y que me traducen el capitán Leppo, el teniente Svardström y los oficiales del batallón de infantería que ocupa este tramo de línea, entre Valkeasaari y Alexandrowka), me vengo persuadiendo cada día más, que los soldados finlandeses, veteranos y jóvenes, son no solamente de los más valerosos del mundo, sino de los más civiles. En cada palabra suya, en cada acto suyo, hasta en los más espontáneos y libres, siempre se advierte la presencia de una conciencia singularmente atenta y sensible. Están todos, hasta los más jóvenes, perfectamente al corriente de la situación política y militar de su país, de la naturaleza y fines de la guerra que se combate en Europa y en el mundo, y discuten con una seriedad, con un sentido de responsabilidad, verdaderamente admirable en soldados que pertenecen, en su mayor parte, a la gente del pueblo: campesinos, obreros, guardabosques, pescadores, pastores de renos, habituados a la vida dura, desnuda y solitaria de los bosques, de los lagos, de los inmensos desiertos del Norte. Son soldados "civiles" en el sentido más alto y más noble de la palabra. Y es precisamente su vigilante y sensible conciencia moral, que hacen de la guerra finlandesa, de esta guerra por excelencia "nacional", una guerra, casi diría, gratuita, desinteresada,

Esta mañana, hablando de estos jóvenes prisioneros soviéticos, un soldado finlandés ha dicho: "Son muchachos decadentes". Tal bellísima, dolorosa expresión, no ha salido de los labios de un veterano de la "guerra invernal", sino de los labios de un muchacho de diecisiete años, de uno de los tantos muchachos de uniforme de esquíador, de las insignias verdes bajo la camisa

blanca, del puñal, el **puukko**, colgado a la cintura; de uno de aquellos tantos muchachos-soldados, del viso imberbe y de la mirada tímida (hay todavía algo de decidido, de duro, en el fondo de aquellos ojos), que de meses y meses combaten en la primera línea, de las florestas del Mar Blanco a las trincheras frente a Leningrado. "Muchachos decadentes". Bastaría esta expresión para hacer comprender con qué conocimiento y con cuánta responsabilidad (y quizá con excesiva amargura), la generosa juventud finlandesa juzga las condiciones físicas y morales de la juventud soviética, histórica y socialmente mucho más probada, y en cierto sentido, más infeliz.

Cada vez que en trinchera, en los caminos excavados en la nieve, o en los korsut, me viene de inmiscuirme con estos imberbes soldados finlandeses, siempre su aspecto, su sonrisa, su simplicidad, aquella deportiva indiferencia frente al peligro, la humanidad de su disciplina, me hacen sentir profundamente la gentileza, la pureza moral de esta guerra finlandesa. Una guerra áspera, inexorable, durísima: pero pura. Hasta la muerte tiene un sentido gentil. Diría que su presencia ilumina, mete a fuego, solamente el aspecto más puro de las cosas. (Allá abajo, en el bosque, frente al korsu donde estoy escribiendo, hay una **Lottalla**, un puesto de restaurante y descanso de la "Lotta-Svärd": cerca del umbral, dos muchachas en batas grises y blancas, están haciendo la comida en una cuba llena de agua caliente, y de vez en cuando sacan la cabeza fuera de la nube de vapor, para mirar a su alrededor riendo. Algunos soldados están cargando sobre un trineo los cadáveres de tres soldados soviéticos, aprisionados dentro de un bloque de hielo, como dentro de un bloque de cristal. Los han encontrado de casualidad esta mañana, mientras excavaban un hoyo para las municiones. Un caballo huye a galope entre los árboles, seguido de un artillero que grita agitando los brazos. Las muchachas ríen, los soldados que están cargando los cadáveres sobre el trineo, se voltean riendo. El gesto inmó-

vil de aquellos muertos, helados entre el bloque de cristal, es límpido, preciso, lúcido).

Y también el crepitar de las ametralladoras soviéticas, y el "tapum" rabioso, insistente, y el ruido de los gruesos calibres de las naves de la flota soviética, que de Kronstadt disparan de enfilada sobre el flanco de nuestro emplazamiento, y aquella camilla, que cuatro soldados llevan en hombros a través del bosque, y el herido extendido en la camilla, con el rostro cubierto de vendas, y la risa de aquellos muchachos, me parecen como imágenes y sonidos gentiles, de una humanidad profunda y pura, como episodios y voces de una vida transfigurada más allá de la realidad de una alta y noble conciencia moral.

XXI

CIUDAD PROHIBIDA

Frente a Leningrado, abril.

De las trincheras del sector de Valkeasaari, el Bielostrov de los rusos, al margen de la ciudad soviética de Alexandrowka, la metrópoli sitiada se ofrece a mi mirada como una de aquellos modelos de yeso de planificación de ciudad, de una muestra de arquitectura urbana. (El mismo blancor de la nieve sugiere la idea del yeso). Esta parte del frente, está más bien en relieve, ligeramente elevada sobre el nivel de las llanuras donde yace Leningrado. De las trincheras, los soldados finlandeses se asoman, como de un balcón, sobre la antigua capital de los Zares. El terreno es variado, de leves ondulaciones paralelas, de pocos metros de altura. Pero aún aquellos pocos metros son suficientes a dar libertad al ojo, amplitud y profundidad a la mirada.

De aquí a los suburbios de Leningrado, no hay, en línea recta, más de dieciocho kilómetros. Y de allá abajo, de los puestos avanzados al norte de Alexandrowka, a donde iremos dentro de poco, la distancia se reduce a dieciseis kilómetros apenas. Tales ondulaciones del terreno, están cubiertas de árboles pelados al-

gunas, la mayor parte desnudas; a una profundidad de cerca de un metro bajo el montón de tierra delgada, el pico encuentra el granito. Y en ciertos puntos, el granito está descubierto, forma un escalón de roca de cuatro a cinco metros de altura, tras el cual se esconden los korsut, esto es, los refugios finlandeses, hechos de troncos de árbol. Entre una y otra de estas ondulaciones, el terreno se sume en amplia y dulce curva; al fondo de estos amontonamientos corre un arroyo que en esta estación está cubierto de una costra de hielo, o se reúne al agua de un estanque, o se extiende en un prado pantanoso, del cual emergen, a través de la helada superficie, las agudas puntas de sutilísimos juncos. En cualquier tramo la hoquedad está cubierta de árboles: pero generalmente el terreno está desnudo, y ofrece al ojo una fuga de planos inclinados, blancos de nieve.

Del lugar donde nos encontramos, o sea del borde de uno de esos escalones de granito, a media carretera entre el bosque donde está el Comando del sector y la línea de los puestos avanzados, la mirada recorre un inmenso espacio libre. Las enormes florestas del Karjalan Kannas, del Istmo de Carelia, ya poco a poco más raras y menos frecuentes a medida que nos acercamos a los suburbios de la metrópoli, terminan a nuestras espaldas, entre la aldea de Mainila y la de Valkeasaari. Son florestas de árboles no muy altos, entre los cuales abundan los abedules del follaje claro y de los troncos plateados en el turquesa oscuro de los abetos. Más allá de Valkeasaari y Alexandrowka, hacia Leningrado, el terreno, como ya he dicho, se desnuda, convirtiéndose en campo abierto, interrumpido aquí y allá, por flacos bosquecillos, y al mismo tiempo las aldeas se hacen más cercanas una de la otra, se convierten en suburbios, y el paisaje asume poco a poco el usual aspecto de los contornos de una gran ciudad.

Entre una y otra de estas aldeas, se repiten más frecuentes aquellas casas rústicas, que en ruso se llaman daci, donde en un tiempo la burguesía de Petesburgo iba a transcurrir los meses

de verano. Estas daci son casas de madera de abedul, pintadas de azul, de verde tierno, de rosa pálido. Ellas pertenecen ya a los trusts estatales soviéticos, a las organizaciones sindicales, a los institutos de asistencia social, que envían a sus propios miembros, obreros y funcionarios, con sus familias, a pasar las vacaciones anuales o los períodos de convalecencia. Algunos años hace, he podido asistir al regreso de un grupo de obreros de una excursión que un trust industrial de Leningrado había organizado en los contornos de Alexandrowka. Caminaba una noche a lo largo del Neva, en compañía de algunos amigos, cuando, del puente que atraviesa el río en las cercanías de la Fortaleza Pedro y Pablo, vimos llegar un convoy de torpederos cargados de jóvenes y muchachas del pueblo. Los torpederos se formaron precisamente a espaldas del Palacio de Invierno, y bajó la alegre comitiva, cantando y riendo: las muchachas cargaban entre los brazos ramos de flores campestres, marchitas por el calor y el polvo (sí, era el principio de la primavera, y el característico, húmedo calor de Leningrado, comenzaba a hacerse sentir), los hombres, ramas de abedul y bastones de madera bresca con el mango cortado con el cuchillo. Preguntamos a donde habían ido de jira, respondiéndonos que regresaban de Alexandrowka, en Carelia. Dijeron precisamente Alexandrowka, recuerdo la circunstancia, por el hecho que, escribiendo en aquel tiempo una biografía de Lenin, había pedido permiso a las autoridades soviéticas para dirigirme a Alexandrowka, a visitar el lugar donde Lenin se había escondido en los primeros tiempos, poco antes del levantamiento de octubre de 1917. El permiso me fué negado, por estar Alexandrowka vecina a la frontera finlandesa, y por lo tanto situada en una zona de interés militar, prohibida a los extranjeros.

Aquella comitiva de obreros, regresaba por lo tanto de aquí, seguramente de estos mismos prados y de estos mismos bosques de claros abedules, donde ahora relucen sobre el brillar de la nie-

ve, los obstáculos de alambre de acero de los alambrados soviéticos. Me asomo a la tronera, observo la llanura que lentamente resbala hacia Leningrado. Después de la zona de las daci, comienza aquel terreno incultivado, aquel "terreno vago", lleno de basura y deshechos industriales, que caracteriza los inmediatos contornos de una gran ciudad moderna. A ojo desnudo, las perspectivas y los planos se acortan, penetrando uno dentro del otro como los pliegues del fuelle de una cámara fotográfica, escondiendo entre esos pliegues mismos, los detalles y la variedad del paisaje. Pero apenas pongo el ojo en los binoculares del observatorio de primera línea, los pliegues del fuelle se alargan, las perspectivas y los planos se separan uno del otro y la mirada penetra en los intervalos, entre los pliegues, digamos así, del imaginario fuelle, pudiendo observarse el terreno, observarlo en cada detalle suyo.

Frente a mí, a una distancia de seguramente doscientos metros, me aparecen (así cercanos que parece de poderlas tocar con la mano), los obstáculos de las alambradas rusas, las líneas de las trincheras, interrumpidas de vez en cuando para dejar libre el campo de tiro a los bunker de cemento, y por el trazado a zig-zag de los caminos. Quien quiera que haya combatido en la guerra mundial, reconocería, en este paisaje, uno de los típicos paisajes de la guerra de trincheras, observado de una tronera de primera línea. La guerra aquí, se ha aferrado al terreno, ha regresado a los modos y aspectos de la guerra de posición, de la otra guerra. Me parece haber retrocedido veinticinco años, de haber rejuvenecido veinticinco años. Hasta el "tapum" insistente de los centinelas soviéticos ("Están un poco nerviosos hoy", me dice sonriendo el coronel Lukander), me parece un sonido familiar, una voz amiga. Y aquellos muertos extendidos en los alambrados, aquellos cadáveres helados, paralizados para siempre en el último movimiento, y aquel soldado soviético allá abajo, de rodillas, entre los alambrados espinados de acero, con el

rostro volteado hacia nosotros, la frente oscura en la sombra de su gorra de pelo de oveja, cubierto por una capa de nieve, ¿cuántas veces lo he visto ya, de cuántos años lo conozco? Nada ha cambiado en estos veinticinco años: el mismo escenario, los mismos sonidos, los mismos olores, los mismos gestos.

Pero aquello que da un singular valor, un sentido extraordinariamente nuevo e inesperado, a este usual paisaje de la guerra de trinchera, es el fondo sobre el cual este paisaje se apoya. No es más, como en la otra guerra, un fondo de colinas ásperas y rotas, de árboles esqueléticos a causa de los bombardeos, de llanuras descompuestas por las granadas, recorrido en todos los sentidos del laberinto de las trincheras y los senderos, de casas en ruina, solitarias en medio a los prados y los campos desnudos, llenos de cascos de acero, de fusiles destroncados, de mochilas, de cintas de ametralladoras: el usual fondo miserable y triste que se abría a las espaldas de las primeras líneas sobre todos los frentes de guerra.

Este es, un fondo de fábricas, de casas, de calles de suburbio, un fondo que el binocular revela parecido a una gigantesca muralla de blancas fachadas de cemento y vidrio, a una inmensa maqueta. (es la llanura sepultada bajo la nieve, la que sugiere la imagen), a una inmensa maqueta de hielo, que abre el horizonte. Una de las más grandes y populosas ciudades del mundo, una de las mayores metrópolis modernas, está allá, haciendo de fondo a este campo de batalla. Un paisaje, donde los elementos esenciales no son aquellos creados por la naturaleza: campos, bosques, prados, aguas, sino aquellos creados por el hombre: los altos muros grises de las casas obreras, agujereados de innumerables ventanas, los caminos de los talleres, los desnudos y preciosos bloques de cemento y vidrio, los puentes de acero, las colosales grúas de las fundiciones, las campanas de los gasómetros, los gigantesco trapecios de las líneas de alta tensión. Un paisaje extraordinariamente propio a dar la verdadera imagen, la

imagen esencial, secreta, la “radiografía”, diría, de esta guerra, en todos sus elementos técnicos, industriales, sociales, en todo su significado moderno de guerra de máquinas, de guerra técnica y social. Un paisaje duro, compacto, liso como un muro. Como el muro que circunda una inmensa factoría. Y esta imagen no parecerá arbitraria, a quien reflexione que Leningrado, esta antigua capital de la Rusia de los Zares, esta capital de la revolución comunista de octubre de 1917, es la más grande ciudad industrial de la U.R.S.S., una de las más grandes del mundo.

Ya Leningrado está en agonía. Sus fábricas están vacías, abandonadas, sus máquinas quietas, sus altos hornos apagados. Los brazos de sus potentes yunques, del gran puño de acero suspendido en aquel siniestro silencio, están destrozados. Sus ochocientos mil obreros han sido transportados en parte a los centros industriales del Este, más allá del Volga, más allá de los Urales, y en parte enrolados en los grupos “técnicos” de asalto, constituido con las masas especializadas y los activistas del Partido (los *spezi* y los *stakanovistas*), para la desesperada defensa de la ciudad.

El ojo, casi aferrado de aquel fondo de cemento y vidrio, de aquella inmensa maqueta de muros compactos y lisos, busca reposo al margen de aquel duro escenario, donde los bosques y los campos cubiertos de nieve vuelven a ser los protagonistas del paisaje. Al norte de la ciudad, se percibe una mancha oscura, un bosque, que, alargándose poco a poco fuera del aprètujamiento de las casas, se extiende hasta la ribera del mar, se distinguen claramente, a través de los árboles, las largas venas heladas del Neva, que aquí se ramifica para formar el delta. Aquel bosque es el parque de Leningrado, llamado Las Islas. No hay, seguramente, a excepción de los alrededores de la plaza del Heno, que es uno de los más viejos barrios de Leningrado, un lugar más unido que éste, a los recuerdos de la antigua vida romántica de Petesburgo. En aquel parque, en Las Islas, era donde la socie-

dad elegante de la capital amaba pasar las calientes noches de verano, las "noches blancas", en los innumerables cafés y restaurantes que hacen de aquel verde revoltijo de canales, de bosquesillos, de senderos, de calles, de kioscos sepultados entre los árboles, una especie de Luna Park, noble y rústica al mismo tiempo, de tono refinado y campestre juntos.

Es allá abajo, en Las Islas, donde se desenvuelven algunas de las más inolvidables escenas de "El Idiota" de Dostoiewski. Es en aquellas callejuelas que Natassia Filipovna recorría en carroza, entre el murmullo de la gente, entre las notas de las orquestillas, frente a los torvos ojos de Ragojin y a los pálidos ojos del príncipe Muischkin. ¿Quién no ha dejado huellas leves o profundas en el polvo de aquellas callejuelas, en la hierba de aquellos senderos? Gogol está aún ahí, entre aquellos árboles. Puschkin se pasea tristemente con Eugenio Onieghin. Algunos años hace, habiendo regresado a Leningrado en verano, tomé una noche un tranvía y fui a dar a Las Islas. Bajé en los alrededores de una larga avenida aún de ciudad, y, encaminándome a pie por una callejuela, llegué a la extremidad del parque, y me senté en una banca de madera, separada de la ribera del mar por un redondo barandal de mármol, que en aquel punto forma una especie de mirador mucho más concurrido por los frecuentadores de Las Islas. El lugar y la hora eran de una indecible tristeza. No recuerdo bien si era un domingo: pero me parece que sí, porque grupos de obreros, de muchachas, de soldados, de marineros, vagaban entre los árboles, en silencio, o se sentaban taciturnos sobre las otras bancas del mirador. El sol había desaparecido hacía poco, pero el rojo reflejo del ocaso, como sucede en aquella estación, se retardaba aún en el cielo de occidente, y ya al oriente, el cielo se teñía de rosa. Era aún el ocaso y ya era el alba.

El mar aparecía liso, quieto, de un color de leche. Respiraba apenas. Allá, frente a mí, descubría la isla de Kronstadt, envuel-

ta en una leve sombra de humo. A mi derecha, se encorvaba dulcemente la rivera del Istmo de Carelia (este mismo donde ahora me encuentro), se desvanecía en el crepúsculo luminoso, los prados alrededor de Alexandrowka, los bosques de Valkeasaari (los prados, los bosques donde me encuentro en este momento). Aquella banca está distante de aquí apenas pocos kilómetros. Veía desde allá abajo este terreno amplio, ondulado, este campo de batalla.

El parque de Las Islas no era más aquel de una vez, sagrado a la vida elegante de Petesburgo. Cerrados los restaurantes, cerrados los cafés, abandonados los kioscos, las villas transformadas en *rabocie clubi*. Era una imagen, también aquella, de la nueva vida soviética: severa, gris y en cierto sentido austera, pero llena de tristeza y soledad. Y aún así, cuánto me parece dulce esa imagen, en la memoria, si pienso en la agonía de Leningrado, de aquellos cinco millones de hombres encerrados dentro de aquella inmensa jaula de cemento, de hierro, de alambre espinado, de campos de minas. (Si quitas el obturador, si miras en el cañón del fusil, aquella inmensa jaula te aparece frente a la boca del arma, allá, al fondo, pero pequeña, minúscula, no más grande que una bala de calibre seis). Es una agonía que dura ya cinco meses. No me gusta, y es inútil insistir sobre los detalles de aquella inmensa tragedia. Una tragedia que sólo puede imaginarse (y solamente en parte) quien conoce de cerca los elementos característicos de la vida soviética, quién ha vivido, aunque sea de espectador, la existencia de las masas en la sociedad comunista, quién se ha mezclado, en las calles, en los tranvías, en los teatros, en los cines, en los ferrocarriles, en los museos, en los jardines públicos, en los *rabocie clubi* de los talleres, en los *stalovie* populares, a aquellos gentíos anónimos, grises, uniformes, taciturnos, de las ciudades de la U.R.S.S.: al gentío de Leningrado, a aquellos ríos de gente que día y noche marchan sin meta, en silencio, sobre el asfalto de la diagonal 25 de Oc-

tubre, la antigua diagonal Newski; que día y noche se arremolinan en silencio en torno a las estaciones, a los cuarteles, a las fábricas, a los hospitales; que día y noche desembocan en silencio en la enorme plaza del Almirantazgo; que día y noche llenan en silencio las calles y las callejuelas en torno a la plaza del Heno.

Entre todos los pueblos de Europa, el pueblo ruso es aquel que acepta los sufrimientos y el hambre con mayor indiferencia, es el pueblo que muere más fácilmente. No es estoicismo: sino algo diverso, más profundo quizás. Algo misterioso. Y eso que muchos cuentan, de cinco millones de hombres hambrientos, ya en puerta a la desesperación, listos para la revuelta, de cinco millones de hombres pregantes en el helado y oscuro desierto de las casas sin fuego, sin agua, sin luz, sin pan, no es más que una fábula, una atroz fábula. La realidad es seguramente más dura. Los informantes, los prisioneros, los desertores, están de acuerdo en describir el sitio de Leningrado como una agonía taciturna, testaruda. Una lenta muerte, una gris muerte. (Mueren a millares cada día, por el hambre, por los sufrimientos, por la peste). El secreto de la resistencia de esta inmensa ciudad, más que en las armas, más que en la valentía de sus soldados, consiste en la increíble capacidad de sufrir. Tras las defensas de cemento y acero, Leningrado agoniza entre el grito incesante de los amplificadores de la radio, que de la esquina de cada calle, lanzan palabras de fuego, palabras de hierro, sobre aquellos cinco millones de moribundos, taciturnos y testarudos.

XXII

LA ACROPOLIS OBRERA

Frente a Leningrado, abril.

Para refugiarse en el pequeño puesto que está frente a Alexandrowka, es necesario atravesar un largo trecho de terreno descubierto, seguramente un kilómetro, atacado de frente y de lado por el tiro de los fusiles de los "cecchini" soviéticos (El pequeño puesto está situado a la extremidad de una saliente, que se introduce profundamente en las líneas rusas). Al principio se camina sobre una especie de sendero, que no es otra cosa que una estrecha cornisa de hielo, o mejor, una cinta de hielo, apoyada, diría, sobre la profunda nieve harinosa. Quien da un paso en falso, a derecha o izquierda de la cinta de hielo, se sume en la nieve hasta el vientre. Parecidos incidentes es mejor no augurarlos: porque los "cecchini" soviéticos, armados con fusiles de mira telescópica, están en acecho a lo largo del margen de la saliente, a dos o trescientos metros de distancia, y no esperan más que el momento bueno, para hacer silbar, en el mejor de los casos, una bala por las orejas.

Por fortuna, el aire está un poco nublado, y llegamos sin incidente hasta la boca de un camino, donde dentro de una gruta excavada en la nieve, encontramos un puesto de guardia, aquel que en la otra guerra hubiese sido llamado un puesto de unión. Es en esta especie de gruta, en donde los soldados, al refugiarse en el pequeño puesto, dejan los esquíes, continuando a pie por el camino, y los vuelven a tomar al regreso, para poder recorrer velozmente el trecho descubierto hasta la primera línea.

Cuando llegamos al puesto de guardia, presidido por un cabo, un *korpraali*, con dos soldados, nos encontramos dos portaordenes que regresan del pequeño puesto, y están escogiendo sus esquíes del montón de ellos apoyados en la pared.

Nos detenemos un instante para reposar (tuvimos que recorrer el trecho peligroso a buen paso, por temor de que un soplo de viento disipara la niebla, y nos sorprendiera de improviso), y después nos volvemos a poner en camino. Es una estrecha tripa, poco profunda, por donde nos toca caminar encorvados para no asomar la cabeza. Llegamos finalmente al pequeño puesto: es una boca excavada en la base de uno de aquellos escalones de granito, de los cuales he hablado describiendo el campo de batalla alrededor de Leningrado. Nos trepamos sobre una escalera de madera, y levantamos los ojos hasta el nivel del parapeto de nieve: he ahí, al fondo, la ciudad. Así nítida en el aire imprevistamente limpio, que en realidad parece, vista desde aquí, uno de aquellos modelos de yeso de que se hacen las maquetas para una muestra de arquitectura urbana. De aquel lugar en alto, se distinguen claramente, en el inmenso bosque compacto formado por las masas de los edificios, las leves sombras verdosas que revelan el trazado de las calles y las plazas.

Aquella gran mancha de sombra, abajo a la izquierda, más allá del barrio de Las Islas, de la vena azulina del Neva, es la plaza del Almirantazgo, la plaza donde surgen el Palacio de Invierno, el Museo del Ermitage. Aquel surco derecho que corta

oblicuamente la ciudad, de noroeste a sudeste, de una orilla a otra del Neva, es la diagonal 25 de octubre, la antigua diagonal Newski. Aquella baja nube allá abajo, a la extremidad opuesta de Leningrado, está suspendida sobre la zona del Taller Putilow, una de las mayores fábricas de acero del mundo, el más impresionante coloso de la industria metalúrgica soviética. (Es una nube de humo, la nube de humo de un incendio). Y si regresando atrás, a lo largo de la diagonal 25 de Octubre, giro en cierto punto hacia mi izquierda, encuentro tras un poco, una especie de señal de lápiz, una gran curva color sepia, y reconozco la Kontanka, el canal que atraviesa uno de los barrios señoriales, seguramente el más señorial de la antigua Petesburgo.

Busco atentamente, en aquella maqueta de yeso, el frontón neoclásico del Instituto Smolny, el colegio de los alumnos nobles que en los "diez días" de Octubre de 1917, fué el cuartel general de la insurrección bolchevique, donde estaba el Comité revolucionario. Eso es, debe estar en aquella parte, allá abajo. ¡Cómo parece cercano desde aquí! Y como los acontecimientos de este terrible invierno de sitio traen a la memoria, por su analogía, los acontecimientos de octubre de 1917!

Porque la defensa de Leningrado, capital de la revolución comunista, está confiada a los mismos elementos que fueron los protagonistas de la insurrección de octubre. La táctica defensiva adoptada por el Comando militar y político de Leningrado es, bajo muchos aspectos y en sus elementos fundamentales, aquella misma adoptada por el Comité revolucionario, en 1917, contra los cosacos de la *Dikaia Divisa*, la división salvaje, y, más tarde, contra los "blancos" del general Judenich. El nervio de la defensa de Leningrado está constituido, hoy como entonces, por los obreros de la industria metalúrgica y por los marineros de la flota del Báltico.

El último verano, colgada a una pared de la sala de reuniones de la Casa del Soviet de Soroca, en el Dniester, junto a las

usuales cartas geográficas de la U.R.S.S., a los usuales carteles a colores de la propaganda agrícola e industrial, a usuales cartones del Ossoaviachim (la organización de propaganda para la guerra química y la aviación), a los imprescindibles retratos de Lenin, de Stalin, de Vorosilof, de Budiennij, he encontrado el plano topográfico de la insurrección de octubre, esto es, el plano topográfico de Leningrado, con todo el dispositivo insurreccional (distribuciones del Comando, de los grupos de asalto, de las brigadas obreras, etc.), señalado en rojo hasta en sus más mínimos detalles.

Flechas bermejas indicaban la dirección del ataque; dentro de círculos rojos, aparecían, escritas en negro, las fechas de ocupación de los centros de resistencia enemigos, y entre banderas escarlatas, de formas y dimensiones diversas, se señalaban las sedes de los tres principales Comandos revolucionarios: el de la brigada de asalto de los Talleres Putilow, el de los destacamentos de marineros de Kronstadt, el del crucero Aurora, a bordo del cual estaba el Comando revolucionario de la flota del Báltico. (El crucero Aurora había surcado el Neva, y anclado en medio del río, a la altura de la Fortaleza de Pedro y Pablo, había, en el momento decisivo, apoyado la acción de los grupos obreros y marinos, abriendo fuego contra el Palacio de Invierno, el Almirantazgo y contra los varios núcleos de resistencia de las fuerzas kerenskianas). Sobre el Instituto Smolny, cuartel general de la revolución, había impresa una gran bandera roja, con un escrito en letras blancas, de sólo un nombre: "Lenin".

Aquella carta topográfica de la insurrección de octubre, podría perfectamente servir hoy, para indicar los elementos fundamentales de la actual defensa de Leningrado. Es probable, y casi seguro, que el dispositivo puramente táctico, la dislocación de los Comandos, etc., sean diversos de aquellos de entonces, y que el Cuartel General del Comando militar soviético no tenga su sede en el Instituto Smolny. (No me maravillaría, todavía, que

ahí estuviese la sede del Comando Político). Pero de todas las noticias e informaciones que, del interior de la misma ciudad sitiada, llegan al Estado Mayor Finlandés, resulta fuera de toda duda que la fisonomía de la defensa de Leningrado tiene un carácter mucho más político que militar. Es precisamente la excepcional importancia de Leningrado, en cuanto a capital de la revolución de octubre y ciudadela del extremismo comunista, lo que imprime a la defensa de Leningrado, y diría impone, su especial carácter político y social.

He tenido ya oportunidad de acentuar las deplorables condiciones físicas de los soldados soviéticos de la última leva. Y he expresado ya mi estupor al constatar que la defensa de Leningrado (decisiva 'desde el punto de vista político' en la economía general de la guerra), ha estado confiada no solo a tropas físicamente escogidas y militarmente adiestradas y aguerridas, sino a grupos de infantería de reciente formación, en gran parte constituidos de elementos muy jóvenes, mal instruidos y por lo tanto de escasa eficiencia, además óptimamente armados y equipados. (Se sabe, por las verificaciones hechas sobre el frente del Lago Ilmen, de Smolensk y del Don, esto es, sobre los frentes donde se cumple en estas últimas semanas el máximo esfuerzo contraofensivo soviético, que las mejores unidades de la Armada roja han sido disgregadas en estos sectores de mayor empeño). ¿Pero qué cosa hay tras las espaldas de estos grupos raquíticos de campesinos y muchachos técnicamente ineficientes, pero valientes y obstinados? Están, hoy como en 1917, los marineros de la flota del Báltico y los obreros de los talleres metalúrgicos de Leningrado.

Si debiese explicar, con una imagen inmediata, la situación política y militar de Leningrado, no tendría más que referirme a aquel cartel, que quedará como el más típico de la iconografía de la revolución comunista, en el cual, sobre un fondo de chimeas humeantes, aparece representado un marinero de Kronstadt

y un obrero de las fábricas de acero Putilow, armados de fusiles, en actitud de combate. El marinero, con su camiseta a rayas blancas y azules, y las dos largas cintas colgando en la parte de atrás de la gorra, sobre la espalda (el nombre del acorazado "Aurora" está escrito sobre la cinta alrededor de la gorra) y de pie, en actitud de voltearse atrás gritando palabras de incitación a invisibles masas de trabajadores, el fusil en la mano izquierda, la mano derecha alargada, indicando al enemigo; el obrero le esté al lado, un poco de costado, el fusil estrechado entre las manos nerviosas, el rostro duro, la frente estrecha y oscura. Este cartel es, aún hoy como en 1917, el típico emblema de la resistencia de Leningrado. Y nada mejor que esta representación potentemente expresiva, podría dar una clara idea de los elementos, sobre todo políticos y sociales, sobre los cuales se apoya la defensa de la ciudad.

No se debe perder de vista, al juzgar la situación, un hecho fundamental que Leningrado está prácticamente, desde hace cinco meses, cortada fuera del resto de Rusia, sin ninguna posibilidad de recibir refuerzos de hombres, de víveres y de municiones, si no es por la pista helada que atraviesa la superficie congelada del inmenso Lago Ladoga, el más grande lago de Europa. Y esta imposibilidad de recibir refuerzos, junto al carácter obrero y al particular significado político de la ciudad, es lo que ha inducido al Comando soviético a adoptar, en la defensa de Leningrado, la táctica típicamente comunista de las brigadas de asalto de obreros y marineros. La enorme masa de trabajadores, que no ha sido evacuada a tiempo hacia la región industrial del este de Rusia, ha estado organizada en especiales formaciones de asalto, en las cuales se encuentran los mismos elementos de las organizaciones insurreccionales ideadas y actuadas por Trotski en octubre de 1917: los grupos de técnicos, los grupos de mecánicos para los regimientos de tanques y de artillería, los grupos de marineros de la flota del Báltico. Estas brigadas de asalto,

a las cuales es necesario agregar los grupos de especialistas para la guerra de minas, están distribuidos en los puntos más vulnerables, no solamente del frente militar, sino del político. Las tropas de infantería reunidas, regadas en primera línea para sostener el peso de la extenuante guerra de sitio, se apoyan en aquella osadía típicamente comunista que resuelva una tarea sobre todo política, y combate según una táctica que no tiene nada que hacer con la guerra de posiciones: combate, esto es, según una táctica típica insurreccional, la táctica de la guerra civil.

Este sitio, en cierto sentido, señala el regreso del proletariado de Leningrado (marxísticamente el más adelantado, el más intransigente de la U.R.S.S.) al espíritu comunista, más bien que a la táctica, de la guerra civil. Los grupos de obreros armados, faltos de instrucción militar, pero técnicamente efficientísimos, y animados del más violento fanatismo, conservan las características de aquellas brigadas de asalto de spezi, de udárniki y de stakanowzi, o stakanovistas, como se quiera decir, formadas en quince años de industrialización integral y de Piatiletki, de Planes Quinquenales. Ellos son, sin duda, con los marineros de flota del Báltico, los mejores y más seguros elementos del Partido Comunista. ¿Pero cuál es el punto débil de esta organización obrera, que controla directamente no sólo la población civil de Leningrado, sino las mismas autoridades militares, y tiene en el puño a todos los ganglios vitales de la defensa de la ciudad?

Su punto débil está en su mismo origen, en su misma naturaleza política, en su fanatismo y al mismo tiempo en las características de la guerra de sitio. Si se observa, ante todo, que las sensibles pérdidas, debidas no tanto a los combates, sino al hambre, a los sufrimientos, a la peste (el solo tifo de los piojos, mata cada día, en Leningrado, cerca de dos mil hombres) adelgazan los grupos de estas masas obreras. El Partido pierde así, en la defensa pasiva de la ciudad, sus mejores elementos, sus miembros técnicamente y políticamente más adelantados y más segu-

ros. Pierde su aristocracia obrera. El inmenso cuerpo político ruso pierde su osamenta.

Para reducir al mínimo esta diezma cotidiana de sus mejores elementos, el Comando soviético trata de ahorrar cuanto más es posible los grupos obreros. (Hasta hoy, a lo que resulta, las brigadas de asalto obreras han estado empleadas únicamente en el frente de Oranienbaum, en el sector de Sonlüsselburg y en el Tzarskoie Selo). En el campo de batalla, los grupos obreros han dado, aún una vez más, pruebas de valentía y de eficiencia técnica indiscutibles: pero aparecen ya profundamente devastados por cinco meses de inacción y polémica intestina.

La inacción, es sabido, es para algunas tropas un grave peligro de disgregación: tanto más grave, cuando se trata de formaciones militares de carácter político. En estas últimas semanas, el proceso de disgregación, en su típico aspecto de la lucha de tendencias, ha logrado ya fatalmente, en el seno de las masas obreras de Leningrado, progresos considerables. Se tienen noticias de una creciente tendencia a subordinar las causas de un grave descontento, de ásperas luchas de problemas puramente militares con problemas puramente políticos. La izquierda del Partido, que controla la gran mayoría del proletariado de Leningrado, acentúa cada día más su idea de crítica a las autoridades políticas y militares de Moscú, a las cuales acusa de no haber adoptado, en la conducta de la guerra, aquellos que los extremistas llaman la "estrategia comunista".

¿Qué cosa podrá ser, desde el punto de vista militar, esta "estrategia comunista?", no está bien claro: pero es evidente que tales expresiones se refieren, más que a la conducta militar de la guerra, a aquella puramente política. Es una crítica que tiene su origen, sin duda en una cuestión interna, de partido: de las comunes cuestiones internas, que, nacidas de las tantas e inevitables corrupciones o desviaciones de la idea marxista, y de una de las tantas interpretaciones del leninismo, han hecho del

extremismo comunista de Leningrado, tradicionalmente inquieto y lioso, el más grave elemento de desorden de todo el Partido. (Es notoria la feroz represión hecha por Lenin en 1930 entre las filas de los obreros de Leningrado y los marineros de Kronstadt, esto es, entre las filas de la "vieja guardia de la revolución", acusados de amenazar la integridad del Partido y de poner en peligro la suerte de la dictadura del proletariado. El recuerdo de aquellos estragos, está siempre vivo en la memoria de las masas obreras de la capital de la revolución de octubre, y de los marineros de la flota del Báltico, y no es cierto eso de favorecer una determinación recibida de parte de Leningrado y de Kronstadt, en un eventual pleito político con Moscú).

El hambre, la inacción, el cotidiano, terrible espectáculo de los sufrimientos que el sitio impone a la población civil, esto es, a las familias, a las mujeres, a los niños de la misma clase obrera, contribuyen sin duda, por una parte, a favorecer el surgimiento de propósitos desesperados, de la otra, a obligar a las masas obreras a la búsqueda de una solución, de una vía de salida, sobre el terreno político de la lucha de tendencias, de la violencia intestina. El estado de ánimo del proletariado de Leningrado, es extremadamente delicado y peligroso: y preocupa seriamente a las autoridades políticas y militares de Moscú, impotentes, por efecto del sitio, a tratar de mejorar la situación militar y de alimentar la ciudad. Moscú se da perfecta cuenta que un estado tal de cosas podría debilitar, a largo andar, la eficiencia militar de los grupos obreros.

Antes de dejar el pequeño puesto, alzo nuevamente los ojos para observar la ciudad sitiada. Un leve velo de niebla se levanta de la superficie helada del Golfo de Finlandia, entre Kronstadt y la desembocadura del Neva. Poco a poco, Leningrado asume, en el blanco igual al paisaje, un aspecto siniestro. Parece una aparición irreal, un espejismo en el cándido desierto de nieve. (Allá abajo, en la zona industrial, de los Talleres Putilow, bajo el ince-

sante martilleo de las grandes artillerías alemanas, se alza una densa nube de humo(. Regresamos hacia atrás, enfilamos por el camino, nos paramos un instante en el puesto de guardia, después nos dirigimos a buen paso por la estrecha cinta de hielo, tratando de aprovechar la niebla para huir de la cortante mirada de los "cecchini" soviéticos.

Es tarde, y ya descende la noche, cuando llegamos a la primera línea. El mayor Junqvist, que con su batallón presidía el sector de Alexandrowka, se detiene brevemente en el korsu de su Comando para ofrecernos una taza de té. Mientras, saliendo del korsu, recibimos saludos del mayor Junqvist y de sus oficiales, mi atención es atraída por un espectáculo que me es ya familiar, pero que no falta, cada vez, de parecerme extrañísimo: del interior de una sauna irrumpen de carrera, dos hombres completamente desnudos, bañados en sudor, y van a revolcarse entre la nieve.

(El lector sabe ya, sin duda alguna, que cosa es una sauna. Es el característico baño de vapor del cual los finlandeses no se pueden privar ni siquiera en primera línea. En la barraca que constituye la sauna, en las trincheras, hay prendida una estufa, una especie de horno que en la parte superior está abierto, y tiene una sólida parrilla de acero. Sobre esta parrilla, son amontonadas algunas grandes piedras, que al contacto con la flama se revientan, por decirlo así, y sobre las cuales se lanzan baldes de agua para producir el vapor. Después de haber sudado abundantemente, los bañados, de un calor de 60 grados, salen de carrera afuera, al descubierto, en una temperatura de 20 a 30 grados bajo cero, a revolcarse en la nieve).

Es precisamente en aquel momento, que la granada nos explota junto con un grito ronco, sin siquiera darnos tiempo para tirarnos al suelo. Explota a unos veinte pasos de nosotros, nos envuelve en una tromba de astillas de hielo, de terrones de nieve y de tierra helada. El capitán Leppo, que está junto a mí, es gol-

peado en el brazo por uno de estos duros terrones helados. Yo me siento un tremendo golpe en el costado, que me quita el respiro. Una astilla, de hielo por fortuna, no de acero. ¿Nada malo? No, nada malo. Nos ponemos a reír, y también los dos soldados desnudos, sentados sobre la nieve, ríen alegremente. Estan desnudos como gusanos, y bañados de sudor. Es precisamente el caso, me parece, de sudar frío.

XXIII

LA BANDERA ROJA DEL "AURORA"

Frente a Kronstadt, abril.

He ahí, frente a mí, Kronstadt, la Isla de Kronstadt, refugio y prisión de la flota soviética del Báltico. De la ribera de Terijoki, la Isla de Kronstadt, se perfila plateada, gris y azul, como la silueta de una nave, sobre la superficie helada del Golfo de Finlandia. La mañana clara, inundada de una luz extraordinariamente límpida y leve. Ya los días se alargan. Es el primer tímido aviso de la primavera: pero el frío resiste, el termómetro, estaba mañana, cuando partimos del frente de Alexandrowka, marcaba 35 grados bajo cero. (Y en Italia la hierba está ya verde, los árboles han florecido ya).

De las trincheras de Alexandrowka y de Bielostov, hasta Terijoki, no hay más que unos pocos kilómetros. Pero los aspectos de la guerra (los tantos aspectos de este sitio de Leningrado) cambian tanto, en este breve trecho, que me parece haber recorrido una distancia de un centenar de kilómetros. El frente de Terijoki, frente a Kronstadt, es sin duda el más singular, el más pintoresco, de todos los frentes que he tenido ocasión de vi-

sitar en esta extraña guerra. Prescindiendo de su carácter político, de su grandísima importancia política (Kronstadt, como el lector sabe ya, no es más que un sector del frente de Leningrado, pero, desde el punto de vista político, es el corazón, es la acrópolis, diría, de la ciudadela roja de Leningrado), el frente de Kronstadt, es sin duda, el más interesante y en cierto sentido el más difícil militarmente, de todo el inmenso desplazamiento que de Murmansk a Sebastopol. Porque impone no ya una solución más o menos nueva de viejos problemas, como el caso de los otros sectores del frente oriental, sino soluciones nuevas de problemas absolutamente nuevos, que nunca, antes de hoy, se habían ofrecido a los estudiosos del arte de la guerra.

El frente de Terijoki sigue la ribera del mar, una ribera baja, de altura más bien regular. Las trincheras finlandesas corren a lo largo de la ribera, y allá, enfrente, a un centenar de metros de los cañones de las ametralladoras, se extienden sobre la helada superficie marina, los obstáculos de las alambradas, interrumpidos de vez en cuando por pasos abiertos para el tránsito de las patrullas. A lo largo de la ribera, inmediatamente atrás de las trincheras, pasa la carretera: una larga carretera flanqueada de casas y villas de madera, serenas y gentiles en la flaqueza desnuda y delicada del paisaje de nieve y de florestas. Los abedules, los abetos, los pinos árticos, bajan hasta el mar, acá espesos, allá más raros, acá densos y salvajes como el corazón de las selvas carelianas, y allá esparcidos a formar casi un parque de ciudad, con banquitas de madera y kioscos para la música, y callejuelas tortuosas entre los troncos revestidos de musgo.

En tiempo de los Zares, Terijoki era uno de los más amenos e interesantes lugares para vacacionar de todo el Golfo de Finlandia, era la playa señorial de la capital. Pero no se piense que una playa mundana de lujo: más bien una tranquila y dulce aldea regada entre los bosques, a la ribera de un mar pálido y tibio como un lago.

Era el tiempo (¡Oh! una edad ya olvidada en la memoria, un óleo borroso colgado al muro blanco de la memoria), era el tiempo feliz en el cual las familias de la buena sociedad de Petesburgo venían a Terijoki a pasar los calurosos meses de verano, a la sombra olorosa de los abedules: y en la noche, en el candor diáfano de las "noches blancas", sobre las barandas de madera de las columnas talladas, pintadas de tonos verdes, rojos, azules, la familia se sentaba en torno a los vasos de ciái. Aquel dulce platicar femenino de los antiguos rusos, aquel hablar y hablar, y regresar al mismo argumento y del lado más difícil; aquel discutir de cosas que no existen, o existen apenas, o aquella gracia del repetirse y del platicar sin descanso, y aquella nobleza en olvidar, aún razonando, las cosas, las personas, la hora y los lugares. Y se percibían remotos, allá abajo, volar en el cándido aire nocturno, las señales luminosas, verdes, rojas, amarillas, de las naves de guerra ancladas frente a Kronstadt.

Hoy, aquel tiempo feliz ha pasado para siempre: los caminos de Terijoki están llenos de soldados, los cañones relucen aquí y allá entre los árboles, y tras el montón de tizonos de la iglesia, destruída por el incendio, los muertos finlandeses duermen serenos bajo la desnuda cruz luterana. Grupos de ametralladoristas están sentados sobre las cajas de municiones, a lo largo del margen de la carretera, en torno a los tripies de las ametralladoras. Pasan trineos tirados por bellos caballos fineses de largas y mórvidas crineras rubias de los ojos tiernamente femeninos.

Este aspecto de paz, de sereno reposo, en primera línea, en una aldea batida por la gruesa artillería naval soviética de largo alcance, en la orilla de un mar cubierto de una reluciente capa de hielo, es cuanto más extraño, cuanto más dulce, que se haya ofrecido hasta ahora a mis ojos, en esta dura guerra. Será seguramente, en la fría y clara mañana, este ténue presagio de primavera, que aparece ya en el diverso color de la luz, en el frío ya menos cortante, en el reflejo de la nieve y el hielo, ya menos

blanco, ya menos azul: será seguramente este olor de leña quemada, (olor de pino, olor de abedul, olor de aquellas ramas verdes que sirven en las sauna para la flagelación de los bañados), será este olor de calor de humo, no sé: pero la guerra no me está presente, hoy, como una realidad viva y cruel, sino como un recuerdo, como un paisaje que ya vuelvo a encontrar en el fondo antiguo de mi conciencia.

Y he aquí esta paz, este sereno reposo, (quiero decir este recuerdo, este paisaje), son rotos de improvisó por la dura voz del cañón. Es el 381 de una nave de Kronstadt. Una voz enorme, una voz lenta, larga, paciente, que se encorva como un arco iris entre Kronstadt y Terijoki. El proyectil del 381 explota en el bosque, allá atrás: el aire se despedaza en mil fragmentos de vidrio, las ondas de la explosión pasan a través del paisaje, que oscila como un escenario de tela movido por el viento. "Comienzan nuevamente", dice sonriendo el teniente Svardström.

Desde hace algunos días, hay algo de nuevo en Kronstadt. Las baterías pesadas alemanas, emplazadas sobre la orilla opuesta del golfo, martillan sin tregua a las columnas soviéticas que van y vienen sobre la superficie helada del mar, entre Leningrado y la Isla de Kronstadt. Es un movimiento extraño, un andar y venir ordenado, metódico, a hora fija, como si casi se tratara de ejercitaciones. ¿Qué diablos llevan a Kronstadt los rusos? ¿Y qué diablos se llevan? La observación aérea, sobre este punto, es explícita: son columnas de camiones de infantería, que en ciertas horas del día y de la noche hacen ininterrumpidamente la ronda entre Leningrado y Kronstadt. (Las noches comienzan a ser cortas y siempre más claras). La hipótesis, propuesta al principio, de que los Comandos soviéticos, ante la inminencia de la primavera se preocupaban de reforzar la defensa de la base naval, enviando a la isla víveres y municiones, no puede ser exacta. Los víveres y las municiones faltan gravemente también en la antigua capital. Los primeros en necesitarla son los defenso-

res de Leningrado. (Pero el sitio de Kronstadt durará ciertamente más que el de Leningrado: y no es presumible que la base naval se prive de sus reservas precisamente al inicio de la primavera). ¿Se tratará quizás de refuerzo de hombres? Ni siquiera esta segunda hipótesis puede ser exacta. Kronstadt no necesita hombres. Tiene muchas tropas, y la cuenta es hecha rápidamente: todas las dotaciones de la flota del Báltico, más todos los grupos de artillería de las baterías costeras diseminadas a lo largo del perímetro de la isla, más los grupos del genio naval, más las guarniciones de los islotes artificiales de cemento y acero, de los cuales el mayor se llama Totleben, esparcidos alrededor de la isla de Kronstadt, más las masas obreras, varias decenas de millares, del arsenal.

La hipótesis que, por varias noticias concordantes, parece ser la verdadera, es aquella que toma en cuenta del particular carácter político de Kronstadt. Como he afirmado varios veces (desde el último año, hasta los primeros días de esta guerra contra la U.R.S.S., aquel político, es un criterio del cual no se puede distraer, sin peligro de graves errores, en el juicio de la Rusia soviética, su ánimo, su capacidad de resistencia, sus posibilidades de reacción, su fanática voluntad. Especialmente al juzgar los elementos principales de la defensa de Leningrado. (Me perdone el lector si todavía una vez, como sucederá frecuentemente en seguida, le repito que la clave de la situación política de la U.R.S.S., es Leningrado, ciudadela del extremismo y de la intransigencia comunista. Quien tenga presente este concepto, podrá comprender muchas cosas y muchos hechos, de los cuales desconocería, de otra manera, la importancia de su significado).

La hipótesis, que por lo tanto parece ser la más justa, es que los rusos hacían afluir a Leningrado gran parte de los hombres de la flota del Báltico, para constituir nuevas brigadas de asalto, destinadas a reforzar las tropas de primera línea, y al mismo tiempo a apoyar la acción de control y de intransigencia revolu-

cionarias de los Comandos políticos, en el seno de las masas obreras y en su confronte con los Comandos militares. Gran parte de esos hombres, ya inutilizables, desde el punto de vista estrictamente naval, dada la imposibilidad, para la flota, hoy prisionera del hielo y mañana, cuando venga el deshielo, prisionera de los campos de minas que cubren el Golfo de Finlandia), de salir a ofrecer batalla, y dado por eso, el necesario carácter de la defensa de Kronstadt, que es más el de una fortaleza marítima que el de una flota.

El movimiento de las columnas de camiones y de infantería, que desde hace tres o cuatro días hacen la ronda entre Leningrado y Kronstadt, no sería otra, por lo tanto, que una maniobra soviética para engañar al enemigo sobre la verdadera dirección de aquel movimiento en "sentido único", esto es, para enmascarar el afluir a Leningrado de parte de los hombres de la flota del Báltico. Es siempre el carácter político de Kronstadt, su función, y por lo tanto su destino de "acrópolis" de la capital de la revolución de octubre, aquello que en último análisis, decide la conducta de la guerra en la defensa de Leningrado, del empleo táctico de las tropas y de las brigadas de asalto de obreros y marinos. No pasará mucho tiempo, que la función política de los hombres de Kronstadt y de los obreros de Leningrado, aparecerá en toda su capacidad decisiva, hasta en confronte con Moscú.

Es oportuno, en tanto, observar de cerca Kronstadt, tratar de coger, de esta posición avanzada, los diversos elementos de este formidable sitio en toda su variedad y singularidad. Del lugar donde me encuentro (es la parte más alta de una de aquellas torres de vigías cruzadas, de unos metros de altura, que los rusos construyen aquí y allá, para cuidar los caminos y los bosques, en las delicadas zonas de frontera y en las cercanías de las ciudades), el ojo abraza el inmenso panorama de las dos riveras del Golfo. Un sol claro ilumina oblicuamente (el sol no está jamás directo en estos climas) la exterminada distancia de mar hela-

do, que manda un resplandor azul, como si fuese iluminado no de lo alto, sino del fondo. Lejano, en la opuesta orilla del golfo, hacia la cabeza de puente de Oranienbaum, que los rusos defienden con increíble fiereza contra la pinza alemana, surgen los brillos de los incendios, sobre el fondo de una nube negrísima, de contornos duros y precisos. También Leningrado arde, allá abajo, a mi izquierda. La artillería alemana pesada, dispara sin descanso sobre la zona industrial del barrio Uritskij, donde están las fábricas de acero de Putilow.

Allá, en medio al golfo, Kronstadt me parece envuelto en una leve bruma opaca, parecida a la niebla vaporosa de una "noche blanca". Se descubren desde aquí, limpiísimas, las lámparas de señales, rojas, amarillas, verdes, azules, de las naves y de los islotes artificiales que hacen corona a la isla de Kronstadt. Es una aparición irreal, aquel encenderse y aquel apagarse de fatuos fuego a medio aire, en los vapores plateados de la leve bruma matutina. Aquellos fuegos volantes parecen alas de mariposas que se encienden atravesando un rayo de sol y rápidamente se apagan, para volverse a prender más lejos, en otro rayo de sol. Es como una límpida noche de verano, aquellos vapores, una límpida noche de plenilunio, iluminada por los delicados resplandores de las luciérnagas. Dos altas columnas de humo gris, parecidas a dos inmensos árboles, se elevan de las dos extremidades de la Isla de Kronstadt. De cuando en cuando, un rayo rosastro rompe la costra de hielo entre tierra firme y la punta oriental de la isla. Son las baterías pesadas alemanas que baten el tránsito de las columnas entre Kronstadt y Leningrado.

El capitán Leppo me da unos binóculos. Y he ahí, a través del azul reverbero del mar helado, la selva de chimeneas y torres de acero de las naves, ancladas en el puerto de Kronstadt, que se me aparecen nítidamente. Es un espectáculo impresionante, aquella flota entera, la más potente de la U.R.S.S., aprisionada en el hielo, como en una colada de cemento. No se puede mover, no

puede combatir. "Ha perdido las piernas", dicen los soldados finlandeses. Una flota entera amurallada viva. Sobre una alta torre algo obscuro se mueve.

"¿Qué cosa es?" pregunto al capitán Leppo, "¿una bandera?"

"La radio de Moscú ha anunciado que es la bandera del famoso crucero Aurora", me dice el capitán Leppo, "izada sobre la torre del Almirantazgo de Kronstadt".

No es una bandera de marina, es una bandera roja. Aquella que los marinos del Aurora, en octubre de 1917, izaron sobre la casa real de los Zares. (El color rojo de la bandera no se distingue desde aquí. Es algo obscuro, algo fúnebre). Es oportuno recordar, en este momento, para quien desee comprender la situación política del extremismo comunista de Leningrado y de Kronstadt, en confronte a Moscú, que a cierto punto, en las horas decisivas de octubre de 1917, la bandera roja del Aurora ha causado miedo hasta al propio Lenin.

XXIV

PRISION DE NAVES

Frente a Kronstadt, abril.

Una extraña batalla aquella que se combate desde hace varios meses alrededor de la Isla de Kronstadt. Una batalla singularísima, entre la flota amurallada viva en el bloque de cemento del mar helado, imposibilitada a moverse, a maniobrar, y los aguerridos ejércitos terrestres, que la asedian por todas partes. Una batalla naval, diría, que se combate sobre tierra firme.

Porque eso que constituye la singularidad de esta situación paradójica, es el hecho que la flota soviética del Báltico no está separada de sus adversarios por la azul extensión de las olas marinas, sino de un inmenso pavimento de mármol, liso y helado, sobre el cual las infanterías finlandesas, provistas de esquíes, se aventuran al abordaje —por decir así— de los acorazados rusos.

Imagínese una flota inmóvil, paralizada, estrechada por el hielo que la sofoca de cada lado. Imagínese un asalto de esquiadores a estas naves prisioneras, y tendrán una idea bastante clara (si bien lejanísima de la realidad, que es mucho más trágica, más paradójica) de esta batalla de hombres contra acorazados, de

esta lucha de infantería, armada de fusiles y de bombas de mano, contra los gruesos calibres de la artillería naval. En las noches de luna, aclaradas por el reflejo azul del hielo, (el hielo tiene una luminosidad suya propia, una luz diáfana que surge del fondo de los abismos marinos) las patrullas de esquiadores salen de entre los pasos abiertos en las alambradas y se aventuran en alta mar.

He asistido, la otra noche, a la salida de una de estas columnas de ataque (a decir verdad, el término "columna" es impropio, porque apenas salen de las alambradas los grupos se abren en abanico, se dividen en grupos de dos o tres esquiadores cada uno, que se esparcen entre la ininterminable distancia de las olas petrificadas). Nada es más impresionante y más conmovedor, que estas salidas de esquiadores hacia el mar abierto. El más profundo silencio reinaba a lo largo del labio helado del mar. La partida de aquellas patrullas, que zarpaban contra una de las bases navales más fuertes del mundo, me recordaba extrañamente aquella partida de una flotilla de botes pesqueros de un puerto de pescadores. Las mujeres, los viejos, los muchachos, saludan en silencio desde el muelle, agitando las manos, a las barcas que bajo el impulso de los remos, se separan de la rivera. Y las velas se abren, respiran el viento, mientras las barcas se alejan resbalando sobre la superficie del mar.

Era exactamente como una partida de velas: en el aire helado, oloroso de hielo y abedul, (aquel olor frío y descarnado del hielo, tibio, y profundo del abedul), yo advertía el toque de las algas, del agua marina, de las escamas de los peces.

Después de una hora más o menos, oímos los primeros lejanos disparos de fusiles. Llegaban de un horizonte, oscuro, pero transparente. Cohetes verdes y rojos se alzaban de la interminable distancia de hielo, como chorros de fuentecillas. Las patrullas finlandesas habían hecho contacto con las patrullas rusas. Las cuales no están compuestas, —como en el frente de la Carelia

oriental, o en el de Aunus, entre el Lago Ladoga y el Onega— de esquiadores siberianos, sino de marinos de la flota del Báltico. ¡Extrañezas de esta guerra! De los acorazados prisioneros entre el hielo, los marinos bajan provistos de esquíes, a combatir sobre el mar. Se acercan algunas veces hasta la ribera finlandesa, hasta frente a Terijoki. Luchas furiosas se encienden de cuando en cuando alrededor de la Isla de Hogland, al occidente de Kronstadt, que los finlandeses han arrancado en estos días a los marineros soviéticos. Es una guerra de ardides: una lucha, repito, de hombres contra acorazados, de esquiadores armados de fusiles contra las torres de acero de los 381.

Los esquiadores fineses vuelan sobre el hielo, escondiéndose tras los pequeños trineos, de las ametralladoras pesadas y de las cajas de municiones. Es sobre estos pequeños trineos donde los heridos y los muertos son transportados hacia atrás, hacia las líneas. (Una cosa tienen en común los marineros soviéticos y los sissit fineses: no abandonan a sus muertos. La gente de mar —también los esquiadores finlandeses son en gran parte gente de mar, pescadores del Golfo de Finlandia y del Golfo de Botnia— es celosa de sus propios muertos. Sabe que el mar es goloso: se come a los muertos, los devora. Hay un canto popular de los pescadores fineses de la costa de Turku, en el cual el mar, aprisionado bajo la capa de hielo, grita e impreca, golpeando con la cabeza en el duro, transparente techo azul, mientras un grupo de pescadores camina sobre la superficie helada llevando en las espaldas a un compañero muerto).

No se necesita creer, todavía, que el sitio de Kronstadt se agote en estos episodios de la guerra de patrullas. La lucha en torno a Kronstadt, no es más que uno de los tantos episodios del sitio de Leningrado: de los otros aspectos de este formidable sitio hablaré cuando me vaya al frente de Ladoga y el de Aunus, a espaldas de Leningrado. Es un cerco inmenso, el que estrecha la capital de la revolución comunista. Y para recorrerlo todo, pa-

ra poder conocerlo en cada uno de sus elementos, en cada uno de sus detalles, es necesario detenerse en cada sector, en cada puesto avanzado, a distancias de centenares y centenares de kilómetros. Porque no es posible, por ejemplo, dirigirse del Istmo de Carelia, donde me encuentro ahora, al Istmo de Aunus a través del Ladoga: es necesario regresar hasta Helsinki, y volver a salir hacia el norte en el interior de Finlandia, bajar después hacia el sureste, para un recorrido completo de un millar de kilómetros. Y esto baste, por ahora, para dar una idea de la dificultad que presenta un sitio en tan gran escala, alrededor de una ciudad enorme, a través de un territorio que ha quedado imposible por el hielo de invierno, de los lagos y de los charcos en la buena estación.

Muchas veces he tratado ya de dibujar el andar del frente del sitio, la configuración de este inmenso campo atrincherado. Es una especie de vastísimo cuadrilátero, que del Istmo de Aunus, entre el Ladoga y el Onega, se impulsa hasta el Istmo de Carelia, y de Schlüsselburg hasta Peterhof. El conjunto defensivo de Leningrado es cuanto más formidable se pueda imaginar: es un sistema de fortificaciones de campaña y de fortificaciones permanentes —de las cuales algunas son de tiempos de Pedro el Grande— completado y reforzado con potentes obras de ingeniería militar, con una doble línea de bunker de cemento y de cúpulas de acero, con todos los modernos adelantos y los últimos descubrimientos de la técnica de las fortificaciones, según un diseño que se podría llamar en cierto modo, de Vauban, en cuanto a la topografía, y según la experiencia de Madrid, en cuanto al arte (en el cual los comunistas son destacados), de transformar en fortaleza una ciudad moderna. Experiencia aquella de Madrid, que en materia de sitios es aún hoy de actualidad. (Un párrafo aparte amerita el hecho indiscutible que los comunistas han mostrado, en la guerra civil española, y en el curso de la misma campaña de Rusia, de poseer el más alto grado de la técnica en la

defensa de una ciudad, aunque sea contra un ejército moderno y potentemente armado y acorazado: y sería un párrafo interesantísimo, porque una razón debe haber en este hecho: y no debe ser solamente una razón militar).

El sistema defensivo de Leningrado no sería completo sin Kronstadt. La base naval de Kronstadt es, en su conjunto, aquella misma que Pedro el Grande diseñó con la ayuda de los ingenieros militares franceses, sobre el modelo de las grandes bases navales de Francia, y de las inglesas que él mismo había visitado en su famoso viaje a Inglaterra. Pero la novedad técnica de la plaza fuerte de Kronstadt, ya formidable por naturaleza, la constituyen dos islas, la Tottleben y la Krasnoarmieski, y los siete islotes artificiales de cemento y acero, que hacen corona alrededor de la Isla de Kronstadt. Estos siete escollos artificiales, surgen del fondo del mar como excelsas torres, como sutiles picos colomitas sacando del agua solamente la frente, parecidas, de lejos, a tortugas marinas. Esta imagen es traída a la mente, no sólo por su aspecto, que es exacto al de las tortugas, sino del hecho que la Isla de Kronstadt tiene la forma de una enorme cabeza de tortuga marina, a la cual hacen corona la Tottleben, la Krasnoarmieski y las otras pequeñas siete tortugas de cemento. Todo el sistema defensivo de Leningrado se puede representar como una inmensa tortuga tendida sobre el Golfo de Finlandia. Kronstadt es la cabeza de esta tortuga, una cabeza apenas saliente del agua, y unida al resto del cuerpo por un largo cuello, formado por el canal que permite a las naves de la flota llegar al puerto de Leningrado, aún durante la baja marea.

• Plana y gris, en medio a la corona de sus arrecifes fortificados, la Isla de Kronstadt me parece, en fondo a la mira telescópica, como una masa lisa, sin cortes, sin cavidades, sin obstrucciones para el ojo: pero poco a poco se me vienen revelando las manchas amarillas de sus fortificaciones, los espacios blancos de los dos campos de aviación, situados en los dos extremos de la

isla, el bloque obscuro de la ciudad, encerrada dentro del anillo de acero de las obras fortificadas, antiguas y modernas. La cúpula verde de la catedral, los techos de lámina de los almacenes militares y de los hangares, las inmensas paredes de vidrio de los arsenales, las torres acorazadas de los gruesos bunker enterrados a lo largo del perímetro de la isla, los tanques de nafta, brillando de cuando en cuando al sol. El alto trapecio de acero de la estación de radio, diseña una sutil telaraña en el cielo palidísimo. Y ahí, más allá de una larga línea de techos bajos, las naves prisioneras, las naves de la flota del Báltico, la más potente de la U.R.S.S.

Una flota entera, compuesta de 70 unidades, entre grandes y pequeñas, y de cerca de 60 sumergibles, reunida en tan breve espacio, parecería a primera vista, ofrecer un fácil blanco a los bombardeos en picada y al fuego de los grandes calibres emplazados a la ribera del Golfo de Finlandia. Y aún así, la experiencia del último otoño, junto con la experiencia de este invierno, ha demostrado precisamente que el hecho de estar reunida en un estrecho espacio, puede constituir para una flota, su mejor defensa. Es una experiencia peligrosa, a la cual el Almirantazgo soviético no ha podido sustraerse. Pero si se piensa en aquello que es la flota de Kronstadt: una inmensa fortaleza de acero, un conjunto formidable de torres blindadas y de puentes acorazados, llenos de artillería y de ametralladoras contraaéreas. Se calculan en millares y millares las bocas de fuego dirigidas hacia el cielo por las unidades de flota, por las fortificaciones de la isla, de la de Tottleben, de Krasnoarmieski y de los siete escollos de cemento.

Los aparatos aéreos no pueden afrontar, sin exponerse a un seguro peligro mortal, una concentración de fuego tan formidable. Se agrega el hecho que la ofensiva invernal soviética, aún revelándose estratégicamente ineficaz, ha obligado todavía al Comando germano a retroceder el emplazamiento de la artillería

pesada, disturbando así el tiro de los gruesos calibres contra la plaza fuerte de Kronstadt.

Pero cuanto mi tarea me obliga a no descuidar el factor puramente militar de la situación, no quisiera todavía que los aspectos militares del sitio de Leningrado hicieran perder de vista al lector, la importancia extraordinaria de este sitio, desde el punto de vista político y social. Porque en esto consiste cada problema ruso actual: en un problema político y social, más bien que militar. Diré, incluso, que el problema militar del sitio de Leningrado, no es más que un aspecto del problema político y social.

Este particular detalle de la lucha, que desde hace varios meses se combate en torno a la capital de la revolución de octubre, no elude a los soldados finlandeses, que son, sin duda alguna, los más adelantados socialmente en toda Europa y los más propicios a coger los elementos sociales en los aspectos más variados del problema. Cada vez que yo me entretengo con uno de ellos, me admira la sensibilidad, la delicadeza de este pueblo finés, su perfecto sentido de justicia: y más aún, el sentido del todo cristiano, de las comparaciones sociales, del pecado aunque como hecho social. No ha estado aún en medio a la luz de ninguno, —que yo sepa— que sobre el frente de Leningrado choquen dos mentalidades, entre las intransigentes y más extremas de Europa: si Leningrado es la roca fuerte de la intransigencia leninista, del extremismo comunista, Finlandia es, en cierto sentido, la roca fuerte de aquel luteranismo que es sentido más como hecho de conciencia, que como hecho histórico, esto es, más como hecho íntimo que como hecho externo, que pone por eso, los problemas sociales, a la base de la propia concepción de la vida.

Me he entretenido también esta mañana, con uno de estos soldados fineses, de retorno de una acción de patrulla. Estaba tranquilo. Sonreía. De la ribera de Terijoki a Totleben, no hay más que siete kilómetros: una bagatela para estos infatigables es-

quiadores, capaces de recorrer un centenar de kilómetros en veinticuatro horas. Estábamos sentados en una *Lottala*, un puesto de restaurant de la "*Lotta-Svard*", entre los árboles de un bosque exactamente a la entrada de Terijoki. La *Lottala* estaba llena de soldados que se sentaban en silencio en torno a las mesas, frente a los vasos llenos de una bebida rojiza, una especie de ponche caliente, de agradable sabor. Las *Lotta*, en su uniforme gris, giraban entre las mesas dejando vasijas y vasos. Un soldado, junto a nosotros, se estaba cosiendo un jirón en la manga de la guerrera. Muchos escribían, muchos otros leían. Después, entró un artillero con una filarmónica, y se puso a tocar una canción popular, algo como un lamento amoroso, de una tristeza solitaria y viril. Los soldados poco a poco unieron sus voces al canto del instrumento: era un coro sumiso, y aquellas voces bajas, casi respetuosas de la quietud de la hora y del lugar, hacían más dulce y bonita aquella triste música. De vez en cuando, los vidrios de las ventanas tintilaban. Eran los gruesos calibres de la artillería naval de Kronstadt, las granadas explotaban a poca distancia de la aldea, en el fondo del bosque. El acre humo de las explosiones entraba como tapón en la estancia, cada vez que la puerta se abría. Era una escena simple y clara, un "interior" lleno de serenidad y dulzura. Y estábamos a veinte pasos de la primera línea, (basta atravesar la calle para encontrarse en los parapetos de las trincheras), bajo el tiro de los grandes cañones de la flota del Báltico.

El soldado me hablaba tranquilamente, sonriendo, en su ingenuo alemán, mezclado de incomprensibles palabras finesas. Me contaba que los islotes artificiales, vistos de cerca, parecen efectivamente tortugas marinas: al más leve rumor alzan la cabeza fuera de la costra de hielo, miran alrededor con sus cortantes ojos de reflectores, arrazan la superficie helada con rabiosas ráfagas de ametralladora. Me decía que los marineros soviéticos son valientes, pero "demasiado preocupados" del hecho técnico.

(Quería decir embarazados de su misma especialización técnica. Aquel soldado finés, era un obrero, y su atención era atraída por los hechos de orden técnico, como el embarazo producido por la propia especialización en un obrero obligado a un trabajo no suyo). Se mueven sobre el hielo, sobre aquella diseminada extensión de hielo como si aún se encontrasen sobre el puente de un acorazado. Parece que estén preocupados de no disturbar la maniobra de las piezas, de las maquinarias y de las armas de a bordo. Están demasiado allegados a la nave, para poder conducir una guerra de patrullas sobre la superficie del mar, que es una guerra libre, una guerra no sólo de extremo movimiento, de extrema libertad de maniobra, sino al mismo tiempo, de "equipos". (Quería decir, se entiende, equipos en el sentido obrero, no en el sentido militar).

El soldado que me hablaba era un jovenzuelo de unos treinta años; trabajaba antes de la guerra en una fábrica de celulosa en Hämeenlinna, en el interior de Finlandia. (Yo observaba en sus palabras, en sus gestos, en la expresión calmada y severa del rostro, en aquella mirada suya honesta y derecha, la huella común de todos los fineses, sean de la clase que sean: la huella de una clara tradición de autogobierno, de organización social y de progreso técnico). En sus palabras vibraba, en comparación de los trabajadores y soldados de la U.R.S.S., como una especie de amarga, viril remembranza. Casi reprochaba a los adversarios de proclamarse comunistas, de mencionar a Marx y a Lenin y al mismo tiempo mostrar la más absoluta incomprensión de los beneficios que el pueblo finés se ha asegurado con su propia organización social.

"Finlandia", decía, "No es un pueblo de capitalistas: es un pueblo de trabajadores". Como siempre, como para cada obrero finlandés, aquel problema era, para él, un problema de conciencia: de conciencia social. Y he escuchado por primera vez, hablando con aquel soldado, en la Lottala de Terijoki, aquello que

es el fondo de esta guerra finlandesa contra la U.R.S.S.: la conciencia de combatir para defender no solamente el territorio nacional, sino sus propias conquistas sociales, sus propias organizaciones obreras, su propia dignidad y libertad de trabajadores.

Tras un rato, salimos a lo abierto, nos pusimos a caminar a lo largo de la ribera del mar. A algunos centenares de metros fuera de las alambradas ha sucedido, la otra noche, un encuentro de patrullas. Nos dirigimos hacia el lugar del encuentro, caminando con precaución entre los picos de madera que señalan los límites de los campos de minas. El hielo estaba cubierto de armas, de gorras, de capas y guantes de pelo, de esquíes rotos: todo aquello que quedaba de una patrulla de una veintena de marineros de Kronstadt, seguramente perdidos en la tormenta, quizá ilusos de poder sorprender la vigilancia fina. He recogido la gorra de un marinero soviético, con dos tiras azules aún pendientes en la cola de la orilla posterior. La tira con el nombre de la nave había sido quitada, seguramente por el mismo marinero, antes de salir en patrulla. ¡Qué cosa triste, aquellos míseros restos sobre la superficie helada del mar! Como aquellos restos del naufragio de una expedición ártica, que después de años y años, el hielo escupe sobre la blanquicie polar: inesperados, trágicos testimonios.

Mientras regresamos, comienza a nevar. El paisaje se vela. En el dulce reverbero de la nieve, los más pequeños detalles, los objetos, las rajadas del hielo, se me revelan al ojo, como ampliadas por un lente, con una precisión extraordinaria. (El zapato abandonado, el esquí despedazado, la caja de cerillos con la hoz y el martillo en la etiqueta, la horma de una bota lapona, el coágulo en las vendas negras de sangre, atoradas en las espinas de las alambradas, y sobre la ribera, junto al arma, el ametralladorista que está fumando tranquilo, con los ojos entrecerrados, la boca estrecha y arrugada). Sobre el camino grupos de esquia-dores, de sissit, se pasean juntos, se saludan sonriendo. La voz

de los gruesos calibres de las naves del Kronstadt se eleva opaca a través del mar, el ritmo de las explosiones se hacen poco a poco más frecuente, más cercano, aquí o allá en el bosque alrededor de Terijoki; y el aire tiembla, como si las bocas de los cañones de Kronstadt pronunciaran palabras secretas, misteriosas, llenas de un tímido, delicado, enorme pudor.

XXV

LA SANGRE OBRERA

Bielostrov, abril.

De Terijoki había regresado tarde, en la noche, a Alexandrowka, y dormía en el korsu del Comando del sector, cuando el ronco sonido de un violento bombardeo de gruesos calibres se ha levantado de Leningrado. Eran las dos de la madrugada. Me tiré del camastro y salí a descubierto.

El tiempo había vuelto a ser sereno. El presagio de la luna doraba la inmensa extensión de los bosques de Carelia, el luciente candor de la nieve. El cielo, sobre los suburbios sud-occidentales de la ciudad, era todo un brillar de fuego. El bombardeo se enfurecía sobre el barrio de Uritzkij, sobre la zona de la fundición Putilow, de los Talleres Kirov, de los Establecimientos Metalúrgicos 25 de Octubre, de los altos hornos Voroscilof. De las trincheras de Alexandrowka, la ribera de Terijoki, que está frente a Kronstadt, allá abajo a nuestra derecha (no hay más que pocos kilómetros, en línea recta, de aquí a Terijoki), no es visible, escondida como está a la mirada, por el leve realce del terreno en el cual se apoya el poblado de Alexandrowka. Pero el cielo,

aunque en dirección de Kronsttat, aparecía de un rojo cobre, cortado por tiras verticales negras, ciertamente columnas de humo.

La artillería de largo alcance de la flota de Kronstadt (en el formidable cerco se distinguían las voces de los gruesos calibres de los dos mayores acorazados soviéticos, el *Marat* y el *Revolución de octubre*) respondía al fuego de los morteros alemanes con un violento tiro de contrabatería, que de minuto en minuto se hacía más rabioso y cerrado. La cúpula de la iglesia de Alexandrowka se recortaba, con contornos duros y precisos, contra aquel cielo de cobre reventado. Era un espectáculo impresionante, de una belleza salvaje, desnuda y violenta, en el que hacía extrañísimo contraste el silencio profundo que reinaba en las trincheras finlandesas.

Los soldados se movían en torno a mí sin rumores, hablando en voz baja entre ellos. Se oía solamente el leve murmullo de los esquíes sobre la nieve, el relinchar de los caballos de las baterías, la nevada en el bosque, el seco crujido de las culatas de las piezas, que los artilleros preparaban para la eventualidad de un fuego de detención, en caso de ataque enemigo. Pero también las posiciones soviéticas, a pocos centenares de metros frente a nosotros, estaban sumergidas en el más profundo silencio.

Ni una voz, ni un tiro de fusil. Ni siquiera aquel indistinto rumorcillo, aquel conjunto de sonidos breves, metálicos (el choque de la culata de los fusiles en las gavetas, en los escudos de las trincheras, en las cajas de municiones), que revelan la inquietud, la espera incierta, ansiosa, los últimos preparativos. Sin duda, en aquel momento, también la infantería soviética asomaba al viso más allá del murillo posterior de las trincheras, volviéndose hacia la ciudad a mirar el espantoso espectáculo del bombardeo. Nubes de chispas rojas se alzaban de cuando en cuando de los barrios de Uritzkiy, similares a inmensas parvadas de lu-

ciérnagas, y altísimos árboles de humo surgían de improviso, cayendo rápidamente sobre ellos mismos como enormes geysers.

El bombardeo de una ciudad no es ni siquiera lejanamente comparable, por sus espantosos efectos, a aquel de una línea de trincheras. Por cuanto las casas sean hechas de materia muerta, inerte, el bombardeo parece que las anima de una vida violenta, parece que les infunde vitalidad formidable. El ruido de las explosiones, entre los muros de las casas y los palacios, entre los bastidores de los edificios, en las calles y en las plazas desiertas, resuena como un grito ronco, incesante, espantoso. Parece que las casas mismas gritan de terror, temblando, torciéndose entre las llamas, sacudiéndose en el remolino de las explosiones. Entre los dichos característicos de Castruccio Castracane, señor de Lucca, recogidos por Maquiavelo en las últimas páginas de su "*Vita de Castruccio*", hay una imagen, que Pirandello ha hecho suya después. Es la imagen de las "casas que huirían de sus propias puertas, si sintieran que venía el terremoto". En mi mente aún adormecida, el horror de aquel espectáculo, la imagen de las casas y los talleres del barrio Uritzkiy, que huían aterrorizadas de sus propias puertas (las casas semidesnudas, con los cabellos sueltos en las turbinas de humo y de chispas, los ojos desorbitados, las manos estrechadas en torno a las sienes, las bocas abiertas, irrumpían gritando fuera de sus propias puertas, entre el remolino de las explosiones, en los reflejos purpúreos de los incendios) se juntaba a la imagen no menos impresionante, de los soldados soviéticos inmóviles en las trincheras, allá abajo, frente a nosotros, el rostro volteado hacia la ciudad en agonía.

Para nosotros que no estamos encerrados en la inmensa jaula del sitio, para aquellos que asisten de lejos a la tragedia, como nosotros, la agonía de Leningrado no puede ser otra cosa, ya que un terrible espectáculo. Un espectáculo y nada más. La tragedia de esta ciudad es de tal manera enorme, de proporciones así sobrehumanas, que no es posible participar de otro modo, sino con

los ojos. No hay sentimiento cristiano, ni piedad, ni compasión, que sean tan grandes, tan profundas, de poder abrazar y compadecer una tragedia parecida. Ella es la naturaleza de ciertas escenas de Esquilo y de Shakespeare: la mente del espectador está como sobrecogida de tanta horrenda fuerza, como frente a un espectáculo no humano, fuera de la naturaleza y la humanidad, extraño a la misma historia de los cambios humanos.

Y es cosa extraordinaria cómo los comunistas puedan asistir a similar tragedia, y vivirla, como cosa humana, como hecho humano, como un elemento de su doctrina, de su lógica, de su vida. Porque de las declaraciones de todos los prisioneros, de todos los desertores (comprendida una veintena de comunistas españoles refugiados en Rusia después de la caída de la España roja, y capturados hace días en este frente), resulta un hecho preciso, indiscutible: que la tragedia de Leningrado no es, para la mentalidad comunista, más que un episodio del todo natural y lógico de la lucha de clases, al cual los protagonistas participan con dura voluntad, sin siquiera una sombra de terror.

El ejemplar humano creado por el comunismo, siempre ha suscitado en mí un gran interés. Aquello que más me ha asombrado en Rusia, no han sido solamente las realizaciones sociales y técnicas, los lineamientos exteriores de la sociedad colectiva, sino sus elementos interiores, íntimos, su ejemplar hombre, la "máquina hombre" creada por cerca de veinte años de disciplina marxista, de stakanovismo, de intransigencia leninista. Me ha asombrado la violencia moral de los comunistas, su abstracción, su indiferencia al dolor y a la muerte. (Me refiero, se entiende, a los comunistas puros, a los verdaderos comunistas, no a aquella innumerable clase de funcionarios del Partido y de las organizaciones sindicales, de empleados del Estado y de los trusts industriales y agrícolas, que perpetúan en Rusia, con nombre y maneras nuevas, la debilidad, el egoísmo y los mezquinos compromisos de la antigua pequeña burguesía: que perpetúan, esto es,

en una palabra, la característica "oblomowtcina" de la pequeña burguesía rusa).

"La misión de mi vida es combatir a Oblomow", ha dejado escrito Lenin. Oblomow es el protagonista de la famosa novela de Gontciarow, que personifica la pereza, la indolencia, el fatalismo de la burguesía rusa, vale decir que todo esto, ha pasado en proverbio a la sola palabra de "oblomowtcina". Los comunistas que defienden Leningrado, están hechos de una tela muchísima más diversa de la que están hechos los innumerables Oblomow del Partido y del Estado. Son los extremistas, los fanáticos, los "duros". No hay en Europa más que una idea aproximada de aquello de lo que es capaz el inexorable fanatismo de los comunistas "duros".

Los obreros y los marineros de las brigadas de asalto, se están desangrando desde hace algunos días en furiosos asaltos contra el frente del desplazamiento germano, de Schlüsselburg a Peterhof. El bombardeo que cubre el cielo sobre la ciudad, no es más que el fuego de intercomunicación alemana, detrás de los grupos obreros atacantes. La lucha es durísima, las pérdidas soviéticas espantosas. Las brigadas de asalto tratan de romper el cerco del sitio, o esperan al menos distraer el dispositivo alemán, de retardar la ofensiva primaveral. El grueso de la infantería atacante está constituido de unidades del ejército regular de la Armada roja, pero el nervio de los grupos de asalto está formado de obreros y marineros. Es una *massacre* de obreros especializados, de stakanowzi, de técnicos: la flor de las masas soviéticas.

Cuando se consideran los esfuerzos, el estudio, los sacrificios, las fatigas, los años y años de selección técnica, que pasan, para hacer de un simple campesino, de un trabajador manual, de un jornalero, de un trabajador cualquiera, un obrero calificado, un obrero especializado, un "técnico" en el sentido verdadero, en el sentido moderno de la palabra, se horroriza el pensamiento de

esta hecatombe de obreros, los mejores obreros de la U.R.S.S. La capital de la revolución, la "montaña" soviética, la "Común" internacional, es Leningrado, no Moscú. Y es aquí, en Leningrado, (más que en cualquier otro sector del inmenso frente ruso), donde los obreros combaten y mueren por la defensa de la revolución.

XXVI

UNA TUMBA EN LOS SUBURBIOS DE LENINGRADO

(Este capítulo, suprimido por la censura fascista, falta en las dos primeras ediciones).

Frente a Kronstadt, Kuokkala, abril.

El año pasado, durante la campaña yugoeslava, he pasado la Pascua entre los turcos de la isla de Ada Kalé, en medio del Danubio, para asistir al forzamiento de las Puertas de Hierro. Las tropas de asalto alemanas habían atravesado el río, ocupando por sorpresa la ribera sérbica: y yo había quedado en la isla, en espera de una barca que me llevara a la orilla rumana. Era un domingo tibio y claro. Me mezclaba entre aquellos buenos turcos, en el olor grasoso del rahat-lokúm expuesto en las vitrinas de las cien bodeguchas de antojillos y en el delicioso aroma de aquel tabaco rubio, que en los países orientales es llamado "Barba de Sultán". No había nada de comer, en Ada kalé, en aquellos días de guerra: y me tuve que conformar con dos cajas de rahat-lokúm y de alguna taza de café.

Este año he pasado una Pascua feliz en las trincheras de Terijoki, de Kellomäki y de Kuokkala, sobre el frente de Kronstadt, entre los soldados finlandeses.

Y por primera vez, desde que me encuentro sobre el frente del sitio de Leningrado, el cielo está purísimo, sin una nube, sin el más leve velo de niebla.

Había pasado la noche en la villa ocupada por el Comando del sector de Kellomäki, propiedad, antes de la revolución, de una familia de Petesburgo. Una villa no ya construída de madera de abedul y de pino ártico, como la mayor parte de las villas de esta elegante playa de la capital zarista, sino de ladrillos y piedra. El interior está arreglado con aquel divertente mal gusto, (lujoso, bizarro, frívolo) propio de las casas rusas de la segunda mitad del siglo pasado. Un gusto que no se ha transformado radicalmente, como el italiano, el francés o el alemán, al principio del novecientos, sino que ha quedado intacto, se ha detenido sobre el umbral de nuestro siglo, apenas inclinándose a la gracia y a la coquetería del joven estilo floral. Las paredes de imitación de mármol, las columnas de estuco de los capiteles dorados, las grandes, altísimas estufas de adobes blancos, de los bajorelieves neoclásicos. (Minervas del casco de oro, aguilas de dos cabezas, extraños monogramas trenzados dentro de coronas nobiliarias, escudos de esmalte verde y turquesa, angeles desnudos de aquellos que yo llamo en ruso *bezpartijnie*, o sea "sin partido") me habían producido el más dulce sueño que yo había probado jamás desde los últimos días de febrero hasta hoy.

Estaba cansadísimo, tras una fatigosa jornada en el frente de Alexandrowka, donde había acompañado a mi amigo el Conde de Foxá, ministro de España en Helsinki, venido hasta acá para hablar con un grupo de rojos españoles hechos prisioneros por los finlandeses. Nos habían preparado un lecho improvisado, sobre el tapete verde de un inmenso billar, con las enormes patas enroscadas como las cúpulas de Vassili Blajenni en la Pla-

za Roja de Moscú; extendido al lado del Ministro de España, estaba pensando en aquellas Minervas, en aquellas aguilas, en aquellos escudos, en aquellos capiteles dorados, y en la vida feliz y trágica de la nobleza zarista.

La villa del Comando del sector de Kellomäki, está distante de las primeras líneas apenas doscientos metros: toda la noche las ametralladoras habían cantado el coro de las ranas de Aristófanes; las patrullas soviéticas habían probado aquí y allá inútilmente, las líneas finlandesas; los cañones de la Tottleben habían batido a intervalos la carretera de Kuokkala; pero ni el crepitar de las ametralladoras, ni las explosiones de los medios calibres, habían logrado sacarnos del sueño. Como a las siete de la mañana, nos había despertado el gozoso grito de "Hyvää Pääsiäistä! ¡Feliz Pascua!", que los oficiales finlandeses del Comando se cambiaban uno al otro. El Mayor L. (que todos llamaban con el sobrenombre de Vippa), había venido a darnos las felicitaciones, llevándonos dos grandes vasos llenos de coñac. Y nos giraba la cabeza cuando salimos, con el capitán Leppo y los tenientes Svardström y Kurjensaari, para dirigirnos a Kuokkala a "dar la buena Pascua al viejo Repin". (El conde de Foxá es un poeta de finísimo gusto moderno, un hombre de cultura: y sabía muy bien aquello que yo quería decir con eso de "dar la buena Pascua al viejo Repin").

Así, nos dirigimos a pie a lo largo del mar, caminando sobre la orilla de las trincheras. Cerca de los korsut excavados en el hielo, los soldados, con el torso desnudo, se rasuraban frente a espejillos colgados de los troncos de los árboles, o apoyados sobre la culata de un cañón anticarro, y a nuestro paso alzaban la cara enjabonada, diciendo gentilmente "Hyvää Pääsiäistä!". Bandas de perros de pelo gris enredado, los perros de los sissit y de los artilleros, corrían sobre el hielo a lo largo de las alambradas, ladrando; y ya de los camiones de las Lotallas salían columnas de humo rubio, anunciando a los soldados que el té estaba listo. Era

Pascua, una Pascua llena de sol, una jornada feliz. Y la felicidad estaba en todos, el sol brillaba en la coraza de hielo que cubre el mar, en los cartuchos de cobre de los proyectiles anticarro, en los cañones de las ametralladoras. Un remoto ronquido bajaba del nítido cielo azul, los fuegos blancos de las antiaéreas señalaban la ruta de tres aparatos soviéticos de las alas color plata en el destello del sol. Hasta el sentido del peligro, hasta el sentido de la guerra se disolvía en la tibieza de aquel sol primaveral.

Después de una hora y media de camino, llegamos a Kuokkala, la playa preferida de los artistas rusos de la generación de Turgheniew, de Ciakowski, de Cekov, de Andrejew. Me habían dicho que en Kuokkala, en el parque de su casa de campo, está sepultado Repin, el más grande pintor ruso. El capitán Leppo, que conoció a Repin vivo, me había prometido conducirme a "dar la buena Pascua" al buen viejo Ilia Efimovic. De cuando en cuando está bien abrir una ventana en el muro compacto y liso de la guerra y de ahí, mirar el paisaje secreto que cada uno de nosotros lleva dentro de sí, un mundo sereno y puro. Aún si la ventana se abre sobre una tumba, se abre al mundo de los muertos. En esta dura, inexorable guerra social, una hora con Repin, con el gran viejo extendido en su tumba, bajo el fuego de los cañones de Kronstadt, me parece un deber no ya hacia Repin solamente, sino hacia mí mismo.

A unos pasos de la ribera del mar, en medio de un gran parque lleno de negros árboles, de pinos color cobre y de blancos abedules, surge la casa de campo de Repin: una construcción de madera, de aquella extraña arquitectura rusa de los primeros años de este siglo, que anuncia ya los escenarios de Baski para los ballets de Diagilew; una gran casa formada de cuerpos salientes y entrantes, de semicírculos y esquinas, de largas ventanas en forma de herradura de caballo, de terrazas excavadas en el bloque del edificio, y al sumo del techo, en lugar de la usual cúpula, una alta pirámide de troncos de árbol. Una arquitectura

"ortodoxa", diría, en el sentido que los rusos dan a la palabra "pravaslavnaia". Y es la casa de un espíritu raro y gallardo, la casa de un artista; pero de un artista ruso íntimamente ligado a su tiempo y al destino de sus generaciones. Sobre la fachada, los bolcheviques, durante su breve ocupación de Koakkala, en 1940-41, han incrustado una placa de madera, con este epígrafe escrito a fuego: "En esta casa vivió Ilia Efimovic Repin, gran pintor ruso, nacido en 1844, muerto en 1930".

Entramos. Y rápidamente, desde el vestíbulo, un extraño paisaje nos acoge, explicando sus perspectivas íntimas, las gracias de sus "interiores", caprichosos y gentiles, de sus cornisas de madera tallada, alrededor de las ventanas y las puertas, de las grandes estufas de adobes blancos. Del vestíbulo pasamos a una estancia iluminada por un largo ventanal, donde nos espera solemne y triste, bajo un candil de latón de la campana de porcelana despintada, una mesa de las patas enormes, esculpidas en forma de garra de león. De las ventanas cuelgan aún las cortinas de tela desteñida y rota, en el suelo yacen los restos polvorientos de tapetes persas deshilachados y descoloridos. En una esquina de la estancia duerme una silla de patas redondas, de pies gentiles, en forma de pies humanos, parecen piernas de mujer. (Es extraordinaria la impresión que provocan en mí estos muebles bizarros, ya tan cercanos a los muebles surrealistas de Salvador Dalí, a las esculturas de Giacometti, a las máquinas plásticas de Archipenko, a las mesas y a las sillas de las piernas de mujer, a los respaldos esculpidos de jóvenes senos, a los sofás parecidos a chiquillos sentados, que habitan, —no digo amueblan— los interiores de Hugo para el Orfeo de Cocteau, los paisajes de los pintores surrealistas, las fotografías de Max Ernst. Aquello que el surrealismo ha tomado del gusto de Europa fin de siècle de los últimos años de la Reina Victoria, y de aquel de la edad preciosa y burguesa de Fallières, de D'Anunzio, de Jean Lorrain, es una herencia que ni siquiera Salvador Dalí puede refutar: y

es de un sabor singularísimo volver a encontrar en la casa de Repin, bajo el tiro de los cañones de Kronstadt, en este suburbio de Leningrado, los antepasados, los inmediatos antepasados de los más mágicos y freudianos muebles surrealistas).

Elia Efimovic Repin, es sin duda, hasta hoy, el más grande pintor ruso. En comparación con la pintura de Occidente, la de Repin asume más bien un valor de costumbre que de arte: pero es por siempre, la pintura contemporánea de Tolstoi, de Dostoiweski, de Mussorgski, y de aquella edad posee el sentido secreto, el fondo de amarga y cruel tristeza (hasta en sus tonos más parisinos, en sus acentos "goyescos" de segunda mano, en su elegancia moderna). Recuerdo que en Moscú, y en Leningrado, frente a sus cuadros, había quedado sorprendido y casi entristecido, de aquella absoluta confianza suya en la edad propia, en el destino de su generación, en el de su pueblo. Me parecía comprender, que en él, la tragedia rusa fuese ya "descontada" en anticipo. Que él hubiese ya resuelto, en su pintura, quizá con excesiva facilidad, los problemas más complejos y más dramáticos de su tiempo y del tiempo por venir. (Una especie de Keysserling de la pintura, para entendernos, o de Berdiaiew).

Y puede ser que su grandeza, el acento más genuino de su arte, consista precisamente en esta aparente facilidad moral suya. (Y también la revolución comunista de octubre de 1917, y el hundimiento del Imperio, y la gran miseria del pueblo, fueron también para él, como para tantos otros, como para el mismo Leonida Andrejew, una dolorosa sorpresa, un imprevisto despertar: parecía que hasta entonces Repin no hubiese comprendido nada del destino de su generación. Huye de Petesburgo, viene a refugiarse en Kuokkala, en territorio finlandés, apenas a dos o tres kilómetros de la nueva frontera rusa, donde dos meses antes había buscado refugio Lenin para huir de la policía de Kerenski. No quiere regresar más junto a su pueblo: ni sabía separársele. Ha muerto aquí, en su casa de madera: y ahora

duerme a la sombra de los árboles de su parque, bajo el fuego de las baterías soviéticas de Totleben).

Entramos en una gran sala, nos paramos frente a un alto espejo polvoriento. Nada es más impresionante que este espejo muerto, intacto en la gran sala fría. Sobre el cristal, empañado y corroído por los años, hay pintadas, por la propia mano de Repin, algunas flores delicadas y pálidas, de tonos rosas, amarillos, verdes, violetas. Aquellos espectros de flores (es natural que yo piense en *El Espectro de la Rosa*), tienen, en aquella hora, en aquellas circunstancias, un extraordinario poder de evocación mágica.

Quién se ponga de lado al espejo (pero sentado un poco en bajo, sobre el largo diván sin respaldo y sin brazos que está bajo el espejo, junto a la escalera), verá reflejada, de lado, en el cristal empañado, tras las pálidas, espectrales sombras de las flores, la imagen de la estancia, sus perspectivas rectangulares, verá la lámpara de petróleo colgada del techo, la gran estufa de adobes de esmalte verde y azul, la mesa para los zakuski inventada y construida por Repin (una mesa redonda, en medio de la cual está fija una rueda que gira sobre sí misma al más mínimo impulso de la mano) los muebles de caprichosas volutas florales, la tapicería desteñida y rota, y más allá de los vidrios de las ventanas, los árboles del parque, las amarillas manchas del sol en el blancor diáfano de la nieve, el pálido cielo de papel azul; del fondo de la estancia, de una pared en penumbra, verá surgir lentamente, como del polvo azul de una noche antigua, la cabeza de Esopo pintada por Velázquez que está en el Museo del Prado, en Madrid.

Después subimos por una escalera de madera al piso superior, entramos en el estudio de Repin: en la luz cenital, límpida y fría, que llueve de la vidriera del techo, me aparecen colgadas al muro dos máscaras fúnebres de yeso; y en una reconozco la máscara mortuoria de Pedro el Grande, sus ojos bovinos, su bigote

arrogante, sus gruesos labios, su vulgar nariz, su frente dura y rebelde. La otra máscara no sé de quién sea: y seguramente me equivocaría si dijera que es la de Gogol. Tras una maciza estufa de adobes, empotrada entre el muro y la estufa misma, está, casi escondido, un busto de yeso. Y un retrato de mujer joven, de Pablo Trubeskoi. En las mangas resopladas, en la cabellera recogida, en el gesto de la mano apoyada en la mejilla, en la forma de la espalda, en la frente gentil apenas arrugada, está toda la gracia milanesa del primer Trubeskoi. Aquella mágica presencia femenina, en la casa desierta, en vilo al margen de la guerra como sobre el pretil de la ventana, me conmueve extrañamente. (Una presencia secreta, una imagen de mujer de nombre misterioso e impronunciable).

Quedo solo por algunos minutos en el estudio del pintor. En aquella luz tersa y helada, me decido a caminar a pasos lentos, como si tuviese los ojos vendados. (La guerra toca con blancos dedos los vidrios de la ventana. Es un golpe lejano, el eco de un ruido remoto). Un orden sereno, una precisa armonía, vive aún las desnudas paredes: es la imagen que el espíritu de un gran artista refleja en torno a sí misma, huella indeleble en los objetos, en el paraje de las cosas humanas. De cuando en cuando, un sonido, una voz, un rumor, dan un acento vivo a este muerto silencio.

Después de un poco, este extraño silencio me turba, me oprime. Es un silencio en acecho, casi amenazador. Apoyo la frente a una vidriera, y miro la ribera de Kronstadt, alta y blanca como los cliffs de Dover, la gran cúpula verde de la catedral, los tanques de nafta, el humo que se eleva del arsenal. La Totleben está ahí, muy cercana, un poco a mi izquierda, con los costados caídos, agujereados por las troneras de las casas armadas. De vez en cuando, un silbido leve, cortante como una navaja de rasurar, corta los reflejos del sol en la marina coraza de hielo. El ruido de las explosiones, en fondo al bosque, a la extremidad de

uokkala, se repercute blandamente, como una ola, en los troncos de los árboles. Pasan sobre la carretera convoyes de trineos, rupos de esquiadores. Un pedazo de estuco se cae de la cornisa a la estufa. Hace sobre el suelo de madera un ruido sordo. La casa de Repin muere, pedazo a pedazo, poco a poco.

Salgo, casi huyendo, del estudio, y me asomo a la terraza donde Repin solía dormir, es la recámara del pintor: una terraza abierta, circundada de columnitas de madera tallada. Repin, en toda su vida, en todos sus ochenta y seis años de existencia, no ha dormido jamás en una estancia. También cuando viajaba a París, a Berlín, a Viena, sacaba su cama al balcón. En pleno invierno ruso, con treinta, cuarenta grados bajo cero, Repin se extendía al descubierto, en su camastro, no una cama propiamente dicho, sino una especie de diván sin cabeceas. Dormía, se puede decir, extendido en la orilla del horizonte. Sentía el horror del encerrado, la angustia de la prisión. Un horror picamente ruso. (El pueblo ruso es como un pájaro que ha enjaulado su propia jaula. Su típica manía de evasión, su horror al encierro, no es más que la inversión de su amor por la propia prisión: la manía de vomitar la prisión que tiene dentro de sí mismo, no la manía de evadirse. Es de este contraste que está formada el alma rusa, la *sciokaia natura* de los rusos).

La voz del Conde de Foxá me llama del parque. "Vamos a buscar la tumba de Repin", me grita. Nos dirigimos entre los árboles enterrándonos en la nieve hasta las rodillas. La tumba debe estar allá abajo, encabezada por una gran cruz desnuda. Gimos en vano buscando en la espesura del parque. Finalmente, una especie de prado, allá al fondo, me parece descubrir algo como un promontorio. Debe ser la tumba. La cruz ya no está ahí. Los bolcheviques quitaron la cruz, y erigieron sobre la tumba, según su costumbre, una barra de madera, con su inscripción, con caracteres inscritos a fuego, con el nombre de Repin, la fecha de su nacimiento: 1844 y el año de su muerte: 1930. Pa-

rece que esté muerto desde hace cien años. Así lejano es aquel mundo, así remota esa edad. Era un contemporáneo de los grandes espíritus rusos del ochocientos, ha sobrevivido a la muerte de Tolstoi, de Dostoiewski, de Trugheniew, de Mussorgski. Ha sobrevivido a la muerte de Repin, ha sobrevivido a sí mismo. Más que en exilio de su pueblo, ha muerto en exilio de su edad, de su mundo. (Su verdadera tumba no está aquí, entre los árboles del parque, bajo la barra de leño plantada por los bolcheviques: Repin está sepultado en el espejo, en aquel espejo mágico empañado y corroido por los años, bajo la pálida, espectral sombra de las flores que él pintó de jóvenes, bajo los espectros de aquellas jóvenes flores).

Agachamos la cabeza frente al promontorio cubierto de nieve, y yo le digo a Repin en voz alta, el saludo de pascua de los rusos: "Christós vascríese. Cristo ha resucitado". De Foxá responde en voz baja: "Vaistuni vascríese, en verdad ha resucitado". El cañón truena allá entre los árboles. Una ametralladora crepita dulcemente tras las últimas casas de Kuokkala. Y aún así, no hay voz humana que pueda vencer el silencio de esta tumba.

Regresamos y yo entro de nuevo en la casa desierta. Vuelvo a subir aquellos laberintos de escaleras, abro diez, veinte puertas, me demoro en aquel desnudo laberinto de estancias y de corredores. Toda la locura (toda la incertidumbre, toda la inquietud) del espíritu ruso, están en esta casa, hecha como una boîte á surprises. Me parece sietápre, de un momento a otro, empujando una puerta, que cualquier resorte escondido debe hacer salir la música de un carrillon. Es una casa construída a propósito, parece, para las evocaciones mágicas, para las presencias invisibles, para los espectros de las cosas.

Me siento un instante sobre el diván que está bajo el espejo: y entre el muro y el diván, descubro en el suelo un montón de pequeños rollos de materia negra, brillante. Son viejos negativos fotográficos. Desenvuelvo uno a uno los pequeños rollos polvo-

rientos. Y he ahí a Repin frente a mí, vivo. Lo veo emerger del breve espejo negro y brillante de la película. Alto, flaco, elegante. Está en Petesburgo, en París, en Kuokkala. Frente al Trocadero, en un parque Le Nótre, cerca de una ánfora griega de mármol. En trineo por las calles de Kuokkala. En el umbral de su casa. Y aquella gentil figura de mujer, junto a él, es seguro la querida compañera de su vida, de su exilio. Aquellas imágenes de una edad muerta, aquellas espectrales imágenes, me turban profundamente, me infunden una especie de miedo amoroso. Es como si Repin resurgiese verdaderamente, efectivamente frente a mí. Su presencia, hasta ahora invisible, se hace viva y concreta a mi mirada, toma forma humana.

Cierro los ojos, y siento caminar en la casa. Es un paso leve, dulce, casi aéreo, un rozar las cosas como al acariciarlas. Así caminan los muertos en las casas desiertas.

XXVII

ANGELES, HOMBRES Y BESTIAS, EN LAS SELVAS DEL LADOGA

Floresta de Raikkola, a espaldas de Leningrado, abril.

Desde que me encuentro en estas riveras meridionales del Lago Ladoga, a la extremidad nororiental del Istmo de Carelia, esto es, a la extrema izquierda del frente del sitio, tengo la impresión de haber venido aquí para atacar por las espaldas a los defensores de Leningrado.

Porque la extremidad de la larga línea de trincheras, que del inmenso Ladoga, el mayor de los lagos europeos (los rusos lo llaman el Caspio de Europa) baja hacia Alexandrowka y Terijoki, hasta frente a Kronstadt, es mucho más avanzada que el resto del frente, mucho más oriente, y se puede decir que toma las espaldas de la ciudad sitiada.

Las trincheras de Bielostrov, de Alexandrowka, de Terijoki, están frente, de hecho, a los suburbios occidentales de Leningrado, y eso es el barrio de las Islas, llamado en ruso Ostrowo, el barrio de Kyrow, la punta del barrio Petrowski (forma parte del núcleo más antiguo de la ciudad fundada por Pedro el Gran-

de), el barrio de los Decabristi y aquel de Vassiliostrowdki, y el puerto de Leningrado, situado a la desembocadura del Balsciaia Neva, que es el mayor y más meridional de los tres brazos del gran río. De aquí, de las trincheras del Ladoga y de las florestas de Raikkola, se está frente al suburbio de Wiborgski (aquel mismo donde Lenin quedó oculto durante los últimos días que precedieron a la revolución de octubre), y la vasta zona de "terrenos vagos" que del suburbio oriental de Krasnovgarddieiski, o suburbio de la Guardia Roja, de aquel de Piscarewka, del de Ribalskaia, sobre la ribera del Balsciaia Octá, del de Nargolow y de Sciuwalovo, se pierden insensiblemente en las florestas y en los pantanos que de aquel lado circundan la ciudad.

Mientras en los suburbios industriales del sudoeste, donde se encuentran los mayores establecimientos metalúrgicos de toda la región de Leningrado, entre los más importantes de la U. R. S. S., están reunidas las grandes masas obreras, los suburbios septentrionales son habitados por una población mixta, quizás la más pobre de la ciudad, compuesta preferentemente de jornaleros, de hortelanos, de pescadores, de artesanos. Conozco aquel barrio septentrional por haber llegado varias veces a él, cuando escribía los primeros capítulos de *Technique du coup d'Etat*, y tomaba apuntes para mi *Bonhomme Lénine*.

La casucha del suburbio de Wiborgski, en donde estuvo escondido Lenin algunos días en octubre de 1917, precisamente en la víspera de la insurrección comunista, (Lenin había regresado hacía poco de Finlandia, de Kuokkola y de Rasliw, donde había pasado, junto con Zinoviev, tras el arresto de Trotzki y de los otros dirigentes de la fallida tentativa de insurrección de julio, los meses de verano en una cabaña del bosque, cerca de las riveras del pequeño lago de Rasliw), es una modesta construcción de madera y de ladrillos grises, una casucha obrera, circundada por un pequeño jardín invadido por los yerbajos. Pocas piezas: pobres, descoloridas, desnudas. Recuerdo que precisamente en

aquella casa ví por primera vez, colgada al muro dentro de un tosco marco de madera, la fotografía de Lenin vestido de obrero. En aquella fotografía, realmente impresionante, que figura entre las ilustraciones de mi *Bonhomme Lénine*, Lenin aparece vestido de mecánico: se ha cortado el bigote y la barba, se ha puesto sobre la frente una gorra de visera de cuero, se ha metido una camisa sin cuello y un saco remendado, y con aquella bufa vestimenta, que en el Instituto Smolny, la noche del 25 de octubre de 1917, la noche de la insurrección, hace reír a Trotzki y palidecer a Dan y Skobelew, Lenin logra huir de la búsqueda de la policía de Kerenski y permanecer sin molestia en su refugio del suburbio de Wiborgski, donde escribía sus famosos "puntos" sobre la inminente revolución.

En todo esto venía pensando el otro día, mientras frente a Terijoki, esto es, en las riberas del Golfo de Finlandia, me dirigía en carro al frente de Raikkola, sobre la ribera del Ladoga, a través del Istmo de Carelia. Recorro la inmensa floresta de la región de Tappari, que de la orilla del río Vuoksi, por los bosques de Raikkola, baja hasta las pantanosas selvas de Lumisuo. Es una región selvática difícil, de una solemnidad, de una tristeza, de una severidad indecibles. Nevaba, y los árboles, a los lados de la carretera, formaban como los dos altos muros del corredor de una prisión. Grupos de cuervos volaban bajos graznando sobre las copas de los árboles y de los "pinos árticos", de los troncos cubiertos de escamas color cobre. Enormes masas de granito rojo, el famoso granito de Carelia, brillaban aquí y allá en el fondo de la floresta: parecía precisamente que mandasen rayos, del fondo blanco y negro de la nieve y del bosque. Por primera vez en mi vida, mucho más que en las junglas de Gimma, en Etiopía, he "sentido" todo el horror de la floresta.

¡Cuán diverso es este frente de Ladoga de los frentes de Alexandrowka y de Terijoki! En las trincheras de Alexandrowka y de Terijoki, se respira ya el suburbio de la metrópoli: las

casas, las villas, las calles, las cercas que circundan las jardines de las villas, los postes del telégrafo, los buzones, barnizados de celeste claro, los nombres de los negocios, el aire mismo, están ya impregnados del olor del humo, del gas, del carbón, del asfalto, tienen ya el color de la ciudad, ya revelan la atmósfera típica de los alrededores de una metrópoli. Es un olor humano aquel que se advierte en Kuokkola, en Alexandrowka, en Bielostrov.

Aquí, en el frente del Ladoga, es toda otra cosa. La presencia de Leningrado, más que sentirla, se adivina: escondida como está a la mirada por las inmensas florestas de Carelia, que crecen hasta lamer los suburbios nororientales de la inmensa ciudad. Es una presencia viva todavía: una presencia muda, en acecho tras el alto y compacto muro de la floresta. Parece casi de percibirse el respiro afanoso de la ciudad en agonía. Pero el principal protagonista de este frente es la floresta: ella domina, devora, aplasta cada cosa, prepotente y selvática: y aquí, el olor del hombre es cubierto por el olor del fuerte, acre y dulce al mismo tiempo, descarnado y helado, del follaje, de los tejidos inextinguibles de las ramas, de las intercolumnas de troncos negros, blancos y rojos.

Ya desde las cercanías del río Vuoksi, el respiro duro y violento de la inmensa floresta de Raikkola, viniéndome al encuentro bajo las nubes bajas (la tormenta levanta remolinos de nieve al horizonte) me había angustiado. Era un tétrico saludo, un advertimiento amenazador. Me sentía como extraviado, preso de un terror del cual, al principio, no lograba darme cuenta. Y he ahí, de improviso, a sacarme de mi extravío, tres aparatos soviéticos, agujereando el bajo techo de nubes densas y grises, aparecieron a mi derecha, casi a mi espalda, hacia la aldea de Saikkola. Su mecánico ronquido, sus opacos reflejos plateados de sus alas de aluminio, me regresaron de golpe a la realidad, al peso y la medida de mis límites humanos, como una prueba, inesperada y violenta de humanidad.

Contra la fuerza hostil de la naturaleza, contra aquella violencia y crueldad que la floresta —mucho más que el mar y la alta montaña— exprime con una intensidad angustiosa, los hombres, aunque enemigos entre ellos, no tienen otra ayuda, otro reposo, otra certeza, si no es la conciencia de la común humanidad. Dolorosa ilusión, algunas veces. Era de hecho una insidia, un engaño de mi mismo extravío: porque algunas horas después, entrando en lo vivo de la inmensa floresta, debí darme cuenta que nada hace a los hombres más enemigos entre ellos, nada los excita y los azuza el uno contra el otro, nada los hace tan duros e inexorables, como la violencia sobrehumana de la floresta. El hombre, en la floresta, vuelve a encontrar sus instintos primitivos. Sus profundos modos salvajes vuelven a salir a la superficie, rompen la delicada red de los nervios, reaparecen fuera de la pintura de las maneras, de las costumbres, de los prejuicios, en toda su bellísima y escuálida virginidad.

La repentina aparición de los aviones soviéticos, (aquel sonido alto y suave en el duro paisaje, aquella voz desierta) me hacen instintivamente buscar con el alma y con los ojos, en torno a mí, cualquier señal del hombre, todas aquellas señales humanas, aquellas imágenes de la vida humana, que pudieran dar un límite, una frontera, a mi íntimo extravío.

La primera imagen humana, venida a mi encuentro del fondo helado y desnudo de aquel paisaje esencial, ha sido una aparición extraordinaria. Casi dos demonios en acecho, casi dos “ángeles negros” precipitados fuera del límite azul de la ira divina, dos lucíferos miserables y piadosos. Los restos de dos paracaidistas soviéticos, que quedaron atorados entre las ramas de dos árboles, a poca distancia uno del otro. Un escuadrón de soldados finlandeses venía ya, trayendo escaleras y ganchos para desenredarlos de allá arriba y sepultarlos.

Los dos míseros cuerpos eran como dos sacos colgados a los árboles. (Aquella aparición, todavía no tenía nada de macabro).

El cuerpo se adivinaba, más que se viera, entre los rasgos del pesado overol de vuelo, un overol acojinado, cosido a cuadros, casi una especie de colchoneta hecha en forma humana. De las rasgaduras de aquellas colchoneta acojinada, que recuerda la vestimenta de los jugadores de cricket, aparecía no el uniforme soviético de color tabaco, sino el finlandés color de acero, lacerado en muchos puntos. Dentro de aquellos sacos informes, los cuerpos abandonados, con los brazos colgantes, la cabeza reclinada hacia la espalda. Un viso frío, helado, de aquel color lívido que toman los rostros de los colgados. Estaban allá arriba, colgados: el plomo de los *sissit* fineses, que noche y día exploran los bosques a caza de paracaidistas, los había fulminado en pleno aire, mientras descendían del cielo. (Casi diario los aparatos soviéticos dejan entre las líneas enemigas núcleos de paracaidistas, en gran parte vestidos con uniforme finlandés, para tratar de engañar al adversario). Nada había de repugnante, repito, en aquella aparición: parecía una de aquellas escenas que pintaban nuestros antecesores, donde el sentido del horror sagrado acompañaba las figuraciones de “ángeles negros”, de demonios. Y era realmente un horror sagrado, aquel que yo probaba: como si me apareciese a la mirada la prueba de la cólera de Dios, el último acto de una tragedia se desenvolviese en un reino sobrehumano, excelso, el epílogo de un pecado de orgullo, de una traición, de una revuelta de “ángeles negros”. Creo que William Blake, en sus visiones infernales, no había visto jamás, nada de así grandiosamente terrible, de así puramente bíblico: ni siquiera cuando pintaba sus ángeles apoyados entre las ramas de un árbol, como en aquel dibujo para “El Matrimonio del cielo y el infierno” que está en la Galería Tate de Londres.

A uno de los dos míseros cuerpos, se le había caído un zapato, que yacía entre la nieve al pie del árbol. Y era cosa extraordinariamente viva, real, aquel zapato solitario al pie del árbol, aquel zapato vacío, de duro cuero helado, aquel zapato triste, ex-

traviado, angustiado, que no podía más caminar, que no podía huir. Un zapato —diré a la manera de Poe— que “miraba hacia arriba”, con una expresión angustiosa, con cualquier cosa de animalesca. Como un perro que mira al amo, para implorar ayuda o salvación.

Me acerqué a los dos árboles. Los “ángles caídos” estaban demasiado altos del suelo para poder tocarlos. Uno de ellos apretaba en el puño una cosa brillante. Era una gran pistola, una nagan, la famosa pistola soviética. Alrededor, sobre la nieve habían esparcidos algunos casquillos de bala. Había salido del cielo disparando: mandaba, me han dicho los soldados, feroces gritos. Al tope de los dos abetos, las sombrillas blancas de los paracaidas envolvían las grandes ramas, como dos inmensas alas de muerte. Una ardilla saltaba entre la nieve, a pocos pasos de mí, mirándome fijamente con sus pequeños ojos brillantes. Los cuervos pasaban graznando sobre las cimas de los abetos, se oía de vez en cuando un trueno lejano. El silencio era duro alrededor, helado y transparente, como un bloque de cristal. Los soldados habían ya apoyado las escaleras a los dos árboles, ya comenzaban a subir. (Un “descenso de la Cruz”, siniestro y piadoso).

Paso a paso proseguía hacia la ribera del río Vuoksi, las señales humanas se hacen más frecuentes, más precisas, en la inmensa, imparable violencia de la floresta. Son las señales de la batalla que por meses y meses ha enfurecido con fuerza estos bosques profundos: armas, fusiles despedazados, cascos de acero, gorras soviéticas de punta, de forma tártara, gorras finlandesas de pelo de cordero grises, color de plata, casquillos de cartuchos, cargadores, rollos de alambres de púas, todas las señales del hombre, las miserables y esplendorosas señales del hombre. Hasta que llegamos al río. La floresta tiene, aquí, una especie de pausa, de descanso: se deja dócilmente abrir por el río, que corre por una amplia depresión, de los costados leves. Pero allá abajo, sobre la ribera opuesta, la floresta recomienza, más dura, más apretada,

más violenta. El crepitar de las ametralladoras se anuncia de lejos, el “tapum” de los fusiles, el trueno sordo de las explosiones entre los árboles. Y al fondo de aquel paisaje de sonidos y de colores, dentro de un blanco de la selva, brilla un no se qué azul, un no se qué brillante, como el tremolar de una irreal cosa marina: el Ladoga, la inmensa extensión helada del Ladoga.

Si bien Leningrado está a pocos kilómetros de aquí, la guerra, en estas florestas, parece renunciar a su carácter político y social. Me aparece liberada de la violencia de la “moral obrera” soviética: pero oprimida por una violencia aún más dura, aquella de la bestialidad primogénita de la naturaleza y del hombre. Asume un carácter más concreto, más simple (y por eso más terrible), sin sobreestructuras ideológicas o morales. Es la guerra en su forma más absoluta. Toda instinto, toda física, bestial.

Los grupos soviéticos que defienden este trecho de frente, no son las brigadas de asalto obreras, como sobre el frente de Alexandrowka o de Bielostrov. Son grupos del norte de Rusia, siberianos de la taigá, soldados de los Urales, gente nacida y criada en los bosques. Y los fineses que están frente a ellos, son también, hombres nacidos y crecidos en las florestas, leñadores, campesinos, pastores. Hombres, los unos y los otros, en la más simple y genuina expresión. Pero, sin querer disminuir el valor de los soldados soviéticos, es necesario decir que en la guerra de floresta, los rusos son netamente inferiores a los finlandeses. No por valentía, no por espíritu de sacrificio, y ni siquiera por las elementales cualidades humanas. Sino por el menor sentido individual, por su menor eficiencia técnica.

En la guerra de floresta, donde más que el instinto, es necesaria una extrema rapidez de decisión y de iniciativa, el finés tiene siempre superioridad sobre el adversario, más lento, más incierto, más perezoso, y, aquello que más cuenta, más numeroso, esto es, apesantado por el número, que en la floresta es un grave impedimento. Las patrullas rusas están compuestas de

treinta, de cincuenta, algunas veces hasta de cien hombres. Las finesas son delgados núcleos movilísimos, velocísimos. Los sissit finlandeses vuelan sobre los esquíes, surgen de todas partes sobre los adversarios, los circundan, los barren con el fuego preciso de sus konepistoli. Y los rusos, privados de esquíes, privados de raquetas, marchan a pie enterrándose en la nieve casi hasta el vientre. Se haten ferozmente, pero sucumben. A mi juicio, esta superioridad del finés, no nace solamente de un más refinado sentido del bosque, de un más agudo instinto, de una más delicada, casi animal sensibilidad, sino del hecho de que cada finés —leñador, campesino, pescador, pastor de renos— es ayudado, en comparación al adversario, del altísimo grado de desenvolvimiento técnico alcanzado por Finlandia, donde la moral dominante es una “moral obrera”, socialmente más adelantada que la soviética, e individualmente más diferenciada, determinada en modo más sensible de la técnica, del tecnicismo. (Si consideramos, por otra parte que, pese a la formidable industrialización de la agricultura, así como de toda la vida soviética, pese a los Piatiletki, el stakanovismo de los kolhoz, de la minería, de los aserraderos, de los trusts de la pesca, etc., etc., es indiscutible que los beneficios de tal industrialización no se han extendido aun a las extremas regiones del norte de Rusia, europea y asiática, esto es, a las regiones de las cuales provienen las tropas soviéticas de este sector del frente).

En este sentido, se puede decir que el pueblo finés, como el sueco o el noruego, es leñador, campesino, pastor, pescador, y al mismo tiempo obrero. Posee una “moral obrera”, no una moral campesina: tiene rapidez de decisiones y de iniciativa, sentido individual, etc. (dotes que los obreros, indiscutiblemente, poseen en medida mayor que los campesinos: y eso, en cualquier parte del mundo). Su superioridad sobre el ruso no está solamente en el instinto: está en la moral. (Y se comprende que por moral no entiendo aquello que se refiere a costumbres, o a la noción del

bien o del mal: sino a aquello que “moral” significa en la comparación social y técnica, no en la pura comparación humana).

El hombre, he dicho ya, aparece aquí en su forma más absoluta, más esencial. El hombre, en la floresta, es puro: su fuerza está toda en su retorno al instinto, en aquel abandono suyo a la fuerza oscura de aquella inexplorada selva que rumora en el fondo de las vísceras del género humano. Bastaría su extraordinaria vitalidad para persuadirnos que la simplicidad del hombre natural se acompaña, en él, de un casi innatural desprendimiento del mundo físico. Es como un bloque de piedra, como un tronco de árbol: es insensible a las fatigas, a los sufrimientos, a las heridas, al dolor de la carne. Acepta la muerte con una facilidad sorprendente y casi angustiosa.

El coronel Merikallio, que comanda el sector de Raikkola, me habla de sus hombres con aquella inteligencia afectuosa que nace de la vida común, y de la común simplicidad con todos, soldados y oficiales, afrontan la guerra en la floresta, la muerte en la floresta. (El coronel Merikallio es un hombre de unos cuarenta y dos años, del rostro juvenil, de ojo profundo y claro: habla, ríe, se mueve, con una seca, inocente elegancia. Es un hombre del Norte: es de Oulu, en Ostrobtonia). Estamos sentados en su kormu en medio del bosque, cerca de una aldea destruída. Llegan del exterior las voces calmadas de los soldados, el rumor de los esquíes sobre la nieve, el trueno ronco de una hacha en el tronco de un árbol, el rechinar de un trineo.

Es ya el ocaso, el reflejo azul del Ladoga se oscurece poco a poco en el cielo lúcido como una ligadura de hielo. Salimos a la puerta del korsu. A un centenar de pasos, surgen los establos. Se oyen los caballos relinchar dulcemente, en la espera del pasto de celulosa. (A falta de forraje, los caballos finlandeses comen celulosa). Alrededor de una tosca mesa, cuatro Lotta están destripando, con sus afilados punkot, algunos grandes peces pescados por los sissit en los hoyos excavados en el hielo del lago. El

olor fuerte del pez llega, traído por el viento ligero que sopla de la floresta. Un grupo de soldados están reunidos frente a una barraca. Es la barraca de la enfermería.

“¿Qué cosa hay?”, pregunta el coronel Merikallio a un artillero. “Debe haber un herido”, responde el artillero.

Nos dirigimos hacia la enfermería. Una Lotta enfermera, una muchacha rubia, de bella sonrisa tímida, está ofreciendo un vaso de coñac a un soldado.

“Observe aquel hombre”, me dice el coronel Merikallio, apretándome el brazo.

Es un joven alto, fuerte, moreno, palidísimo. Esta con la cabeza desnuda, y tiene una mancha roja en medio de la frente. Una pequeña mancha roja, un poco arriba del encuentro de las cejas.

El soldado toma el vaso con mano firme, se lo lleva a los labios, lo vacía todo de un trago. Sonríe. Y al voltearse para regresar el vaso a la Lotta, nos muestra la nuca. Tiene un agujero en medio de la nuca, del cual un hilo de sangre corre lentamente. El agujero de salida de una bala. El proyectil le ha atravesado el cráneo, no sé como, sin tocarle ningún centro vital. El herido habla, ríe, ha venido a pie desde el puesto avanzado hasta la enfermería, a través del bosque. Alguno le ofrece un cigarrillo. El herido lo toma, se pone a fumar y yo tengo casi miedo de verle salir el humo por el agujero del centro de la frente. (He considerado bastante para narrar este hecho: el lector es desconfiado, lleno de sospechas por las cosas extraordinarias. Pero este, es un hecho verdadero. Y no puedo agregar más que un detalle: el herido se llama Linnala Putteli Johannes Pentti. El apellido es Pentti). Está ahí de pie, frente a la puerta de la enfermería, ríe y habla como nada fuese. Dice: “He sentido un gran golpe en medio de la frente, como una pedrada. Caí de asentaderas”. Alrededor, todos ríen. Pálido como una estatua de mármol. No es solamente un hombre: es una piedra, una planta, un árbol.

“Así son todos”, me dice el coronel sonriendo, “forman parte de la floresta, son precisamente como pedazos de floresta”. Nos ponemos a caminar por el estrecho sendero, en el tupido de los árboles. Las piezas de campaña están esparcidas en el bosque, bajo rústicos techos de ramas. La floresta en torno está viva de sonidos, de voces débiles, de imperceptibles rumorillos. El coronel Merikallio me dice que las patrullas finesas se tienen en comunicación una con la otra, por medio de sonidos imitados de los de la naturaleza: píar de pájaros, gruñidos de ardillas entre las ramas, más frecuente el canto del cúculo, el pájaro sagrado de Carelia. Los sissit caminan teniendo en la mano una rama seca, que cada rato rompen entre los dedos, regulando, modulando a gusto el crepitar. Los sissit de la patrulla vecina descifran el rumor de la rama rota, responden, se hablan entre ellos por medio de aquella voz de la naturaleza. Para advertir de un peligro a las patrullas lejanas, un sissi se trepa en el tronco de un árbol, agita dulcemente la cima, como haría una ardilla. La cima de otro abedul responde a lo lejos.

El cañon truena en las riberas del Ladoga. El sonido de las explosiones se propaga de tronco en tronco, como un batir de alas, un agitar de ramas y de hojas. Y alto, sobre aquel vivo silencio que el “tapum” solitario, el sonido remoto del cañón, acentúan con blando abandono, se alza insistente, monótono, purísimo, el canto del cúculo, un grito que poco a poco parece que se vuelve humano. Cucú, cucú, cucú, cécú. El coronel Merikallio se mete a cantar entre dientes el *Repparin laula*, el canto de los leñadores carelianos.

Siell'mie mierolaisna lauloin
kun ees oll'mieron piha
Karjalan maili Kuldakököset kukkuu.

Un estremecimiento frío me corre por los huesos. Y no es miedo, sino algo más profundo, más secreto: la angustia de la floresta, de la impasible violencia de la floresta.

XXVIII

CON EL "HOMBRE MUERTO" EN LA INMENZA FLORESTA

Floresta de Lumisuo, a espaldas de Leningrado, abril.

Hace algunos años, estaba sentado en una butaca de las primeras filas del Balsciói Teatr de Moscú, el antiguo Teatro Imperial de la Opera, el máximo teatro de la U.R.S.S., para asistir a la presentación de un famoso ballet, el Krasnij mak (La Amapola Roja) que en aquel tiempo traía en delirio a la multitud obrera de la capital soviética. Era un ballet inspirado en la primera revolución comunista china, aquella capitaneada por Chiang Kai Shek y el comisario soviético Karakan, el dictador rojo de China. (Estaba sentado junto al escritor Bulgakow, autor del drama *Los días de la familia Turbin*).

A cierto punto, la escena se vé invadida por una multitud de bailarines vestidos de rojo, que simbolizan a los comunistas chinos, y de un inmeso grupo de bailarines vestidos de amarillo, que representaban las fuerzas antirrevolucionarias. La batalla entre aquellos dos ejércitos de flores, el ejército de las amapolas y aquel de las flores de loto, se desenvolvía con fuerza, según una arquitectura coreográfica rica en evoluciones, de arcos, espira-

les, de un extraordinario, sorprendente efecto. El arte finísimo de la Escuela de Baile del antiguo Teatro Imperial, renovada por el Gobierno Soviético, aquella gigantesca coreografía (se calculaba que sobre la escena, en el punto culminante de la batalla, irrumpiesen cerca de 1,200 bailarines), toda aquella fantasmagoría, absurda y pueril imaginación simbólica, el batir de los pies, velocísimos y ligeros, el abrirse y cerrarse de aquellos miles y miles de brazos, los giros volantes de aquellos miles y miles de bailarines, creaban en el inmenso teatro, donde un determinado público de obreros se agrupaba en silencio, sosteniendo el respiro, una singularísima atmósfera de angustia.

El gentío estaba con los ojos intensamente abiertos, las manos agarradas a los brazos de las butacas, todo el cuerpo tenso, echado hacia adelante, con ávida preocupación. El olor, lento y pesado de las amapolas, parecía invadir la sala, llover sobre la multitud de espectadores, sumida en la onda tibia y densa de una extraña somnolencia de opio. Los ojos, deslumbrados por aquel contraste de rojos y amarillos, veían arremolinarse, en una enorme rueda de luces, corolas, pistilos, pétalos, flores, flores, flores de carne. Y de aquella somnolencia de opio, nacía una especie de opresión, una verdadera y real espera angustiosa.

En un momento, la música explota en un altísimo grito; calla, y los remolinos de las amapolas, y de las flores de loto, se quedan quietos de un solo golpe, y bajo el ala palpitante de los pétalos, agitados por la respiración afanosa de los bailarines, aparecen miles y miles de rostros humanos, descompuestos por la fatiga de la danza.

Fué una especie de liberación. El gentío de espectadores se quedó postrado en silencio por algunos minutos. Y una joven obrera sentada delante de mí exclamó con un suspiro de alivio: "Ach! ja dúmala c'to eto pravda bili sveti! ¡Ah, creía que fuesen efectivamente flores!". Después, un aplauso delirante, sin fin, una tempestad de gritos frenéticos.

En este episodio pensaba ayer, cuando con un grupo de oficiales y soldados, me encontraba cerca de la primera línea, en la floresta de Lumisuo. Porque a un tramo, el sissi de punta se detuvo, quedó en escucha, y todos nosotros nos paramos, quedando en escucha, la oreja tensa, la vista fija en la espesura del bosque.

La floresta, en torno a nosotros, se había venido animando poco a poco, llenándose de rumores extraños, de sonidos ligeros, misteriosos. Parecía que los árboles se moviesen, caminasen en la punta de los pies sobre la nieve. Se advertía en torno un murmullo, un rumor, un sibilante levísimo, casi un respiro, como si no uno, sino cien, no mil, sino cien mil ramas se rompieran con un sonido seco apenas perceptible, aquí y allá, en lo espeso del bosque. Era el mismo misterioso sonido que hacía un gentío caminando en silencio en una floresta. Estábamos quietos, deteniendo el respiro. Y de improviso, aparece a nuestra derecha, entre los troncos de los árboles, una patrulla de exploradores fineses, de sissit. Resbalaban cautelosamente sobre la nieve, sus blancas camisas aparecían y desaparecían como sombras transparentes entre los abetos. Y yo, tras un suspiro de alivio exclamé: "¡Ah, pensaba que en verdad los árboles caminasen!". Nos pusimos a reír: aquel suspiro, aquella risa, me quitó la angustia. Porque la inmovilidad y el silencio de la floresta tiene mil voces, revelan su cerrada trama de un modo continuo, formado de miles de movimientos improvisos. La floresta es una bestia viva, una enorme fiera en emboscada. Y la angustia que da la floresta a un profano, nace precisamente de aquella instintiva inversión de la imaginación a la realidad, aquel "creer", aquel "sentir" de que realmente los árboles caminan, tienen bocas, ojos, brazos, para gritar, espiarte y agarrarte.

Llegamos poco después a un pequeño campamento. Dos tiendas surgían en las márgenes del sendero, cerca de algunas tumbas de soldados soviéticos. Eran los restos de una patrulla de veinte hombres infiltrados el día anterior a las espaldas de las

trincheras finesas, y llegaron hasta donde encontraron la muerte. Simples tumbas aún frescas, con un palito de madera enterrado en la nieve sobre cada tumba, y sobre cada palo un casco soviético de fieltro en punta, de forma tártara. Sobre los palos estaban inscritos los nombres de los caídos, y los nombres de los soldados finlandeses que los habían matado.

Dentro de la tienda en que penetré, algunos soldados semidesnudos estaban acurrucados alrededor de la rudimentaria estufa que se encuentra dentro de cada korsu y de cada una de estas teltat. Un humo claro, con el grato olor de la madera de abedul, llenaba la tienda. Hacía calor. Cuando abrimos, los soldados dijeron "Hyvää päivää", (buenos días) y nos miraron fijamente sin agregar palabra. (En la floresta nadie habla. No necesita hablar. Los hombres, en la floresta, son piedras, plantas, árboles, animales: no sólo hombres). Nos veían fijamente, observando con curiosidad mi uniforme, mi sombrero alpino: pero sin decir nada, como si fuesen mudas estatuas de granito o de madera. Habían sido relevados de vigías hace poco. Cansados, estaban secándose en torno a la estufa casi desnudos. Los pantalones, ropa interior, las camisas blancas, colgaban de un alambre que atravesaba la tienda. Los hombres se pasaban de mano en mano, en silencio, el paquete de cigarrillos que había yo ofrecido a uno de ellos. Cuando me levanté para salir, dijeron: "Hyvää päivää", nada más. Se quedaron acurrucados alrededor de la estufa, fumando: sus pequeños ojos grises brillaban en la penumbra.

Los oficiales que me acompañaban, me informan que dos patrullas soviéticas se han infiltrado en el bosque, a espaldas de la primera línea. Nos ponemos sobre el estrecho sendero en silencio, caminamos despacio, despacio, sin hacer rumor, aguzando la vista. Cargas de fusiles y ametralladoras resuenan aquí y allá en el fondo del bosque, interrumpidas por un profunda y largo intervalo de silencio. Enjambres de balas perdidas nos pasan rozando las cabezas, algunas ramas rotas caen sobre la nieve. En

aquel intervalo de silencio, miles de imperceptibles rumorcillos suenan en torno a nosotros, es como el leve e inmenso murmullo de una grandiosa serpiente entre la hierba. La floresta aparece desierta a la vista, intacto el bordado de las sombras de las ramas y de las hojas sobre el tapete de nieve.

Del blanco follaje de un grupo de abedules, sale de improviso, zigzageando sutilmente, un esquiador finlandés, un *sissi*, resbala frente a nosotros, a través del sendero, la *konepistooli* (la pequeña y maravillosa pistola ametralladora finlandesa) abrazada fuertemente bajo la axila, lista a hacer fuego. Blancas sombras de *sissit* resbalan silenciosas entre los árboles, allá abajo, hacia nuestra izquierda. Los distingo claramente en las sombras de la floresta que siempre se pone más densa. Una luz tórbida se filtra a través de las altas ramas de los abetos, de los pinos, de los abedules. Un palomo repite su verso, insistente, monótono, puro como un sonido metálico. Es esta la zona donde vienen los encuentros de patrullas. Es una zona vírgen, se puede decir, una especie de intermedio entre la primera línea fina y sus núcleos de resistencia esparcidos invisiblemente en el bosque. A un trecho, un llamado gutural cae de lo alto. Es como el ronco canto de un pájaro en celo. Alzo los ojos, y alta, sobre las cimas de los árboles, veo surgir del cerrado tejido de la floresta, una torre de madera, una especie de trapecio de unos quince metros de alto, formado con ramas torcidas, que se adelgaza lado a lado elevándose hasta terminar en una pequeña plataforma aérea montada en una especie de cobertizo en la punta, similar a un gorro mongol. Algunas escalerillas de madera se van encontrando de un plano al otro, hasta llegar a la plataforma. Es una de esas torres vigías que los rusos construyen aquí y allá, en los bosques, tras las primeras líneas. Ahora están en manos de los finlandeses. De lo alto de la torre, el atalaya finés cuida un gran trecho de floresta, sigue y acompaña con los ojos el tortuoso camino de las patrullas de *sissit*, descubre los engaños de

las patrullas soviéticas y está listo para dar la alarma por medio del teléfono o de un cohete rojo. El grito gutural que habíamos escuchado es la señal para nosotros de que la vía está libre. Un sonido ronco, parecido al de un pájaro en celo, he dicho porque, en la floresta, ocurre disfrazar la propia voz: el grito de un animal, el rumor de una rama, el tronido seco de un arbusto despedazado, no son algunas veces, sino voces humanas disfrazadas.

En tanto, llegamos junto a la primera línea de fuego. Es una larga trinchera excavada en zig-zag en el duro suelo helado. Una trinchera profunda, revestida de maderos de abedul y pino, lisos y relucientes, de aquel bello amarillo rojo que tiene el "pino ártico", de aquel blanco-amarillento del abedul. De vez en cuando se abre en la trinchera la boca de un *korsu*, de un refugio, de un nido de ametralladoras, de cañones antitanque, de lanzaminas. Todo en perfecto orden, limpio, liso, tenido en un meticuloso arreglo que revela no sólo la naturaleza de la disciplina fina, hecha sobre todo de amor al orden, sino de la mentalidad fría y precisa de este pueblo, casi diría, de su carácter luterano, su amor por la simplicidad, la claridad, la esencialidad. Un orden todavía un poco débil, sin imaginación: casi severo.

Aquí y allá, en el bosque, a espaldas de las trincheras, colgados uno sobre el otro, altos, un par de metros, están alineados verticalmente los esquíes de los *sissit*, y a un lado de cada par de esquíes, cuelgan los bastones, las raquetas, los guantes de piel de reno o de piel de perro. (Son bellos los guantes de piel de perro, pero horribles, con el pelo largo y blando. Y no olvidaré jamás la impresión que suscitó en mí, al mirar, en Helsinki, en el aparador de una peletería, una piel de perro curtida entera, con todo y cabeza). A la entrada de cada refugio, de cada *korsu*, al lado de la escalerilla que lleva bajo tierra, un armero de madera barnizado, con su pequeño techito para guardarlo de la nieve, alinea los fusiles, los mosquetes, las *konepistooli* de los soldados que ocupan el refugio. Las armas son engrasadas con cuidado,

bien brillantes, las partes de madera parecen barnizadas hace poco, los estuches de cuero llenos de un sutil extracto de vaselina para que el hielo no los endurezca. Este perfecto orden da un sentido de reposo, de confianza, de seguridad. Ni una basura, ni un pedazo de papel, ni un desperdicio sobre la nieve, que aparece intacta, inmaculada, a los lados de los estrechos senderos y de las pistas señaladas por los esquíes.

Recorremos la trinchera por un largo tramo, observando el terreno que está adelante. Entre nosotros y la línea soviética, se extiende la cadena de pequeños puestos, a cerca de trescientos metros, no más. Cada uno de estos puestos avanzados, que en finlandés se llaman *variot*, está unido por un teléfono a la primera línea. Entre cada pequeño puesto y el siguiente, hay cerca de cien metros, los que bastan para sostenerse uno a otro en caso de ataque.

Mientras observamos el terreno adelante, se levanta a nuestra izquierda un violento fuego de ametralladoras. "Son ellos", dice uno de los oficiales que me acompañan. Desde hace algunos días los rusos se muestran nerviosos y agresivos. Temen que los finlandeses estén preparando cualquier cosa. Sus patrullas tratan de infiltrarse en las líneas adversarias, para capturar cualquier prisionero, llevárselo vivo a sus propias trincheras y hacerlo hablar. Esta noche, una gruesa patrulla soviética ha atacado el pequeño puesto avanzado frente a nosotros. Uno de los dos vigías ha quedado muerto, el otro, aunque herido, ha tenido tiempo de dar la alarma por teléfono. Los rusos amarraron las manos de herido, y ya estaban llevándose hacia sus línea por la nieve, cuando un grupo de *sissit* saltó en ayuda del compañero, y después de una terrible lucha a golpe de *puukko* (el puñal finés), lograron salvar al atalaya herido de las manos del enemigo y volvieron a traérselo hacia atrás. "Un episodio insignificante", me dice un oficial, "la guerra en la floresta está hecha de estas pequeñas cortesías recíprocas". Y agrega que de al-

gunos días los rusos no hacen otra cosa que tratar de infiltrarse, de circundar los puestos avanzados.

Pero los soldados finlandeses, alrededor nuestro, están tranquilos, como si nada hubiese. Sentados sobre las cajas de municiones, cerca del tripie de sus armas, los ametralladoristas leen tranquilamente. (Es increíble la pasión de los finlandeses por la lectura. En primera línea está prohibido el alcohol, y el tabaco es escaso. Los soldados beben leche y leen novelas, manuales de ingeniería, de electrónica, de radiotelegrafía). Me acerco a uno de estos ametralladoristas y observo el libro que está leyendo, es un volumen de historia natural: *La fauna ecuatorial asiática*. En las láminas a colores se suceden tigres, elefantes, serpientes. Y en torno a las páginas del libro, en torno a las láminas de colores llenas de fieras y de plantas amarillentas y rojas de sol, la nieve hace una capa dura y blanca, de un violento contraste con aquella fauna y aquella flora ecuatorial.

En una especie de rústico librero, al lado de las armas, veo alineada una pequeña biblioteca: novelas policíacas, libros de historia, de geografía, manuales técnicos. Y algunos libros rusos encontrados en las casas y las escuelas de las aldeas, o con los prisioneros soviéticos. Ah, veamos entonces qué cosa leen los soldados rusos. Son, también estos, en su mayor parte, volúmenes técnicos. Hay hasta un libro sobre Stalin, regimiento ilustrado. El ametralladorista me acerca el volumen con una irónica sonrisa. Las páginas de texto se alternan con páginas fotográficas, llenas siempre de retratos de Stalin, de fotografías de Stalin en todas las poses. Bajo una fotografía, que abarca toda la página, está escrito: "Stalin y Kirov en el parque de cultura (*Fiskultura*) de Leningrado". Los dos hombres están de pie uno junto al otro. Kirov un poco más alto que Stalin, más flaco, los cabellos revueltos por el viento. Stalin sonríe, indicando con la mano extendida un equipo de fútbol. Tras los dos hombres se abre un fondo de juegos, de redes de tenis, de campos de juego de fútbol,

de barracas de tiro al blanco, todo el vasto paisaje de Luna Park, en el inmenso parque de diversiones de la metrópoli roja. (Kirov, presidente del Soviet de Leningrado, el sucesor designado por Stalin para la dictadura de la U.R.S.S., ha muerto hace algunos años, asesinado por elementos trotskistas).

También el año pasado, en Ucrania, he encontrado muchos de estos libros, muchos anuncios murales en las Casa del Soviet, en los Tribunales del Pueblo, en las sedes de las Cooperativas, en las bibliotecas de los kolhoz, representando a Stalin y Kirov, uno junto al otro, sobre fondos de chimeneas, de tractores, de dínamos, de máquinas agrícolas. Kirov es el hombre del cual la fracción stalinista del Partido Comunista, ha acusado su pérdida con profunda condolencia. Las represalias provocadas por su asesinato fueron atroces. Se cuentan por millares los obreros fusilados en Leningrado el día de los funerales de Kirov. (Funerales gigantescos, teatralmente perfectos). Pero la masa obrera de Leningrado ha quedado fiel al propio extremismo, a la propia "herejía" trotskista.

El soldado finés me muestra a Stalin con el dedo y sonríe. Antes de meter el volumen en el librero, pegado a los manuales técnicos soviéticos, hojea las últimas páginas con irónica atención. Están llenas de diseños de máquinas, fotografías de máquinas. (Bajo la piel del soviétismo, corre una savia del "americanismo" sorprendente). Los elementos del "americanismo" son evidentes en la vida y en la concepción soviéticas. Visibles, como símbolo, además que en ciertas declaradas afirmaciones y abiertas fórmulas de Lenin (su definición "americana" del bolchevismo es notoria: Soviet + electrificación = bolchevismo) también en ciertas manías típicas suyas, más frecuentes en los últimos meses de su vida, cuando ya agonizaba en una villa cercana a Moscú. En los días que precedieron a su muerte, Lenin pasaba horas y horas tirado en un sillón, dibujando sobre pedazos de papel, con el lápiz, perfiles de máquinas y de rascacielos. En el

Museo de Lenin, en Moscú, hay una pared entera cubierta con aquellos diseños suyos: dínamos, grúas, puentes de acero y rascacielos, rascacielos, rascacielos, todo un inmenso panorama de rascacielos enormes y complicadísimos. Una especie de obsesión. (del resto entre este parentesco entre la moral americana y aquella soviética, entre "americanismo" y "soviétismo", se ve toda una literatura, extremadamente interesante, constituida por los grupos de técnicos y de obreros americanos, ingleses, checoslovacos, franceses, escandinavos, etc., que fueron a trabajar en las industrias de la U.R.S.S. Son en la mayor parte simples opúsculos, basados en una experiencia, alguna vez dura, siempre interesantísima, de tres, cuatro, cinco años de permanencia en los talleres y canteras, en los kolhoz y minas de la Unión Soviética, y publicados por editores de absoluta seriedad e imparcialidad. Ellos concuerdan todos con el carácter "americano" de la moral comunista, de la sociedad comunista. Se entenderán muchas cosas, aún en comparación a la política de los U.S.A. y de la U.R.S.S., si se toma en cuenta esta analogía).

Salimos de la trinchera y entramos en los bosques de los pequeños puestos. A derecha e izquierda del sendero se extienden los tableros de la zona minada. Es necesario proceder cautelosamente, sin producir el más mínimo ruido. (Allá, frente a nosotros, los vigías rojos paran el oído al rumor de nuestros zapatos). Me parece que la nieve suena horriblemente bajo la suela de goma de mis "vibram". A cierto punto debíamos separarnos uno del otro y proceder a escondernos detrás de los árboles. Así llegamos al pequeño puesto. Es una media luna de troncos de pino, reforzada de piedras y nieve batida. De pie, junto al parapeto, la cabeza apenas salida un poco de la frágil muralla, el vigía finés acecha el bosque. Es el "hombre muerto", el vartio, el centinela avanzado, aquel que en un tiempo se llamaba entre nosotros "centinela muerto".

Es un soldado de unos treinta años, oscuro, bajo de estatura, flaco. Tiene el rostro surcado de sutiles arrugas concéntricas en torno a los ojos y a la boca. Un rostro viejísimo, parece decrepito: es por el reflejo helado de la nieve, aquella luz azulina del bosque, que se le mete sobre la cara como una máscara de papel arrugado. Los ojos fijos, la quijada firme, inmóvil. Gruesas lágrimas le corren por el rostro cubierto de arrugas. Parece casi que llora. Es el frío, la tensión nerviosa, es la fijeza de aquella mirada aguda y helada, que le exprimen las lágrimas de los ojos. Aquella especie de llanto silencioso, de llanto viril, tiene algo de extraordinario, de misterioso, de conmovente. Aquel hombre que llora, solo en la floresta, a dos pasos de la muerte. Parece que no respira. Cuando le llegamos por las espaldas, ni siquiera volteá. Es el vartio, el "hombre muerto". Parece un cadáver en el cual la vida se ha refugiado toda en los ojos y en las orejas. Está tenso a recoger el más leve sonido, los rumores imperceptibles a mi oreja profana.

Aquello que para mí es silencio, para el vartio es un menudo trezado de voces, un coro inmenso de mudos rumorcillos. El vartio es como una antena humana que intercepta las ondas sonoras de la floresta. El enemigo está allá, frente a él, a doscientos metros de distancia. Diez, veinte ojos lo espían por detrás de los troncos de los árboles. El perfil de su cara oscila en vilo sobre diez, veinte grados. El vartio no es ya más sólo un hombre. Es una bestia selvática, todos sus instintos animales están concentrados en la pupila, en el lóbulo de la oreja, en la punta de los nervios. No mueve una ceja, no mueve la cabeza. Un temblar nervioso le palpita en las narices. Tengo la impresión de que si una bala le golpease en una sien, aquel ojo suyo fijo, no se apagaría, aquel temblorcillo nervioso continuaría a palpar en su nariz exangüe.

La luz poco a poco se hace más densa y parece que se esfumara, como un leve humo, dejando en sombras los pies de los

árboles, la mancha de los matorrales. Es una luz gris, extraída de tenues reflejos azules. Una extraña luz azulina, líquida, inmóvil, como aquella de un lago.

"El hombre muerto" en un momento vuelve la cabeza. Me mira. Es una mirada clara y fría. Me penetra en el cuerpo como una de esas espadas desnudas que los tragaespadas se meten en la garganta. Posiblemente es una sonrisa aquello que se dibuja en sus labios, en aquel rostro lleno de lágrimas. Pero es un momento, apenas un relámpago. El vartio vuelve la cabeza y se vuelve a congelar en aquella posición suya de estatua. Y poco a poco hasta yo comienzo a percibir los miles de mudos sonidos de aquel inmenso silencio.

Es como un respiro callado, un rumor, un leve rumorcillo. Una rama suena. La hoja de un abedul cae rodando. Un gran pájaro vuela entre las frondas. Una ardilla se mete sobre el tronco de un pino. Y un rato después, "siento" la mirada de los vigías enemigos, invisibles allá abajo, frente a nosotros, a unos doscientos pasos de distancia. "Siento" que me vigilan. Suspenso el respiro. A nuestra derecha, de improviso, se levanta un grito largo, un grito convulso, doloroso, un grito largo como una carcajada. Es casi una carcajada, dura, mala. Parece el grito de una ardilla. Y rápidamente la carcajada es apagada por una descarga de fusiles-ametralladora: los proyectiles pasan zumbando por nuestras cabezas. (Alguien camina sobre la nieve allá abajo. Se oyen sonar las ramas, un respiro afanoso). Después, el silencio.

El "hombre muerto" no se ha movido, ni siquiera ha pestañeado. Como un bloque de piedra, como un tronco de árbol apoyado al parapeto del pequeño puesto. Extraña guerra ésta de la floresta. Extraños aspectos de este inmenso sitio. Allá abajo, por aquellas pantallas de árboles, por la exterminada distancia de la selva de Lumisuo, se adivina la enorme ciudad llena de desesperación y de voluntad fanática, las calles de los suburbios llenas

de trincheras, de caminos, el puerto poblado de naves prisioneras, en la estación enjambres de autos y convoyes paralizados, las plazas llenas de gentíos silenciosos, entre el ruido de los altoparlantes. Y aquí, en esta floresta, una cadena de "hombres muertos", extrema avanzada de un ejército frío, impassible, taciturno.

Mientras reflejo los singulares aspectos, los duros contrastes del sitio de Leningrado, se oye de improviso, a nuestra izquierda, un rápido fuego de fusiles y ametralladoras, las explosiones sordas de las bombas de mano. El vartio se quita del parapeto, aferra la bocina del teléfono, pronuncia algunas palabras en voz baja, lentamente vuelve a poner la bocina en su lugar, y regresa a apoyarse al murillo de troncos y piedras. "Están atacando el pequeño puesto de nuestra izquierda", me secretea en la oreja el teniente Svardström.

Debíamos regresarnos. Antes de dejar el puesto avanzado, dejo sobre el parapeto, junto al vartio, dos cajetillas de cigarros. El "hombre muerto" ni siquiera voltea, como si no las hubiese visto. En las arrugas de su rostro la luz azulina del bosque se refleja cansada y profunda. Parece un rostro de papel azul. Y de nuevo, el líquido silencio de la floresta. Mientras desfilamos uno a uno por el estrecho sendero, una bala perdida me zumba en la oreja y se clava rugiendo en el tronco de un árbol. (Aquel rostro lleno de arrugas, aquel rostro surcado de lágrimas. El llanto del vartio solo en la floresta).

XXXIX

MASCARAS DE HIELO

Riberas del Ladoga, a espaldas de Leningrado, abril.

Se baja al lago a través de una cerrada mancha de arbustos, entre enormes masas de granito rojo esparcidas aquí y allá, en el bosque cubierto de cráteres de las granadas soviéticas. Y a un trecho, frente a nosotros, se abre la inmensa extensión azulada del Ladoga, de este "Caspio de Europa". Es como un espejo de plata incrustado en el duro marco de la floresta. La superficie, aún helada, refleja el cielo con un esplendor violento y nítido. (Esta mañana, el hielo está lúcido, de un bello color de vidrio. Tiene el mismo color verde-azulado del vidrio de Murano). La ribera soviética aparece indistinta en el horizonte, apenas aflorente de un polvillo plateado de reflejos de madreperla.

Este es el punto muerto del cerco del sitio. Aquí falta un anillo a la cadena. De esta ribera, hasta la punta avanzada germana de Schlüsselburg, se extiende la inmensa superficie helada del Ladoga. Cuando, en el último otoño las tropas finlandesas provenientes de Tapperi, llegaron a este tramo extremo de la orilla del Ladoga, y los alemanes, girando a la espalda de Le-

ningrado ocuparon Schlüsselburg, (en el punto donde el Neva, desembocando en el lago, se mete en la ciudad), el cerco del sitio podía decirse soldado y la antigua capital de los antiguos Zares completamente encerrada. Por algún tiempo, de hecho, ninguna ayuda podrá romper el bloqueo y penetrar en la ciudad.

Pero viene el invierno. El lago se cubre de una espesa capa de hielo. Y sucede aquello que estaba previsto por el Comando germano y finlandés; para unirse hasta la sitiada ciudad, el Comando soviético intenta aprovecharse del puente de hielo del Ladoga. Aunque audacísimo, el proyecto, estudiado por los técnicos del genio militar ruso, podía también no aparecer, a primera vista, irrealizable. Se trata nada menos que de construir, sobre la helada superficie del lago, una vía de ferrocarril a doble riel, de una longitud de cerca de cincuenta kilómetros. La propaganda inglesa, dando por cierta la noticia, habló de la vía a través del Ladoga como de una cosa hecha. Pero las dificultades, bien pronto, se revelaron enormes. El primer tramo de la vía, una decena de kilómetros, está listo; el convoy, listo para la inauguración, se descarriló.

Si bien la superficie helada del lago es poco accidentada, (en contraste a aquella del mar, en donde el movimiento de las olas se advierte en imprevistos amontonamientos de aquellas, en barreras de crestas de hielo de más de un metro de altas, por efecto de las olas congeladas al ser sorprendidas por la repentina mordida del frío a 40 grados bajo cero), todavía el espejo helado del Ladoga se presenta ondulado, movido, roto por profundas grietas y altas encías duras y cortantes como vidrios. Se agrega aquel fenómeno térmico, por el cual la costra del hielo se mueve continuamente, cambia de aspecto casi cada día, según la oscilación del termómetro. Estos movimientos tienen, sobre la estructura del hielo, de donde son notadas las propiedades de elasticidad, efectos sensibilísimos: tales, que el proyecto de la vía tuvo que ser abandonado, y los trabajos se vieron interrumpidos en

la tercera parte del proyecto. El otro proyecto, de arrojar sobre el lago el riel del tranvía quitado de las calles de Leningrado (apoyado sobre un especial sistema de durmientes a perno y balanza, que debían haber absorbido y anulado los movimientos del hielo), se mostró inutilizable por varias razones técnicas que serían demasiado largas de explicar y aclarar. Fué decidida entonces, la construcción de una doble pista para camiones.

El problema del aprovisionamiento, de víveres y municiones, de la población civil y del ejército de Leningrado, es un problema formidable, y bajo muchos aspectos irresoluble. No es fácil abastecer por una pista batida por la artillería y la aviación, una ciudad de casi cinco millones de habitantes. Los autos blindados necesarios para tan gigantesca proeza, le faltaban a Leningrado: además de movilizar todos los vehículos disponibles en la sitiada ciudad, fué necesario hacer afluir sobre la ribera del Ladoga, muchos centenares de camiones de la región de Moscú y convoyar por la cabeza de puente de la pista una gran parte de los camiones ingleses y americanos que comenzaban a llegar por la vía de Murmansk.

Se trataba no ya de establecer una vía de comunicación segura y definitiva, sino de aprovechar los meses invernales para dar oxígeno a la ciudad sitiada. Seis mil transportes de guerra —cuantos ocurrían por la cadena de convoyes— necesitaban no menos de doce mil choferes, sin contar con los mecánicos destinados a los talleres de reparación construidos sobre la ribera soviética del Ladoga. No obstante la enorme dificultad, la construcción de la pista para los camiones a través del lago, fué llevada a cabo, y el flujo de abastecimientos comenzó a recorrer aquel gigantesco puente de hielo.

Durante el día, vista desde el aire, la pista parece abandonada, desierta, recorrida solo a veces por cualquier auto solitario, y en los días nebulosos de raros convoyes de camiones, a gran distancia uno del otro. Es durante la noche que el tráfico regu-

lar corre sobre el "puente de hielo". Y la noche, en el corazón del invierno, es una dura enemiga. La superficie del lago es continuamente barrida por impetuosos vientos que soplan del noroeste, de la depresión del Onega. Son los vientos del Mar Artico Glacial: verdaderas borrascas de nieve, tormentas de una violencia terrible. La inmensa costra helada es recorrida por espantosas trombas de nieve, que levantan pequeñísimas partículas de hielo, altos embudos de nieve endurecida por el frío. En el infierno de la tormenta, los convoyes soviéticos se meten sobre la pista camionera, que partiendo de la orilla soviética del Ladoga y de Lidnia, llega a la ribera opuesta, a Morie, al noroeste de Schlüsselburg.

Al principio, sucedía frecuentemente que estos convoyes se salieran de la pista y perdieran el camino, o fuesen obligados a permanecer horas y horas en medio del lago en espera de ayuda. En algunos casos, las máquinas fueron abandonadas definitivamente por sus tripulantes, y durante el día las bombardeaban la aviación alemana y finlandesa. Hace tiempo, por el alba más o menos, una patrulla de sissit fineses que había salido de exploración por el lago, escuchó frente a ella, entre el polvillo blanco de la tormenta, un rumor de motores. Era el "tren de hielo" que, habiéndose salido de la pista, se acercaba inconscientemente a la línea finlandesa. Los sissit, zigzageando cautelosamente sobre la superficie helada, los acompañaron por largo trecho con el propósito de dejarlo acercarse lo más posible a la ribera finesa. Pero en cierto punto, el "tren" describió una amplia curva y se regresó. Se habían dado cuenta del error. Fué entonces cuando la patrulla atacó a los camiones de la cola, aunque no fuesen armados más que de mosquetes y de alguna konepistooli, los sissit lograron aislarlos e incendiarlos. Empresa extraordinaria, que por las circunstancias, por el hecho de combatirse en medio de un lago y por la técnica de los sissit, recuerda en cierto sentido el ataque a los convoyes marinos por parte de una flotilla de torpederos.

Desde entonces, los convoyes fueron escoltados por tanques ligeros. Una línea de señales luminosas fué dispuesta a lo largo de los cincuenta kilómetros de recorrido. Patrullas de cazadores siberianos que realizan, se podría decir, la tarea de policía de caminos, recorren continuamente la pista para los camiones. Y el paso a través del Ladoga, bien o mal, se desenvuelve con cierta regularidad. Pero es difícil hacer un balance con la ayuda efectiva recibida del "puente de hielo" para la resistencia de la ciudad sitiada. Sin duda el balance es activo. Pero no en una medida tal de permitir al Comando soviético de poder contar, en vista de la próxima continuación primaveral, con suficientes víveres y municiones. Un síntoma claro de la situación se encuentra en esto: que la actividad de la artillería rusa ha venido disminuyendo día a día en los últimos dos meses, de un modo notabilísimo.

De los datos recogidos por el Comando finlandés, sobre el frente del Istmo de Carelia, y especialmente en aquellos de Valkeasaari (Bielostrov) y de Alexandrowka, que son los dos sectores más delicados de todo el cerco del sitio, resulta que en el mes de enero la artillería soviética disparaba, cada día, cerca de 1,500 proyectiles de pequeño y medio calibre, por cada cinco kilómetros de frente. Una media bastante alta.

Cuando yo llegué por primera vez al frente de Leningrado, a fines del pasado febrero, aquella media había bajado a 600 proyectiles diarios. Dos semanas después había bajado a 250. Se observa que mientras en enero y febrero la artillería rusa agredía a las patrullas adversarias, y trataba de hacer callar los altoparlantes finlandeses de trinchera, con el fuego de pequeño y medio calibre, desde hace dos meses lo hace sólo con el fuego de las ametralladoras y con cualquier lanzagranadas, tratando así también de dispersar a las patrullas finesas. Bastarían estos datos para probar que el "puente de hielo" no ha dado el resultado que el Comando soviético se prometía. La cantidad de material, víveres y

municiones, introducidos a la ciudad, no pudo ser tal de asegurar una defensa muy activa.

Pero dentro de poco, un día u otro, el "puente" se hundirá. El deshielo ya diseña extraños arabescos sobre la costra de hielo, que de lo alto de la ribera fina aparece tallada como una de aquellas corazas del renacimiento, donde los motivos geométricos puramente decorativos, se entretajan con dibujos de figuras humanas, a festones de fruta, a paisajes de fantástica arquitectura. Una bellísima coraza reluciente, manchas de vastas zonas opacas, las zonas que denuncian la enfermedad primaveral del hielo, aquella especie de sarna, aquella florescencia de bolitas de aire que se forman en el hielo en los primeros días de la primavera, anuncian su muerte inminente. El tráfico a través del lago, ya reducido por la disminución de las horas nocturnas (los días se alargan de manera sorprendente: ya las noches no son aquellas breves pausas de blanquiza luz de sombra luminosa) se ha hecho peligroso por el precario estado de solidez del "puente de hielo", las señales luminosas se hacen siempre más frecuentes, en el corazón de la noche: son rayos rojos, verdes, blancos, que se manifiestan de improviso en la llanura helada, surcan el cielo, de un modo primero fulmíneo, después siempre más lento, hasta que la fuente de luces se dilata en el aire, se confunde con el reflejo madreperlino de la noche ya clara.

Desde que me encuentro en este frente del Ladoga, he tomado el hábito de esperar el alba en la ribera del lago, sobre la pequeña playa de donde parten las patrullas de esquiadores para las exploraciones nocturnas. Parten de aquí, de esta pequeña ensenada, que es, se puede decir, el puerto de las patrullas de sissit. Todo está dispuesto como en un puerto: los armeros para los mosquetes y los percheros para los esquís y los ganchos para las camisas blancas, parecen redes de pescadores puestas a secarse; los montones de cajas de municiones tienen el aire de aquellos montones de mercancías que esperan el trayecto en el

puentecillo lacustre; los carteles, con los cabalísticos signos del Comando, las flechas indicando los caminos minados, los trineos en forma de barquilla para el transporte de los heridos, de las armas y de las municiones (algunos son de tela o de goma, especie de barcos neumáticos, montados sobre patinés y otras son verdaderas barquillas de madera, con la quilla plana, como los barcos lacustres) todo concurre a crear en la atmósfera, a sugerir la ilusión de un puerto. Cada par de horas se asiste a la "botadura" de una patrulla. Los sissit se alinean en la playa, descienden al agua, zarpan, se puede decir, desaparecen rápidamente en el reflejo azulado del hielo. Abajo, al fondo, está la ribera soviética, llena de cañones en defensa del "puente de hielo" y del Canal Stalin, la gigantesca arteria construida por los bolcheviques para unir el Mar Blanco al Neva, esto es, el Golfo de Finlandia al Báltico. En las noches transparentes, se distingue a ojo desnudo la lámpara roja de los faros, que señalan el lugar de arribo a los convoyes de camiones provenientes del "puente". Es un relampagueo rítmico de luces, un palpar de fuegos similar a aquel que al navegante revela desde lejos su aproximación al puerto.

Era cerca del alba esta mañana, cuando un vigía ha señalado algunos rayos en dirección al "puente". Me subí con algunos oficiales sobre un promontorio, desde donde la vista se extiende a lo lejos sobre el lago. Y pocos instantes después, he podido distinguir claramente, a breves intervalos, cinco, nueve, doce rayos verdes y rojos, escalonados, a una distancia de unos diez kilómetros. Era un convoy que intentaba pasar. Pero alguna cosa debió haberle sucedido, porque después de unos diez minutos, las señales se repitieron, esta vez con intervalos mucho más breves.

Ya los convoyes comienzan a hacerse raros, son los últimos. El "puente" ya rumora, a la orilla de la ribera, la orilla del hielo se hace opaca, se rompe, llenándose de cicatrices blancas, la superficie se hace menos arrugada, la nieve, derritiéndose deja

desnuda la plancha de cristal, y a través del vidrio se descubre el fondo del lago. (El Ladoga no es muy profundo: cinco, seis metros cuando mucho), un fondo lodoso, todo plegadizo como una falda almidonada. Son los pliegues que hacen las olas del lago. En algunos puntos, donde la profundidad del agua es escasa, la costra de hielo es así de gruesa que toca el fondo. Se ven familias enteras de peces prisioneras del cristal, encerrados dentro de aquel gigantesco "refrigerador". Los soldados van de pesca con los picahielos, rompen el hielo a martillazos y con punzones y sacan los peces como de una hielera.

Con el primer deshielo, el lago revela sus extraordinarios secretos, sus misterios. Pasaba el otro día cerca de una leve enseada sombreada de muchos abedules claros. Un grupo de soldados estaba rompiendo, a golpes de picos, con gestos violentos y piadosos, una especie de grueso bloque de cristal verde, dentro del cual está aprisionado el mísero cuerpo de algún soldado finlandés. (En las minas de sal de Weillizka, en Polonia, he visto, en enero pasado, prisioneros en cristales de sal, pequeños peces, plantas marinas, conchas. Y ayer en la mañana, mientras paseaba hasta la orilla del Ladoga, a la desembocadura de un riachuelo que desemboca en la floresta de Raikkola, me he dado cuenta que caminaba precisamente sobre la bóveda de hielo que cubre el río. Oía bajo de mí gorgollar el agua, aquel rumor sofocado de la corriente. Bajé los ojos y ví el agua correr tumultuosa bajo mis pies. Me parecía caminar sobre una plancha de vidrio. Estaba casi suspendido en el vacío. Y a un trecho, tuve una especie de vértigo.

Impresa en el hielo, estampada en el transparente cristal, aparecía bajo la suela de mis zapatos, una fila de máscaras de vidrio. (Como una imagen bizantina). Que me veían, me miraban fijamente. Sus labios eran finos, consumados, los cabellos largos, las narices afiladas, los ojos grandes, clarísimos. (No eran cuerpos humanos, no eran cadáveres. Si así fuesen, callaría el epi-

sodio). Aquello que me aparecía en la capa de hielo, era una imagen maravillosa, llena de una dulce y conmovedora piedad. Era como la sombra, delicada y viva, de hombres desaparecidos en el misterio del lago.

La guerra, la muerte tiene algo de esta delicadeza misteriosa, llena de un alto aliento lírico. La guerra ciertas veces tiene cuidado de transformar en belleza su imagen más realística, casi a un cierto punto se supera ella misma de la piedad que el hombre debe a sus semejantes, que la naturaleza debe al hombre. Sin duda eran aquellas las imágenes de soldados soviéticos caídos en la tentativa de pasar el río. Los míseros cuerpos permanecieron todo el invierno atrapados en el hielo, habían sido agarrados por las primeras corrientes primaverales del río, deshecho de sus lazos de hielo, pero sus rostros habían permanecido en la superficie de hielo, estampados en el puro, helado cristal verde azulado. Me veían con serena atención, casi me parecía que me seguían con los ojos.

Estaba encorvado sobre el hielo. Me hiqué y pasé la mano con dulzura sobre aquellos diáfanos visos. El sol, ya caliente, traspasaba aquellos rostros, y los reflejos del sol en el agua, que corría abajo gorgollando, brincaban en alto, encendiéndose como un fuego de luces en torno a las pálidas frentes transparentes.

Regresé a mediodía sobre el sepulcro de vidrio. El sol había ya casi deshecho aquellas imágenes muertas. No era más que el recuerdo, la sombra de los rostros. Así el hombre desaparece borrado por el sol. Aquella caduca vida suya. (Esta mañana no he podido rasurarme frente al espejo. No, verdaderamente no podía, he cerrado los ojos y me he hecho la barba a ojos cerrados).

XXX

COMO EL PATIO DE UN TALLER DESPUES DE UNA
HUELGA FRUSTRADA

Riberas del Ladoga, a espaldas de Leningrado, mayo.

No se puede comprender el secreto de la vida social soviética y de la misma moral soviética, si no se toma en cuenta este hecho fundamental: que la grandísima mayoría del pueblo soviético (quiero decir los jóvenes y los hombres de menos de cuarenta, cuarenta y cinco años, esto es, aquellos que no conocieron al antiguo régimen, o porque nacieron después de la revolución, o porque en octubre de 1917 estaban apenas en la adolescencia) no tiene un concepto de la vida ultraterrenal, no tienen ninguna esperanza ni ninguna sospecha del más allá. No espera, no cree en la gloria futura. No espera. Es un pueblo que va hacia la muerte a ojos cerrados y no espera poderlos abrir allá, frente al muro blanco y liso de la muerte.

Algunos años hace, encontrándome en Moscú, fui a visitar la tumba de Lenin en la Plaza Roja. Me acompañaba un obrero con el cual había hecho conversación mientras, confundido con la multitud de obreros y campesinos (casi todos jóvenes y en gran

número mujeres) hacía cola frente a la entrada del mausoleo. Finalmente entré. En la pequeña pieza, cegada por la luz deslumbrante, cándida y fría de potentes reflectores, Lenin se me aparece extendido en la caja de cristal. Vestido de negro, la barba y los cabellos rojos (pocos cabellos en torno al gran cráneo calvo), el rostro blanquísimo, color cera, lleno de pecas amarillas, la mano derecha apoyada sobre el costado y la otra sobre el pecho con el puño cerrado, un minúsculo puño blanco, pecoso. Lenin dormía envuelto en la bandera roja de la Comuna de París de 1871. Su redonda cabeza, de la enorme frente, posaba sobre un cojín. "El cráneo de Lenin —ha escrito Wells— parece el de Balfour". Cuatro centinelas, con la bayoneta calada, vigilan los cuatro lados de la estancia, cuyas dimensiones no son mayores de cuatro metros por cuatro. Una capilla racional, de líneas precisas, que podría haber sido diseñada por Gino Ponti. Una capilla para custodiar las reliquias de un santo, su osamenta de resina sintética, de baquelita, de un santo moderno. Está prohibido pararse cerca de la caja de vidrio: la gente desfila lentamente, en fila india, sin detenerse. Yo veía el embalsamado cadáver de Lenin. Ya una momia, de una impresionante evidencia en aquel estrecho espacio, en aquel ataúd de cristal, bajo la blanca luz deslumbrante de los reflectores eléctricos.

He preguntado al obrero que me acompañaba, en tono de reproche: "¿Por qué lo han embalsamado? Lo han convertido en momia".

"Nosotros no creemos en la inmortalidad del alma", me respondió aquel.

Su respuesta era terrible, pero simple y honesta. Habría todavía podido responderme algo más. Porque la cosa no se limita a no creer en la inmortalidad del alma. El respeto a los muertos, el culto a los muertos, puede surgir de un alto y sagrado espíritu, aún sin estarse llamado a la creencia de la inmortalidad del alma. Yo no creo que sea un juego la misma idea de la muerte.

en su más desnuda esencia. La muerte para los comunistas es un muro liso, compacto, sin ventanas. Es un sueño helado y cerrado. Un mundo vacío.

En estas reflexiones estaba esta mañana, cuando entraba en un cementerio de guerra soviético. En los límites de la floresta de Raikkola, en las proximidades del Ladoga, se alinean sobre las colinas (no son precisamente colinas, sino vastas ondulaciones, dulces, largas ondas de tierra) los cementerios soviéticos: recintos desnudos, circundados de rústicas cercas de alambres de púas. Son los campos de concentración de los muertos. Surge, a la entrada de cada cementerio, una especie de arco de triunfo, un arco de madera pintado de rojo, con la hoz y el martillo y algunas palabras escritas con blanco. De estos cementerios, aún más que de los museos antirreligiosos y de la literatura de propaganda del bezbojniki (el "sin Dios"), es posible darse cuenta de la idea que los comunistas se hacen de la muerte. Es una idea abstracta, que en sus formas físicas, materiales, se encierra en un dogmatismo frío y desnudo. Quiero decir, y espero que la atención del lector se detenga un instante en esta expresión, quiero decir que "la muerte para un comunista, es una máquina quieta".

Una máquina quieta: he ahí la palabra. Una bellísima máquina moderna, de acero lucidísimo, de aquel acero casi azul, con sus ruedas, sus cilindros, sus válvulas, sus bielas, sus pistones, pero sin vida ya paralizada. La muerte comunista. Un Tánatos de acero cromado. Una máquina: no un hecho moral. Un hecho puramente físico, mecánico: no un hecho de orden moral. (Pero también hasta una máquina tiene su lado metafísico, hasta una máquina pertenece al mundo de la metafísica. No, los comunistas no están aún agregados a esta alta concepción de la muerte como "máquina metafísica").

Todo, en la moral y en la *Weltanschauung* comunista, se reporta al mundo de los sentidos, al mundo de los vivos y de las

cosas vivas. Quiero decir que un cementerio comunista es, en cierto sentido, la imagen perfecta, concreta, de la abstracta moral comunista, especialmente en su comparación con el mundo de los sentidos. Los símbolos que adornan las tumbas soviéticas, las barras plantadas sobre los promontorios, reflejan con inmediata potencia expresiva, uno de los elementos fundamentales de la moral comunista, de aquella "moral obrera" afinada y, diría, casi "estilizada", por la cotidiana convivencia con las máquinas con los "animales de acero". Algún día se podrá decir cuánta responsabilidad tuvieron las máquinas, la familiaridad con las máquinas, en la formación del mundo moral del comunismo. Cuánta responsabilidad espera a las máquinas y a la técnica, en la determinación de la moral comunista.

Las barras están plantadas sobre los promontorios, en el lugar de la cruz, con rígida simetría. Son, en su mayor parte, barras de hierro. Rarísimas aquellas de piedra. (Cerca de Mainila, sobre el frente de Valkeasaari, he visto un cementerio de guerra soviético donde las barras son de piedra, de aquel bello granito rojo de Carelia, del cual son construídos gran parte de los más antiguos palacios y monumentos de la ciudad de Pedro el Grande. Sobre las barras de granito están inscritos los nombres de los sepultados, casi todos pertenecientes al grupo de una formación soviética de tanques; y en lo alto, a la cabeza de la columna de los nombres cada promontorio tiene debajo los despojos de numerosos soldados— está esculpido un sol naciente, rodeado de rayos, que lo hacen ver como una rueda dentada. En el disco del sol, la hoz y el martillo. Me sorprendió el insólito hecho de que las barras fueran de piedra. Pero, dando vuelta por las tumbas, descubrí, en el reverso de las barras, otros nombres, y estos eran finlandeses. Un solo nombre por cada barra. Y arriba del nombre estaba esculpida la cruz, la desnuda cruz luterana. Eran por lo tanto, las barras de un cementerio de cualquier aldea finlandesa, que los rusos habían tomado de las tumbas, lla-

mémoslas así, legítimas, para que les sirvieran como lápidas a sus caídos. Debo agregar que aquel cementerio soviético de guerra está bien dispuesto, con cierto cuidado piadoso. El recinto no es de alambre con púas sino de una baja cerca de madera de abedul; y frente al cementerio, en un breve sendero, plantado de piedras de granito reunidas una a otra con las cadenas de los tanques destruidos que pertenecían a las tripulaciones sepultadas en este recinto. Pero éste es el único cementerio con barras de piedra que yo haya visto: todos los demás las tienen de fierro).

Aquellas barras de fierro plantadas simétricamente en el terreno desnudo, no son otra cosa que tiras de grueso latón o escudos de trinchera, o pedazos de carros blindados, o parte de las carrocerías de automóviles y camiones, o columnillas de piedrecillas quitadas de quién sabe donde (de aquellas columnillas de las fuentes de plaza de aldea) y hasta de placas indicadoras de calles, o simples paralelepípedos de madera revestidos de latón. Los nombres de los muertos están inscritos descuidadamente y la mayoría de ellos pintados. Aquellas singulares barras, aquellos soles nacientes que parecen ruedas dentadas, dan al cementerio el aspecto de un patio de taller metalúrgico: de aquellos patios en los cuales yacen esparcidos, aquí y allá, o amontonados en un ángulo, a lo largo del muro que lo circunda, pedazos de metal en bruto o semi-elaborado, partes de máquinas oxidadas, motores listos para ser montados, o elementos de viejas máquinas fuera de uso, desmontados para ser enviados a la fundición.

Me recuerdo haber visitado, algunos años hace, en Essen el Taller Krupp. Y ahora, recordándome, el inmenso patio de la Krupp me reaparece en la memoria como un enorme cementerio soviético, lleno de barras de acero, de columnillas de piedra, de lingotes, de ruedas enchucadas, de árboles torcidos, de pedazos de caldera de láminas, de ruedas dentadas parecidas a soles nacientes, de grúas gigantescas. Era 1930, y la Factoría Krupp estaba en crisis. El patio parecía abandonado. El casco de un Schu-

po asomaba de una jaula cercana a la entrada. Venía del interior de un colosal hangar, un rítmico sonido metálico, casi el rumor de un enorme tam-tam. Seguramente algún martillo, alguna prensa.

Y ahora este rítmico rumor, este cadencioso martillar sobre la gigantesca lámina de acero del horizonte, este oscuro, profundo tam-tam, resuena, en este helado silencio, no como el rumor de los cañones, sino como el metálico sonido de un martillo sobre un lingote de piedritas. Casi diría que este cementerio ha estado abandonado hasta ahora por los obreros. Porque, por una extraña asociación de ideas, este cementerio me trae a la memoria el patio de un taller después de una huelga frustrada: cuando, en la luz siniestra de la derrota, los objetos, las máquinas, los instrumentos de labor, todo, asume un aspecto, hasta una forma insólita casi una forma vil, de una tristeza y de una renuncia impresionantes. Como de objetos, de máquinas, de extraños animales de acero parados frente a una puerta cerrada, frente a un muro blanco, liso y compacto. Como símbolos de una vida extendida hasta el límite preciso en el cual la máquina ya no vive más.

Los nombres, y los símbolos abstractos, inscritos y pintados sobre las barras de fierro en el cementerio soviético, tienen el mismo valor, el mismo significado, (sin querer mostrar irreverencia o falta de piedad cristiana, sobre aquellos míseros restos humanos sepultados bajo los toscos promontorios) de las señales rojas y negras inscritas en un manómetro, de las cifras escritas con el gis sobre el pizarrón colgado de las calderas, de la escala térmica a lo largo de los termómetros, de las hileras de números de los cuentavueltas del dínamo en la central eléctrica, de las flechas rojas oscilantes en los tubos de neón de las estaciones de radio. (Hasta la luz, sobre la floresta y las colinas, helada, fija, azulina, parece la fría luz violenta de una central eléctrica, de un laboratorio químico, de un laminador en un establecimiento

metalúrgico). Algo de terriblemente preciso, abstracto, matemático. Siempre esa obsesión de la técnica, de la especialización, siempre la atmósfera desnuda y violenta del stakanovismo.

Viene casi de preguntarse si los símbolos y los nombres inscritos sobre aquellas barras de fierro no tendrán el mismo valor, el mismo significado, de aquellas columnas de cifras que sobre los tableros aparecen a la entrada de los varios grupos de un taller soviético, y señala el nivel y la media de ganancias, el punto máximo y mínimo de la producción, el grado de stakanovismo a que han llegado el obrero y el grupo. Sobre las barras de fierro del cementerio, no debía estar escrito: "Aquí yace, etc., etc.", sino: "Estos son el máximo de ganancias obtenidas por los compañeros sepultados en la tumba".

¿Hay algo de religioso en estos fúnebres símbolos soviéticos? En esta pasión de la muerte, en esta obsesión de la muerte (un mito de sadismo y masoquismo, propio del pueblo ruso) que caracteriza muchos aspectos de la vida soviética. La misma falta de fé, la misma desesperación, la misma obscuridad absoluta, no son seguramente obscuras señales de un inconsciente sentimiento religioso, en cuanto, a punto, el reverso de la fe?

Estos soldados soviéticos que mueren así fácilmente, que aceptan la muerte con una indiferencia así inconscientemente huída, así golosa, ignoran alguna gramática religiosa, cualquier sintáxis metafísica. No saben siquiera que exista el Evangelio. Aquellos que saben de Cristo lo saben a través de la imagen de documentos antirreligiosos, la iconografía pueril de museos anti-religiosos, el fanatismo blasfemo de la propaganda de los bezbojkini. (En una iglesia de Moscú, bajo un gran Crucifijo, aparece un cartelito que dice: "Jesucristo, personaje legendario que no ha existido jamás". Citado también por André Gide en su *Retour de L'U.R.S.S.*). Saben que morirán como muere una piedra, un pedazo de madera. Como una máquina.

¿Cuál será el aspecto político o social, o pueda ser, de este estado de ánimo? No es posible conocerlo ni preverlo. Demasiados elementos de la situación interna rusa se interponen para poder juzgar. Pero es claro hasta ahora, que nada de humano, ni nada de inhumano, es extraño a este pueblo. Todo en esta enorme tragedia, rompe las reglas y los límites de las cosas y de los hechos humanos. Es ya un pueblo que odia a Dios en sí mismo, se odia a sí mismo, no sólo en sus propios semejantes, sino hasta en los animales.

Saigo del cementerio, me dirijo hacia la aldea. A mi alrededor, sobre las colinas, se encurvan los arcos de triunfo de los cementerios soviéticos. La floresta de Raikkola cierra el horizonte con su alto muro color turquesa. Por la calle encuentro a un grupo de prisioneros, escoltados por un soldado finés. Sobre una camilla, portada por cuatro prisioneros, va un herido ruso. Más que tirado va sentado. Tiene una pierna deshecha por la explosión de una bomba de mano. En cierto punto los que cargan la camilla se detienen para cambiar de lugar. Dejando la camilla sobre la nieve, paran un momento para descansar. Un perro sale de una barraca y se acerca al herido, oliéndole las vendas llenas de sangre. El herido lo toma dulcemente por el collar, acariciándolo, en tanto recoge una astilla de hielo, se la acomoda en la mano, con el pico de fuera, y con ella le pega a la bestia en medio de la frente. El perro aulla de dolor, se revuelve, se agita, se zafa de la fiera estrechez y huye sangrando de la frente herida.

El herido ríe, los prisioneros ríen. "Pois, pois! ¡Andando! ¡Andando!", grita el soldado de la escolta. El pequeño cortejo se vuelve a poner en movimiento, desaparece entre el bosque.

HASTA LA VISTA, LENINGRADO

Bielostrov, noviembre.

Creo que ya es tiempo de que le dé un cordial "hasta la vista" a Leningrado. De casi un año ya, desde cuando vine por primera vez a este frente, regreso de vez en vez a asomarme a las orillas de las trincheras de Bielostrov, a ver desde las troneras de los pequeños puestos la inmensa ciudad, gris y fría, en su marco de florestas y pantaños. Y siempre, cada vez que me alejo de este frente, pruebo una infinita tristeza, siento partir de un lugar ya querido de mi corazón, por el recuerdo, aún vivo, ¡ay! de la dura vida sufrida durante el invierno en estas oscuras selvas de Carelia. (Leningrado resiste. Mis predicciones del último febrero, cuando muchos hablaban con ligereza de una inminente rendición por hambre de la sitiada ciudad, están resultando verídicas. Sus condiciones actuales son, en cierto sentido, mucho mejores que en el pasado invierno. Gran parte de la población, con el favor de los meses de verano, ha sido llevada a través del Ladoga. Tropas frescas han substituído a los grupos diezmados por

los sufrimientos del terrible invierno). Ya la guerra parece estar ordenada, en torno a la "fortaleza obrera", es un reposo, en un abandono, casi en un descanso. Ya no es más la guerra de asedio de los meses pasados, aquel martillar continuo de la artillería pesada, sobre los suburbios industriales del sudoeste, aquel feroz ritmo de ataque y contrataque. Algo de maduro y de cansado hay en este aire suspendido sobre los techos de Leningrado: el aire de un recuerdo.

La inmensa ciudad, hasta hace pocos días, languidecía en la pálida claridad de sus "noches blancas" que grado a grado declinaban sobre el opaco y nebuloso pasto de otoño, en una penumbra crepuscular lívida y verde. Las sombras de los soldados finlandeses, entre los árboles, parecían espectros entre aquellas luces de perenne crepúsculo. Y las patrullas rusas, a lo largo del margen claro de aquellos bosques de abedules, allá abajo, frente a nosotros, se mueven lentamente como cansados, como fatigados por la insistencia luminosa del día. Y dentro de poco, será ya invierno, nuevamente las interminables noches de invierno.

Quisiera poder inducirme a describir la melancolía del frío y húmedo verano de este año, después del cruelísimo invierno; la monótona caída de la lluvia otoñal sobre las hojas, sobre los techos de lámina de las barracas, de los impermeables de tela encerada de los soldados, sobre la grupa de los caballos. Y quisiera poder describir la inmensa ciudad como se me aparece hoy, en este tardío otoño singularmente dulce, a través de la pequeña ventana rectangular de este korsu, de este refugio de primera línea en las trincheras avanzadas de Bielostrov. Una pequeña ventanilla, encuadrada en un marco de madera de abedul. Un vidrio ligeramente empañado hace aparecer el paisaje borroso, y un poco más pequeño de tamaño real, un poco más lejano. Entre el marco de la ventana, la imagen de la ciudad me parece como una vieja estampa colgada al muro del korsu, una estampa polvorienta, con cualquier mancha de moño aquí y allá.

El cielo está un poco arrugado en el ángulo, allá en lo alto, a la derecha; un cielo tórbido, inundado aquí y allá de un azul claro, (casi como un río —seguramente es un reflejo aéreo del Neva, que desgarrando el cielo hubiese inundado la celeste llanura, donde los nubes aparecen como islas de un archipiélago transparente). Observo atentamente el color del cielo, el color de los techos, de los bosques: ¿pero es precisamente el gris el que predomina en estos paisajes, en esta vieja estampa? O más bien el rosa y un mórbido, vaguísimo acento de cafés y verdes, en el difuso esclarecer azul de las hojas de los árboles? La ciudad parece salida del lápiz de un dibujante en un momento de cansancio, de espera: en aquel preciso, larguísimo, interminable instante, en que también las cosas inanimadas, así como los seres vivos, parecen voltearse hacia atrás con amargura, con deseo, con tristeza, hacia una edad feliz y triste muerta para siempre, o traicionada por la desilusión. Esto es: un momento de desilusión. Algo ha pasado, algo ha muerto en el destino de Leningrado.

A quien observe bien las luces que llueven del cielo de esta vieja estampa, la materia de que están hechos sus claroscuros y sus sombras, le aparecerán numerosas las señales que revelan el secreto de su desilusión, parecida a aquella especie de abandono que en ciertos momentos del día parecen coger un paisaje, insinuarse en el juego de las luces y las sombras, como si el final de la naturaleza estuviera próximo, como si una suerte cruelísima tuviera incumbencia sobre la vida de las plantas y de los animales, sobre las perspectivas de los árboles, de las rocas, del agua, de las nubes. ¿Es seguramente la sombra de la guerra, aquella que vela la borrosa luz de esta vieja estampa? Seguramente es la presencia de un sentimiento más profundo, el aura, el emblema de alguna cosa más íntima, más secreta, más fatal.

Estoy aquí dentro de este korsu de Bielostrov, delante de la pequeña ventana de los vidrios empañados. Y alzando los ojos, observo el perfil de la ciudad cortado en el delicado horizonte.

Soy, desde hace casi un año, testigo de este sitio, y aún me es imposible asistir a la tragedia con el ánimo de un simple testigo. La guerra ya ha tomado aquí un aspecto suyo preciso, un carácter suyo definido. Se ha casi separado de nosotros. Es una imagen más que un drama. Una imagen antigua. Aquí más que en otro lugar, sobre los otros sectores del frente ruso, ha tomado un aspecto y un valor de antítesis. No es la misma y demasiado fácil antítesis entre Oriente y Occidente, entre Asia y Europa: sino una especie de parangón entre las dos fuerzas que chocan en el seno de la civilización occidental. Aquí, el occidente encuentra él mismo, su punto más sensible y vulnerable. En el punto en que el espíritu más antiguo, y aquel modernísimo de Europa se encuentran, se miden, se prueban.

No vale la pena repetir aquello que escribía Gide en "Retorno de la U.R.S.S.": "Ce que j'aime le plus dans Léninegrad, c'est Saint-Pétersbourg". ¿Cómo se puede entender el drama de Leningrado, que es la síntesis de todo el drama ruso, si no se abraza con una sola mirada y con un solo sentimiento, no solo los palacios, las iglesias, las fortalezas, los jardines, los monumentos de la imperial ciudad, sino también los edificios de cemento, de vidrio y acero, fábricas, escuelas, hospitales, talleres obreros, aquellas rígidas, precisas, frías, perentorias construcciones enclavadas en los márgenes de la antigua ciudad y hasta el corazón de la capital de los Zares? Porque no es posible, en el destino de Leningrado, separar aquello que es "imperial" de aquello que es "obrero", aquello que es Santa Rusia, de aquello que es la Rusia comunista, atea, técnica, científica. El destino de Leningrado ofrece el ejemplo de una continuidad, de una lógica extraordinarias. La "ventana" abierta sobre la Europa occidental de Pedro el Grande, no es que sea una ventana abierta sobre el mundo lúcido y triste de las máquinas, sobre el mundo cromado de la técnica. Es el gesto del Zar, que abre en el muro ruso la "ventana San Petesburgo", está la anticipación de la voluntad revolu-

cionaria de Lenin, que quiere hacer de la ciudad de Pedro el Grande no la capital de un estado asiático, sino la capital de la Europa obrera.

La suerte de los inmensos talleres rojos del Krasni Putilowez, es ya la misma del palacio de Invierno, del Palacio de Tauride, de la Catedral de San Isaac. Las máquinas de acero, quietas en las desiertas fábricas, son ya como los dorados muebles en los palacios imperiales y en las moradas principescas a lo largo de la Ton-tanka. Los retratos de Lenin, de Stalin, de Uritzkiy, de Kirov, colgados en las paredes de los talleres, de las escuelas, de los gimnasios, de los stalovie y de los rabocie clubi, tienen ya la misma vacía, triste desilusión de los retratos del Zar, de los príncipes, de los bojari, de los generales, almirantes, embajadores, cortesanos, pegados en las paredes de las antecámaras en las salas del Palacio de Invierno y del Almirantazgo. Y los mismos soldados soviéticos que desde la ventana de este korsu veo perfilarse a lo largo de la orilla de los caminos, allá abajo, cerca de Bielostrov, cerca de la vía del ferrocarril, son como borrosas imágenes en margen a una historia transcurrida, a una vida desengañada, ya "antigua". Imágenes desafocadas, quiero decir, ya fuera del tiempo, de "este" tiempo. (La guerra quema las etapas de los años, parece casi que el sitio de Leningrado no sea otra cosa que en un lejano episodio perteneciente a una historia remota). Son como aquellas figuras humanas que los dibujantes ponen en la orilla de una estampa, para la medida y la proporción humana del paisaje. Quiero decir, que los hombres no cuentan en esta guerra, sino como elementos de medida, de comparación, de confrontación.

En la luz de este perenne crepúsculo del Norte, la cúpula de la Catedral de San Isaac se levanta majestuosa, bamboleándose, en el horizonte. Más diáfana y espectral que cuando la ví por primera vez, en el pasado febrero, levantarse serena e inmaculada sobre el fondo del paisaje invernal. (Aérea y espectral como las

cúpulas de las iglesias en el escenario de un auto sacramental español: como en aquella "jornada" de "El Mágico Prodigioso", de Calderón de la Barca, donde la cúpula de Antioquía oscila en un cielo verde a las espaldas de Cipriano y del Demonio, entre "el bellissimo laberinto de árboles, flores y plantas"). Era un blanquísimo día de invierno, tinto de suaves grises, salpicado de profundos silencios de color azul: y levantando los ojos veo surgir de improviso, sobre los techos, y elevándose ondulando lentamente sobre la prisionera ciudad, la inmensa cúpula de la Catedral de San Isaac. Parecía una bola de aire dentro de un vidrio en fusión, una larva de insecto portada por el viento, o una medusa marina que saliese del fondo: y poco a poco invade el cielo, exactamente como una enorme medusa.

Pero hoy la cúpula oscila dulcemente, sobre un paisaje otoñal verde y rosa, (todo parece olvidado, la guerra olvidada), y en un primer plano toma sustancia, toma cuerpo y forma la verdadera tragedia de la ciudad sitiada: que no es la guerra, ni es el sitio, es el fin de "su" Occidente. Ya su tragedia no es la de una ciudad solamente, sino de un tiempo, de una edad, de un mito. La hora, el lugar, la estación, y este extendido silencio, acentuado por cualquier solitario disparo de fusil, por cualquier remoto trueno de cañón, proponen el motivo de una fantasía, de un sueño. La cúpula de San Isaac emerge silenciosa en el pálido cielo. Los motores, las máquinas, los motores de luciente acero de los talleres rojos agonizan reclinados sobre el pavimento de cemento. Las calles desiertas, cubiertas de carroña de caballos y de máquinas destruídas, se reflejan a través de las ventanas en los espejos murales de los palacios imperiales. Un clima de abandono, de reposo, casi de lejanía, vela y endulza el aspecto y los modos de la guerra. Leningrado está ya fuera de nuestra edad, está ya al margen de este tiempo, de esta guerra.

Hasta la vista, Leningrado. Mañana debo partir para las heladas soledades de Laponia, por el extremo norte, por el frente

de Petsamo. Pero algún día regresaré a sentarme nuevamente frente a esta ventana, en este korsu finlandés de primera línea, a contemplar aún una vez más, este melancólico paisaje de árboles y cemento. (De vez en cuando un tiro de fusil surca el horizonte. El remoto explotar de los gruesos calibres de la flota de Kronstadt, martilla la ondulada cortina de silencio). La guerra tiene estos momentos de reposo y de espera, en que la conciencia humana, y casi la misma naturaleza, sienten menos intensamente el vivo drama de la realidad, en que todo aparece sereno, recompuesto en el límite y en la arquitectura de un orden mitológico reposado y dulce.

O quizás...

INDICE

	Página
Los Cuervos de Galatz	16
La Guerra Roja	24
Obreros Soldados	29
Más allá del Prut	36
Técnica y Moral Obrera	44
Miren bien la Cara a estos Muertos	54
Hacienda Roja	63
Los Caballos de Acero	75
He ahí el Dniester	83
Ucrania, tumba del trigo	92
Espectros	98
Los hipopótamos del Dniester	108
Campo de Batalla Soviético	118
La fuga de los muertos	126
El Bivacco Negro	135
Dios regresa a Casa	143
Polvo y Lluvia	153
El Sitio de Leningrado	164
Allá abajo arde Leningrado	167
Las voces de la Floresta	172
Muchachos en Uniforme	181
Ciudad Prohibida	188
La Acrópolis Obrera	197
La Bandera Roja del "Aurora"	208
Prisión de Naves	216
La Sangre Obrera	227
Una Tumba en los Suburbios de Leningrado	233
Angeles, hombres y bestias en las Selvas del Ladoga	244
Con el "Hombre Muerto" en la inmensa Floresta	256
Máscaras de Hielo	269
Como el Patio de un Taller después de una huelga frustrada	278
Hasta la vista, Leningrado	286
Indice	293

Esta edición de 2,000 ejemplares
terminó de imprimir el día 27 de
diciembre de 1968, en los Talleres
Lito Offset Urquijo, S. A., Norte
79-B N° 75, Colonia Sector Naval,
México 16, D. F.